

SECUESTRO HOCHSCHILD

Luis Adrian R.

PARA EL LECTOR...que no está en antecedentes de lo que fue la misteriosa desaparición del magnate minero Mauricio Hochschild y uno de sus colaboradores, el señor Adolfo Blum, vale la pena informarle que en la narración del libro "Secuestro Hochschild" hay que hacer ante todo una pequeña aclaración, muy por el estilo de las que llevan la mayoría de las modernas películas policiacas de escalofriante misterio, pero totalmente al revés del estribillo que empieza con: "Cualquier semejanza de los personajes o lugares es pura coincidencia" porque "***todos los lugares y personas que se mencionan en este relato son absolutamente reales***". Tan reales, que se podría comprobar su veracidad con miles de testigos que viven y moran en la ciudad de La Paz, y en caso extremo apelar a las mismas personas que figuran en las siguientes páginas.

Ahora bien, retrocediendo un poco y cubriendo todo el lapso de tiempo que nos separa desde 1943, llegamos a la ciudad andina de La Paz, pintoresco cuadro natural colgado negligentemente en un pico cordillerano a 3.600 metros sobre el nivel del mar, en un amanecer de diciembre, en que estalla una revolución y un gobierno es depuesto, para encumbrar a otro, del que por a, b, o c, un capitán de apellido Escobar se hace cargo del alto puesto de Jefe de Policías de La Paz, y el mayor Jorge Eguino asume la Dirección General de Policías...

...Al poco tiempo las cosas se tuercen políticamente, y entra en vigor un régimen que cree que la fuerza es la mejor razón... Y una noche un dirigente político es baleado, y nadie sabe quién es el autor. Pero... ¡eso pasa!

...Al poco tiempo desaparece el multimillonario Mauricio Hochschild y su gerente señor Adolfo Blum, causando todo un escándalo internacional a través de miles de periódicos en el mundo entero. Pero... ¡eso también pasa!

...Al poco tiempo varios políticos son fusilados. Pero eso también pasa. Pasa dejando profundas huellas, que sumadas a otros atropellos al pueblo de Bolivia, éste se alza en una revolución que culmina un 21 de julio de 1946, y por las nuevas autori-

dades son detenidos varios políticos, entre ellos Escobar y Eguino, que se espera que sean juzgados por la ley ordinaria.

Pero el día 27 de septiembre de ese mismo año un atentado contra el presidente provisorio de Bolivia por parte de un joven Oblitas (que también fue colgado) provoca una feroz reacción en el pueblo, que todavía no se ha aplacado de las sangrientas jornadas de hacía dos meses, y sin control ni freno alguno la muchedumbre asalta la cárcel pública y ahorca en la plaza Murillo, de La Paz, a Escobar y a Eguino, a quienes culpan de todos los atentados, crímenes y desmanes que ocurrieron en Bolivia durante los días que siguieron al 20 de diciembre de 1943, hasta el 21 de julio de 1946.

PARA EL LECTOR...que está al corriente de los incidentes ocurridos en Bolivia durante los años de 1943 –1946, sólo hay que hacerle una aclaración.

En muchos regímenes de gobierno, en toda la Historia Universal, hay una notoria costumbre en utilizar un hombre hasta más no poder, y cuando éste está lo que se llama vulgarmente "quemado", deshacerse de él, abandonándolo a su suerte o desprestigiándolo de alguna manera.

El mayor Jorge Eguino sufrió este golpe, y desengañado y abatido en sus negros días, me relató las escenas de lo que en este libro subtítulo *Y MIENTRAS TANTO...*

EL AUTOR

1

Tann... Tann... Tann...

El reloj de la torre del Parlamento daba los tres cuartos de hora. Solamente faltaban quince minutos para la medianoche. Una noche que venía a cubrir con su negro manto a un cansado pueblo que había vivido un día de horribles pesadillas.

La plaza principal de la ciudad de La Paz está encuadrada al Sur, por el Palacio de Gobierno, también denominado "Palacio Quemado", y a cuyo lado se yergue, majestuosa y enorme, la Basílica de Nuestra Señora de La Paz, monumento de fe hecho de piedra labrada a mano; al Norte y Oeste, edificios particulares sin ninguna importancia, y cerrando el cuadrilátero, por el Este, el Congreso Nacional, que abarca casi la totalidad de ese flanco, y en cuya enorme torre se encuentra el reloj, que en esos momentos marcaba los tres cuartos de la hora.

Esa plaza – que en los días en que el protomártir de la Independencia Americana, don Pedro Domingo Murillo, diera el grito de emancipación en la entonces aldea de La Paz – había sido el escenario donde el mestizo sediento de libertad pagaría tal osadía con su vida, colgando del pescuezo, ante el horrorizado y consternado pueblo, a quien le dio sus ideales libertarios. Esa plaza – que hoy lleva su nombre – , en el día que estaba por finalizar, con los tañidos del reloj del Parlamento al marcar los tres cuartos de la hora antes de la medianoche, había vuelto a ser el escenario donde otra vez se representara una tragedia, y donde los principales actores también fueron los colgados. Pero, ya no cumpliendo un decreto de un rey, emperador o regidor, sino por la voluntad de un pueblo. Ya no por la osadía de enseñar al pueblo que nace libre y que no tiene más amos que el mismo pueblo, ni por predicar que el poder no es atributo de un solo hombre... Sino que esta vez se balancearon los colgados por quererle quitar al pueblo lo que el primer colgado en esta plaza le dio: ¡su libertad! Y el reloj de la torre del Parlamento, que se encuentra en esta plaza, marcaba los tres cuartos de la hora.

Tann... Tann... Tann...

Sólo faltaban quince minutos para la medianoche.

Dos hombres, con los cuellos de sus abrigos levantados y las alas de sus sombreros caídas, como queriendo ocultar sus rostros, y en compañía de un tercero que no tenía ni abrigo, ni sombrero, y con cuyos cabellos sueltos jugaba la fría brisa de la

noche, se apearon de una camioneta que los había transportado hasta ese triste paraje, donde parecía que la muerte era la anfitriona y las tinieblas su lúgubre mansión.

Los tres caminaban con paso firme y con los hombros rozándose unos con otros, como queriendo sentir algo de la vida en la fricción que se producía al andar juntos. El recorrido que hicieron no fue muy extenso desde donde estacionaron el vehículo y cruzaron a lo largo de la catedral, para detenerse a los pies de un poste situado delante del ala derecha del Palacio de Gobierno, y donde se balanceaba un colgado, que por la poca indumentaria que llevaba puesta y la intensa blancura de su cuerpo, parecía ser un muñequito de loza que a medio vestir y suspendido de una rústica sogá era el juguete del viento que poco a poco soplaba con mayor intensidad. Al ver al muerto danzarín alguien susurró: Oblitas.

Ninguno de los tres curiosos articuló otra palabra, y tan solamente se detuvieron frente a este macabro espectáculo por pocos segundos, al cabo de los cuales los tres – como obedeciendo a una orden militar – se dieron la vuelta al mismo tiempo y en religioso silencio cruzaron esta vez la calle hasta la calzada del centro de la plaza, y actuando cual sincronizados autómatas, detuvieron sus pasos al frente de otro poste de luz – éste quedaba en la misma línea de límite donde se juntan las paredes del Palacio de Gobierno y la Catedral – y del cual también pendía otra trágica figura de un hombre casi desnudo.

El silencio pareció ahondarse, si en algo se podía ahondar, y tan sólo uno de los tres hombres, uno de los que llevaba abrigo, pronunció en voz muy, muy baja: "Eguino", y el silencio regresó a envolver la trágica y angustiosa escena.

Delante de esta segunda e improvisada horca los espectadores nocturnos tampoco se detuvieron por mucho tiempo, pero quizá unos segundos más que en la anterior.

El movimiento que estos tres hombres – que parecían inspeccionar tan lúgubre espectáculo – hicieron para retirarse no fue tan simultáneo como el de antes, pues solamente se dieron la vuelta los dos individuos que iban arropados, quedándose el sin sombrero ni abrigo.

Su estadía ante el que en otro tiempo fuera un militar de alta graduación, y a quien él conociera, no duró mucho tiempo, pues con enérgico ademán se pasó la mano por un costado de la frente, como queriendo ahuyentar algún pensamiento turbador

que se le clavara entre ceja y ceja, y dio la vuelta para reunirse con sus compañeros, que ya regresaban a cruzar otra vez la calle, dirigiéndose a un tercer poste que se empotraba en el pavimento, más o menos frente a la puerta derecha de la Basílica de Nuestra Señora de La Paz.

La rapidez del hombre sin sombrero ni abrigo fue tal, que dio encuentro a sus amigos antes que éstos hubieran llegado a la otra vereda. La prueba fue que otra vez los tres hombres, y cual sincronizados autómatas, con los hombros pegados unos con otros, llegaron al tercer trágico poste que en las primeras horas de la tarde había servido de patíbulo para sancionar crímenes y abusos despiadados cometidos por la diminuta figura que en este momento pendía de él suspendido de su pescuezo y todavía con el cuerpo medio encogido y manchado de sangre que chorreara por la herida de un balazo que se le diera, para rematarlo, ya que el nudo corredizo que se le había puesto al cuello con el fin de apretárselo hasta que fuera asfixiado no había sido un instrumento que rindiera su máxima eficacia debido a que se trabó, por ser material muy barateo y ordinario el de la cuerda. Y una voz, de entre los tres, susurró: "Escobar"...

El silencio que reina a altas horas de la noche en un cementerio era una loca algarabía comparado con el que en este momento cubría este horrible pero significativo cuadro del acto de justicia propia que se hizo un pueblo...

En la plaza no había ser viviente, y hasta parecía que se podía escuchar el tic tac del reloj de la torre del Parlamento, que momentos antes había dejado oír su tañido al marcar los tres cuartos de la hora. ¿O tal vez ese ruido que se le atribuía al reloj serían los latidos del corazón de uno de los presentes? El ruido era el mismo... Pero, ¡qué más daba!..., pues lo que en ese momento se dejó notar como una brutal realidad, que hizo tornar la cabeza bruscamente a los dos individuos de abrigos y sombreros bien encasquetados hacia el tercero, fue el ruido que éste produjo al tragar una porción de saliva que tenía acumulada en la boca desde hacía varios minutos... Y otra vez las miradas se fijaron en el colgado, que parecía que a momentos cobraba vida y que agarrándose con las dos manos de la cuerda de la que pendía daba unas juguetonas patadas al poste para impulsar su cuerpo y así columpiarse de un lado para otro, cual travieso mico que divirtiera a la dominguera concurrencia de algún popular jardín zoológico.

Ninguno de los tres seres con vida que contemplaban a la fría efigie de la muerte podía apartar la vista de este hombrecillo, blanco y de ojos saltones, que parecía hipnotizarlos con sus movimientos de péndulo, producido ahora por un ventarrón que rápidamente era más fuerte, pues llegó un momento en que los tres hombres, que se encontraban parados a poca distancia del ensangrentado poste, seguían ya no solamente con los ojos el ir y venir del cuerpo colgado, sino que, conforme se acentuaba el movimiento de éste, los mirones meneaban íntegramente la cabeza, cual espectadores que según la trayectoria rápida de una pelota de tenis en un reñido partido de este deporte.

Un momento más que este horroroso espectáculo se prolongara, y el desenlace probable hubiera sido el desmayo de alguno de los tres hombres, desmayo producido por el mareo al no desprender la mirada del vaivén del cadáver colgado del poste que sirviera de patíbulo. Pero en este instante se descargó la tormenta que toda la tarde se había venido acumulando. Un rayo trazó su rúbrica sobre el negro pizarrón del cielo, seguido de un trueno que hizo retumbar su eco a lo lejos, y gruesas gotas de agua empezaron a caer, al mismo tiempo que el reloj de la torre del Parlamento marcaba la medianoche, y así lo anunciaba su ronca campana a la desvelada ciudad de La Paz.

Tann... Tann... Tann...

Los hombres de los abrigo con los cuellos vueltos para arriba y con las alas de los sombreros echadas para abajo, como queriendo cubrir sus rostros, corrieron a buscar refugio hasta la camioneta que los había conducido a ese lugar, pues el cielo comenzaba a desencadenar su retenida furia en la forma de un caudaloso chaparrón... El tercero, el hombre que no tenía ni abrigo ni sombrero, y cuya figura se podía definir bien en la poca luz de la noche, con sus cabellos sueltos que eran arremolinados por el viento, permanecía como si lo hubieran clavado en el suelo, pero con la mirada fija sobre el ya mojado y chorreante pedazo de carne humana que se balanceaba a capricho del vendaval, mientras los fulgores de los rayos que ahora vertiginosamente se sucedían le daban matices diabólicos, y solamente pronunció en voz muy queda pero acento firme:

– Capitán Escobar. La última vez que nos vimos... ¿Se acuerda?

Ni el furioso viento, ni el agua que caía a raudales lo conmovían, ni siquiera el fuerte tañido del reloj de la torre del Parlamento, que marcaba el fin del sanguinolento 27 de septiembre de 1946.

Tann... Tann... Tann...

El pensamiento de este hombre estaba lejos..., y sólo volvió a repetir maquinalmente:

– Capitán Escobar, la última vez que nos vimos... ¿Se acuerda?

2

...Y el pensamiento de este hombre estaba lejos, lejísimo... Lleno de recuerdos... ¿Recuerdos?... ¡Sí!... Ese espejo retrospectivo en el cual todo el pasado se puede abarcar de un solo vistazo. Razón por la que estos pensamientos de antaño, estos recuerdos, acudieron cual loco tropel de caballos desbocados a la mente del hombre sin sombrero ni abrigo cuando se hallaba de pie, como remachado en el suelo, frente al farol donde colgaba el cuerpo del que fuera en días pasados y de triste memoria el capitán José Escobar, jefe de la Policía de la ciudad de La Paz.

Los recuerdos que golpeaban las paredes de la mente del hombre que contemplaba esta fantasmagórica estampa debieron haberlo alejado tanto, que parecía no hallarse presente, puesto que no sentía el viento que azotaba su descubierta cara, o la lluvia que, habiéndose convertido en torrencial tormenta, lo calaba hasta los huesos. Este absorto espectador seguía inmóvil frente al pedestal metálico que hacía las veces de horca, con la vista clavada en el guiñapo que pendía por una cuerda de uno de los brazos de los cuatro focos que se encontraban encendidos, y cuyas luces eran tan débiles que asemejaban los cirios que se utilizan en los velorios. Pero sus ojos no veían ese horroroso y triste conjunto. Parecía que no veían nada en absoluto, pues estaban fijos sobre el cadáver, sin verlo.

Sus oídos tampoco escuchaban el crujir de los arbolillos sacudidos por el fuerte viento, ni el ruido del agua de la lluvia al golpear sobre el pavimento, y que, por la enorme cantidad, ya corría como un pequeño torrente por las cunetas de la calle, pues sus oídos sólo escuchaban los tañidos lúgubres de un reloj al anunciar la me-

dianoche... Oía... Claro... Clarísimo... Oía los golpes de un badajo al dar en la campana las doce. Pero era el sonido de la campana de un pequeño reloj. De un reloj que estaba colgado en la pared de una oficina, que al tiempo de servir como despacho al secretario del Regimiento "Calama", del cuerpo de carabineros, también hacía las veces de sala de espera para ingresar al escritorio del comandante de la mencionada unidad.

"Tres... Cuatro"... Contaba Luis, que se hallaba sentado frente a la pared donde se encontraba suspendido el relojito de líneas modernas y que funcionaba eléctricamente, contrastando así con todos los muebles de diseño antiguo y calamitoso estado de deterioro que amueblan la pieza.

"Cinco... Seis"... El reloj estaba anunciando con doce notas de su carillón la llegada de la medianoche del 15 de agosto de 1944.

"Siete... Ocho"...

Inconscientemente este hombre – que como única indumentaria llevaba un pantalón gris y una camisa del mismo color, y en cuyo rostro se podían ver las huellas de un cansancio tremendo por la falta de sueño de innumerables horas – contaba los golpes de la campana del reloj.

"Nueve... Diez"... Luis seguía contando las campanadas del pequeño reloj, y sin notar había subido el tono de su voz, y cuando llegó a los "diez" un sargento de carabineros que se encontraba parado en el umbral de una puerta – que daba a un corredor de una obscuridad lóbrega, y por donde pocos minutos antes habían entrado – susurró:

– "Chist... Chist"... – al mismo tiempo que abriéndose la puerta del despacho del Comandante entró un río de luz que por un momento hizo cerrar los ojos tanto a Luis como a los soldados armados que flanqueaban a éste.

– "Tráiganlo"... – fue la escueta orden que se dejó escuchar del otro cuarto.

La voz podía haber sido de cualquiera, pues en ese momento el prisionero no la había escuchado, y después de pasar unos segundos en sepulcral silencio el sargento que estaba a cargo de la guardia fue el primero en reaccionar, empujando fuertemente al custodiado hacia la puerta por la que penetraban los deslumbrantes rayos de luz eléctrica. El empujón fue tan brusco, que la entrada del hombre vestido

de gris a la habitación contigua fue en absoluto carente de las ceremonias que las circunstancias exigían.

Cuatro potentísimas lámparas de escritorio, enfocadas a la puerta, hacían materialmente imposible el ver cuántas personas se encontraban en esa boca de lobo que era la pieza, y por supuesto aún más imposible el identificar a quienes se encontraban presentes. "¿Dónde estaban?... ¿Cuántas eran?... ¿Quiénes eran?"... Fueron las preguntas que rápidamente fustigaron la mente del hombre que todavía no podía recuperar completamente su equilibrio y que se tambaleaba de un lado al otro, pero fueron preguntas que no tuvieron respuesta alguna. Simplemente fueron preguntas arrojadas a un pozo negro y sin fondo que en ese momento era la mente de este hombre.

Por fin, después de estabilizar sus pies sobre el suelo, el hombre, cuya entrada fue tan tragicómica, levantó su agachada cabeza, y haciendo girar los ojos de derecha a izquierda y luego volcando la cabeza íntegramente de un lado para otro, hacía esfuerzos inauditos por romper esa cortina de oscuridad que tenía detrás de las lámparas. Eso es, entre su persona y... El "y" era todavía el factor desconocido que seguía atormentando sus cinco sentidos, pues hasta este momento todo parecía ser una jugarreta de las que acostumbran a hacer en colegio al novato, que tiene que pagar con sustos y sinsabores su iniciación. Pero en este caso los días de colegio ya solamente eran un lejano recuerdo, y ahora existía también el misterio. Su cerebro era un rompecabezas al que no acertaba a poner dos piezas en su lugar, o por lo menos encontrar la que servía de base o llave. Este juego duró por varios minutos. Luis se sintió aplastado por el silencio ominoso, que hacía más espesa la oscuridad detrás de las lámparas que encandilaban sus ojos. Al fin el abrumador silencio fue súbitamente roto por un vozarrón aguardentoso, que exclamó:

"Bueno... Bueno, empecemos, pues estoy muy apurado y hay que terminar esto rápido".

Inmediatamente Luis fijó la vista en ese punto, guiado por el sonido de la voz, pero por más esfuerzos que hizo no pudo ni siquiera vislumbrar levemente la figura del poseedor de semejante voz tan bronca.

Enseguida rompió otra vez ese silencio, que ponía los pelos y los nervios de punta, una voz tranquila y serena, que si no hubiera tenido un tono medio aflautado, se la podía clasificar de agradable, y cuyo dueño parecía hacer gala de éste su don.

"Que el secretario lea los cargos pendientes contra el sindicato", dijo.

El sindicato pareció reconocer el timbre de esa voz. La había escuchado en varias ocasiones, pero las circunstancias raras en que se encontraba y el efecto desconcertante que le producían las luces enfocadas sobre su rostro, y sobre todo por el miedo que poco a poco trepaba por su columna vertebral, enfriando su cerebro petrificándolo, no pudo individualizarla ni recordar dónde la había oído antes.

Se produjo un ruido de papeles y un chirrido, como si una silla fuera empujada en el acto que hace una persona para ponerse de pie cuando se halla sentada, y por último el encenderse de una linterna de bolsillo, y cuyo haz de luz se podía ver con nitidez al chocar éste contra unos papeles que se encontraban desparramados sobre una enorme mesa. Al captar estos detalles el acusado recién pudo darse una leve idea del cuadro negro ante el que se encontraba, y lo único que se podía ver – aunque muy borrosamente – era que, a los tres costados de ésta había personas sentadas. Lo que no se podía precisar era cuántas o quiénes eran. Pero ahora el preso por lo menos tenía algo de donde su mirada se agarrara en ese mar de tinieblas.

El que ejercía el cargo de secretario, después de aclarar su voz con una estudiada tosecilla, empezó:

– "A Luis Adrián se le acusa de haber actuado contra los intereses de la patria, al haber intervenido..." Las palabras que siguieron no se las pudo escuchar, ya que el poseedor de la voz aguardentosa, que había sido el primero en hablar, fue víctima de un ataque de tos tan fuerte, que a momentos parecía que escupiría sus desgastados pulmones sobre el ya asqueroso piso. El acceso le duró por varios segundos, tiempo en el que el secretario siguió con su letanía de acusaciones. Cuando la ráfaga de tos dejó de hacerse escuchar, recién se pudo oír otra vez la melosa voz del que estaba dando lectura a los cargos que pesaban sobre el infeliz mortal, que hasta ese momento no sabía de qué se trataba. ..." – bandido de Hochschild... Por lo tanto la pena se somete a votación"...

El acusado – porque ya era acusado – , desde que había empezado este acto no había movido ni siquiera un músculo. Parecía que la fuerza de las circunstancias y

los acontecimientos novelescos por los que estaba pasando y el ambiente melodramático lo hubieran momificado y remachado en el suelo que pisaba, y que una figura esculpida en roca probablemente demostraría más vida. Pero en cambio su mente trabajaba con febril rapidez, captaba, creaba o modelaba una idea, cualquier idea, para luego destrozarla al desecharla como absurda o fantástica. Una sucedía a otra. Esa cabeza era un almacén, donde locamente y en un tiempo récord se abarrotaban las ideas y las teorías, y no bien habían tomado algún cuerpo eran rotas o mutiladas por el sano razonamiento que acudía con excitante rapidez en ayuda del desesperado hombre que batallaba entre la locura y el sano juicio.

La incompreensión de todo lo que pasaba a su alrededor era desesperante. El tormento de escuchar incoherencias de labios que se modelaban en taradas curvas sólo por espetar iniquidades y falsedades, era como el soportar la presión de prensas hidráulicas sobre las sienes que ya, rebasando el límite del aguante humano, parecían listas a ceder de un momento a otro en favor del desconcierto... El "Por qué"... "Por qué". De todo esto, de todo lo que en este momento le sucedía a él, ese ¿por qué? que crecía a cada momento más y más y golpeaba las paredes del cráneo de esta estatua – pues no daba señales de un ser humano – no encontraba contestación alguna... ¿Por qué?... ¿POR QUE?... Y siempre por qué!, como un martillero de pesadilla.

– "Procédase a la votación". Fueron las palabras, que al escucharlas lo sacaron de ese terrible laberinto mental en el que a cada momento se extrañaba más.

El primer signo de vida lo dio al sacudir la cabeza y parpadear varias veces.

La ahora inconfundible voz del secretario se dejó escuchar otra vez:

" – Dése comienzo a la votación" – fue todo lo que dijo.

Un silencio tan profundo ocupó en el recinto, que Luis sabía exactamente que la votación sería verbal y por qué lado comenzaría, pues había escuchado la inhalación de aire que se hace cuando alguien se dispone a hablar, y efectivamente la voz vino del lado derecho, del que de pie soportaba la "mise en scène", que hacía pensar en una comedia ridícula o en las truculencias inverosímiles de una mala novela policial.

– "La pena de muerte" – dijo la primera voz en votar, y a ésta siguieron otras.

– "Muerte"...

– "La pena de muerte".

¡Muerte!...¡Muerte!...¡Muerte!... Fue todo lo que se escuchó. Parecía que hasta las paredes devolvían el eco "muerte", y que hasta los muebles y los relojes y los tinteros y todo repetía la sentencia: "Muerte". ¡Muerte! ¡Muerte!...

Cinco personas, pues cinco fueron los votos. Cinco personas desconocidas para el acusado lo habían sentenciado a muerte. Cinco personas que se ocultaron detrás de una cortina de rayos de luz eléctrica habían mandado leerle una lista de culpas. Lista que no se pudo ni escuchar, y por supuesto ni adivinar de lo que se trataba, salvo el final de la votación, que por unanimidad se había impuesto la pena capital. La pena máxima, la de muerte.

Súbitamente en el entendimiento del condenado se trazaron culebreantes brochazos de luces y colores que tomaban formas grotescas, sin poder definir cómo eran ni qué los producía, pero cada uno de los caracteres que se movían y saltaban de un lado al otro del cerebro de Luis deletreaban la palabra "muerte"... Así taladrándole, como para meterle entre sus parietales lo que había escuchado y que tardaba tanto en comprender.

Una sonrisa que gradualmente fue delatándose y terminó en sonora carcajada – nervios, probablemente – brotó de los labios de este hombre que parecía ser el juguete que tomaron para divertirse en un momento de aburrimiento unos cuantos enfermos del alma y la mente.

Una voz fuerte y bien timbrada, que salió del centro de la mesa, le recordó. "¡No ría, desgraciado! Por haber salvado al judío serás fusilado al amanecer... Y ahora retírenlo"...

Parecía que un abismo hondo y negro se hubiera abierto a los pies del condenado a muerte, que al escuchar su sentencia y comprenderla involuntariamente tambaleó, y como haciendo un enorme esfuerzo para no caer dentro de la boca hambrienta en que bostezaba la muerte, dio un pequeño salto, tropezando con la mesa que tenía delante. El golpe no fue fuerte, pero lo suficiente como para derribar una de las lámparas que servían como reflectores, y que al caer al suelo barrió con su pincel de luz la oscuridad, y en su luminosa trayectoria, por espacio de una fracción de segundo, lamió la faz del conductor del tribunal. El hombre que había dictado una sentencia de muerte con la misma sangre fría del que saluda en la calle a un cortés desconocido. El hombre cuya actuación en ese instante era más tenebrosa que la

impenetrable negrura de la habitación que había sido cómplice de un puñado de hombres que sobrestimando sus diminutas estaturas de vulgares mortales sobre la tierra, y tomándose atributos de seres superiores, blandían la ley como garrote asesino en sus manos.

Los rayos de luz que pasaron corriendo por encima del rostro del presidente del siniestro tribunal, conjuntamente con el ruido que hizo el foco de la luz eléctrica al romperse cuando cayó al suelo, trajeron a Luis a la realidad del momento. Realidad que era otra, pues la pincelada de luz que pasó sobre la cara del hombre que en un momento dado se había convertido en juez por sólo su propia voluntad no era la luz proyectada por una lámpara que caía de encima de una mesa, ni el estallido que se escuchó fue producido por un foco que se rompe contra el piso. La luz se convirtió en el zigzaguear de un relámpago que con su brillante fogonazo alumbró por un instante un rostro humano sobre la tierra, y la explosión se fue prolongando hasta convertirse en el retumbar del trueno que desata su furia... Pero el rostro del hombre, que en una época distante se había atribuido funciones superiores a su condición de simple mortal, era la misma, con la sola diferencia que ya no se encontraba tan erguida y orgullosa sobre los hombros de su dueño pronunciando una sentencia despiadada. Ahora pendía doblada, caída sobre un lado del cuerpo de su amo, cual diminuta pelota de trapo que ha sido muy pateada, y sobre cuya machucada superficie se destacaban los ojos oscuros que en su último momento de vida debieron haber visto espantados cabalgar a la muerte, arrastrando tras la grupa de su apocalíptico corcel los torturados cuerpos de las que fueron sus víctimas en tiempos no muy lejanos...

Y el hombre sin sombrero ni abrigo que se había quedado como clavado al suelo frente a un poste que servía de patíbulo, mirando sin ver, escuchando sin oír, se retiró al insistente llamado de sus amigos – ya cobijados en la cabina de una camioneta – , todavía mascullando entre dientes que castañeteaban por el intenso frío que ahora envolvía a los colgados como único e improvisado sudario:

– Capitán Escobar... La última vez que nos vimos... ¿Se acuerda?...

La lluvia era tan fuerte, que la visibilidad del conductor de la camioneta por momentos se tornaba casi nula, pues parecía que conforme se avanzaba la muralla de agua se hacía más densa, y para mal de males algo pasó con el mecanismo del limpiaparabrisas, que después de chirriar un poco sus movimientos fueron volviéndose más lentos, hasta que llegó un momento en que se paralizaron totalmente, haciéndose entonces imposible ver el camino aun a corta distancia.

– Bueno... – exclamó el conductor con un tono pesado, al mismo tiempo que maniobraba para detener el vehículo pegándolo a la calzada – . Parece que estamos condenados a esperar hasta que este chaparrón despeje un poco.

Por varios minutos ninguno de los ocupantes de la cabina habló. Los tres prestaban toda su atención a la lluvia que tecleaba sobre el acerado techo del vehículo.

– ¿Y cómo fue realmente el asunto Hochschild? Parece que este Escobar andaba mezclado en eso, ¿no? – dijo el conductor, rompiendo así la monótona melopea de la lluvia.

Pasó otro tiempo bastante largo sin que nadie contestara su pregunta, la que sin duda alguna estaba dirigida a Luis, que, sentado al otro extremo, con la cabeza pegada al vidrio de la ventanilla, dejaba que su mirada vagara en la oscuridad de la noche.

– Pero oye, Lucho, ¿qué te pasa? Te preguntaron algo, y ni siquiera escuchaste – dijo el amigo sentado entre el conductor y el aludido.

– Oh, perdón. Estaba tan lejos... – se excusó, agregando después – : ¿Me hablabas del caso Hochschild, Rafael?

– Sí, hombre – contestó Rafael Salvatierra, gerente del diario en que trabajaban juntos.

– ¿Cómo fue todo este asunto? Tengo entendido, según lo que la otra noche escuché en la redacción de "La Noche", que hasta te condenaron a muerte y salvaste el pellejo por un pelo...

– Verdad... Así fue. Sólo un milagro que se produjo en unos minutos me permite estar hablando hoy con ustedes – terminó diciendo Luis.

– ¡Oye, Lázaro! – terció burlonamente Alberto Valdez, el tercer hombre que se encontraba en la camioneta, joven colega y compañero de trabajo – . A ver, cuenta la historia de tu regreso del otro mundo...

Transcurrieron unos segundos, en los que se oyó solamente el ruido que producía la lluvia. Después, Luis dijo:

– Escucha, Alberto, jamás hablé de este asunto por muchos motivos, pero para explicarte el milagro que salvó mi vida tendría que remontarme hasta muy lejos.

– Y bueno, mientras esperamos que amaine el temporal, cuéntanos algo – agregó Salvatierra, que en ese momento encendía un cigarrillo, ofreciendo otros a sus amigos.

– Cuenta – insistió Alberto – . Cuenta cómo te condenaron a muerte.

Una sombra nubló el rostro del narrador al evocar los sucesos que ese día habían actualizado los tumultos populares que culminaron con el ajusticiamiento de Escobar y Eguino, que habían sido personajes de alto relieve en la tragicomedia del secuestro del millonario Hochschild y su gerente Adolfo Blum.

Pensaba que ayer nomás los cuerpos que en ese momento pendían de dos faroles... habían sido miembros del jurado que lo condenara a muerte sin razón alguna, de la que salvó milagrosamente, y también los principales actores de un delito que avergonzó al país: el secuestro del millonario Hochschild.

– Les contaré, o mejor dicho, los llevaré en mi relato y viviremos de nuevo esos días, de angustia y de excitación, tal cual los viví yo. Para eso retrocederemos hasta una mañana de brillante sol... Un lunes 31 de julio de 1944...

4

Media jornada de trabajo ya había transcurrido, pero para Luis y el amigo que lo acompañaba a caminar por el Prado era prácticamente el amanecer, pues no hacía ni media hora que había abandonado el lecho y unos pocos minutos que daba la cara al brillante sol, ya que el puesto que en la actualidad desempeñaba no reconocía los horarios "standard" de trabajo, de ahí que el amanecer para él era cuando se levantaba y el anochecer cuando se acostaba, pues desde que era director del De-

partamento de Investigaciones tenía todo su tiempo absorbido por sus funciones cotidianas, y para no sentir la rebeldía de la normalidad de un horario común había resuelto abandonar el hábito de usar reloj, resolución que en un cercano futuro le daría muchos dolores de cabeza, pero que también en su debido momento se la salvaría.

El Prado es un paseo, a pesar de que en la actualidad se llama Avenida 16 de julio, ubicado en el centro de la ciudad, donde, terminada la zona comercial, comienza la residencial. Tiene cinco cuadras de largo y treinta metros de ancho.

Los domingos en la mañana, al son de una banda militar, la gente, que acude ataviada con sus mejores vestidos, se dedica al arduo trabajo de caminar en un sentido y en el otro, sin ningún norte definido. Y los días ordinarios pasa exactamente lo mismo, con las dos únicas diferencias de que no hay banda y que los trajes no son tan llamativos y lujosos. En estos días se podría afirmar que cuando el sol está en su cenit es el lugar de cita preferida, ya que es el paso obligado entre la oficina y el hogar de casi la mayoría de los paceños.

Al Prado se le podría dar – y sin temor de cometer una exageración – el calificativo de: "El pulso de la ciudad". De esa ciudad que se encuentra colgada de unos picos que sobresalen de los colosos de la naturaleza. La cordillera de los Andes y la cordillera Real, así formando el famoso "plateau" altiplánico.

Todo, absolutamente todo lo que pasa en esta urbe tan pegada al cielo se comenta en el Prado. Es el lugar donde se gestan las revoluciones o donde se empieza a conspirar, y también es donde se fraguan las contrarrevoluciones. Es el sitio donde se arreglan las finanzas del país, o por lo menos donde se las discute. Ahí es donde se tejen todas las grandes ilusiones y donde se comentan todos los amoríos, lícito o no, y también es la arena donde en las lides amorosas se rompen los corazones, los noviazgos y hasta los matrimonios.

5

Esa mañana malos vientos soplaban en el Prado. Había algo que enervaba a la gente, y que todo el mundo presentía, sin acertar a concretar qué es lo que era. Algo

que inquietaba los diferentes grupos, que por lo general se distinguían en su parsimonia para discutir los problemas del día, hoy los comentaban con una pasión que pasaba de los límites de la buena educación, pues había momentos en que las voces subían de tono tanto que se las podía escuchar a varios metros de distancia, y cuando ésta era mayor y no se las oía, por la manera de accionar se podía suponer que trataban de algo muy apasionante... Parecía que esa mañana, en este oasis espiritual, algún genio maligno se entretenía echando malos consejos en algunos oídos y malas interpretaciones en otros.

Luis, que hasta este momento no había leído la prensa matutina, llamó a un canillita que pasaba corriendo por la vereda de enfrente. Los periódicos que éste llevaba debajo del brazo izquierdo eran pocos, pues ya casi terminaba su trabajo, que había iniciado muy de madrugada.

– ¿"La Razón", "El Diario", señor? – dijo éste con su peculiar acento medio atropellado y gangoso.

– Los dos – pidió, y con esa paz de espíritu que da una conciencia tranquila a un reparador sueño de ocho horas, Luis, antes de abrir los periódicos tomó asiento en un banco de madera, y recién después de arrellanarse como si se encontrara en un mullido sillón, empezó a ojear la prensa, y casi al instante se dirigió a su compañero.

– Jaime, toma – le dijo al mismo tiempo que le entregaba el otro diario.

– Busca en la central, qué es lo que dice de Hochschild.

Pues en los corrillos del Prado habían escuchado la noticia que el millonario minero Mauricio Hochschild y un alto empleado de su firma habían desaparecido misteriosamente la tarde del día anterior en La Paz.

La noticia que buscaba con tanta ansiedad no existía, y por lo tanto Adrián y su amigo sólo pudieron recoger dimes y diretes que corrían de boca en boca en el sentido de la desaparición de un "Barón del estaño boliviano".

Más tarde los rumores que empezaron a batir alas esa mañana en el Prado tomaron un cuerpo concreto. Hochschild y Blum habían desaparecido en forma inexplicable, y por eso el resto de ese día el director del Departamento Nacional de Investigaciones se la había pasado en su despacho. Esperaba una llamada urgente.

El Departamento Nacional de Investigaciones era una entidad apolítica, creada con el fin de colaborar a las Naciones Unidas en la cruenta guerra que en ese entonces sostenían contra las fuerzas de la opresión nazi – fascista. El director era boliviano, y los cuatro técnicos que le colaboraban y dictaban cursos especiales a unos treinta jóvenes eran miembros prominentes del famoso "Federal Bureau of Investigation", de Washington D. C., y los discípulos ya habían tenido su prueba de capacidad, pues se habían descubierto a nazistas que traficaban con la buena voluntad de los bolivianos para mandar informes concernientes a los países en guerra y sus más directos colaboradores, como resultaba Bolivia, ya que era la única nación que en ese crítico momento proveía a los EE.UU. de estaño. Por eso todas las precauciones que se tomaron para evitar algún sabotaje o intromisión en la producción eran necesarias.

Los minutos pasaban, y luego las horas se sumaban, pero el teléfono mantenía su mutismo. Mientras tanto el director del DNI, en reunión con los técnicos extranjeros y el secretario, hombre de confianza de la Dirección, hacían toda clase de conjeturas sobre la desaparición de Hochschild y Blum, las opiniones estaban totalmente divididas. Unos afirmaban que sería un secuestro llevado a cabo por avezados bandoleros para pedir una fuerte suma por el rescate, mientras los otros aseguraban que simplemente sería una captura o arresto por algún móvil político.

Toda esa tarde pasó con enervante lentitud, pues los segundos tenían trazas de minutos y los minutos de horas, y las horas se convertían en horrorosos días de sesenta horas! Y el teléfono persistía en no romper su silencio... Llegó las ocho de la noche, y la reunión, que en las primeras horas de la tarde había sido tan animada, se disolvió. Luis fue el único en quedarse, pensando que la creencia de que la Presidencia de la República ordenara a su unidad hacerse cargo de la búsqueda del paradero del doctor Hochschild y del doctor Blum no se haría efectiva, pues ya era bastante tarde y no había ninguna orden a este respecto.

El director del DNI se levantó lentamente de su sillón, como si arrastrara un peso enorme y después de asegurarse que los cajones del escritorio estaban bien cerrados y de apagar las luces de las lámparas, golpeando la puerta de su oficina tras de sí bajó los escalones que daban a la calle, y con el cuello de su abrigo vuelto para arriba y con marcha lenta se perdió en la oscuridad de la noche.

6

El sargento de guardia en la prevención, del Palacio de Gobierno, por medio de un teléfono interno se comunicaba con las oficinas de la Secretaría Privada del presidente de la República.

– Habla el sargento de guardia. El señor Luis Adrián desea ver al señor secretario... Un intervalo aun más largo que los anteriores sucedió a las últimas palabras del sargento de guardia.

– Sí, señor... Sí... Sí...

Y colgando el tubo, indicó al representante del Departamento Nacional de Investigaciones que podía ingresar.

Con la ansiedad y los nervios que sentía, de dos trancos franqueó la puerta de hojas de vaivén que separaba los cuartos de la guardia y prevención del hall principal, y una vez dentro no demoró si no pocos minutos en subir la ancha escalera e ingresar a la oficina del doctor Hugo Salmón, secretario privado del presidente Villarroel.

– ¿Quién te persigue? – fueron las palabras de recibimiento que pronunció un hombre flaco y largo, vestido de negro, color que hacía juego con su crespísima cabellera.

– Mi conciencia – fue la respuesta de Adrián, y añadió – : ¿Dice que me mandaron a buscar temprano?

– Sí.

– Me atrasé... Anoche no pude dormir, dándole vueltas al asunto de los desaparecidos.

La mención de los desaparecidos pareció dar algún interés en la charla que se iniciaba tan penosamente.

– Justamente por eso te llamamos. ¿Qué opinas?

– ¿Y tú?

Y otro momento de silencio fue el producto de esas palabras que cruzaron los dos hombres cuya preocupación era la misma.

– El Mayor (refiriéndose al Presidente) quiere que tu Departamento investigue esto – volvió a hablar Hugo Salmón.

– Ya me lo figuraba.

– Pero la cosa se tiene que hacer con mucha discreción, pues no se sabe de lo qué se trata, ni quiénes están de por medio. – Hizo esta advertencia el secretario de S.E.

– No me refería a eso. Sino que tendré que consultar con los técnicos de la oficina... Tú sabes cómo son – aclaró Adrián.

– Está bien, pero te ruego regresar rápido, porque el Presidente está de un humor... y quiere verte con urgencia.

Y sin decir ni una palabra más, Luis salió de la oficina de la Secretaría Privada de la Presidencia, mientras el doctor Hugo Salmón, sin haber movido un músculo de su cuerpo, excepto los necesarios para hablar, volvía a su trabajo de escoger y marcar escritos y esquelas con un lápiz rojo.

7

Escasamente pasarían los treinta minutos, cuando en la Secretaría de Palacio el director del D.N.I. volvió a ser anunciado, pero acompañado de un señor Dean.

Ahora la espera en la prevención de la Guardia no fue larga, ya que casi inmediatamente los hicieron pasar, sin necesidad de efectuar consultas.

Esta vez, el secretario privado de su Excelencia se mostró más animado. Se levantó y cruzando la enorme habitación extendió la mano cordialmente.

– ¿How are you?

– Muy bien, ¿y usted? – respondió el norteamericano en español.

– Progresas usted notablemente en el castellano, Mr. Dean.

– Y usted maravillosamente con el inglés, doctor Salmón.

– Creo que ya tenemos bastante cumplidos – terció Luis Adrián, y añadió – : Explica a mister Dean el motivo por el cual hemos sido citados.

– El mayor Villarroel quiere hablar con ustedes. – Y el secretario de su excelencia se dirigió al despacho del presidente, agregando cuando estaba por franquear la puerta – : ¿Me disculpan un momento?

Reapareció pocos minutos después, diciendo:

– Pasen.

El gabinete de trabajo del presidente provisorio de la República de Bolivia, mayor Gualberto Villarroel, estaba un poco oscuro, porque a pesar de ser las once y media de la mañana y brillar un espléndido sol las gruesas cortinas de color ladrillo opaco estaban corridas y una lámpara del escritorio alumbraba el recinto.

Buenos días... Disculpen la luz, pero tengo los ojos muy irritados. Tomen asiento – fueron las palabras con que el Presidente recibió a los recién llegados.

Por la manera de hablar y la agitación de sus movimientos, se notaba que el Presidente se encontraba muy nervioso y se podía afirmar casi con seguridad que había pasado la noche entera en su escritorio, pues no solamente tenía los ojos irritados, sino que las líneas de su faz corrían más profundas que de costumbre y sus párpados se encontraban hinchados. Demostrando todos los síntomas de haber pasado una noche en vela.

– Por supuesto, saben... para lo que los he llamado – preguntó Villarroel dando una semivuelta y empuñando la mano derecha golpeaba la palma de la izquierda, como para acentuar cada palabra. Y en forma de un exabrupto, dijo – : El asunto de Hochschild es sumamente delicado. – Y volviendo otra vez la espalda prosiguió, sin mirar a sus oyentes – : En el Departamento deben dejar todo lo que tengan pendiente y encontrar a Hochschild y Blum... Es imposible que se pierdan... Es imposible que la tierra se los hubiera tragado... ¡Es imposible que se pierdan! – Terminó la frase con los dientes apretados, y después de un momento, volviendo a tomar alientos, pues había hablado de un solo tirón, prosiguió – : La policía también está investigando este asunto, por eso es que ustedes tienen que trabajar con mucha cautela, pues no quiero ningún tropiezo... ¿Me entienden? ¿No es cierto?

– Sí, Presidente. – Fue Dean el que habló. – Pero nosotros, eso es los americanos que colaboramos en el Departamento, para intervenir en un caso como este que no tiene nada que ver con las actividades de la guerra actual, tenemos que pedir un

permiso especial a la Jefatura en Washington. Eso es lo que me pidió que le dijera el señor Hubber, nuestro jefe.

– Comprendo, señor, pero la cosa es muy urgente... Muy, muy urgente – insistió Villarroel.

– Lo comprendo, excelencia.

– Entonces hagan la consulta de inmediato, cablegráficamente. – Fue una insinuación con visos de orden la que emitió Villarroel.

Y sin esperar ni decir más, el Presidente llamó a su secretario y despidió a sus visitantes.

Una vez fuera del despacho presidencial, Salmón habló:

– Pasó toda la noche trabajando y este asunto de Hochschild lo tiene fuera de quicio.

Dio esta explicación al ver la cara de los dos investigadores, que mostraban estupor por la manera como se había comportado el Presidente, a quien se le conocía como hombre sereno y de aplomo.

8

Dos hombres que caminaban en profundo silencio, salieron del PALACIO QUEMADO. La entrevista que habían tenido con el primer mandatario de la República los había dejado confusos, pues si bien Villarroel había sido absolutamente claro en sus palabras, existía en el fondo una nebulosa que también ellos habían podido captar, pero sin poder acertar a ciencia cierta lo que era...

Desde que habían dejado el despacho presidencial no cruzaron palabra alguna, y así se dirigieron hasta el automóvil de Dean. El coche empezó a deslizarse hacia la parte baja de la ciudad, y en pocos minutos estaba corriendo velozmente por el camino asfaltado que une la ciudad de La Paz con Obrajes. Se dirigían al lugar de donde habían desaparecido los dos personajes.

El reloj del tablero del moderno automóvil que guiaba el agente de la F.B.I. marcaba las doce de la mañana, cuando éste, pisando el pedal del freno, hizo que el carro se detuviera al llegar a una bocacalle.

– ¿Este es el lugar? – mister Dean consultó, cuando Luis finalizaba la lectura en voz alta y lenta de un suelto de "La Razón" de ese día que decía:

"EL MINISTRO DE GOBIERNO HACE DECLARACIONES SOBRE LA DESAPARICION DEL SR. M. HOCHSCHILD"

"Anoche, en el Palacio de Gobierno, entrevistamos al ministro de Gobierno, teniente coronel Alfredo Pacheco, quien nos formuló las siguientes declaraciones: "

" – La policía, en el momento actual, despliega toda actividad para descubrir el paradero del señor Mauricio Hochschild."

"Lo único que puedo afirmar a ustedes – añadió el ministro de Gobierno – es que el sábado sostuve una larga conferencia con el señor Hochschild en mi oficina, conferencia que se prolongó desde las 18 hasta las 20.30. Se desarrolló dentro de la mayor cordialidad, y el señor Hochschild me manifestó entonces que prestaba su más alta colaboración a la causa de la revolución, por ser uno de los más grandes contribuyentes del Estado."

"Como sospechaba que el señor Hochschild – continuó – iba a retirar sus intereses de Bolivia, le pregunté sobre este punto, habiéndome respondido textualmente: "Es falso, por el contrario, traeré mayores capitales para intensificar la agricultura y la minería en Bolivia". Con esta respuesta le manifesté al señor Hochschild que le otorgaba las más amplias seguridades y en presencia de él ordené al capitán Escobar le entregara sus pasaportes."

"A las 15 del día domingo – nos dijo – recibió del jefe de Policía, capitán Escobar, sus pasaportes. Según sabemos por otros medios, el señor Hochschild se dirigió al Consulado de Chile con objeto de tener la visación respectiva."

"Lo misterioso – concluyó el teniente coronel Pacheco – es que el secuestro se produjo de día: pues el automóvil del señor Hochschild se vio desde esa hora frente al Consulado de Chile. Desde ese momento nada más sabemos".

"Agradecemos al señor ministro de Gobierno por habernos proporcionado estas declaraciones y lo dejamos conversando con el canciller de la República y el ministro de Economía."

– Sí – contestó éste mirando un poco a su alrededor, y abriendo la puerta del vehículo descendió – . Esta es la casa del cónsul de Chile, señor Suárez – agregó, mostrando con un ademán una casa construida al lado izquierdo de la avenida y a cuya reja de entrada se llegaba subiendo una empinada cuesta de unos sesenta metros de largo.

– Entonces, ahora estamos en el terreno... – dijo Dean, tan bajo que parecía estar hablándose a sí mismo.

9

Efectivamente, se encontraban ahora sobre el terreno. El mudo testigo de la desaparición del millonario minero y de su amigo. Desaparición que al pasar las horas iba adquiriendo diferentes tonalidades dentro del comentario no solamente nacional, sino internacional, ya que la personalidad del señor Hochschild en Bolivia era conforme la describe el señor Javier Paz Campero, ilustre escritor nacional, en un artículo aparecido en esos días en el principal rotativo boliviano "La Razón".

"LO QUE ES HOCHSCHILD EN BOLIVIA

"Personas inescrupulosas han hecho sistemática difamación de don Mauricio Hochschild, presentándolo al pueblo como explotador de los trabajadores y defraudador del Estado. La campaña produjo su efecto, pues aun personas bien intencionadas cayeron en engaño, no habiéndose hecho nada para desvirtuar tan tendenciosa propaganda."

"Lo cierto es que Hochschild jamás defraudó suma al fisco y en sus relaciones con empleados y obreros procuró siempre mejorar su condición. No sólo esto. De justicia es de conocer y destacar que contribuye de modo eficaz al progreso y bienestar de Bolivia."

"Su desaparición, después del infame atraco de que ha sido víctima, puede tener el alcance de una catástrofe nacional, que los hombres patriotas, los ciudadanos cons-

cientes y honrados, deben evitar, secundando el noble empeño de las asociaciones de beneficencia.”

“Y ahora comienzo a decir la verdad sobre Hochschild, sin preocuparme las consecuencias de esta actitud, porque considero ser ella un imperativo cívico. Desde niño luchó cara a cara con la adversidad, buscando el sustento y el saber en las tierras más alejadas del globo. Trabajó en Alemania, Australia, Rusia, Estados Unidos, y este doctor en la filosofía, al mismo tiempo ingeniero, fue gran organizador de negocios. En Chile, Perú, Brasil, Argentina, encuentra amigos que lo acogen con cariño. Ha amasado ya una gran fortuna y puede vivir tranquilo, lleno de comodidades y consideraciones allí donde él escoja. Pero a los oídos del infatigable luchador llega la leyenda de los Andes Bolivianos, y aunque muchos le dicen ser fábula y nada más la mesa de plata con “pies de oro”, sube a las cumbres nevadas en busca de nuevas aventuras.”

“Encuentra las minas en completa decadencia, agotadas ya las que tuvieron fama. No se desalienta, y con decisión genial pone otra vez en marcha a los mineros del Cerro Rico Huanchaca, San José. En Potosí, Pulacayo, Oruro, seca socavones inundados, abre extensas galerías, escudriña los altos de la tierra y donde menos se esperaba descubre vetas y filones. Si obtiene beneficios, los invierte en otras nuevas minas y todavía trae mayores capitales. Surge otra vez Itos, la Colorada, Colquiri. Se aventura más aún y va hacia el Lago Sagrado, donde encuentra a Matilde. No le rinde la formidable lucha con la naturaleza y arranca de las entrañas de la tierra, para servicio de la humanidad, raudales de plata, plomo, antimonio, wolframio y estaño.”

“Sin egoísmo alguno ayuda a los demás, organiza oficinas de rescate y “habilito”; y da trabajo a diez, quince, veinte mil hombres. Así también surge en Bolivia.”

“No se detiene. Su divisa, como aquella del héroe del Longfellow, es “excelsior” y marcha adelante, más adelante, ¡hacia arriba siempre!”

“Piensa entonces en otras industrias y anciano ya, huyendo del descanso como de enemigo letal para su vida, quiere dar a la minería centros propios de abastecimiento. Se dirige al Oriente para incrementar la agricultura en gran escala, a costa de millones y millones. Planea la explotación ganadera del Beni y organiza un sistema de colonización modelo; en los Yungas interesa a poderosos capitalistas para con-

vertir en fuerza eléctrica las aguas del Titicaca y construir formidables usinas en los valles del Illampu.”

“Las cumbres nevadas, el llano, las quebradas, el monte, todo lo abarca con su formidable voluntad creadora.”

“No por eso abandona las minas. Su obsesión.”

“Comprende que explotar los minerales de alta ley se torna casi imposible. Busca los minerales de baja ley y luego los relaves y desmontes, que para los demás son simples desperdicios y nada valen.”

“Invierte millones y logra perfeccionar para Bolivia el sistema Tainton, que permitiría mantener gracias a él todavía varios años del auge minero.”

“Figura de extraordinaria personalidad, tipo renacentista, no es sólo gran industrial. Prevé el porvenir como hombre de Estado. Es judío y corre por sus venas sangre de profeta. Cuando cree su deber, alza la voz sin falsos escrúpulos ni temores. Quiere salvar al pueblo y le señala el peligro de las enfermedades sociales, el aniquilamiento de las clases obreras por la coca y el alcohol, la necesidad de vigorizar la raza con mejor alimentación, vestido y vivienda; predica la inmigración, el transporte aéreo, la política elevada, en vez del odio fratricida. Se levantan contra él, energúmenos, los politiqueros, los demagogos, los mediocres, toda la canalla, en fin, incapaz de comprender a un hombre de verdad.”

“Hochschild insulta a Bolivia, exclaman violentos alardeando patriotismo de que no dieron prueba “cuando les correspondía. Hay que expulsarlo del país. Con menguado criterio creen que han de ofenderle llamándole “judío”, y no saben que para un hombre como Hochschild, sin complejos de inferioridad, ese nombre es un honor y lo ostenta con orgullo.”

“Conoce aquella magnífica crítica política de Swift. Recuerda la perfidia y mezquindad de los liliputienses; pero él no huye como Guilliver, porque también tiene de apóstol y cree que hay que propagar la verdad y el bien aun con peligro de la propia vida.”

“Ya antes quisieron eliminarlo.”

“Busch es patriota y comprenderá que lo han engañado, dice la víspera del día que le señalan para su fusilamiento, y Busch realmente reacciona. Poco después, Hochschild sale de Bolivia y olvidando todo rencor, al suicidarse Busch, envía un cable de

condolencia, porque sigue convencido de la sinceridad del Dictador. Pocos comprenden la nobleza del gesto."

"Cuando la proterva se desencadena no recoge injurias ni insultos. Hace obras de bien silenciosamente y pródigamente."

"Descubre en su aborigen potosino, condiciones de artista."

"Lo educa en Chile y Europa y nos da a Rubinic de Vela, el admirable caricaturista político de Francia. También destaca a Marina Nuñez del Prado, la genial escultora boliviana. Y así son muchos los que reciben su estímulo y aliento. Las instituciones de beneficencia, las casas de caridad, donde hay gente desvalida, donde hay ancianos, niños y enfermos que socorrer, se tiende su mano protectora. Fuera de los hospitales que sostiene, organiza en Cochabamba "EL HOGAR DE NIÑOS", donde desembolsó una suma que pasa de ocho millones de pesos, y allí reúne doscientos niños que renuevan mensualmente, recibiendo esmerada educación y cuidado, para llevar un nuevo sentido de vida a sus hogares."

"Y a esta figura noble y generosa, a este gran filántropo y hombre de bien, le llaman extranjero, judío, explotador."

"Pero hoy me limito a un interrogante:"

"¿Trágico destino el de don Mauricio Hochschild?..."

Ambos investigadores se preguntaban ¿cuál sería el motivo por el que desaparecieron? ¿Cuáles serían los móviles del secuestro? Porque todo parecía confirmar que era un secuestro.

¿Quiénes serían los autores? Se necesitaba ser un avezado y audaz bandolero para llevar a cabo tal empresa en la ciudad de La Paz, donde la gente se conoce tanto... Y así, otra vez salía a relucir la pregunta que se había hecho al principio mister De-an, ¿cuál sería el objeto, el motivo?

Pues para explicar tal secuestro, sólo se podía pensar en el fuerte rescate que se pidiera, pero esa teoría también tenía sus deficiencias, ya que por más hábiles que fueran los secuestradores, el círculo donde actuaba era tan pequeño que no podrían pasar desapercibidos ni desaparecer como en las películas americanas, donde después de oscurecerse la escena del atraco los autores, con sus víctimas a cuestas, vuelven al fulgor del telón plateado a cientos de millas de distancia y con muchas fronteras por entre medio.

Estas últimas reflexiones hacían vacilar la teoría del secuestro y precipitaba a nuevas y estériles deducciones al director del D.N.I. y a mister Warren Dean... Pero entonces, ¿qué es lo que había ocurrido?

10

Y MIENTRAS TANTO...

- ¿Qué hora es?
- Ocho y veinte.
- ¿A qué hora te citaron?
- A las ocho en punto.

Reinaba silencio en el cuarto mal alumbrado, en que se encontraban cuatro sujetos cuyos rostros se podían ver muy apenas por la débil luz de una bombilla eléctrica de poca potencia, que se encontraba en el extremo opuesto del que se hallaban. Unos sentados y otros de pie.

- Ya debía estar acá Escobar. Algo le habrá ocurrido para atrasarse tanto.
- Yo lo dejé en su oficina, pero en el momento de salir escuché que lo llamaban de palacio... A lo mejor se fue allá, mi coronel – dijo un hombre que, sin haber llegado a los veinticinco años, ya tenía arrugas de obesidad en su rostro y cuya circunferencia estomacal demostraba la vida sedentaria y fácil que llevara, a otro bajo de estatura, pero de aspecto marcial y ojos penetrantes, que le replicó en tono agrio y cortante.
- No me he dirigido a usted, teniente Candia, simplemente hice un comentario. No una pregunta.

Por el tono de su voz y el hostil argumento que presentaba, se podía deducir que se encontraba de muy mal humor y que no perdía la ocasión para demostrarlo.

- Disculpe, mi jefe – tartamudeó el increpado, en voz temblorosa y con acento humilde.
- Tampoco hay de qué acalorarse así, mi coronel – agregó un tercero.

– Capitán Valencia, no le he pedido su criterio – dijo volcando la cabeza el furibundo jefe de la Casa Militar del Palacio de Gobierno hacia el indiscreto que había hecho la prueba de salir en defensa del obeso teniente.

– Bueno... Bueno, ya basta de pelear entre nosotros – fueron las palabras que pronunciara un hombre de alta estatura, flaco y tez muy blanca, – que hasta este momento se había mantenido sentado en una butaca ubicada en el ángulo del rincón de la pieza donde se encontraban reunidos estos cuatro militares, que por el momento ejercían las siguientes funciones: el coronel Humberto Costas, jefe de la Casa Militar, capitán Valencia Oblitas, comandante del Regimiento "Calama" de Carabineros, teniente Alberto Candia Almaraz, subjefe de Policía, y el mayor Jorge Eguino, director general de Policía, que recientemente había hablado para poner un poco de orden en los espíritus nerviosos de los concurrentes a esta extraña reunión, llevada a cabo en una casa muy apartada al final de la calle denominada Catavi, en una región suburbana del barrio de Miraflores.

No bien el director general de Policías había pronunciado las últimas palabras, cuando se escuchó el ruido de un motor de automóvil que es apagado. Luego el sonido metálico que produce la puerta de un vehículo al ser fuertemente golpeada y por fin el raspar de una llave que no encuentra el orificio de la cerradura.

– Señores, disculpen, pero cuando venía acá, Villarroel me llamó con mucha urgencia... – concluyó mostrando una dentadura bien conservada, al sonreír sardónicamente.

– Mi capitán, buenas noches. – Candia fue el único en cuadrarse y saludar militarmente al capitán Escobar, que en ese momento sacaba la llave de la chapa y se la introducía en el bolsillo de su capote, mientras cerraba la puerta de la calle con el talón de su bota derecha.

– Siéntese mi coronel... Señores, tomen asiento – dijo el recién llegado.

– Cuál es el objeto de esta reunión urgente, si todo hasta ahora está saliendo a la perfección. – Costas gesticulaba mucho al hablar, demostrando así el estado de tranquilidad mental en que se encontraba.

– Hay urgencia, mi coronel – cortó Escobar – . Si bien las cosas salieron a pedir de boca, ahora se van poniendo un poco serias y desagradables... Justamente para eso me mandó llamar el Presidente. – Y ahora otra vez sonriendo irónicamente, conti-

nuó – : Me ha ordenado de que disponga de todos los recursos habidos y por haber para descubrir a la brevedad posible el paradero de Hochschild y de su acólito Blum. ¿Qué les parece?

Los cuatro hombres, que hasta ahora lo habían escuchado con toda atención, se miraron los unos a los otros, y si bien se contuvieron de reír a mandíbula batiente, sus ojos se iluminaron en una carcajada prolongada y burlona.

– ¿Bueno, y?... – preguntó Valencia.

– Y... Como no me dejaron terminar... Tenía que decirles que hay que resolver qué se hace con los judíos, pues personalmente me parece que están muy a la mano en Obrajes. – Nadie habló por espacio de algunos momentos y Escobar volvió a tomar la iniciativa – : ¿Qué hacemos? Ya los tenemos en nuestras manos. ¿y ahora?...

– Al principio se había decidido...

El coronel Costas no concluyó la frase, porque el que hasta ahora había sido sumiso y humilde sujeto, cambiando la faz de su personalidad con la misma rapidez con que una moneda es tirada al aire con el sello arriba y cae de seca, dijo:

– Fusilarlos... Fusilarlos... Sí, mi coronel, yo termino su frase. ¡Fusilar a esos pulpos asquerosos! – acabó escupiéndole sus últimas palabras el subjefe de Policía.

– Efectivamente... Así fue – continuó Costas, recuperando su aliento.

– Pero ahora no es posible. – Eguino habló con voz calmada y tono suave.

– ¿Y por qué no? – dijo, volviendo brutalmente a la carga, el teniente Candia, que parecía tener fija en su mente la escena del fusilamiento de los dos secuestrados.

– Por muchas razones – respondió el director de Policía, siempre con voz muy baja y tono suave.

– Estamos discutiendo algo que tiene que decidir la mayoría, y justamente para indicarles que citen a sus respectivos grupos es que los mandé llamar. Hay que hacer la citación para mañana en la noche. Lugar de cita, éste... Hora, nueve y treinta de la noche. – Y el capitán Escobar, otra vez sonriendo, agregó – : Hora de entrada a los cines...

Los cuatro hombres asintieron con la cabeza y se sonrieron de la última humorada de su jefe, que cuando ya se disponía a irse retuvo al mayor Eguino por un brazo, y llevándolo aparte le dijo:

– Esta misma noche hay que cambiarlos de lugar... En Obrajes no hay seguridad, pues hay muchos "investigadores" gratuitos. Así que con Valencia se los llevan ahora mismo a su casa. Al parque Rioshinio. – Y dándose media vuelta salió antes que los otros, pero en el momento en que entraba a su automóvil, parándose bruscamente y dirigiéndose otra vez al mayor Eguino, le dijo en voz baja – : Y sería bueno hacer circular la noticia... que ya sabe usted...

11

La mañana era bastante calurosa, a pesar de que el Sol todavía no había calentado la tierra con sus cariñosos brazos de amante inconstante, ya que por el segundo día del mes de agosto, el viejo invierno se campeaba más robusto y fuerte que nunca y defendía sus derechos valiéndose de indefensas nubes que las esgrimía con habilidad de veterano guerrero, haciendo por momentos impenetrable su defensa contra los ágiles rayos del astro rey.

Una media docena de transeúntes rodeaban dos automóviles que se encontraban estacionados frente a la residencia del cónsul general de Chile en la Villa de Obrajes, pero claro está que la curiosidad de estos cuantos desocupados no era instigada por los vehículos que se encontraban parados a un lado de la avenida, sino por la gente que en torno a ellos iba y venía. Por momentos reuniéndose en grupos, hablando bajo y bruscamente desparramándose como cuentas que se han roto de un collar.

Sólo dos personas se mantenían calladas y con los cigarrillos pegados a los labios, siguiendo los movimientos que cuatro jóvenes ejecutaban, entrando a los automóviles, sentándose por un momento y después saliendo precipitadamente, seguidos de otros que al mismo tiempo descendían del otro coche estacionado más atrás, y luego regresaban y volvían hacer la misma operación pero más lentamente, y otra vez volvían al vehículo y lo cerraban para inmediatamente abrirlo y hacer como que detuvieran al que venía atrás y con gestos y acciones amenazadoras ordenar que los pasajeros de este último desciendan con las manos en alto y hacerles ingresar al aerodinámico que se encontraba en primer plano... En fin, para los que espectaban

este ir y venir, parecía ser un ensayo para pasar algún examen de ingreso en la mejor casa de Orates de la República. Pero los inmutables personajes que observaban todo este loquerío no se movían ni un centímetro, ni hablaban una sola palabra, hasta que el más alto y rubio de los dos exclamó:

– Suficiente; creo que no hemos avanzado nada.

– Nada... nada... y nada, y esto es desde ayer en la tarde – rompió su voluntario silencio el otro observador.

– ¿Pero cómo sería? – dijo un muchacho de mediana estatura, tez oscura y poblado bigote que vestía pantalones grises y una chaqueta de cuero y que había sido uno de los más entusiastas actores que actuaban sobre este improvisado escenario al aire libre.

– Mira, Martín. Desde ayer en la tarde estamos dando vueltas a esta reconstrucción de la "desaparición" de dos hombres y ahora insistes en decir ¿pero cómo sería? Si eso mismo es lo que nos preguntamos a cada minuto... – lo increpó Jaime Vergara, otro de los agentes que desde la mañana anterior andaba con un humor sacado del mismo infierno y que lo controlaba con mucho trabajo.

– No discutan y vamos – dijo Luis mirando a mister Dean, que a su última palabra asintió con un movimiento de cabeza.

– Realmente no creo que encontremos nada aquí. Hemos preguntado a todo el mundo en los alrededores y nadie se da cuenta de nada – remarcó otra vez Vergara entrando en el automóvil, que era conducido por su director.

12

– Muchachos, pueden ir a almorzar, pero a las dos en punto regresan.

Luis se dirigió a los cuatro muchachos que después de haber descendido de los automóviles, conjuntamente con mister Dean, formaron un grupo en la puerta de las oficinas del Departamento. En ese instante el secretario del D.N.I., Oscar Soria, saliendo de las oficinas del edificio, informó a mister Dean y Adrián que el secretario de Su Excelencia había telefonado "que no se ocupen más del asunto Hochschild, pues se había recibido la noticia de que don Mauricio Hochschild, acompañado por

su gerente Adolfo Blum, habían llegado a New York". Ambos se miraron azorados y en el fondo de su corazón se sintieron felices de que esto fuera verdad. Se libraban de una dura tarea y grave responsabilidad. Respiraron como liberados de una pesada preocupación.

Un suelto que leyeron en un periódico local confirmaba el mensaje del doctor Salmón; luego, ratificándolo, un título a ocho columnas, más la nota de redacción que publicaba en su primera plana "El Diario" y que textualmente decía:

"INFORMASE QUE HOCHSCHILD LLEGO A NEW YORK"

"Pero esta noticia no ha sido confirmada hasta esta mañana."

"Sus agentes en esa metrópoli dijeron no tener noticias de su paradero".

"(Nota de Redacción). – Ayer se captó en "El Diario" una noticia radiotelegráfica que la publicamos a continuación":

Y en líneas más abajo daba detalles que Hochschild había arribado a la ciudad de los rascacielos.

De pronto el director del D.N.I. dijo:

- Warren... No creo que estén en New York.
- Vaya, no sea tonto... Deje las cosas tal como están – respondió Dean.
- Pero realmente no creo que estén en New York – insistió Luis.
- Bueno... no están en New York... Así que – fue la pésima traducción de Dean del dicho inglés tan expresivo "So what".
- ¿Cuántos días se toman para llegar en avión desde La Paz a su tierra? – preguntó Adrián, y por un momento largo Warren Dean no contestó, pero empezó a mover los labios sin producir palabra alguna, y tan sólo después de varias gesticulaciones dijo:
 - Yo no he venido por avión, así que no sé exactamente los días que uno demora, pero creo que hay varias etapas. Telefonaré a Panagra. – Y puso en práctica sus palabras dirigiéndose a un teléfono cercano.

– Muchas gracias... – Y Dean, colgando el auricular, se dio media vuelta y explicó – : El avión sale de La Paz en la mañana, llega a Lima más o menos a las cuatro de la tarde. Sale de Lima a la medianoche, y al amanecer, después de dos aterrizadas, hace escala en Cali, de donde sale para Lisboa, donde llega al otro amanecer, para luego pasar a Miami, y de ahí depende de la conexión que uno tome. Total del tiempo empleado, más de cuatro días... Creo que tiene usted razón.

– Tengo razón – expresó Luis – . La noticia que dieron en la prensa es falsa, y concretamente no quieren que se los busque... Si desaparecieron el domingo más o menos a eso de las tres o cuatro de la tarde, y la noticia de que están en New York la dieron esta mañana, es lógico que los diarios la hubieran recibido ayer por la tarde, o a más tardar por la noche. Ni aun viajando en avión expreso podían haber llegado. – Y después de una breve pausa, Luis Adrián siguió – : Mister Dean, me parece que la cosa es más seria de lo que pensábamos, pues si los raptos hubieran secuestrado al doctor Hochschild y al señor Blum para pedir un rescate, no se hubieran preocupado de hacer circular esta noticia. En este asunto hay algo muy grave – terminó diciendo.

– Creo que voy a regresar al mismo teléfono y comunicar esta noticia a Salmón. Parece que no se ha dado cuenta del tiempo...

– Al doctor Salmón, de parte del señor Dean.

Una fracción de segundo pasó.

– ¡Ah!, es usted, doctor Salmón... ¿Sabe que está equivocado al pensar que Hochschild y Blum se encuentran en los Estados Unidos?

La respuesta debe haber sido muy breve, porque Warren volvió a hablar casi inmediatamente.

– He averiguado a la Panagra, y el itinerario que tienen cubre más de cuatro días entre La Paz y New York. – Mientras escuchaba la respuesta succionó su cigarrillo, que lo tenía a medio fumar, y luego contestó – : No... no sé qué días parten al Norte, pero de todas maneras son cuatro los que toman en llegar hasta allá, así que por más que hubieran salido a los diez minutos que el jefe de Policía les visó sus pasaportes, es imposible que hubieran llegado ayer, ni aun hoy...

Esta vez el silencio fue más prolongado, y mister Dean sólo producía ciertos sonidos guturales y de rato en rato movía la cabeza en señal de asentimiento y otras en se-

ñal de negación. Este coloquio duró hasta que apagó la colilla de su cigarrillo contra la suela de su zapato, para luego botarla a la calle, y sólo cuando terminó esta maniobra volvió a hablar.

– Muy bien, señor... Usted le dirá al Presidente, y nosotros continuaremos... Hasta luego.

No necesitó decirle nada a su amigo.

El misterio de la desaparición de Hochschild estaba en pie, y algo siniestro se cernía sobre esta desaparición que hizo estremecer a los investigadores.

13

Una charla banal que sostenían Luis Adrián, Soria y dos agentes en la D.N.I. por más de veinte minutos se cortó bruscamente con el portazo que dio mister Dean al ingresar bruscamente a la Dirección del Departamento Nacional de Investigaciones.

– ¿Hay noticias? – preguntó Luis, haciendo caso omiso del gutural "Buenas tardes" que había emitido Dean.

– Cable de la Jefatura de Washington – anunció.

– Tenemos que llevarlo de inmediato a Villarroel – y dirigiéndose a su secretario, añadió – : Señor Soria, le ruego telefonar al doctor Salmón indicándole que voy con el señor Dean. Es urgente, Oscar, para que no nos hagan esperar en la guardia – recomendó Adrián al salir de las oficinas del Departamento Nacional de Investigaciones, que se encontraba por la parte media de una cuesta muy empinada denominada calle Jenaro Sanjines, y en un tercer piso de un caserón construido a fines del pasado siglo. Por lo tanto hasta el Palacio de Gobierno, situado en la plaza Murillo, no hay más que tres cuadras, que en automóvil más se demora en salir del estacionamiento y en volver a estacionar el vehículo frente a Palacio que recorrerlas a pie. Entrando por la puerta principal del Palacio, fueron sorprendidos por un oficial – seguramente el comandante de guardia – , que después de saludar militarmente llevándose la mano a la visera de su gorra, les habló:

– Hay orden superior para que pasen de inmediato.

Mister Dean y Luis Adrián lo hicieron de inmediato.

– Mi amigo – dijo Dean – , ya somos importantes. – Y la última palabra le dio un acento tan raro de jocosidad, que su compañero no pudo más que largar la risa, que apenas la contenía en el momento que entraban a las habitaciones de la Secretaría Privada de la Presidencia.

– Lucho, cuando no entras como un torbellino, arrasando todo, entras con una tristeza que pareces "llorona profesional" de algún velorio, y cuando no te presentas de ninguna de estas maneras vienes matándote de risa... A ver, quién te comprende – fue el saludo que el doctor Salmón brindó a los recién llegados, para proseguir después de un momento – . Sigán adelante, que el Presidente los espera. – Pero al notar que tanto Dean como Adrián vacilaban un poco, separándose de su escritorio cruzó la habitación – . Vengan. Pero si ya conocen el camino... Pasen, que si son buenas noticias lo alegrarán un poco, pues todo lo ve negro – terminó diciendo Salmón mientras abría la puerta que conducía al despacho de Villarroel, a quien encontraron sentado frente a su escritorio sumido en un mar de papeles y libros.

– Buenas tardes... Siéntense... – fue la respuesta que dio al saludo que los dos investigadores le dieron al tramontar el umbral de la habitación – . ¿Qué novedades me traen? – siguió diciendo, mientras se restregaba los ojos con el dorso de sus manos, y prosiguió – : Creo que estoy un poco cansado.

– Tengo un cable de la Jefatura de Washington, en el que nos autorizan a colaborar en la investigación de Hochschild y de Blum – le informó mister Dean.

– Entonces de inmediato ya pueden proceder – dijo violentamente Villarroel.

– Señor Presidente, el cable nos autoriza a colaborar, pues oficialmente no nos podemos meter en estas cosas, que son ajenas a nuestro Departamento, así que la dirección la tiene que llevar alguna persona que usted indique.

Un momento de silencio fue la respuesta del Presidente, mientras respondiendo al apretón del timbre, su secretario privado se hacía presente en el despacho presidencial.

– Hugo, el señor Dean me dice que ellos están autorizados tan solamente a colaborar en esta investigación y no pueden intervenir oficialmente.

El doctor Hugo Salmón estaba a punto de contestar la semi pregunta que le había dirigido su alto jefe, pues ya tenía las cejas levantadas y modulaba la boca para ar-

ricular algunas palabras que serían su respuesta, cuando súbitamente interrumpió mister Dean.

– Sí, señor Presidente, algún nacional se tendrá que hacer cargo oficialmente de la investigación, y a ese alguien nosotros lo colaboraremos decididamente, siempre que usted se comprometa... – No terminó su frase.

– ¿Comprometa? ¿A qué? – dijo Villarroel medio amoscado.

– A llegar hasta el fondo del asunto. Eso es, a castigar a quienes resultaren autores y cómplices de este secuestro, pues... – Villarroel no dejó terminar de hablar a mister Dean.

– Pues señor Dean... Usted cree por un solo momento que si yo tengo a los culpables en mis manos no los castigaré, o mejor dicho no los castigarán las leyes del país?

Su excelencia hablaba enérgicamente.

– Señor Presidente, creo que no me hice comprender bien. Lo que se quiere es que en este país, del que tanto se necesita hoy por sus metales, no haya ninguna de estas dificultades. Mauricio Hochschild es minero e importante. Así que en la investigación habría que llegar al fin, pues bien puede ser un acto de sabotaje de parte de los alemanes, ya que Hochschild, fuera de ser minero es también semita...

– No se preocupe, señor Dean – le interrumpió el Presidente, creo que con la ayuda de ustedes tendremos éxito. Por lo menos así lo espero.

– ¿Y quién se hará cargo oficialmente de la investigación? – Preguntó mister Dean.

– Adrián, por supuesto, ya que es el director del Departamento Nacional de Investigaciones donde ustedes colaboran – terció Salmón, que hasta ese momento no había dicho ni una palabra.

– Eso es – apoyó Villarroel.

– Entonces, hasta luego; ya le daremos parte del trabajo, Presidente. – Se despidió el personero del F.B.I. de los Estados Unidos, y salió acompañado de Salmón y de Adrián, que sin haber abierto la boca asumía una responsabilidad que por ese momento nadie sospechaba lo grande que era.

Las primeras medidas que se tomaron para encarar la investigación de la desaparición del doctor Hochschild y su gerente fueron nombrar tres comisiones, al mando de los agentes Gastón Villa, que iría al Altiplano; Martín Freudenthal, que se encaminaría a Río Abajo, y otra que merodearía por los extramuros de la ciudad de La Paz. La misión consistía en lograr cualquier información que orientara la pesquisa.

Unas horas más tarde regresó Martín Freudenthal excitado, pues había logrado algunos indicios que podían ser reales. Su relato fue el siguiente:

– Preguntando por el vecindario donde Hochschild desapareció, encontré una señora que lo vio todo... Hablé con la sirvienta de la señora Rosa Soligno de Silvestro, que vive justamente en la casa de la esquina, eso es, frente a la residencia del señor Alfredo Suárez, donde se encontró el auto del doctor Blum. Y la sirvienta dice que ha escuchado a la señora que el domingo, más o menos a las tres y media, se detuvo un auto, del que descendieron dos señores. En eso, bruscamente se estacionó otro auto, que le llamó la atención por el ruido que este hizo cuando frenó... Y bajaron unos hombres... No contó cuantos... Se acercaron a los hombres que se apearon del primer vehículo, y después de cruzar unas palabras con ellos los hicieron subir al automóvil en que habían llegado y partieron precipitadamente, dejando abandonado el auto del doctor Hochschild. Eso es todo – terminó Freudenthal.

– ¿Nada más, señor Freudenthal? – inquirió secamente mister Dean.

– Nada más..., y eso me lo contó la sirvienta, que había oído comentar a su dueña de casa... – contestó Freudenthal.

¿No se fijaron la clase de gente que era...? ¿El número de la placa del auto, el color?... Algo... – insistió mister Dean.

– Uno de los señores que bajaron del primer auto, dice que era bien gordo y alto.

– Hochschild – cortó Adrián.

– En lo que respecta al color del auto en que se fueron, dice la sirvienta que le escuchó a la patrona decir que era negro. La señora sólo se acuerda que la placa era blanca y los números negros.

– Hay veinte mil autos negros en La Paz – dijo con desaliento Adrián.

No existía ningún otro indicio. La información de Freudenthal era valiosa, pero no aportaba una pista a seguir. Se sabía que habían sido secuestrados, pero nada más.

Luis no hizo comentario alguno, pero le pareció que Warren Dean por fin había agarrado el extremo del hilo, que seguramente los llevaría a desenvolver tan embrollado ovillo.

15

Y MIENTRAS TANTO...

La luz de los faroles del automóvil, que al detenerse en seco fue apagada por su conductor, casi no modificó en nada la claridad del panorama. La luna había estirado sus rayos de plata, como si se despertara de un letargo, y a su resplandor parecían los techos y las calles de La Paz nevados. De ahí que el hombre que llevaba un grueso abrigo echado sobre sus hombros a guisa de capa no tuvo tropiezo alguno para llegar a la puerta de una casa de pobre aspecto pero de línea arquitectónica moderna. Dio tres golpes sobre la madera, con intervalos iguales, como si fuese una señal convenida, y como en el cuento de "Alí Babá", sirvió este procedimiento de melodrama malo para que la puerta se abriera.

– Creo que esta vez llego muy adelantado – fueron las primeras palabras que articuló el capitán José Escobar al ingresar al recinto de la calle Catavi, casa en la que con mucha frecuencia se reunían camaradas de armas.

– No tan adelantado, mi Capitán. Eguino vino, pero se fue otra vez a su despacho... No creo que tarde en regresar.

– Y usted, teniente Candia ¿por qué no me avisó cuándo venía?, pues lo hubiéramos hecho juntos – preguntó Escobar.

– Siento mucho, mi jefe, pero vine directamente de mi casa y no pasé por la Policía... – se excusó el subjefe de Policía.

Mientras sostenían este breve diálogo las dos "cabezas" de la policía de La Paz, habían avanzado a lo largo de un pequeño pasaje, y ya se encontraban en otra habitación, donde a su entrada fueron recibidos por varias voces de cordial saludo, pertenecientes a hombres que se hallaban sentados alrededor de una mesa.

– Buenas noches, caballeros – fue la contestación general que dio Escobar.

– Faltan Eguino y Toledo – dijo alguien, y la voz aflautada del teniente Candia explicó:

– Como le dije, mi Capitán, el mayor Eguino ya regresará, y creo que Toledo no tardará en llegar, pues yo lo cité esta tarde a horas cinco.

– Mi Capitán, la mayoría de la gente está presente, así que creo debiéramos empezar, puesto que a las nueve y treinta me esperan en el Regimiento para darme el parte – expresó el capitán Valencia, comandante del regimiento Calama de carabineros.

– Si ustedes así lo quieren, magnífico; pero creo...

– Escobar no pudo terminar su frase, porque en ese preciso momento se oyó el ruido de dos motores de automóviles que se paraban frente a la casa.

Las palabras que utilizaron para saludar los dos hombres que ingresaron a la habitación que servía de refugio para una especie de cónclave que se llevaba a cabo fueron ahogadas por el estruendo que hizo la puerta de calle al ser brutalmente golpeada por otro recién llegado que venía pisándole los talones a los mayores Eguino y Toledo, que habían entrado juntos.

El saludo fuerte y ruidoso del coronel Costas hizo poner de pie a los que ya otra vez estaban arrellanados en sus butacas.

– ¡Hola, muchachos!, ¿qué tal? – fue la cordial expresión de Humberto Costas – . Todo listo. Todos aquí. ¿A ver, vamos a ver de qué se trata...?

– Hay muchas cosas, y muy serias, de qué tratar, mi Coronel, así que mejor sería que tome usted asiento – dijo Escobar, queriendo dar una inflexión de severidad a su infantil vocecilla.

– Señores, camaradas – inició el mayor Eguino la sesión de tan rara agrupación – . Como ustedes habrán leído en la prensa se ha dado la noticia de que los "dos hombres" están en New York... – Y al decir esto no pudo contener una sonrisa rara que distendió sus finos y pálidos labios – . La noticia ha tranquilizado a mucha gente que estaba interesada por el paradero de estos estupendos explotadores de nuestra tierra y del trabajador. Ahora hay más tranquilidad...

Jorge Eguino no concluyó su frase porque fue cortado por un eufórico mozo cuya enorme faz todavía demostraba las huellas dejadas por una defectuosa navaja de afeitarse, que exclamó:

– ¿Los han hecho escapar?

– Capitán Prado. ¿Pidió usted permiso para hablar? – cortó duramente Escobar.

– Perdone, mi Capitán... Es que después de todo el trabajo, que se nos vayan así nomás...

– Pero realmente es usted muy tonto... ¿No se da usted cuenta que la noticia la hicimos circular nosotros para que mucha gente no meta las narices donde no debe?

– aclaró Escobar.

El retardado capitán no encontró palabras para expresar primero su estupor y luego su satisfacción, y sólo atinó a guardar un silencio aún más elocuente que sus expresiones.

– Creo que con la aclaración del capitán Escobar no tengo nada más que agregar en este renglón, salvo indicar que los dos hombres anoche fueron trasladados a la casa del capitán Valencia en el parque Riosinho, por instrucción especial del capitán Escobar. Hago esta aclaración para evitar malos entendidos.

El mayor Eguino hacía esta aclaración, ya que en el seno de la agrupación secreta habían empezado a surgir diferentes ideas con respecto al futuro de los dos millonarios, que desde hacía cuatro días se encontraban secuestrados, sin que nadie supiera el objeto de este acto de bandolerismo, salvo el reducido grupo que ahora se encontraba reunido en pleno en una desolada casa de un desolado barrio de la ciudad de La Paz.

– ¿Y quién está a cargo de los dos hombres? – preguntó Costas, haciendo un alto en su ejercicio de medir el cuarto de un lado para otro con sus diminutos pasos.

– El teniente Valdez, que es mi ayudante, y un cabo del regimiento Calama, más dos agentes civiles y tropa – explicó Eguino.

– Y... ¿es de confianza, ese pájaro? – volvió a insistir Costas, pues esa noche se encontraba en uno de esos accesos de importancia que con frecuencia le acometían, para suplicio de todos aquellos que tenían que soportarlo.

– ¡Es! – tajó el director general de Policías, poniendo punto final al estado por el que atravesaba el jefe de la Casa Militar de Gobierno.

– Camaradas, los he reunido para ver qué se va a hacer con los dos hombres. – Escobar fue quien volvió a abrir el debate antes de que Costas se diera cuenta de que él era el oficial de mayor graduación que había en la habitación.

– Con permiso de mi Capitán – empezó el teniente Candia, y tan sólo continuó con el uso de la palabra después de que Escobar, que presidía esta extraña reunión, le diera su visto bueno con un asentimiento de la cabeza – . Creo que antes de que se los detuviera ya se decidió su suerte, tomando en cuenta todos los factores que se habían expuesto, y que eran desfavorables para nuestra querida patria.

– Así es – fue todo lo que habló Toledo desde que había ingresado a la reunión con sus camaradas.

– En gran consejo se había votado que fueran fusilados, por ser los pulpos que no dejan respirar a Bolivia... – habló con cierto énfasis de emoción en sus palabras el teniente Alberto Candia Almaraz.

– Efectivamente, así fue, pero las cosas han cambiado mucho desde que se tomó esa resolución. Hay muchos factores por medio que no se tomaron en cuenta entonces – dejó escuchar su palabra serena y bien medida el mayor Eguino.

– Pero las resoluciones que se toman en el Gran Consejo hay que cumplirlas. Son órdenes superiores – volvió a insistir el obeso teniente.

– ¿A qué órdenes superiores se refiere usted, teniente Candia?

El duelo entre el mayor Eguino y el teniente Candia ya tomaba tonalidades desagradables.

– Al Gran Consejo, mi Mayor, y sus resoluciones se deben cumplir cueste lo que cueste.

A juzgar por el tono de voz del teniente Candia Almaraz, parecía que este no cedería en nada, defendiendo la resolución del Gran Consejo, que antes de secuestrar a Mauricio Hochschild y Adolfo Blum ya había dictado sentencia.

Pero es que las circunstancias han cambiado – repitió Eguino, que no encontraba palabras para defender su punto de vista, y tan sólo se aferraba a las "circunstancias", pero tampoco explicaba cuáles eran estas.

Hasta que Candia, cuyo carácter bonachón y humilde para con sus superiores, cuando se trataba de torturar o matar a alguien parecía desdoblarse, y al olor de la sangre, como la fiera, tornarse salvaje, sin rodeos le preguntó:

– Pero ¿qué circunstancias valen ante la decisión del Gran Consejo?

Eguino, notando que perdía su habitual paciencia, y temeroso de que esta reunión terminaría a capazos, explicó:

- Nosotros no nos dábamos cuenta del trance en que pondríamos a Villarroel.
 - Pero... ¿acaso Villarroel sabe? ¿Acaso Villarroel es de los nuestros? – expresó sus últimas palabras el tornadizo subjefe de Policías de La Paz.
- Eguino no contestó a estas preguntas, y poniéndose más pálido que de costumbre, se sentó en su silla sin articular palabra alguna.
- Creo que está decidido lo que se tiene que hacer con esos dos hombres – dijo tranquilamente Escobar mientras se frotaba las manos una contra otra.
 - Hochschild y Blum serán fusilados – sentenció Candia, y repitió con extraña fruición – : Hochschild y Blum serán fusilados...

16

"Los dos hombres", como decían Escobar y Eguino cuando se referían al doctor Mauricio Hochschild y al doctor Blum, que habían desaparecido un domingo en la tarde sin dejar rastro alguno, aún no daban señal de existir, y lo sorprendente del caso era que si habían sido secuestrados – como se suponía – , los autores tampoco daban ningún indicio, ni aun el de querer cobrar un rescate, que era lo usual en casos similares, como afirmaban las crónicas rojas de otros países, o bien los novelones policiacos, que son la materia de fácil digestión de la imaginación de viejos y jóvenes, chicos y grandes de nuestra época.

La prensa local daba las versiones que más lógica tenían, pero en cambio la extranjera se campaneaba por los paisajes más fantásticos, creando episodios e individuos que no existían.

La situación por momentos se tornaba más enervante para los gobernantes que por ese entonces regían los destinos de Bolivia, y mucho más para los interesados en este juego, al que nadie acertaba a ponerle nombre.

"Los dos hombres" se habían esfumado. Un montón de gente se dedicaba a buscar a los desaparecidos, que según el pueblo analfabeto "se los había tragado la madre tierra", y todo ese enorme gentío lo único que hacía era el obstaculizar cualquier investigación más o menos racional que se podría conducir para llegar a un exitoso "gran final".

El glorioso sol que iluminaba la encajonada ciudad de La Paz el amanecer del 3 de agosto de 1944 marcaba un día más en el negro calendario que llevaban los secuestrados y otro de agitada desesperación para los encargados de encontrarlos.

"ADRIAN – DEPARTAMENTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES – LA PAZ – HABIENDO ENCONTRADO RASTROS QUE BUSCABAMOS SEGUIMOS HASTA ESTE PUNTO INFORMARE O RETORNARE TAN PRONTO COMO PUEDA" PUNTO

"ATENTAMENTE VILLA"

El formulario del telegrama del estado que contenía el texto anterior, y que estaba fechado la noche anterior en la vecina ciudad de Oruro, a momentos era convertido en diminuta bolilla que pasaba de una mano a otra del hombre que rato antes lo había leído con avidez y que luego lo había estrujado hasta convertirlo en lo que ahora era, una bolita de papel portadora de noticias que, a pesar de las demostraciones de nervios, al parecer eran bien recibidas por el jefe del D.N.I., cuyas esperanzas de encontrar una pista que guiara a donde se encontraban Hochschild y Blum ahora se convertía en una realidad que hacía concebir la seguridad de tener entre manos el hilo fuerte y tangible que podría conducir a las pesquisas a encontrar a los desaparecidos y a los secuestradores. También existía la convicción que se llegaría aún más lejos, hasta encontrar el mismo motivo que provocó tan desagradable incidente, que colocaba al gobierno en tela de juicio, donde estos no eran nada favorables y hasta afectaban al mismo pueblo, pues no solamente se había recibido una comunicación del exterior, sino varias, de las que resaltaba la expedida por un alto personaje de los Estados Unidos preguntando si en estas tierras de Dios existían o no las debidas garantías para que puedan morar y trabajar súbditos del Tío Sam sin que corran peligro sus vidas y haciendas.

Si por un lado la noticia que telegráficamente había venido de Oruro botaba por tierra los pequeños indicios que se habían encontrado en la Villa de Obrajes, por otro señalaba un nuevo derrotero. De ahí que después del primer momento de desfallecimiento que sintiera Luis Adrián al creer que toda la estructura que se había hecho sobre una esperanza rodaría por tierra fue pasándole, y empezó otra vez a atar ca-

bos, munido por una buena dosis de paciencia y voluntad, que era todo lo que se podía disponer en estos momentos cruciales en que la reflexión del ser humano era la única tabla de salvación a la que se podía asir para no zozobrar en el picado mar de los factores adversos, pero lógicos.

– "Bueno..." – empezaba a trabajar la mente del atormentado investigador, que todavía jugaba con el formulario del telegrama de Oruro, que ahora era una bolita de papel con mucha suciedad encima gracias a las fricciones a que había sido sometida de mano en mano.

– "Los secuestraron".

Pero ¿quiénes y por qué? No se sabía.

Las reflexiones que cruzaban por el cerebro de Luis tenían sus preguntas y respuestas, siendo las respuestas las más descorazonadoras que se podían encontrar, pero había que ponerse en el terreno de la realidad. Realidad que era sumamente dura para admitirla sin hacer la prueba de dorarla un poco.

– "Claro que los encontraremos, y entonces sabremos la verdad".

Una ráfaga de luz blanca. Un lago mental hizo descansar la expresión dura que dominaba la cara, y sobre todo el arco de las cejas, del hombre que sentado en una butaca de cuero se había puesto a reflexionar sobre el difícil caso que las circunstancias le habían puesto entre las manos al ser elegido para dar encuentro a unos desaparecidos que no habían dejado rastro alguno.

– "La cosa es bien clara" – volvía a divagar Luis – . "Los secuestraron en Obrajes y los llevaron al altiplano. Eso es más lógico, pues si siguen para abajo no tienen salida; cada vez se tienen que ir cerrando más y más, hasta un momento en que se embotellarían, y entonces... se acabó. Por eso, muy bien pensado era el salir al altiplano. Ahí tienen campo abierto para ir de un lado al otro. Corretear como condenados y hacernos corretear también. Tienen salida a cualquier frontera, y con movilidad, la cosa es rápida y segura. Muy bien se hizo en mandar a Villa hacia esa región":

Adrián llegó a este punto de sus pensamientos, que ya no eran íntimos, pues había empezado a hablar a media voz, y con una cara de alegría y triunfo como si ya hubiera encontrado a los caballeros que por este momento eran buscados por mucha gente y por razones diferentes.

La culminación del buen humor de Luis fue cuando las ideas color de rosa que él mismo se había forzado a admitir se centralizaron al reflexionar:

"Se encontrará al doctor Mauricio Hochschild y al doctor Blum por algún punto del altiplano, pues la cosa es sencilla y fácil ahora que Villa halló rastros cerca de Oruro... La liebre está en el saco..."

Y como queriendo dar más bríos a su pensamiento, Adrián en este instante se levantó del sillón donde había permanecido sentado, solo, por un tiempo que no acertaba a medir, ya que carecía de reloj, y paseándose por el recinto de su escritorio, dio rienda suelta a su fantasía para que vagara por las vastas tierras del altiplano boliviano en pos de dos hombres que habían sido secuestrados y que seguramente se hallarían en algún punto de ese enorme mar de tierra y paja brava. Pero el minuto fatal fue cuando volvió a tomar asiento, pues no bien se encontró muellemente sentado enderezó su espinazo, que se encontraba desparramado sobre el confortable asiento de cuero. El espoletazo que lo hizo erguirse tan bruscamente fue el recuerdo de una frase que había tenido el señor Dean en una ocasión no muy lejana. Las palabras del miembro del F.B.I. venían a su mente a vertiginosa carrera... "Este asunto es tan confuso porque no hay un sólo indicio de lo que pasó, y hay que empezar a buscar por todas partes. Hasta encontrarlos o encontrar algo". A Luis Adrián le parecía estar escuchando el acento del norte, americano, ese acento que por momentos se tornaba agradable y divertido, pero que en la actual circunstancia más bien adquiriría reflejos trágicos y hería la sensibilidad del oído. Especialmente esa última palabra, "algo". ¿A qué se refería con "algo"? Si los secuestradores no pedían rescate y se veían acorralados para huir a alguna frontera, ¿no dejarían a sus dos víctimas libres? ¡No! Pero, entonces, ¿qué harían? Ese "algo" de Dean significaba eso.

Seguramente que los harían desaparecer. Los matarían, y entonces la responsabilidad sería enorme, por no haber actuado rápidamente para arrebatárselos de las manos sus presas, sin darles tiempo para deshacerse de ellos, y encontrar tan solamente "algo", como había dicho mister Dean. "Algo" y nada más que "algo".

– Señor Adrián... Señor Adrián – fueron las palabras bien recibidas que lo sacaron de este maremoto de pensamientos negros en que se había sumido Luis al dar rienda suelta a su imaginación, no teniendo su sistema nervioso la suficiente fuerza de

poner brida y bocado al fogoso corcel del pensamiento del que acababa de desmontar rápidamente, antes de ser arrojado.

– ¿Qué hay, Oscar?... – dijo Luis mientras se levantaba de su asiento, demostrando un poco de fatiga alrededor de los ojos.

– El señor Enrique Iturri, que desea verlo...

– ¿A mí?

– Sí, señor, a usted. ¿Pero qué le pasa, Lucho? ¿Parece que no se encuentra bien?

– No es nada, Oscar... La fatiga de estos días, nada más. Por favor, que pase el señor Iturri.

No transcurrió un minuto cuando se abrió la puerta de su escritorio y en el umbral de ella apareció un señor cuyos años no pasaban de los treinta y cinco, y que, seguramente, al pasar de estos seguiría con la misma apariencia, pues era de los hombres que vinieron a la vida con el don de no demostrar lo que pasa por encima de ellos.

Pasa, Enrique. ¿Cómo te va? – fueron las palabras de recibimiento del director del Departamento Nacional de Investigaciones para con su antiguo camarada de prisión en el Paraguay, cuando el azar de una guerra que muy pocos la comprendieron los había unido, como a tantos otros, en fraternal camaradería.

– Bien, gracias, ¿y tú? – contestó Enrique Iturri.

– Entre bien y mal... Más bien que mal – dijo Luis.

– No parece, pues tienes una cara de fatiga que admitiría un repuesto – bromeó el recién llegado.

– Te agradezco por ser siempre tan sincero... y dime, ¿en qué te puedo servir?

– Vengo ha verte como amigo en quien tengo mucha confianza – dijo Iturri, demostrando cierto turbamiento.

– Gracias, pero a qué vienen tantos rodeos. Creo que si me consideras tu amigo...

– Adrián dejó sin acabar su sentencia.

– Realmente. Pero no vengo por mi cuenta, sino por la de otra persona – terminó diciendo Enrique Iturri, al mismo tiempo que pretendía prender un cigarrillo con un encendedor que a pesar de llamarse automático para que funcionara correctamente había que usar cerillas.

– Mira, Enrique, deja de ponerte tan misterioso. Pues para misterios tengo ahora uno entre manos que no se como...

Enrique no dejó a su amigo que terminara la frase.

– Justamente te vengo a ver con respecto a ese misterio.

Cuando se jala para abajo una cortina automática y se la deja escapar de la mano sin haberla asegurado para que se quede en el sitio deseado, más es el aturdimiento que uno experimenta por efecto de que este artefacto no se quede en su lugar, que por el ruido que hace al correrse para arriba. Probablemente esa fue la sensación que recibió Luis cuando escuchó las últimas palabras del señor Enrique Iturri, pues su boca se quedó entreabierta con la última palabra colgando del labio inferior y con los ojos más bien contraídos que abiertos. Los pensamientos que cruzaron de un lado de su cabeza al otro deben haber sido muchos y a cual más atropellados, como lo demostró al decir:

– Pero tu, Enrique, ¿qué tienes que ver con todo esto? Cómo es posible que tu... que tu... – No terminó su alocución, que seguramente hubiera sido de un tinte re-
criminatorio, porque ahora la sorpresa se pintaba en la faz de su amigo que lo había venido a ver.

– Pero, Lucho, ¿qué es lo que tu crees?... ¡Si yo trabajo en la casa Hochschild!

Un segundo pasó en que las caras eran la pintura de la sorpresa máxima. De esa sorpresa que raya en lo ridículo, para luego disiparse bruscamente al estallar unas carcajadas sonoras que brotaban de lo más profundo de dos cajas torácicas de dimensiones bastante apreciables.

– ¿Pero qué es lo que tu creías? – tartamudeó Iturri, que reía a más no poder.

– No sé. Francamente que no sé. Pensé que tu... que tu... estarías mezclado en es... – Luis no alcanzó a terminar su frase porque otra vez una carcajada los sacudió fuertemente. Tan fuerte que en pocos segundos más se vieron pequeñas lágrimas correr por las mejillas de ambos hombres, que hacían todo lo posible por guardar una compostura más o menos decente delante del señor Oscar Soria, que contemplaba la escena con una cara, más que de seriedad, de fastidio.

– Creo que ya podemos hablar. – Luis fue el primero en recuperar e iniciar la conversación que no bien había empezado, tuviera un intervalo tan jocoso.

– Como te decía, Lucho, vengo de parte de un personero de la casa para charlar contigo sobre este asunto que nos preocupa tanto. Quiero hablar con el amigo y no con el director de este Departamento de Investigaciones.

– No faltaba más. La inquietud que ustedes sienten, es probablemente menor a la que sentimos nosotros. ¿Qué quieres, Enrique?

– Saber qué es lo que hay. Pues el señor Goldberg, por más que ha apelado a todas partes, nadie le da razón alguna. Por que tu bien comprendes que la noticia de que ambos señores se encuentran en New York es falsa – dijo Iturri.

– Ya suponíamos tal cosa, pero desgraciadamente no te puedo dar ningún aliento. No sabemos nada más de lo que seguramente saben ustedes.

La cara del señor Enrique Iturri era en este momento un papel secante en limpio. No daba señales de ninguna emoción. Tal era su incredulidad.

– ¿Pero nada?... Es imposible que ustedes no sepan nada, pues tenemos entendido en la casa que están trabajando colaborados por expertos norteamericanos – arguyó Enrique.

– Tienes que creerme. Aun con la ayuda de miembros de la F.B.I. no sabemos nada en absoluto – fue la contestación de Adrián.

El señor que había ido al Departamento Nacional de Investigaciones en busca de alguna novedad que llevar a altos personajes de la empresa minera de Mauricio Hochschild, había perdido el habla o no encontraba palabras suficientes para demostrar la sorpresa que llevaba dentro de su ser al escuchar que aun los más famosos investigadores de los Estados Unidos de Norteamérica, esos hombres entrenados en el "Federal Bureau of Investigation", cuya principal oficina está en Washington, no habían dado en el clavo con respecto a la desaparición de dos mineros conocidísimos en el mundo financiero y esferas de toda clase social.

El señor Iturri, ante la respuesta de su amigo, sólo meneó la cabeza de un lado a otro, y como último reproche, al no haber encontrado la fuente de informaciones que esperaba hallar, suspirando, se caló el sombrero y se disponía a dejar la habitación que servía de escritorio, cuando volvió sobre sus pasos y, quitándose el sombrero, dijo:

– Le informaré así al señor Goldberg.

– Mira, Enrique, y créeme que nosotros, por especial encargo de su excelencia el Presidente de la República, hemos dejado todo lo que teníamos entre manos para concretarnos sólo a este asunto, y hasta ahora no tenemos nada en limpio. Eso es, nada que valga la pena.

– Entonces hay algo – dijo Iturri, demostrando un rayo de esperanza que cruzó su rostro y que seguramente fue más notoria en sus ojos, que por el momento estaban cubiertos contra la luz solar por gafas de un verde muy oscuro.

– Claro que hay algo, pero que no vale la pena. Dile al señor Goldberg que en cuanto tenga una novedad le comunicaré y que haga lo mismo con nosotros – insinuó Luis a su amigo.

– Gracias... – fueron las palabras que salieron de su boca, acompañadas por un suspiro – . Así le informaré... Chau – y sin decir ni más ni menos, Enrique Iturri salió de la oficina.

Un momento más y Adrián también abandonaba la oficina.

– Señor Soria, voy a Obrajes – dijo al salir, mientras que abriendo la puerta que daba a una sala de estudios llamó a un agente – . Teniente Prada, vamos a ver si encontramos algo. Lo llevo a usted porque como hasta ahora no ha intervenido en este asunto y el dicho afirma que "mano virgen tiene suerte"... ¡A ver!

17

Un cielo azul que por momentos se iba tornando plomizo, según avanzaba la hora en que desaparecería por completo el sol era la cortina que servía de fondo a los multicolores cerros que son el panorama del pequeño valle de Obrajes, a donde después de haber corrido como alma que lleva el diablo arribaba Luis Adrián y el teniente Moisés Prada, para encontrarse sin saber qué hacer después de haber frenado y estacionado correctamente la camioneta a un lado de la avenida central de este villorrio tan cerca de la ciudad de La Paz.

– ¿Y ahora qué hacemos, señor Adrián? – expresó Prada tranquilamente después de haber estado silenciosamente sentado en el muelle asiento del vehículo por más

de quince minutos, como respetando los pensamientos que en ese tiempo hostigaron la mente del conductor del vehículo.

– Teniente, entre usted a la casa de la señora Rosa de Silvestro y vea si la información que nos trajo Freudenthal es correcta ordenó el jefe del D.N.I.

Un golpe a la puerta de la camioneta fue la respuesta escueta y expresiva del oficial del Cuerpo de Carabineros.

Cuando regresó éste, ya la noche escurría su negro cuerpo por detrás de los desafiantes penachos de los pocos árboles que se podían ver en los alrededores.

– Hablé con la señora de Silvestro y la información que nos dio Freudenthal es correcta.

– ¿No hay nada nuevo?

– Bueno. Eso depende de lo que les dijo Freudenthal.

– Mire, Prada. Haga de cuenta que no sabemos nada en absoluto. ¿Conforme? – sugirió Adrián.

– Conforme – aprobó la idea el teniente de Carabineros.

– Bueno... Empiece – Adrián habló impacientemente.

Una breve pausa le sirvió al oficial para pasarse la lengua por los resecos labios, y aspirando una bocanada de aire fresco comenzó:

– Vi a la señora de Silvestro. Es de una estatura más o me...

– Teniente Prada, no sea usted tan profesional. No quiero la filiación de la señora, sino lo que dijo la señora – cortó Luis.

– Conforme. – Otra vez usó esta palabra Prada, y luego narró lo que antes Freudenthal informara al Departamento Nacional de Investigaciones con respecto a lo que había visto la señora Rosa Soligno de Silvestro, único testigo ocular del momento en que Hochschild y Blum fueron secuestrados, sólo agregando el detalle de que en vez de ser uno el vehículo utilizado por los delincuentes resultaban ser dos. El segundo de color verde claro. Verde agua.

– ¡Uf! Eso ya lo sabíamos, pero hay un coche más del que informó Freudenthal – dijo Luis – , ¿Pero no hay nada más de importancia?

– Nada más de importancia... – Prada parecía ser el eco de las palabras de Luis Adrián.

– Pero entonces hay algo más – dijo Luis, subiendo el tono de su voz a un acento de molestia.

El teniente Prada se quedó silencioso por un momento, por un breve momento.

– Claro... Si estoy con la cabeza volada, Perdón – dijo al fin.

– Bueno, ¿qué hay? – Esta vez el tono de Adrián era de avidez muy poco disimulada.

– Claro – volvió Prada a repetir antes de proseguir – . Estos dos automóviles volvieron a subir a la ciudad, así juntos como habían bajado.

– ¿Ella los volvió a ver cuando subían? – dijo Luis con cierto entusiasmo.

– Eso es lo que dice. – Prada era tajante algunas veces en sus contestaciones, muy en especial cuando hacía algo que no le agradaba.

– ¿Y cuánto demoraron en regresar? – preguntó Luis Adrián.

– Eso no pregunté.

– Raje a preguntar cuánto tiempo demoraron en regresar y si notó que había la misma gente en los coches – ordenó Adrián.

El teniente Moisés Prada salió con una agilidad extraordinaria de la camioneta. La agilidad le duró durante todo el tiempo que le tomó la diligencia, pues estuvo de regreso en un santiamén, con el aliento entrecortado a raíz de la carrera entre la casa y el vehículo que estaba en la avenida.

– La señora dice que como le llamó la atención la manera en que subieron los pasajeros en la esquina y la cantidad de gente que iba en el segundo coche, se quedó reflexionando en el balcón hasta que volvieron los coches de subida y entonces ya con mayor serenidad se fijó en los conductores, pero no los conocía, y el segundo auto regresaba vacío.

– Nooo – fue la expresión de júbilo de Adrián – . Pero esto es estupendo. ¿Y cuánto tiempo demoraron en subir? No le dijo la señora, puesto que se había quedado sola en el balcón.

– No, señor. Me olvidé preguntar. – Y el oficial de Carabineros no dijo más, porque volvió a salir a carrera tendida hacia la casa.

Si antes demoró poco tiempo, esta vez fue un relámpago.

– Señor Adrián... Señor... – No esperó llegar a la camioneta, sino que se puso a dar la noticia en cuanto se encontró en la vereda de la avenida y por supuesto como

a veinte metros de distancia. – Más o menos diez minutos, quince tal vez... Y ella está segura que no fue ni más ni menos...

Las últimas palabras prácticamente las escupió sobre el rostro de Luis, que en este momento sonreía como la luna llena clavada sobre el cielo estival, limpio y sereno, mientras su pensamiento agarraba al vuelo las últimas palabras del teniente Prada: "Diez minutos, quince tal vez, y el segundo coche subía sin pasajeros".

Los "diez minutos o quince tal vez" martillaban fuertemente el entendimiento de Luis Adrián. Ahora había la seguridad que Hochschild y Blum habían sido secuestrados, ya que el atraco se había hecho a mano armada y sólo habían demorado "diez minutos, quince tal vez" en dejar su precioso botín... Los secuestrados no habían sido llevados al altiplano como se suponía. ¿Pero y los rastros descubiertos por Villa? Ese era un manchón negro que no tenía cabida en el estado actual como se presentaban las cosas. Sólo que ahora había seguridad que el día del secuestro los mineros habían sido ocultos muy cerca del lugar donde fueron secuestrados, pues sólo habían demorado en deshacerse de ellos unos "diez minutos, quince tal vez". Ahora se estaba más cerca a una solución. Mucho más cerca, sólo a diez minutos o a quince tal vez.

18

– ¡Ya!

Cuando el teniente Prada había exclamado "¡ya!", Adrián automáticamente había pisado el freno de la camioneta, y el lugar donde se detuvo ésta era de lo más desierto que había. Ojeado el kilometraje, vieron que desde que habían partido – eso es de la puerta de calle de la casa de la señora Silvestro – habían recorrido más de diez kilómetros y ahora se encontraban en pleno camino a una quebrada denominada Palca, pues ya habían pasado el pueblito residencial de Calacoto.

En los alrededores no había un alma que pasara su desesperación en la lóbrega noche. Tampoco había una casa o choza y lo único que se podía divisar con la ayuda de los faros de la camioneta, era la tortuosa cinta blanca que se extendía adelante y que resultaba ser el camino polvoriento, sucio y sobre todo cansado. Cansado de

estar estirado por años y soportar todos los días los tremendos pisotones de las acémilas, únicos caminantes por esos lares de hermosa naturaleza.

– Por acá no hay nada, y ya hemos hecho la prueba por todas las salidas de Obrajes y a diferentes velocidades. ¿Qué hora tiene usted, teniente? – preguntó exasperado Adrián.

– Las tres y media.

– ¡Por Dios! De ocho y media a tres y media. Cinco horas de trajín. Cómo pasa el tiempo – dijo Adrián.

– Eso es lo que usted cree – comentó el teniente, que parecía ya caerse de sueño.

– Vamos. Por hoy se terminó – resolvió el conductor de la camioneta.

Si los diez kilómetros de bajada los cubrieron en diez minutos – según el cronómetro del teniente de Carabineros que había servido esa noche para medir el tiempo, basándose en que los secuestradores no habían tardado más de diez o quince minutos en deshacerse de sus víctimas – a la subida no tardaron más de unos cinco minutos, pues el cansancio los espoleaba y apuraba con la bella imagen de una cama bien tendida y una habitación de temperatura agradable.

La llegada a la parte asfaltada del camino que recorrían les produjo de por sí un bienestar físico, habiendo terminado los tremendos barquinazos que sufrieran durante todo el trecho que habían dejado atrás, y ahora el acelerador se lo podía pisar a fondo sin ningún otro peligro que atropellar algún perro noctámbulo.

El vehículo, conforme había mejorado el camino, adquiría mayor velocidad y la aguja del velocímetro ya oscilaba entre los sesenta y ochenta kilómetros cuando el conductor haciendo chirrear los frenos y quemar las gomas paró bruscamente la camioneta, al mismo tiempo que saltando del asiento le gritó a Prada, que venía medio soñoliento muy acurrucado en su asiento.

– Ladrones... ¡Sígame!

La reacción del teniente de Carabineros fue automática al abrir la otra puerta y correr detrás de Luis, que velozmente se dirigía a un muro que por no ser de mucha altura lo tramontó fácilmente ayudado por sus manos que también las utilizó para no clavarse de bruces después de haber ejecutado el salto, muy mal calculado, ya que el terreno del otro lado estaba a un nivel superior al de la calle. La persecución que se había iniciado detrás de un hombre, cuando Adrián lo vio escalar la pared de

una manera muy sospechosa, rápidamente llegó a su fin al ser éste cogido por el fundillo de su pantalón cuando por un momento dudó en saltar un enorme pozo con el que se había enfrentado en su carrera por el jardín de la casa a la que había entrado furtivamente, y que había sido tomado por un ladrón por los dos investigadores que, habiendo salido en pos de dos millonarios secuestrados, resultaban sólo dar caza a un vulgar ratero de villorrio dormido.

– Suélteme, señor. Suélteme que me voy a caer al pozo...

Eran los desesperados gritos que el infeliz profería más por susto de caer a la boca negra que se le abría delante que por haber sido sorprendido en momentos de perpetrar un delito.

– Suélteme, señor. Si no soy ratero. ¡Suélteme, señor!

Seguía con su bárbara alharaca mientras que Adrián, ayudado por Prada, hacía filigranas para detenerlo y también salvarse de caer a la oscura amenaza que tenía al borde de sus pies.

– Soy investigador, señor. No soy ladrón... – fue el último grito que lanzó el muchacho antes que rodara, acompañado en fraternal abrazo del director del Departamento Nacional de Investigaciones en lo que hasta ahora se había supuesto que fuera un ancho y profundo pozo y que resultaba ser nada más vulgar que un pequeño accidente del terreno, que gracias al juego de las pocas luces en la lóbrega noche adquirió tan grotescos perfiles.

El teniente Prada, que ya se había recuperado por completo de su brusco despertar, al ver que sólo se trataba de una irregularidad del terreno confianzudamente saltó para ayudar a los dos hombres que estaban tirados en el suelo queriendo recuperarse de la insistente náusea que les producía la fatiga de la carrera y el golpe final, sintiendo como si un impertinente brazo se introdujera por la boca hasta el estómago queriendo revolverlo a éste, como se hace con un calcetín para comprobar si está libre de pequeños e indiscretos agujeros.

Cuando los tres hombres se hallaban fuera del supuesto pozo y a una prudencial distancia del jardín en que se habían introducido, Adrián, hallando el aliento primero que los otros, demandó con voz fatigada pero acento severo.

– A ver mi amigo, explíquese.

– Señor, soy investigador – afirmó el interrogado.

– No te estarás confundiendo entre ladrón e investigador – agregó el oficial de Carabineros.

– No, señor, soy investigador.

– Bueno. Ya sabemos que eres investigador. Pero aclara de qué y vamos – dijo Luis, que se encontraba agotado con todo el inesperado ejercicio.

– Primero digan quiénes son ustedes – fue la respuesta despampanante del muchacho, que lo habían cogido tramontando la pared de una casa particular situada al finalizar la villa de Obrajes.

– Y qué le importa a usted, pedazo de chiquillo impertinente – lo hizo callar acaloradamente Moisés Prada.

– No se disguste, teniente. Vamos arriba y aclararemos – recomendó Adrián, dirigiéndose a su amigo.

– Teniente de qué, señor – insistió el pequeño, que al parecer no se inmutaba por nada y ante nadie.

– Teniente de Carabineros, y ahora va preso.

Ya había perdido la paciencia el oficial. Pero el muchacho no aflojaba su aplomo y volvió a insistir:

– ¿Y usted, señor, es carabinero también?

– Basta... Mañana veremos; ahora a la camioneta.

Luis también ya había perdido los estribos ante la testarudez del mozo que habían agarrado, pues no pasaba de tener unos diecinueve años de edad pero su agilidad mental era la de un hombre maduro.

– ¡Señor, quién es usted, dígame por favor! – suplicó el petiso al ver la cara de seriedad y decisión de Adrián.

– Vamos, muchacho, soy el director del Departamento de Investigaciones. Ahora vamos...

– Hay, señor – dijo jubilosamente – , usted me hace falta.

– Te doy un minuto para que expliques. Estoy harto de tus macanas – volvió a insistir con su mal humor el teniente Prada.

– Mi nombre no le importe, señor, pero mis amigos me llaman el "Mudo" y he estado investigando qué hay en esta casa. Pues era tranquila y desde hace algunos días entraba gente y salía gente, y siempre de noche y con hartas armas señor... ¡Mucho

fuego! – terminó diciendo el "Mudo", que hablaba sin necesidad más que una coto-rra emborrachada con miguitas de pan sopadas en vino tinto.

– ¿Cómo? Explícate mejor – Adrián le insinuó esta vez.

– Sí, señor. Yo siempre vengo por acá y desde el lunes o domingo será, o no será y rascándose el mentón hacia esfuerzos por acordarse el día.

– No importa el día. Siga usted – volvió a hablar Luis ya que Prada se había sentado en el estribo de la camioneta

– Bueno. Desde hacen unos días, a esta casa que estaba solitaria entraba gente y salía gente y con hartas armas. ¡Mucho fuego!... Y siempre de noche... Creí que había revolución, pero desde hacen tres o dos días, cómo será. Dos días o tres días, ya también se han ido. Así que yo creo...

Lo que él creía a Luis Adrián no le importaba. Sólo pensaba en los "diez minutos o quince tal vez" que había mencionado la señora Rosa de Silvestro... La cosa por fin se aclaraba un poco. Los secuestradores y sus víctimas no podían haber ido tan lejos como los recorridos que en esta noche habían efectuado, pues si habían tardado "diez o quince minutos tal vez" en ir y regresar los debieron haber dejado por acá cerca. La casa en la que el "Mudo" creía que estaban gestando una revolución. El Departamento Nacional de Investigaciones había encontrado el sitio donde los tuvieron prisioneros a Hochschild y Blum, pero faltaba saber quiénes los tenían. ¿Y ahora dónde estaban? Así otra vez la terrible interrogante hacia el signo fatal que brillaba en la oscuridad del misterio que rodeaba el "Secuestro Hochschild". Pero lo que había mencionado Adrián al salir de las oficinas del Departamento cuando esa tarde se hacía acompañar por el teniente Prada, probaba que el dicho de "mano virgen tiene suerte" era evidente al haber encontrado al "Mudo" y la casa donde primeramente fueron detenidos Hochschild y Blum al ser secuestrados.

19

Y MIENTRAS TANTO...

Con los últimos acontecimientos que bullían en su cabeza Adrián, en compañía de Prada y su última conquista en materia de amigos, el diminuto y testarudo "Mudo", imprimía más y más velocidad a la camioneta, que se tragaba el camino mal alumbrado que conduce a la ciudad... Cincuenta... Sesenta... Setenta y ochenta kilómetros marcaba la aguja roja sobre el circular velocímetro. Pero ni esa velocidad podía distraer al conductor sobre los pensamientos que le corrían a mayor velocidad entre los veinte y tantos centímetros que hay entre sien y sien.

Por fin se había encontrado algo palpable. El lugar donde los secuestradores llevaron a sus víctimas inmediatamente que éstas fueron hechas presas... ¿Pero cuánto tiempo permanecieron en esa solitaria casa? No lo sabía. Y después, ¿dónde los trasladarían?

Las primeras luces de la avenida Arce, principal arteria que entra a la ciudad de La Paz por el lado de los pequeños valles de Obrajes, Calacoto y otros más que los siguen en casi interminable cadena, hicieron que el conductor moderara un poco la velocidad que hasta este momento había imprimido al vehículo que ya perdía terreno... Setenta... Sesenta... Cincuenta... Y por fin se estabilizó la pequeña aguja roja en los treinta kilómetros del circular velocímetro del tablero de la camioneta... Treinta kilómetros por hora.

Y... Mientras tanto... Treinta... Cuarenta... Cincuenta kilómetros por hora señalaba la niquelada agujilla del cuadrado marcador de un lujoso tablero de un moderno automóvil que se precipitaba fuera de la ciudad por el lado del barrio de Miraflores, por una callejuela perdida en la bruma de un pesado amanecer paceño.

El automóvil cruzó velozmente la ciudad hasta llegar a un barrio suburbano e introducirse en una tortuosa calle, para detener su acelerada marcha frente a una casa que en otras ocasiones había servido para ser el punto de reunión de unos hombres que se habían agrupado en una clase de logia y con algún concreto objeto. Este misterioso vehículo venía seguido de una camioneta en la que se notaba un número apreciable de gente uniformada y armada con modernas pistolas automáticas.

– ¡Ya bajen, rápido! ¡Bajen! – insistió un hombrecillo sin sombrero, pero con un gorro de indio metido hasta las orejas y que en el frontis de su raído abrigo se podía descifrar las etapas económicas que había pasado, a través de las muestras de comidas y bebidas que las había chorreado desde que compró este estupendo mama-

rracho que debía haber sido en un tiempo muy lejano negro, pero que ahora, y gracias a la acción del fuerte sol y los años, era un verde oliva pálido. Más pálido que su enjuto rostro, donde uno que otro purulento grano le marcaba el sitio en que la navaja dejara su huella al resbalar de su temblorosa mano de borracho consuetudinario.

La gente armada ágil y adiestrada en estos trajines fue la primera en estar fuera de la camioneta, para luego ser seguida por varios civiles, que al fin hicieron – después de mucho aspaviento descender a dos hombres cuyos rostros y figuras no se podían delinear muy bien por las envolturas de frazadas que tenían alrededor de sus cuerpos, que aun así temblaban, más que de frío de secretos temores que seguramente tenían raíces muy profundas.

La travesía entre la puerta del auto y la puerta de la casa situada en la calle Catavi no duró sino breves segundos. Fue exactamente como una fugaz encandilada de las linternas de los que componían la comitiva y cuyas lanzas de luz esgrimían en las pálidas horas en que despuntaba el alba de un nuevo día.

– José Rojas, deje usted de molestar a la gente.

– Su orden, mi teniente.

Fue la llamada de atención que hizo a un hombre y la respuesta que recibió el teniente Néstor Valdez, encargado de trasladar a Hochschild y Blum de su cautiverio de la casa del capitán Valencia Oblitas en el parque Riosinho a la calle Catavi.

20

Luis, desde que descubrió la solitaria casa en que se presumía que había estado Hochschild y Blum, no se atrevió ni ha recogerse a su casa, para no ser asaltado por los feroces deseos que tenía de reposar y así perder preciosas horas de la madrugada. Tenía un deplorable aspecto físico, pues la falta de reposo y la excitación nerviosa que hundían sus largas y afiladas uñas en su ya sobre fatigado cerebro, le habían inyectado los ojos a tal punto que el rojo parecía ser el color natural de los blancos de sus órganos visuales y las flácidas bolsas que se desprendían de los párpados inferiores, conjuntamente con los profundos surcos de las comisuras de sus carnosos

labios, no eran sino el marco del desesperado cuadro que su persona representaba cuando aun las oficinas de la Casa Hochschild no se habían abierto para la atención del público, y sobre pasando las palabras vertidas por un airado portero penetraba en el escritorio del señor Enrique Iturri, secretario de la firma del minero secuestrado, cuyo nombre estaba esculpido en una losa de mármol a la entrada de las oficinas de su gran empresa.

– ¡Pero qué te pasa, Luis!... – fue la expresión de indescriptible sorpresa con que Iturri lo recibió, para luego largar una andanada, cual tableteo de ametralladora, de preguntas a cual más diferente la una de la otra, terminando con un bombazo que asemejaba el tronar del obús de grueso calibre al rematar un fuego de hostigamiento entre tropas enemigas – . ¡Los encontraron!

Un silencio profundo, que tan solamente fue roto por el ruido de una escoba en su infatigable ir y venir sobre un piso de madera, se dejó sentir por varios segundos.

– No. No los encontramos. Pero creo que hallamos un sitio donde estaban – informó cansadamente Adrián.

– ¡Basta, viejo! – fue la frase que Enrique Iturri la terminó con un estridente silbido, al mismo tiempo que agarró a su amigo del brazo y con el consiguiente estupor pintado sobre el rostro del portero, lo sacó fuera de la oficina – . ¡Vamos inmediatamente a ver a don Gerardo, pues estas cosas no se telefonan!

21

Don Gerardo, como lo llamaban todos los que trabajaban de su dependencia y como también llegaban a hacerlo gente que tenía la ocasión de tratarlo aunque sea por muy poco tiempo, era uno de los gerentes de la firma Hochschild, y que gracias a su afable disposición y habilidad para conocer a la gente se había hecho de un sólido prestigio y de una caterva de amigos. Amigos buenos que apreciaban en su totalidad su dinámica y gentil personalidad.

Este don Gerardo ya se aprestaba a salir de su casa cuando fue encontrado por Iturri, que presentó al hombre que lo acompañaba.

– El señor Adrián. Luis Adrián, director del Departamento Nacional de Investigaciones. – Y volcando su cara hacia Adrián, volvió a usar su conocida cortesía – : Lucho, el señor Gerardo Goldberg.

Las conocidas frases del "mucho gusto" o "es un placer" no se hicieron presentes en esta presentación de dos seres que con mucha anterioridad se conocían de vista y que por un azar de la vida la suerte hacía que caminaran por un mismo camino sembrado de sobresaltos, desesperaciones y riesgos que podían ser fatales, en la búsqueda de dos hombres que habían desaparecido.

Goldberg no pronunció palabra alguna, pero el movimiento y fulgor de sus ojos hacían la pregunta que seguramente sus labios se negaban a modular por temor de la respuesta.

– No, señor Goldberg. No los encontramos. – Adrián hablaba lentamente, como si el cansancio de toda la noche ahora hiciera crisis repentinamente.

Don Gerardo seguía callado y tan sólo se pasaba sus finos dedos por su amplia frente.

– ¡Pero dile, dile que encontraste la casa! – Iturri no pudo más y largó su excitado palabrerío.

Adrián, al ver que el gerente de la casa Hochschild levantaba la cabeza y empezaba a sonreír, para evitar que su mente tejiera rápidamente cualquier ilusión lo cortó bruscamente.

– Creo que encontré la casa donde estuvieron. Pero no hay seguridad.

Ahora Goldberg sonreía sin disimulo alguno, y Luis, temeroso de que a pesar de sus palabras acunara alguna esperanza que por el momento no tenía ninguna base sólida, volvió a embestir enérgicamente, con palabras severas.

– No hay seguridad que ellos hubieran estado en esa casa.

Pero a pesar de la descorazonadora frase de Luis, don Gerardo, que seguía callado, no pudo disimular que en su rostro se dibujaran las sugestivas líneas que indicaban no solamente la concepción de una esperanza, sino el de un tropel de éstas, y Adrián, conocedor de la desesperación en que se sume el corazón humano cuando se rompe una de éstas, otra vez volvió a la carga con sus desesperanzadas palabras para aclarar el sentido de ellas.

– Don Gerardo, el que se hubiera encontrado una casa en la que suponemos que se encontraban en algún tiempo, Hochschild y Blum, no quiere decir que los hubiéramos encontrado a ellos. ¡No, señor! ¿Y quiénes los secuestrarían? ¿Y por qué? Y si están vivos o muertos. ¿Pero dónde están? ¡Señor, dónde están!

Las palabras finales del director del Departamento Nacional de Investigaciones, más que a Goldberg, parecían estar dirigidas a Dios, pues la desesperación que a cada minuto, a cada hora y a cada día se centuplicaba ya empezaba a hacer presa al sistema nervioso de Luis, que ahora se había sentado en un sillón para serenarse un poco, en tanto que Iturri de una botella servía un trago, mientras don Gerardo Goldberg, sin pronunciar una sola palabra, lo contemplaba sin que las palabras de Adrián hubieran podido impedir que se agarrara fuertemente, delirantemente, a esa leve esperanza de la que había sido portador el hombre que sentado en un sillón sorbía un poco de whisky de un vaso que tenía en su mano derecha, mientras que la izquierda, conjuntamente con todo el brazo, pendía suelta y sin vida a un costado del comfortable mueble que lo sostenía cariñosamente en un breve reposo.

22

El revuelo que ahora la prensa removía, tanto en Bolivia como en el extranjero era bárbaro. Las historias que día a día pasaban de las máquinas de escribir a las linotipias, para luego ser impresas con titulares de sugestivos colores, que eran devorados por ávidos lectores, cambiaban como el caprichoso viento en las tardes agostinas de la ciudad más alta del mundo civilizado. Unas veces se decía que el doctor Hochschild y el doctor Blum habían viajado de incógnitos para pactar con países limítrofes y así poder derrocar al gobierno de Villarroel, que no estaba de acuerdo con la gran minería. Otros aseveraban que el secuestro había tenido visos políticos y que sería sólo un arresto, y aun habían unos más audaces que afirmaban a pie juntillas que hallándose la firma Mauricio Hochschild S.A.M.I. por quebrar, los principales dirigentes habían levantado el vuelo y el dinero de Bolivia.

Comentarios, notas a una columna, a dos columnas, a ocho columnas. En sueltos, en cuadros y recuadros, aparecían en matutinos, vespertinos, semanarios, revistas y cuanta cosa imprime el hombre en modernas o viejas maquinarias.

Los diferentes ángulos de publicidad a la desaparición de estos dos prominentes hombres de una acaudalada firma, no solamente boliviana sino continental, eran distintos en todos sus aspectos, hasta en los menores detalles, y en lo único que coincidían absolutamente todos era en que Mauricio Hochschild y Adolfo Blum habían desaparecido.

A todo este desbarajuste de noticias y desparramo de ideas de grandes investigaciones estilo Sherlock Holmes o algún otro sabueso de corte moderno, se sumaba la repercusión que recién tenía un aviso publicado en media página de cada periódico de Bolivia, que decía:

UN MILLÓN DE BOLIVIANOS

Se ofrece la gratificación de un millón de bolivianos a la persona que encuentre el paradero de los señores Mauricio Hochschild y Adolfo Blum y les conduzca a sus respectivas casas de esta ciudad.

Mauricio Hochschild S.A.M.I

La Paz, 2 de agosto de 1944.

Pocos avisos dentro de los anales de la publicidad en la encerrada República sudamericana, deben haber movido más gente y perturbado más mentes.

Los lugares donde se decía que habían estado por última vez el doctor Hochschild y su primer vicepresidente rápidamente se tornaron en sitios de concentración de muchedumbres, que investigaban la ya famosa y bullada desaparición.

Las oficinas de la Casa Hochschild parecían santuarios que visitaban los creyentes en días de romería. Llegando al extremo que el doctor Andrés Torrico Lemoine, uno de los abogados de la firma, tuviera que organizar una especie de sección de informaciones para recibir a todos los que llevaban el "dato exacto" de cómo encontrar a los dos mineros. Datos que al principio y a algunas personas se las tomaba en serio, para luego y después de haber hecho viajes e investigaciones, echarlos al canasto por inservibles y absurdos.

Todo este avispero humano zumbaba de día y de noche. Todo el mundo investigaba y averiguaba y solucionaba el asunto. Pero Hochschild y Blum o sus secuestradores o lo que fuera, seguían sin dar muestra alguna de estar con vida... Hasta que Vergara, inclinándose sobre la tierra del jardín de una solitaria casa de la Villa de Obrajes, y después de haber apartado con un palito una que otra cosa que parecían ser las basuras barridas de una habitación y concentradas en un montoncito por una diligente escoba, levantó entre su índice y pulgar derecho una porción de ceniza que a primera vista parecía ser el producto de cualquier cigarro fumado, pero que luego de examinarlo detenidamente y de consultar con los técnicos, se podía asegurar que pertenecía a un cigarro habano, ya que el ahora polvo de la hoja de tabaco quemado era casi blanco y sumamente fino. ¿Entonces, quién había estado fumando tabacos finos en una casa solitaria? La respuesta era lógica y breve... Alguien que tenía mucha costumbre o vicio por éstos, pues cigarros de esa calidad no se los hallaba con mucha facilidad, y seguramente que lo habían fumado recientemente, pues de otra manera no se hubiera hallado este rastro que se deshace tan rápidamente, ¿Pero con qué motivo y quién había barrido la pieza de una casa solitaria? Hecho reciente, porque en el montón de basuras apiladas a la salida de una pieza cuya puerta daba al jardín, también se encontraban migajas de pan bastante frescas y cáscaras de frutas sin secarse.

¿El cuidador sería? Claro que el cuidador podía comer pan y fruta. ¿Pero la ceniza que pertenecía al cigarro, a un cigarro habano de mucha calidad y por supuesto de exorbitante precio, cómo había podido venir hasta ésa? Ciertamente que el jardinero, cuidador o sereno, que por lo general eran indígenas, no podía tener ese vicio tan caro y por consellado su personalidad al tener constantemente entre dientes siguiente prohibitivo.

¡Hochschild! El millonario desaparecido siempre había sellado su personalidad al tener constantemente entre dientes un regio habano fabricado especialmente para él y llevar sobre su persona varios de éstos, ya sea para agasajar a un amigo merecedor de esta distinción o para pitarlo lentamente mientras hablaba o meditaba sobre alguna enorme transacción comercial. Fue la respuesta a todas las preguntas que Vergara y sus compañeros se hacían cuando Jaime palpaba entre su índice y pulgar

derechos el finísimo polvillo casi blanco que una vez había sido un exquisito y carísimo cigarro habano.

23

– Ya no me discuta más, Hochschild ha estado acá – dijo acaloradamente Jaime Vergara, mientras se limpiaba las manos que se las había ensuciado al estar hurgueteando el montón de basura.

– ¿Seguro? – fue la escueta respuesta de su camarada Freudenthal, que parecía tener el don de exasperarlo, como ocurría en este preciso momento.

– ¿Que si estoy seguro? – replicó tranquilamente Vergara mirando irónicamente y de soslayo a su interlocutor – . ¡Que si estoy seguro! ¿Pero dime tú, quién está seguro acá y de qué? Si esto es un loquerío que nadie lo entiende. – Terminó explotando bruscamente, para luego proseguir – : Mira incrédulo, aunque te opongas personalmente, yo te digo y te explico que Hochschild y Blum han estado en esta casa. – Y otra vez, subiendo el tono de su voz a una escala mayor, finalizó con un acento de ironía reprimida – : Aunque de esto hubiera pasado un día, dos o más de un año, pero Hochschild y Blum estuvieron en esta casa, pues así también cree mister Dean. ¡O no lo acabas de escuchar, detective!

La casa en que se había encontrado ese poco de ceniza blanca, no era ninguna otra que la vivienda solitaria que la noche anterior había sido invadida con una alharaca feroz por parte de Adrián y Moisés Prada, en un rato en que estos dos señores persiguieron y atraparon al "Mudo", cuando ya cansados de haber recorrido caminos por espacio de "diez a quince minutos" en todas las direcciones que salían y retornaban a la esquina de la avenida Zalles, de donde habían sido secuestrados Hochschild y Blum – según el relato de la señora Rosa Soligno de Silvestro – , regresaban a la ciudad después de haber estado más de cinco horas en este matador traqueteo donde contaban los minutos y los kilómetros recorridos y vueltos a recorrer, para siempre encontrar, o mejor dicho no encontrar nada.

La estéril discusión entablada entre Vergara y Freudenthal, los dos agentes y amigos íntimos que siempre aparentaban estar en un eterno contrapunteo que por lo

general degenerada en discusión, para terminar en mutuo acuerdo, esta vez fue rota por el llamado que les hacían desde la camioneta que estaba esperándolos en la avenida, cerca de la puerta del jardín de la casa.

– Vamos. Vergara, Freudenthal, apúrense – insistía Luis, que andaba desesperado por llegar esa mañana hasta su casa un poco antes del mediodía y así reposar por unos momentos su maltrecho cuerpo con un sueño que no lo había podido conseguir en virtud a la desvelada noche en que había encontrado a su nuevo colaborador el "Mudo", quien realmente les había dado la pauta de dónde estuvieron Hochschild y Blum. Aseveración que se podía hacer con la salvedad de no precisar el tiempo que permanecieron en ésa o cuándo fueron trasladados.

Entonces ahora existía una seguridad basada más en el instinto del corazón que en los factores materiales que se habían presentado. Seguridad que tomó rápidamente considerable volumen en el ánimo de todos los investigadores que estaban en posesión de los datos que primeramente había suministrado el "Mudo" y que fueron confirmados por el pequeño pero sugestivo hallazgo de Jaime Vergara, quien enfáticamente afirmaba que los multimillonarios Hochschild y Blum habían estado en la solitaria casa de la villa de Obrajes, más o menos a un escaso kilómetro del lugar de donde fueron secuestrados.

24

Parecía que el tan anhelado descanso del director del Departamento Nacional de Investigaciones aun no se podría llevar a cabo, pues varios de los discípulos del Departamento que habían sido destacados en diferentes comisiones esa mañana, se encontraban de vuelta en la oficina Central esperando la llegada de Luis, que cuando así lo hizo en la camioneta que lo trasladara de Obrajes, no le dieron tiempo ni de subir hasta su despacho, pues el tiroteo de preguntas y respuestas empezó en plena calle, siendo el subteniente Gastón Villa el primero en disparar.

– Señor Adrián, estoy de regreso.

– Bueno, Villa, ¿y los encontró?

Más que ironía había fatiga y descuido en la pregunta hecha a media voz por Adrián.

– Creí por un momento, pero...

– Ya, Villa, muy bien, muy bien. ¿Qué le parece si me prepara un pequeño informe por escrito? ¿Quiere? Estoy muy cansado, y además creo que Hochschild y Blum no salieron de la ciudad – le pidió Luis al teniente Villa.

– Es su orden – fue la respuesta del inteligente oficial de Carabineros, que no solamente creía en el ahorro de las palabras sino en la ejecución de éste.

Señor Adrián. – Esta vez habló uno de los dos jóvenes oficiales del ejército enviados por el Estado Mayor General al Departamento Nacional de Investigaciones para seguir los cursos de contraespionaje que dictaban los técnicos norteamericanos, miembros del F.B.I. – La casa de Obrajes pertenece a la señora Carmen Palma, que según nuestro informante es una señora muy rica y que tiene unas haciendas...

Adrián cortó el informe en seco.

– Ya, teniente. Yo la conozco a la señora Palma. Muchas gracias.

El teniente prosiguió:

– Fuimos a la Dirección General de Tránsito. Pero hay tantos coches cuyas placas terminan en ocho y que también son negros, o por lo menos el color original con el que se inscribieron era negro, que realmente es imposible... Pero si usted desea, volveremos y enton...

– No, teniente, muchas gracias – Adrián lo dejó sin terminar lo que deseaba decir – . Ya veremos más tarde; por ahora estoy muy cansado.

El tan pregonado cansancio de Adrián, más que físico, por momentos se convencía que era mental, pues ahora experimentaba más que el deseo de estar estirado muellemente sobre una cama y dormir y dormir – conforme era su antojo inicial – , una necesidad de estar solo. No pedir ni escuchar más explicaciones. Ni tener que dar pábulo a los dimes y diretes que flotaban tupidamente por la atmósfera por donde asentaba la planta de los pies. Ni tampoco quería hacer conjeturas o empezar a cavilar locamente. Ahora sólo quería estar solo... Sentirse solo, como probablemente se sentirían – aunque rodeados de guardias – los dos secuestrados. ¡Solos!... ¡Solos!...

Y MIENTRAS TANTO...

Solos, absolutamente solos, parecía que se sentían en ese momento los dos seres que habían sido secuestrados por un manojo de hombres cuyos designios eran más que un secreto, un jeroglífico aun para ellos mismos, puesto que cada vez que se juntaban, la orientación con la que se hubieran puesto de acuerdo en alguna ocasión anterior la anulaban, ya que constantemente se citaban a reuniones "para tomar acuerdos urgentes" que una vez que eran discutidos acaloradamente y examinados largamente a último momento eran echados por tierra, gracias a Dios Todopoderoso, pues sólo así se podía comprender que los dos millonarios semitas que habían sido secuestrados con el definitivo objeto de ser ejecutados de inmediato por "ser pulpos que succionaban la vitalidad de la economía nacional", estaban todavía con vida. Maltratados, deshechos física y moralmente, pero vivos. Aunque se encontraban solos. Absolutamente solos, a pesar de estar rodeados de mucha gente que los vigilaban y guardaban celosamente.

Desde la fecha del secuestro transcurrieron varios días en los cuales habían sido trasladados de Obrajes al parque Riosinho y ahora a una aislada casa de la calle Cavati, en el Barrio de Miraflores.

Todos estos días de inmenso tormento provocado por la constante y aguda zozobra de que morirían dentro de unas horas o minutos, dejaba su huella impresa en sus desencajadas caras y ya mal olientes cuerpos privados del aseo acostumbrado. Pero, a pesar de todo, ardía en sus corazones – aunque a momentos débilmente – la llama de la esperanza que es muy difícil de extinguir, incluso en situaciones tan desesperadas y novelescas como por las que atravesaban los doctores Mauricio Hochschild y Adolfo Blum. Esta llamita de esperanza parecía que a ratos ya se apagaba, cuando tropes de gente embriagada de alcohol y sádicas pasiones irrumpía en las asquerosas pocilgas que les servían de celdas carcelarias, y entre gritos de amenazas y brutales empujones eran sacados – en el congelante frío de la noche – a un patio o a una calle arrabalera totalmente desierta. Y después de ser maltratados con vocablos hirientes e histéricas interjecciones espetadas por labios que, cuando no estaban derrochando su florido mal lenguaje, se encurvaban ligeramente

para dar paso a eructos asquerosos cuyos olores fétidos y fuertes no los sentían entre sí, eran puestos con la cara a una pared, mientras que algún encargado de la tropa – ahora envilecida – profería órdenes y más órdenes.

– ¡Ya!... Listos... Cargar – y un sonido hueco de manivelas de fusiles que suben y bajan en sus correspondientes ranuras, era el eco de la orden emanada, para luego seguir adelante – . ¡Ya listos!

Y al escuchar "listos" por segunda vez, sentir helarse el alma dentro del calenturiento cuerpo, afiebrado por los grotescos trances del momento, y esperar. Esperar, y esperar, y notar los segundos convertirse en minutos, y los minutos... ¡Oh, los minutos! Sólo el Hacedor podría atestiguar que eran minutos y no siglos, que a la carne le hacían perder su habitual tirantez y convertíanla en bolsas flácidas y los cabellos, perdiendo su tinte natural, se volvían pálidos hilos blancos, y al mismo tiempo sentir la mente ceder en la furiosa pelea por la existencia, encontrando que la muerte es lo único lógico de la vida. Para luego romper el desconcertante silencio, una carcajada sonora, seguida de alguna maldición, festejada con muecas de hilaridad por algunos idiotas que gozaban placeres inenarrables al ver sufrir intensamente a dos seres que ya no parecían humanos.

Mauricio Hochschild, con su amigo y colaborador, eran los que, parados con la faz contra la pared, esperaban de un momento a otro la bendita bala que atravesando el corazón pusiera fin a sus vidas y a ese sainete que a momentos horrorizaba aun a los más audaces y despiadados espectadores.

– ¡Basta! ¡Basta! Métenlos a su cuarto. Por esta noche no hay fusilamiento – decía el conductor de la farsa cruel.

Y otra vez eran ensoquillados en una pieza que hacía las veces de cárcel, para volver a sentir solos... Absolutamente solos, aun estando rodeados de mucha gente, y otra vez tener que empezar a pelear con las enervantes tinieblas – sembradas de espeluznantes ruidos y rumores – para concebir un poco de sueño y así escapar de la prisión aunque fuera solamente con el pensamiento en el brioso y rápido corcel del sueño. Sueño que cuando ya se lo estaba concibiendo trabajosamente, volvía a ser espantado por la presencia de dos encapuchados, que extendiendo un papelucho y una pluma fuente hacían retumbar sus también disfrazadas voces.

– ¿Quieren su libertad? Ahí... Firma un pagaré por dos millones, y cuando en sus oficinas lo abonen, salen libres.

Y después de haber obtenido la firma ejecutada, aun en tan trágicas circunstancias con pulso firme, desaparecer cual entrenados actores conocedores del lugar de las escotillas del tablado teatral, en el papel de Mefistófeles en el grandioso drama del inmortal Goethe. Así, con estos actos teatrales, queriendo, no día a día, sino noche a noche socavar la moral y romper el espíritu de los dos hombres que ya hacía días que los tenían en su poder y que a cada momento se volvían un problema más agudo, que exigía una rápida solución.

26

– ¡Silencio! ¡No hablen! Creo que pronto sabremos dónde está el señor Hochschild... ¡La verdad! ¡La verdad!...

Cualquier extraño que hubiera irrumpido en la habitación que servía de sala de estudio en el Departamento Nacional de Investigaciones hubiera asegurado con el precio de su cabeza que se equivocó de sitio con la sala de recreo de alguna clínica especializada en curas mentales, pues los seis individuos que rodeaban una pequeña mesa, sobre la que tenían extendidas las palmas de sus manos, representaban en sus juveniles caras expresiones indescriptibles, ya que de un segundo a otro, y cual automáticos anuncios de neón gas, las cambiaban. Unas veces registrando franca consternación o eminente jocosidad, para luego trastornarlas a una seriedad digna de mejor causa y ocasión. Todo este monerío era dirigido por el que se había hecho un apéndice medio purulento – pues a momentos llegaba a ser insoportable – de la oficina de investigaciones que dependía directamente de la Presidencia de la República, el bullicioso "Mudo", que era el único que hablaba con tono cavernoso y dramático, pero cuya cara y destartalada figura promovían inconscientemente a una hilaridad que por el momento estaba fuera del tiesto, ya que esa oficina estaba atravesando por momentos de contornos dramáticos al empeñarse en encontrar el paradero de Hochschild y Blum.

Contagiado de la desesperante angustia de querer hacer algo y no poder que experimentaba el personal del Departamento, es que el mudo, ni lento ni perezoso, apelaba a todos los medios habidos y por haber para descubrir algún rayo de luz en este negro panorama, y pensando que los poderes del más allá se dignarían hacerse sus aliados es que, habiéndose hecho asesorar por un charlatán de barrio, apelaba al espiritismo como supermoderno método de investigaciones.

– ¡Silencio!... Compañeros, ¡silencio! – volvía a amonestar a cinco muchachos que con caras de picardía habían accedido a formar parte de la sesión de espiritismo en la que desentrañarían el problema que tenía desconcertados no solamente a los encargados de las investigaciones, sino a varios miles de personas, ya que la prolongada desaparición del dirigente y dueño de una abrumadora mayoría de acciones de empresas mineras empezaba a sentirse aun en los más sólidos centros del juego de valores mundiales, Wall Street.

– Creo que ya estamos entrando en contacto con alguien – suspiró el mudo, que ahora tenía los ojos semicerrados – . Un momento, por favor. Concentrarse. Ya viene... Ya viene alguien.

El muchacho empezaba a sugestionarse de tal manera, que parecía que efectivamente escuchaba algunos golpes que serían señales inequívocas dadas por algún ser del más allá.

Los otros jovenzuelos, que al principio se habían sentado alrededor de la mesa en son de mofa y jugarreta, intranquilamente cambiaron sugestivas miradas, y no faltó uno que otro de temperamento un poco nervioso que también empezó a creer que escuchaba algún ruido extraño. Ruido que ahora se lo sentía bien claro, con la lógica complacencia del director de este espectáculo y el desconcierto de sus gratuitos colaboradores.

– ¡No oyen, camaradas! – decía el "Mudo" con trastornada entonación de voz, en la que mezclaba la nota del triunfo y de la superioridad hacia sus compañeros con un ribete de oculto temor – . ¡No oyen! Viene del otro...

No alcanzó a terminar su frase, porque a espaldas del grupo se sintió una voz ronca que decía:

– No oyen, no oyen. Ya estoy aquí.

Al mismo tiempo se dejó oír un fuerte tiroteo que venía de la calle y que parecían disparos de fusilería, confundiéndose este tremendo alboroto con la campanilla del teléfono de la Dirección, que empezó a sonar como poseída por alguna ánima que purgaba sus penas en alguna condena de parrilla. Este conglomerado de ruidos producidos a un mismo tiempo hizo saltar de sus asientos a los pseudo espiritistas, mientras que el teniente Vila, poseedor de la voz ronca, entraba por la puerta atacado por una convulsiva explosión de risa, mientras seguía burlándose de sus compañeros utilizando el anterior estribillo, que ahora lo repetía entrecortado por su carcajada.

– No oyen... No oyen...

El cuadro que representaba los seis muchachos espiritistas era estupendamente cómico, pues como se encontraban en semioscuras, y Villa al ingresar prendiera la fuerte lámpara eléctrica, apenas si podían mantener los ojos abiertos, ya que las pupilas, heridas súbitamente por los refulgentes rayos de la ampolleta moderna, se negaban a mantener los párpados abiertos, de tal suerte que ninguno de ellos se atrevía a moverse y estrangular al teniente Villa, así dando rienda suelta al impulso que por un momento todos sentían bullir en sus perplejos cerebros.

Este acto de desorden, cuyo ordenamiento se venía desarrollando en moción lenta, fue apresurado en su proceso por la intempestiva entrada del director, que vociferó a voz en cuello:

– ¡Revolución!

Un solo minuto deben haber tardado todos en recuperar sus cinco sentidos y asimilar la única palabra que Luis Adrián había pronunciado airadamente mientras se seguía escuchando el intenso tiroteo, en tanto que el teléfono de la pieza de al lado seguía haciendo funcionar su campanilla con una insistencia tan brava que parecía que de un momento a otro rajaría su envoltura de baquelita negra.

– ¡Qué revolución, ni qué revolución!... – Villa fue el primero en hablar – . Todo ese tiroteo no es más que el desfile de teas del cinco de agosto por la noche – y como nadie parecía entenderlo, volvió a hablar para aclarar – : Señor Adrián, si mañana es el seis de agosto... Día de nuestra patria... Día de Bolivia... – terminó, acentuando enérgicamente toda su última fase.

Recién entonces pareció que comprendieron, y ya se aprestaba uno de ellos a hablar, cuando ingresó a la habitación otro agente que había salido precipitadamente para atender el teléfono, que no había dejado de chirrear como un veraniego e infatigable grillo.

– Señor Adrián, al teléfono, de parte del señor Goldberg.

La charla telefónica no duró mucho tiempo, y por los monosílabos con los que Luis matizaba la conversación en este extremo del alambre no debió ser ni interesante ni alarmante, pues terminó diciendo:

– Conforme, don Gerardo; si sé algo le comunicaré, y gracias por la información.

Adrián, después de colgar el auricular en su respectiva horquilla, y una vez de vuelta a la enorme sala de estudio, volvió a recoger el hilo de la conversación que tan raramente se había iniciado unos minutos antes.

– Por supuesto que son salvas; pero como dormía profundamente y desperté tan bruscamente, lo primero que me vino a la cabeza fue revolución. Bueno, muchachos, ¿qué hay de nuevo? Vamos a ver.

Por el tono jovial que ahora utilizaba Adrián parecía que las pocas horas que había tenido de reposo sobre el sofá de su escritorio le habían inyectado una buena porción de optimismo y energía, pues así lo demostraba al hablar.

– Nada de nuevo – contestó Villa, mientras que el resto asentía mansamente con una inclinación de cabeza – . Salvo que usted tiene que ir a Palacio a ver el desfile de teas, y éste ya comenzó.

Un corto silbido fue el principio de la réplica de Adrián.

– ¿Tan tarde ya es? ¡Qué barbaridad! Villa, creo que usted está de turno para la atención del Departamento esta noche, así que el resto puede retirarse – y diciendo esto salió a todo escape rumbo al Palacio de Gobierno, donde ingresaba a pocos momentos de haber dejado sus oficinas, ya que la distancia que los separaba era cortísima.

Tan despreocupado por las cosas y gente que le rodeaban, subía Adrián las escaleras principales del Palacio Quemado, que prácticamente se tropezó con el doctor Hugo Salmón, que sin saludarlo le dijo:

– Me voy. No estoy para desfiles. – Y agregando, después de haber bajado unos escalones más –¿Y qué novedades tienes de tus perdidos?

- Nada, pero creo que ya nos acercamos.
- Dios te oiga – fue el simple final que puso a su breve conversación.

La cantidad de gente que había en los salones y en las habitaciones cuyas ventanas daban a la plaza Murillo era fantástica, pues muchos de los altos funcionarios del gobierno se habían trasladado al Palacio Quemado en compañía de sus familiares para ver el tradicional desfile de teas con que el pueblo celebraba la víspera de la fecha patria: el seis de agosto.

Adrián deambuló de un lado para otro, hasta encontrarse con el primer mandatario de la República, como era su objetivo, y quien haciendo caso omiso del saludo de Luis, le dijo a espeta perro:

- ¿Qué hay de Hochschild y de Blum?

Adrián, en pocas palabras le informó de los últimos descubrimientos.

– Tienen que encontrarlos, Adrián, y rápido – dijo Villarroel, dándose la vuelta para saludar a un caballero, que llevaba en la solapa una enorme insignia, de un club internacional, para así hacer sobresalir su personalidad, que de otra manera era nula, y que en ese momento se había detenido a unos dos pasos de distancia y esperaba discretamente la venia del mayor Villarroel para acercársele.

Habiendo pasado con tanta felicidad el chubasco de preguntas que Adrián esperaba al encontrarse con el mayor Villarroel, se dirigió a la puerta de salida, pero al llegar a ella, por algo que en ese momento no alcanzó a descifrar, sintió una especie de desfallecimiento espiritual y un respirar nervioso al enfrentarse con Escobar y Alberto Candia, que en ese momento entraban al Salón Rojo del Palacio Quemado.

Ruborizado por esta demostración de falta de control en sus nervios, Adrián giró sobre sus talones y se dirigió hacia otra de las puertas de salida, consciente de que muchos pares de ojos – muchos más de los que había probablemente en el enorme salón – se clavaban sobre la base de su cráneo, lacerándolo sin compasión alguna, y sintiendo en su más íntimo ser una emoción que hasta ahora le había sido absolutamente desconocida, ya que era una indefinida mezcla de angustia y de aislamiento.

Un profundo convencimiento de estar solo. Solo aun estando rodeado de mucha gente... Como probablemente era el mismo sentir que a todo momento abatía el pecho de los secuestrados, que a pesar de estar constantemente rodeados de un gentío, siempre se sentían solos. Absolutamente solos.

27

Las bandas de música de los diferentes regimientos acantonados en la ciudad de La Paz tocaban a todo viento y vuelo la acostumbrada "Diana" con que el pueblo boliviano es despertado todos los 6 de agosto, celebrando una fecha más de su independencia de la imperial España.

Eran las seis y treinta de la mañana, y Adrián por vivir en la vecindad del Arsenal de Guerra, tuvo que saltar de la cama mal que le pesara, pues parecía que los gloriosos acordes del himno patrio los estuvieran tocando exactamente debajo de su misma cama.

La banda militar que ejecutaba la "Diana" en la plaza Murillo y luego siguiera con otros himnos y canciones patrióticas, ahora, que ya eran las siete horas del día consagrado a celebrar el sacudimiento de un yugo que se lo había tolerado por muchos años, hacía retumbar los acordes finales del himno al Gran Mariscal Sucre, cuando Luis Adrián, que caminaba por esos lares buscando un cafetín donde desayunarse, se encontró con el subteniente Gastón Villa, que salía de la Central de Policías, ubicada en un ángulo de ese cuadrilátero al lado derecho del Palacio de Gobierno.

– ¿Qué hace usted por acá, Villa, y tan temprano? – fue el saludo de su jefe.

– Después de cumplir mi turno en el Departamento de Investigaciones, reemplacé a un compañero en la guardia del regimiento "Calama", y acabo de dejar el correspondiente parte de la unidad al jefe de Policías.

– Bueno. Lo invito a tomar un poco de café, que no le va a caer mal.

– Vamos, que hay muchas cosas raras que tengo que informar – fueron las palabras del joven oficial de carabineros, que después de una pausa siguió adelante – . Le ruego no comentar todos mis temores, señor Adrián, pues son cosas sólo mías.

– Se lo juro – sonrió Adrián.

– Desde hace varios días... Para ser más exacto, desde el lunes pasado una camioneta del Regimiento sale a las horas de las comidas con fondos de rancho como para alimentar a unos veinte hombres, y existen órdenes estrictas que nadie intervenga en esto, salvo el chofer que la maneja. Prueba de ello es que no lleva ayudante o

tropa que lo ayude en bajar los fondos, ya que viene él solo y hace cargar la camioneta con los soldados de la cocina y se va callado la boca; sin cruzar palabra alguna, y nadie sabe a dónde va, pues la camioneta no está en el Regimiento y sólo viene a las horas que le indiqué, teniendo en cuenta que ese vehículo pertenece a la unidad rodante del regimiento "Calama". Hay algo raro – terminó Villa, tomando un trago de café bien tinto y caliente que recientemente le habían servido.

– No creo que eso tenga nada de raro, ni encierre un misterio. Usted sabe que puede haber patrullas o algún otro servicio del Regimiento... – quiso aplacar Luis la imaginativa mente de su lugarteniente.

– Pero es que hay una cosa más.

– ¿Y qué es eso que tanto le fatiga y que no me ha avisado, pues parece que se estuviera confesando conmigo? – Luis le dio a Villa una palmada sobre su reclinada espalda.

– Mire, señor Adrián – empezó Villa con mucho brío – . Ya le he dicho que esto no tiene nada que ver con la investigación que nos ocupa estos días, ¿no es cierto? – aclaró – . Lo que le voy a narrar es el fruto de mi eterna curiosidad y nada más. Así que le ruego tomarlo con calma.

– Perdón, Gastón, vamos a ver qué es lo que pasa – fue la excusa de Luis por su apresuramiento en haber juzgado las cosas.

– Yo siempre me fijo en el marcador de kilómetros de los vehículos del Regimiento, pues es parte de mi deber. Esta camioneta, los primeros días recorría más kilómetros que estos últimos días; quiere decir que antes llevaba el rancho más lejos. ¿Ve usted? – inquirió muy seriamente Villa.

– No veo nada en eso, si no que el destacamento o lo que fuera se ha trasladado de lugar, eso es todo. Probablemente que el sitio no les convenía, por estar justamente lejos, y ahora se vino, como usted decía, más cerca a su base. ¿Conforme?

– Conforme hasta cierto punto – seguía el impaciente teniente.

– Bueno. ¿Y ahora se fijó usted en el kilometraje? – preguntó Adrián.

– Nooo... pero... – balbuceó el oficial.

– Ahí está la cosa. Fíjese a la hora del almuerzo, y verá que sigue haciendo el mismo recorrido. Como le dije, se modificó el estacionamiento del destacamento, por

estar muy lejos y nada más, y fuera de eso a lo mejor que la camioneta no sólo acarree el rancho, puede que tenga que cumplir otras diligencias.

– Eso no, señor, porque al principio cada vez marcaba la misma distancia larga, pero el mismo recorrido, y después marcaba más corta, y siempre la misma distancia – aclaró Villa.

– Pero eso no tiene importancia – terminó la explicación que Luis le diera, explicación que parecía que caía en el vacío, pues a todas luces se podía comprobar que el subteniente Gastón Villa no estaba de acuerdo con ella, y así lo demostraron sus palabras.

– Me voy a fijar a la hora del almuerzo, y veremos. Pero hay otra cosa – terminó diciendo.

– ¿Y qué es eso?... – insinuó Adrián, mientras pagaba la cuenta a un trasnochado mozo, que no hacía ningún esfuerzo en disimularlo, ya que bostezaba como un hambriento hipopótamo.

– Que el teniente Valdez, Néstor Valdez, el ayudante de la Dirección General de Policías, a quien le debiera dar la copia del parte del Regimiento que está destinado a la Dirección General de Policías, no fue a su oficina, y esto también ocurre desde el lunes.

Villa seguía hablando de sentado, mientras que Luis ya se había puesto de pie y se aprestaba a salir del boliche, donde como desayuno apenas habían podido ingerir una taza de café.

– Pero a lo mejor el teniente Valdez está enfermo, Villa. Usted ya sobrepasa el límite de la susceptibilidad, mi buen amigo – lo regañó amablemente Luis, para luego seguir – : Vamos, Villa, que quiero llegar temprano a la oficina.

– Si, señor – dijo Villa, que no se daba por vencido – . Pero ayer por la tarde la señora de Valdez, a quien yo conozco de vista solamente, estaba hablando y lloriqueando ante el mayor Eguino cuando éste salía de Palacio.

Pero Villa, usted realmente encuentra cosas donde no hay. ¿No ha pensado por casualidad que la señora de Valdez seguramente le estaba explicando al mayor Eguino por qué su esposo no va a trabajar? ¿No es lo más lógico? A ver, dígame si tengo o no razón... – concluyó Luis cuando ya habían caminado como una cuadra en dirección al Departamento Nacional de Investigaciones.

– Claro que así suena, señor Adrián, pero...

Villa insistía heroicamente atrincherado en alguna teoría que su dinámico cerebro había forjado a base de fantasías.

– Vamos, Villa, ya no hablemos más de esto, que hoy creo que va a ser muy duro – terminó Adrián la charla iniciada hacía más de media hora.

28

Y MIENTRAS TANTO...

Mientras los acordes del himno boliviano fustigaban la atmósfera que cubre la tierra de este país tan celosamente prisionero en sus límites fronterizos, desde los verdes bosques del Oriente hasta las desoladas y largas pampas ribeteadas de montañas eternamente nevadas de la estepa altiplánica, dos palas, dos simples herramientas de labranza golpeaban la costra dura con que cubre su arrugada faz la tierra en la rocosa y siempre blanca región del majestuoso Chacaltaya, enorme montaña, muy cerca de la ciudad de La Paz.

Pero esta vez los sagrados instrumentos de trabajo y creación fértil, en vez de ser manejadas por las hábiles manos de un labrador o las encallecidas y robustas palmas de un minero, eran apenas maniobradas por cuatro enclenques brazos de dos individuos que fuera de ser neófitos en estos trances, también era un par de hombres dominados por el terror y la angustia, que a cada momento les hacía resbalar de las manos el noble adminículo, ya que el sudor, en vez de servir como fijador de la pala en la mano, parecía hacer las veces de resbaladiza sustancia, razón por la que el trabajo era lento y penoso.

Golpe tras golpe asestado al cuerpo macizo del violáceo terreno era rechazado con centelleantes chispas, como señal de furia y de dolor al ser herido el seno de esta tierra india. Y golpe tras golpe los cuatro brazos pertenecientes a dos trémulos hombrecillos volvían a insistir.

Esa ardua tarea ya duraba horas, pues se había comenzado cuando la luna era solo un tajo en el negrísimo telón de la noche, y ya los rayos del sol calentaban un poco el frígido ambiente cordillerano.

– Apúrate... Tú – dijo un sargento, que evidentemente era el jefe del pelotón, a uno de los dos trabajadores – . ¡Siempre te distinguiste por burro y flojo! – terminó su agresiva amonestación, mientras que el aludido bajaba aún más su encorvada cerviz, en tanto que sus diminutos y achinados ojillos rodaban dentro de sus cavidades de derecha a izquierda y viceversa.

– ¡Ya, pue!... ¡Ya, pue!... – volvía a insistir el bellaco, que acompañaba sus palabras con ademanes hostiles ayudado por un fino palito que haciendo las veces de culebreante latiguillo golpeaba las botas de su amo o los lomos del holgazán.

– ¡Ya, pue!... ¡Ya pue!... – seguía Máximo Cuéllar, cuyo apellido, sumado al acento en el modo de hablar, aseguraban que su cuna natal fue mecida por las cálidas brisas benianas.

– Listo, mi sargento – fueron las únicas palabras que uno de los dos trabajadores pronunció, mientras que sosteniendo la pala con la mano izquierda, con el dorso de su diestra se secaba las gruesas y cristalinas gotas de sudor que se prendían a su estrecha frente, al mismo tiempo que sus encapotados ojos se fijaban en su obra recién terminada: una fosa cavada en el centro de un ventisquero cordillerano.

El sargento no oyó decir más, y rápidamente ordenó:

– Ya a la camioneta. Vamos, todos. Rápido, ¡ya, pue!

Todos. Eran el chofer y los dos individuos que habían estado cavando las sepulturas, largas, hondas, negras y con la muerte agazapada en el fondo ávida para hundir sus garras en el festín que le dieran. Mientras que el hombrecillo, el flojo, el de los rodadores ojillos, saltando por el filo del camino se hundía en la nieve fofa y fría que flanqueaba a éste, y entre tumbos y saltos corría como alma que lleva el diablo, en tanto que su compañero, sentado en la plataforma de la camioneta – que ya marchaba – , sólo atinaba a mirarlo, mientras que el sargento, parado en el estribo del vehículo, rugía fuera de sí:

– ¡Maldito seas! Te has vuelto loco...

29

El tercer día de regocijo público marcaba el calendario histórico, cuando el subteniente Villa, acompañado de sus camaradas de trabajo Freudenthal y Ferrufino, buscaba alguna oportunidad para introducirse en la cabina de una camioneta que estando estacionada en el patio interno del cuartel del regimiento "Calama", donde quedaban las cocinas, era en este momento cargada con dos fondos de rancho, cuyo destino ignoraban todos los que en ese instante pululaban de un lado a otro por el empedrado cuadrilátero, con excepción del chofer, que se encontraba sentado al volante con un hediondo cigarrillo pegado a sus resecaos labios, mientras que indolentemente hacía la prueba de limpiarse las uñas de sus mugrientas manos con el palito de un fósforo ya quemado.

La operación de bajar, llenarlos y luego volver a subir hasta la metálica plataforma del vehículo los también metálicos turriles, no duró más de quince minutos, tiempo en el que su celoso conductor no había abandonado su puesto, con la lógica desesperación de los tres investigadores, que a todo trance deberían anotar las cifras del marcador de kilómetros, recorridos, ya que el testarudo oficial de carabineros, aprovechando la obscuridad, estado festivo y por supuesto descuido en que la noche anterior se encontraban la mayoría del personal en el regimiento "Calama" – que se había sumado a festejar el aniversario de la independencia boliviana – , había tomado nota de los números que estaban fijos en las aberturas del kilometraje de la camioneta que por varios días aparecía por las cocinas del Regimiento nada más que a las horas de las comidas, y tan solamente por pocos minutos.

– ¿Listo? – preguntó el chofer, que había sentido el ruido que produjo la pequeña compuerta trasera al ser bruscamente cerrada.

– Listo, mi jefeeee – contestó uno de los pinches de cocina, que después de colocar el seguro de cadena en los pasadores de la compuerta, ahora empezaba a limpiar ayudado de su dedo índice, como principal instrumento de aseo, el desportillado bañador que hacía las veces de cucharón.

Villa, no pudiendo controlar por más tiempo sus ansias de comprobar el registro numérico del tablero del vehículo con los que tenía anotados en su pequeña libreta de bolsillo, y así una vez por todas desterrar una duda que desde hacía días venía

mordiendo su infatigable cerebro, con un corto silbido, acompañado de un enérgico ademán con su mano derecha, llamó al chofer, quien al ver al oficial de carabineros correctamente uniformado saltó de su plácida poltrona y corrió a cuadrarse frente a él.

– Firme, mi teniente. – Le saltó de inmediato el complejo que deja en algunas personas el servicio militar obligatorio, que ya nunca pueden decir, al ser llamados, "presente", o algo más civil, sino que siempre utilizan la jerga militar y la palabra más saliente de ésta, "Firmeee".

Villa, que también fue tomado con un poco de sorpresa, tartamudeó:

- Esa camioneta... está... está de servicio... Tengo que utilizarla...
- Mi Teniente, tengo que llevar rancho – respondió el chofer.
- ¿Dónde? – Villa seguía con su aire cortante y enérgico.
- Está al servicio del capitán Valencia.

Pero ¿dónde va? – Villa volvió a insistir.

– Está al servicio del capitán Valencia... mi Teniente – volvió a repetir el conductor del vehículo.

Mientras Villa hizo durar este absurdo interrogatorio Freudenthal, que ya estaba bien instruido por su compañero de labores, se había escurrido rápidamente dentro de la cabina del vehículo, objeto de la discusión entre el subteniente de carabineros y el chofer, y ahora, después de meter en el bolsillo de su pantalón un pequeño pedazo de papel, silbaba una tonada que seguramente debía ser una imitación de rumba o algo parecido al aire tropical.

Villa, al escuchar el silbido y al ver que Freudenthal se alejaba, como por encanto dejó de hablar con el chofer, que se quedó con las últimas sílabas de una palabra en los labios.

Cuando el diminuto pero astuto investigador salió a la calle por el portón principal del Regimiento "Calama" Primero de Carabineros y dobló la esquina, Freudenthal lo esperaba con un pequeño papel en la mano, de la que le fue arrebatado por la nerviosa y huesuda del que en su apuro cuando volteó la calle casi le choca.

Freudenthal no hablaba, pero seguía con ávidos ojos la resta de una cantidad a otra, que efectuaba el oficial Villa, quien exclamó lleno de júbilo cuando terminó la operación aritmética:

– Si yo sabía que tenía razón... ¡Claro que tenía razón! Mira, negro – llamando a Freudenthal por su apodo en el Departamento, y se revolvió para mostrarle el pedazo de papel donde se veía un garabateo de números – . Mira, y dime si no tengo razón. La distancia que recorre esta camioneta al llevar rancho es otra vez diferente, y con ésta, esa tropa a la que llevan alimento de acá cambió de lugar por tercera vez. La primera eran unos diez kilómetros del cuartel. La segunda vez, a un kilómetro, más o menos, y esta vez unos tres y medio. No puede ser que un pelotón cambie de ubicación tres veces tan rápidamente. Acá hay gato encerrado, hermano, ¡y te juro que esta noche lo sabremos!

30

...Y efectivamente esa noche, tres individuos sentados en una camioneta esperaban el paso de otra similar, con el firme propósito de saber cuál era la ruta que seguía y a dónde acarreaba – desde hacía días – comida suficiente como para nutrir una veintena de hombres.

– Villa, ¿tomará esta calle? – quiso asegurarse Adrián, que se encontraba sentado al volante del vehículo que haría las veces de sombra fatídica a otro idéntico.

– Más que seguro, señor, como que la otra calle de salida, gracias a la voluntad de unos agentes, la dejamos que parecía una trinchera – terminó el aludido ahogando una risa, gesto muy raro en él.

– Está bien. ¿Qué hora es, Freudenthal? – dijo Luis, después de levantarse la manga del saco de su lado izquierdo y comprobar que no usaba reloj.

– Ocho y media.

– Esperaremos – fue todo lo que Luis dijo, arrellanándose en el asiento de cuero y prendiendo un cigarrillo, después de invitar con otros a sus amigos.

Raro, como el humo del cigarrillo pudiera servir como telón plateado, donde se reproducen escenas ya vividas. Raro no era, sólo por la fatiga cavilaba Luis, y las imágenes que ahora divisaba entre espirales de humo espesor que despedía por sus apretados labios gruesos, eran recuerdos de hacía pocas horas atrás.

– Pero, Lucho, ¿por qué te demoraste tanto? Pasa, que el Presidente te espera – le decía Hugo Salmón.

Luis, que efectivamente se había demorado para llegar a una llamada de urgencia del Palacio de Gobierno, no pudo ni excusarse, pues mientras caminaba hacia el despacho presidencial, el doctor Salmón seguía hablando.

– ¿Y por qué no vino mister Dean?

– Creo que la ropa sucia es mejor lavarla en casa – fue la desconcertante respuesta del director del D.N.I., que dejó a Salmón sin poder pedir una explicación, ya que en esos momentos ingresaron al escritorio del flamante teniente coronel Villarroel, ascendido del grado de mayor el día anterior.

– Buenas tardes, mi Coronel – fue el saludo de Adrián, que no sólo hizo levantar la vista, sino su pesada humanidad al presidente boliviano, que abandonó su sillón de trabajo, y después de estrechar la mano al recién llegado, se puso a tranquear a todo lo largo del cuarto, mientras que el hombre que había acudido a su apremiante llamada, de pie en el centro de la pieza, hacía filigranas para no ser atropellado en un momento de descuido.

– Adrián, ¿qué hay de nuevo?

– Mi Coronel, la investigación sigue su curso. Sabe usted?... – Adrián no terminó el informe que mentalmente lo había redactado en su camino a Palacio, porque Villarroel le dijo:

– Yo le voy a informar algo que usted no sabe, para que se dé cuenta de lo grave que es el asunto.

Adrián no se atrevió a contestar temeroso de cortar el hilo de los pensamientos del Primer Mandatario, y por eso es que Villarroel continuó hablando más como si lo estuviera haciendo consigo mismo que con el jefe del Departamento Nacional de Investigaciones, que había sido especialmente creado con su venia y a un pedido de la embajada de Estados Unidos.

– He recibido la visita del señor Benjamín Cohen, embajador de la República de Chile, en compañía de unos abogados que representan a accionistas de firmas en las que Hochschild es el hombre de importancia – un momento de silencio siguió, mientras Villarroel se sentaba – , y usted comprenderá que están muy nerviosos. ¡Más nerviosos de la cuenta! Y si Hochschild no aparece las cosas pueden tomar un

cariz internacional que sería muy desagradable para todos. Me entiende usted, por supuesto.

Por supuesto que se le entendía. La cosa era más que grave. Tácitamente se planteaba una reclamación diplomática, aunque Villarroel hubiera utilizado otras palabras.

– Y yo – continuó el Presidente de la nación predilecta del Libertador Simón Bolívar – me he comprometido a que se los encuentre, ¡y por Dios que se los encontrará! – y subrayó sus últimas palabras pegando un puñetazo sobre su escritorio haciendo saltar unas gotas de tinta de un tintero que ya no se lo usaba, pero que aun conservaba un poco de ese líquido viscoso y medio negro – . Ya hablé con el jefe de Policía y él me aseguró estar haciendo lo imposible para dar con los señores Hochschild y Blum, y usted ¿qué dice? ¿Qué de nuevo tiene que contarme?

– Mi coronel – empezó Luis – , hay un solo dato que podría agregar a los que ya usted sabe, pues espero que recibirá nuestros partes diarios – preguntó el director del Departamento Nacional de Investigaciones.

– Claro que recibo los informes, pero ¿qué me iba a decir? – insistió Villarroel, que en esos días estaba muy propenso a perder los estribos de casi nada.

Mi coronel, lo que voy a decir es una simple suposición, pero usted comprende que no hay que dejar ni una piedra sin levantar en un caso como este.

– Entiendo, Adrián, entiendo – volvió a cortar Villarroel – . ¿Pero qué es lo que ha encontrado usted? – Villarroel ya se ponía de un mal humor visto a todas luces, pero Adrián volvió a su estribillo.

– Tenga usted en cuenta que sólo es una suposición – Adrián otra vez no pudo terminar, porque el Presidente, levantándose, dirigió sus pasos a donde estaba Luis y habló muy serenamente sólo cuando se encontraba frente a éste.

– Comprendo. Adrián. No se alarme.

– Mi coronel, la casa de Obrajes. Esa casa solitaria, de la que ya usted tiene informes, donde positivamente se sabe que había mucha gente armada por sólo unos días a partir del domingo en que Hochschild y Blum desaparecieron, y donde también se hallaron esas cenizas que se identificaron como de un cigarro de tabaco muy fino. Es de la señora Carmen Palma...

El momento que Adrián demoró para inhalar aire y seguir hablando, Villarroel le dijo:

– ¿Pero qué de raro encuentra usted en eso?

– Que la casa la alquila el director general de Policía. El mayor Jorge Eguino – contestó secamente el jefe del Departamento Nacional de Investigaciones.

Solo, pero solo por un momento le pareció a Luis Adrián advertir como si una sombra blanca pasara entre los dos, reflejando su color sobre el rostro de Villarroel, para luego sentir, no un grito ni un alarido, sino una carcajada, pero tan rara y fuerte que parecía que al salir por la garganta del Presidente arañaba su esófago.

– Adrián, está usted mal – decía Villarroel que aun no podía contener la risa que por un momento lo había hecho cimbrar íntegramente – . Está usted mal. Es ridículo. Hasta el pensarlo es ridículo.

Y Luis, que sentado sobre la camioneta había encendido otro cigarrillo, todavía le parecía escuchar la entrecortada voz de su excelencia: "¡Adrián, es ridículo! ¡Es ridículo! ¡Ridículo!"

Realmente, pensando ahora sobre la entrevista que esa tarde había tenido con el Presidente, los temores de que Eguino y alguno de sus colaboradores hubiesen tenido algo que hacer con el desaparecimiento de los doctores Mauricio Hochschild y Adolfo Blum parecían ridículos.

– ¡Ya viene la camioneta!

Fueron las palabras de Freudenthal que devolvieron a Luis a tierra firme, y dejando que la esperada camioneta le tomara la delantera de unos treinta metros encendió el motor de la suya y empezó a seguirla muy prudentemente.

El zigzaguear y el subir y bajar de las calles de La Paz, por momentos hacía la tarea de seguirla, más que cansada, difícil, hasta que después de haber cruzado una gran área de la parte antigua de la ciudad por donde se encuentra la Plaza Murillo, desembocó al más espacioso barrio de Miraflores y después de correr por una de sus amplias avenidas volvió a tomar otras tortuosas callejuelas, y otra vez hubo el temor de perderla de vista y echar por tierra todo el trabajo que a lo mejor daba frutos inesperados, como sucede casi en toda investigación cuando el detalle más insignificante o absurdo, con el correr de las cosas y las circunstancias, se torna en ser la llave del misterio.

La camioneta, que solamente llevaba dos turriles – que tan pronto estaban al costado derecho como al izquierdo dependiendo de las curvas del camino – ahora volvía a embalar por otra avenida del mismo barrio para luego volver a zambullirse una vez más en estrechas callecitas hasta agarrar una que en pocos momentos dejó de ser calle y se volvía un campo abierto de chacras y sembradíos por un lado y por el otro con una que otra edificación levantada a grandes distancias. En esta calle llamada Catavi la camioneta detuvo su marcha frente a una casa de aspecto humilde, pero de trazos modernos, ubicada donde la calle ya no se podía prolongar más, pues estaba rematada por una pared de adobe sin revoque alguno.

Adrián detuvo el vehículo que conducía a unos ochenta metros de distancia, y encubierto por la sombra de un enorme sauce llorón hacía que el bulto de la camioneta que le había servido tan eficazmente no fuera descubierta, aun por ojos que fueran muy perspicaces y que estuvieran acostumbrados a la oscuridad.

Freudenthal, que hacía un movimiento para abrir la puerta y salir, fue retenido por Villa.

– Espera que se vayan.

En ese transcurso de segundos aparecieron varios hombres que por la distancia no se los podía identificar. Pero que era fácil de suponer que estaban a la espera de la camioneta, pues habían salido de la casa al sentir el ruido del motor de ésta.

Silenciosamente descargaron los turriles, y estacionando la camioneta bien pegada a las paredes de la casa se volvieron a meter a su por ahora vivienda, y no quedó un alma en la calle.

– ¿Quién de ustedes se queda? Hay que vigilar la casa – había resuelto Adrián.

– Creo que a mí me toca – fue Villa el que habló.

– Bueno. Mañana en este mismo lugar a las siete de la mañana – dijo Luis, mientras dejaba que la camioneta rodara hacia atrás por la leve pendiente para no hacer ruido alguno, y Villa, subiéndose el cuello del abrigo hasta más arriba de sus despegadas orejas, se diluía en la oscuridad de la noche que rápidamente se había poblado de sombras raras.

La noche por momentos se tornaba más fría y el acostumbrado viento de agosto sacudía su vieja y empolvada capa por las calles de la ciudad, levantando de trecho en trecho espirales de basuras que herían los ojos, volviendo a la tarea de caminar una escabrosa faena. De ahí que cuando Luis Adrián fue admitido en el confortable livingroom de una casa de la avenida Sánchez Lima, restregándose los párpados y suspirando al sentir el calor reconfortante de la habitación a manera de saludo al dueño del departamento, exclamó:

– Qué noche estupenda para cometer un crimen.

Gerardo Goldberg, el dueño de la casa, que vestía un sacón suelto y cómodo, comprendiendo el estado de ánimo de su visitante y también a manera de saludo, respondió:

– Señor Adrián, un whisky. – Como no recibiera respuesta de su visitante, que prácticamente se había echado en un sillón, insinuó – : ¡Creo que le vendrá muy bien!

– Don Gerardo, esas cosas no se ofrecen, se dan – bromeó Luis, que recién se sentaba en un cómodo asiento después de todo un día de trajín intenso.

Goldberg no contestó a la pulla que le había hecho Adrián, sino que pintándosele una leve sonrisa en su fatigado y preocupado rostro prosiguió a ejecutar el consejo que acababa de recibir y pasó a Luis un vaso bien servido de ese líquido medio amarillento, que tomando poca cantidad tiene el magnífico don de levantar los ánimos y hacer creer a los abatidos que todavía hay bondad sobre esta tierra y justicia en el más allá.

– ¿Y qué me dice usted? – fue la simple pregunta que hizo el segundo vicepresidente de la firma Mauricio Hochschild S.A.M.I. Pregunta que si bien en palabras no descubría nada, en su tono demostraba desnudamente todo el torbellino de angustias que se removían constantemente dentro de ese ser tan leal.

– Lo único de nuevo que puedo agregar, es que esta noche seguimos a la camioneta que lleva el rancho desde el Calama.

– ¿Y a dónde fue? ¿Quiénes eran?

Goldberg hubiera seguido machacando con sobresaltadas preguntas impregnadas en desesperación nerviosa, si Adrián no le cortaba contundentemente.

– Un momento don Gerardo. – Y sólo prosiguió cuando éste sorbía un trago de su copa y por supuesto guardaba un obligado silencio. – Se fue hasta una desolada casa en la calle Catavi...

– ¿Dónde queda la calle Catavi? – Goldberg no había dejado terminar a Luis su frase, porque éste ahora hablaba lento, muy lento, debido al cansancio que parecía que de un momento a otro culminaría en la forma de un profundo ronquido, pues mientras emitía palabra tras palabra, sus párpados se cerraban y cada vez demoraba más tiempo en reabrirlos.

– La calle... Ca... ta... vi queda en un extremo de Miraflores, al otro lado de los hospitales. Eso es... La parte alta...

– Por Caiconi, entonces – aclaró Goldberg.

– Exactamente. – Una palabra, fue la breve respuesta de Adrián.

– ¿Y?... – volvió a insistir don Gerardo, porque Adrián otra vez se había quedado callado, mientras que visiblemente hacía enormes esfuerzos para mantenerse despierto.

– Y, y... mejor es que me ponga de pie porque sino me duermo – dijo Luis acompañando los hechos a las palabras, y después de un rato continuó perorando mientras que con paseos cortos medía la pieza de este a oeste y de norte a sur – . Descargaron la camioneta y después de estacionarla a un costado de la calle se volvieron a meter en la casa y todo quedó en silencio.

Goldberg, que seguramente esperaba una noticia más concreta, se deslizó sobre una butaca del livingroom y se quedó con la mirada fija sobre un cuadro cuyas líneas y colores mareaban a cualquier neófito en arte moderno.

– Villa se quedó vigilando la casa y sus alrededores. Puede que al amanecer tengamos alguna novedad. – Luis parecía que ahora se empeñaba en monologar. – Pues usted más que nadie sabe, don Gerardo, que los únicos indicios que se pescaron en esta investigación los hemos removido hasta llegar al mismo fondo, y que ninguno fue masa con que hacer algo concreto. – Después de callar para tragar un largo y reconfortante sorbo de su vaso, Luis añadió – : Pero creo que acá hay algo – y volvió a enmudecer por un momento, en tanto que Gerardo Goldberg, que ya se había sentado derecho en el sillón, sólo atinaba a mover su vaso entre las manos, produciendo un agradable tintineo al chocar el cubito de hielo contra el fino cristal –

. ¿Usted ya se enteró de la visita que hicieron al Presidente varios extranjeros y el embajador de Chile? – preguntó Luis, cambiando bruscamente la conversación pero no el fondo del tema.

– Si – fue todo lo que respondió don Gerardo.

– ¿Y usted sabe de la existencia de una agrupación o logia?

Al escuchar estas palabras Goldberg, involuntariamente, se incorporó y copa en mano se situó frente a Luis Adrián, que por ahora había dejado de caminar y estaba parado más o menos en el centro de la habitación.

Como Goldberg no contestaba a la pregunta de Luis, éste habló tranquilamente dando un enérgico énfasis a sus primeras cuatro palabras.

– Usted sabe, don Gerardo, y conmigo tiene usted que hablar, pues de otra manera las cosas se me hacen cuesta arriba.

– Mire, Luis. En estos días y más por virtud del aviso del millón de recompensa, he escuchado miles y miles de cosas y me he olvidado de qué fuentes provenían casi todas las informaciones, que las he desechado por absurdas o por imbéciles. Pero entre todo este laberinto se ha destacado siempre la palabra "logia" y cada vez con diferentes nombres. Por eso creo que hay algo... ¿Y usted? – terminó Goldberg.

– Yo también creo, y en los últimos días por donde se pone el dedo salta la misma palabra. Se supone que son pocos pero audaces, y que se reúnen en pequeños conciliábulos y que por ahí es por donde está don Mauricio y el señor Blum – concluyó Luis, mordiendo su labio inferior.

Y después que dejó su copa vacía sobre una mesa cercana, se despidió apretando el brazo derecho del hombre con quien había estado hablando tan tranquilamente y cuyo rubicundo tinte de sus mejillas lo habían abandonado a la sola mención de una palabra. Palabra que Luis la seguía escuchando al silbarle el viento por las orejas cuando, cerrando la puerta de calle tras de sí, se encaminaba a su casa, fatigado y deshecho, pero otra vez desvelado, en virtud al temor que ambos hombres minutos antes habían demostrado a la sola mención de la existencia de una agrupación que todos en La Paz lamentaban, pero que nadie la conocía, y mientras, el viento cesaba de sacudir su conocida furia de agosto en el Altiplano. La lluvia volvía a mojar la tierra, y el taconeo, ese taconeo que marcaba el compás de la marcha de Adrián sobre

las losas sueltas de la calle, haciendo salpicar estancada agua a cada golpe seco que descargaba, era el único ruido que se escuchaba.

32

Y MIENTRAS TANTO...

Un furibundo portazo hizo levantar la cabeza al mayor Eguino, director general de Policía, que sentado frente a su escritorio se encontraba revisando unos papeles que yacían en desordenado montón a corta distancia de su mano derecha.

El mismo tremendo golpe, ocasionó que el mayor Max Toledo cerrara precipitadamente una revista que flojamente había estado hojeando apoltronado en una butaca, mientras que el capitán Valencia Oblitas y otro hombre – que se encontraba apostado contra un ángulo de las paredes – reaccionaban ante el ruido, cortando su fútil palabrerío.

– ¡Y qué significa esto, mayor Eguino! – empezó a hablar el jefe de Policía de La Paz, capitán José Escobar, en cuanto echó el portazo después de su huracanada entrada, que al no recibir contestación alguna prosiguió gritando con su tono de falseate, e irguiéndose en su pequeña estatura a todo lo que daba pegaba al ojo de ser la estampa de un gallito de riña – . ¡Y qué significa telefonar a mi oficina y dejar recado de que venga de inmediato! ¿Se da usted cuenta?

Eguino, como era el aludido, contestó muy seriamente.

– Significa, capitán Escobar, que si usted sigue tan lerdo y perezoso y cree que la otra gente es lo mismo, terminaremos esta aventura colgando.

Escobar comprendió que se había extralimitado en sus poderes de jefe absoluto de una agrupación, y Eguino, que por el momento bajaba otra vez la cabeza hacia su escritorio, ni por un segundo se le pasó por ella que su última palabra sería cumplida al pie de la letra y que en ese momento, cual extraordinario profeta que tiene el divino don de ver el futuro, él mismo se sentenciaba a colgar. ¡Si, colgar! Colgar por el pescuezo hasta que éste, con un ruido breve y seco se le rompiera justamente por la unión de dos vértebras y sacando desmesuradamente la lengua – cual última

mofa a la truculenta vida – entregaría su alma convertida en un suspiro. Sólo después se sabe a quién.

– Qué hay de nuevo o urgente – gritó Escobar, que no quiso dar su brazo a torcer al disminuir el altanero tono de voz que había usado cuando entró.

– Mucho, pero, como no he podido reunir a todos, creo que tendremos que decidir las cosas nosotros solos – explicó Eguino.

– Pero cómo se te ocurre citarme a tu oficina – terció Toledo, que era hombre de poco hablar en estas ocasiones.

– Y qué quieres que haga, si la casita de la calle Catavi está ocupada – se excusó el director general de Policía.

– Pero acaso no hay otras piezas independientes en la casa. – Escobar hablaba ya más tranquilo.

– Claro que hay. Pera la casa está vigilada – terminó Eguino suavizando su voz, al mismo tiempo que recorría con su ágil mirada a los cuatro individuos que, al escuchar su última declaración, lo miraban intensa y fijamente como queriendo encontrar en los rasgos de su cara una línea. Una sola línea que los hiciera suponer que estaba en un tren de bromas.

La decepción que sufrieron debe haber sido desconcertante, pues no articularon palabra alguna, y Eguino siguió con el uso de la palabra.

– La casa está vigilada, pero no sé por quién. Pues el chófer de la camioneta que llevaba el rancho se fijó que anoche lo siguieron, pero no sabe quiénes eran ni cuántos.

– ¡Maldición! – se le escapó, entre dientes, al hombre que hablaba con el capitán Valencia y a quien Escobar, en su incontrolable furia, lo tomó como pararrayos por haber sido el único en demostrar su estado de ánimo al permitirse maldecir en presencia de sus jefes.

– Usted, mayor Guzmán, siempre habla mucho, y cuando se emborracha es peor. Pues nada de raro sería que usted habló algo.

El rostro del mayor de Carabineros, comandante de uno de los batallones del Regimiento Calama, se puso lívido y sólo atinó a tragar saliva que se le había estancado entre la lengua y el paladar.

– No sólo por eso los he llamado. – De esta manera Eguino puso fin a la filípica que Escobar preparaba a Guzmán, no porque hubiera cometido algún error sino por el mero hecho de descargar sus encrispados nervios.

– ¿Pero hay algo más? – interrogó sorprendido Valencia, que también había sufrido por el mal trato de que había sido objeto uno de sus colaboradores más adictos a su persona por parte del comandante de la Brigada Departamental de Policía.

– El sargento que fue a preparar los estuches para los dos hombres en Chacaltaya, dio parte de que están listos. – Al mencionar esto, el temor que los tenía apretujados en sus garras parece que cedió un poco y se notó que una que otra comisura de las bocas se corrieron a la parte alta de sus respectivas caras, pero las palabras que siguieron volvieron a desterrar ese pequeño alivio que habían sentido por un fugaz segundo. – Pero uno de los carabineros que las cavó huyó y nadie lo puede encontrar hasta ahora.

Ninguno de los cinco hombres que se hallaban en el despacho del director general de Policía de Bolivia reaccionó, ni aun para contestar el teléfono que en ese momento empezaba a llamar. Eguino, después de un momento, sin descolgar el tubo por lo menos para saber quién era el intruso que interrumpía en tan trágicos momentos la urgente reunión, pasó la comunicación a otro lugar donde no fuera tan inoportuna haciendo girar un conmutador que se encontraba al lado del aparato, que ahora volvía a permanecer silencioso.

– Entonces el asunto de Chacaltaya queda anulado – ordenó brevemente Escobar, que ahora volvía a ser la persona serena, tranquila y calculadora que tantas lágrimas acarreó tras su rápido paso por las páginas rojas de la historia boliviana – . Y a los dos hombres hay que cambiarlos de lugar. Esta noche Valencia y Eguino vengan a mi casa y veremos. En cuanto al intruso que los encontró, que Dios lo ayude – y concluyó su satánica sentencia apretando sus delgados labios con una de sus diminutas manos.

33

Al mismo tiempo que Escobar abandonaba las oficinas de la Dirección General de Policía, el señor Gerardo Goldberg ingresaba por el zaguán principal del viejo edificio que era ocupado en su parte alta por el Ministerio de Gobierno y Justicia y en los bajos por la Dirección General de Policía. Siendo la entrada común para ambas reparticiones públicas, hizo que ambas personas se encontraran cuando el uno entraba y el otro salía. Los dos hombres andaban dominados por una misma preocupación, que por supuesto estaba enfocada por diferentes ángulos.

– Buenos días, capitán Escobar – saludó el representante de la firma Mauricio Hochschild S.A.M.I.

– Buenos días – retornó el saludo el iracundo jefe de Policía que, en un abrir y cerrar de ojos y superando a cualquier actor de cartelera mundial, encubrió sus sentimientos íntimos, y ahora era la amabilidad y el buen humor materializados en una persona, que sin mucho sonreír puede ser agradable y gentil.

– Venía a ver al ministro de Gobierno. Pues hasta ahora no hay nada de nuevo... – Goldberg no pudo seguir más porque su interlocutor, cambiando de nuevo su personalidad, le interrumpió, hablando tan tajantemente que sus palabras más parecían silbidos de algún enroscado ofidio.

– Qué le hace parecer que no hay nada de nuevo.

Goldberg por un momento no contestó, y una sonrisa absurda fue todo lo que salió a flor de sus labios. Y luego haciendo un esfuerzo para sobreponerse a su estupor, balbuceó:

– Si existiera alguna novedad estoy seguro que usted me hubiera comunicado, capitán.

– No esté tan seguro, señor Goldberg. – Pronunció Escobar sus palabras en un tono que desconcertó totalmente a don Gerardo, que lo demostró en su impresionable rostro, con el consiguiente beneplácito de parte de Escobar, quien jugando como el gato con el incauto ratón, ahora, cambiando otra vez, le aseguraba con una inflexión en su voz capaz de convencer a Santo Tomás "El incrédulo" – : Esté usted tranquilo, señor, que Hochschild y Blum serán encontrados vivos y coleando. Así que no es necesario que vea usted al ministro, quien tiene mucho que trabajar.

Pues usted sabe que estas cosas son de incumbencia directa de la policía. – Y después de una breve pausa, como para saborear el plato que se servía, añadió – : No se preocupe, señor Goldberg. No se preocupe. ¿Dónde lo puedo llevar? – terminó diciendo súbitamente el capitán José Escobar, que mientras hablaba con angelical acento y convencedor énfasis, demostrando su maestría y agrado en jugar con los sentimientos ajenos, había agarrado a Goldberg por un brazo y entre frase y frase ya se encontraban a media cuadra del Ministerio de Gobierno y justamente al lado del vehículo de la Jefatura de Policía.

– No, gracias, tengo mi coche, capitán – se disculpó Goldberg, que en ese momento no encontraba el camino que debía seguir.

Escobar lo había confundido totalmente y ahora, cuando se negaba a acompañarlo en su coche, el jefe de Policía seguía parado al lado de la puerta abierta de éste, como invitándolo a marcharse – y dejar sin efecto la tentativa de entrevistar al ministro de Gobierno – ya sea en un auto o en el otro. Pero lo sugerido no admitía negativa alguna, por lo que abriendo la puerta de su propio sedan se colocó al volante y haciendo un ademán de despedida arrancó.

34

Goldberg, que directamente del Ministerio de Gobierno se había trasladado hasta su oficina, se sorprendió cuando la secretaria le dijo:

– El señor Adrián lo espera en su despacho.

– Buenos días, don Gerardo – le salió Luis al encuentro cuando éste ingresaba a su escritorio.

– Pero yo pensé que usted no...

Adrián terminó su sentencia:

– ...quería venir a su oficina, pero es que ahora la cosa es urgente.

Gerardo Goldberg, en los últimos días, debido al desgaste nervioso a que estaba sujeto, ya había perdido unos cuatro kilos de peso, razón por la que toda camisa que se ponía hacía suponer que las había heredado de alguna persona de mayor volumen físico que él, y que por algún capricho inscripto en la testamentaría del extinto tendría que usarlas indefectiblemente todos los días, a la sola mención de que había algo de urgencia su mente captó el significado de esta palabra y rápidamente la bordó con las más negras ideas que le correteaban por la cabeza.

– ¿No les hicieron nada? – preguntó con desolado acento.

– Tranquilícese, pues está usted más nervioso que yo – le dijo Luis.

– No es para menos. Esta duda, día y noche. Esto de tener esperanza en algo y después perderla... ¿Qué hay de nuevo, señor Adrián?

– Que la casa donde la camioneta lleva rancho en Miraflores es de un abogado Prado.

– A mí no me parece que eso tenga nada que ver con el asunto. ¿O tiene? – preguntó don Gerardo.

– Estoy de acuerdo, pero resulta que esa casa fue recientemente alquilada por... – Y Luis Adrián inconscientemente hizo una breve pausa, aguijoneando más la expectativa de su sobresaltado oyente, para concluir secamente – : Eguino. Jorge Eguino. Adrián esperó un momento a que Goldberg le dijera algo, pero viendo que eso no ocurriría por algunos minutos más, continuó:

– La solitaria casa de Obrajes también fue alquilada por Eguino, y también ahí había mucha gente, como en ésta, y a deducir por los kilómetros recorridos en los primeros días, la camioneta del "Calama" llegaba hasta esa casa. Después este mismo vehículo hacía un recorrido más corto, y el tiempo concuassó con que en la casa de Obrajes ya no se notaba esa aglomeración de gente y otra vez estaba desierta, y después la camioneta volvió a cambiar su recorrido, haciéndolo un poco más largo, y anoche se la siguió hasta la calle Catavi, en Miraflores, y esta mañana se constató que esa vivienda también fue alquilada por el mayor Eguino, recientemente. Así que en total tenemos el siguiente cuadro. – Luis, antes de pintar su teórico cuadro, tomó asiento, pues hasta ahora se había mantenido de pie y sin caminar – : Hay dos casas que son alquiladas por Eguino, y donde en diferentes tiempos hay un gentío que es provisionado con comida por una camioneta que la lleva desde las

cocinas del regimiento "Calama". Primero, a la casa en Obrajes, haciendo un recorrido de más o menos unos diez kilómetros, después sólo se aparta de la cocina del cuartel por un kilómetro y aun menos, y anoche, que no la perdimos de vista hasta llegar a una casita en la calle Catavi. Concuasando la distancia con la que ayer en la mañana anotaron Villa y Freudenthal. ¿Qué me dice usted de eso? O es que Eguino quiere obsequiar con almuerzo y comida a unos veinte hombres todos los días y en diferentes lugares, o es que...

Adrián no terminó de hablar, y cerró tras de sí la puerta de la oficina del señor Goldberg, que seguía con los ojos pegados sobre su escritorio, como queriendo encontrar sobre el blanco papel secante la respuesta – claramente escrita – a la última pregunta de Luis, que sin terminarla había salido silenciosamente de su despacho.

35

Ya hacía un buen rato que las doce de la mañana habían marcado las agujas del reloj del automóvil en el que – en su asiento de conductor – estaba fumando muy tranquilo mister Warren Dean, cuando Adrián, que salió apresuradamente del moderno edificio donde las oficinas del minero Hochschild ocupaban todo el segundo piso, se acomodó en el asiento de al lado y le dijo:

– Mister Warren Dean, vamos, que ya es hora de comer algo, pues así lo dice mi estómago, ya que no tengo reloj.

Warren Dean no contestó, sino que, haciendo un profundo seco con el humo plomizo de su cigarrillo, señalaba con un movimiento de su cabeza a otro coche que salía de su estacionamiento, un poco más abajo del que ocupaba el vehículo del norteamericano.

– ¿Y...? – preguntó Luis arqueando un poco las cejas.

– La patente – dijo Dean secamente.

– ¿Qué hay con la patente de ese coche? – prorrumpió Luis un poco molesto.

– Ese coche se estacionó exactamente detrás del de Goldberg, porque parece que lo venía siguiendo, y después de esperar un momento ahora se va, y esa patente termina en dieciocho, y ese coche es de color negro.

– ¡Nooo! – dijo imperceptiblemente Luis, mientras anotaba mentalmente las cifras negras que resaltaban en la chapa blanca que pertenecían al automóvil, que lentamente se alejaba: Dos... Ocho... Uno... y Ocho. Particular, dos mil ochocientos dieciocho.

Adiós almuerzo y apetito.

Ahora el auto de Dean se detenía frente a las reparticiones de la Dirección Departamental de Tránsito, y Luis entraba casi a la carrera a revisar el archivo de los nombres de los propietarios de vehículos para saber a quién pertenecía el veintiocho dieciocho, pues el color y las dos últimas cifras de la placa eran las mismas que la señora Rosa Soligno de Silvestro notara en el automóvil en el que subieron y fueron acarreados rumbo a su triste destino de secuestrados Hochschild y Blum hacía ya varios días.

La demora de Luis no fue muy larga, pero Dean la consideró así probablemente con el ansia de saber a quién pertenecía el auto, que a todas luces parecía que en esa mañana había estado siguiendo al representante de la Compañía Hochschild, y que también parecía ser el vehículo que utilizaron los secuestradores.

– ¿Y...? – Esta vez fue Dean el que apenas pronunció una palabra, en la que sintetizaba todo un rosario de preguntas.

Después de unos segundos, en los que se volvió a sentar al lado del conductor del vehículo, Adrián dijo:

– Está registrado a nombre de la Jefatura de Policías.

– Escobar – pronunció Dean, en un tono de voz que hacía sentir un asqueroso vacío en el estómago al contraerse éste en una nerviosa arcada seca.

Un silbido fue todo lo que los labios de Adrián pudieron exteriorizar.

36

Ese día parecía estar destinado a las grandes sorpresas. ¿Sorpresa?... Hasta cierto punto, ya que todo lo que pasaba en un modo o en otro se esperaba encontrar, de ahí que el haber descubierto que el coche de la Jefatura de Policías había sido el vehículo utilizado en el secuestro de Hochschild y de Blum, si bien era un poco des-

moralizador, sorpresa no era, y así se coligaba que las dos víctimas, después de haber sido embarcadas en el mencionado auto, hubieran sido trasladadas y depositadas en la casa que Eguino alquiló en Obrajes.

El discernir así era dejar correr a la imaginación muy suelta, pues faltaban todavía muchas piezas en este entreverado rompecabezas, y justamente no había que perder la cabeza para no romperla. Por esa razón tan plausible es que mister Dean y Adrián escuchaban con tranquilidad el relato de Villa, que, creyendo que sus revelaciones les causarían un sobresalto fuera de lo común, y no habiendo sucedido esto, volvía a hacer un rápido repaso de lo que hacía diez minutos les había explicado con un lujo de detalles asombroso.

– Entonces, en resumidas cuentas hay lo siguiente – decía Gastón Villa, esperando que sus interlocutores no lo dejaran proseguir, y así dar señales de que habían entendido y captado todo el valor informativo de sus dramáticas palabras. Pero cuando no escuchó ni un no, ni un sí, de parte de Dean o Adrián, prosiguió, sorprendido – : Este carabinero fue llevado hasta un punto de Chacaltaya, donde, en compañía de otro, y a cargo de un sargento, cavaron dos fosas... Dos sepulturas – recalcó Villa – , y cuando terminaron el trabajo le entró tal miedo, que se corrió. Pero con el temor de ser tomado como un desertor, regresó esta mañana al cuartel y contó lo ocurrido a sus compañeros, que le tomaron el pelo diciéndole que estaba loco y que ya no creían en ir a buscar tesoros ocultos por los incas en lugares tan fríos. Pero cuando la historieta llegó a oídos del comandante del Regimiento, éste lo mandó llamar y lo retuvo en su oficina, hasta que media hora después el soldadito que había hecho las veces de sepulturero salía escoltado con destino a fronteras. Por intención de desertar. ¿No creen ustedes que esas fosas estarían destinadas a...?

Adrián, con voz muy suave concluyó la frase del diligente oficial que se quedó con la palabra en la boca.

– Ocultar tesoros, Villa: no a buscarlos, sino a ocultarlos.

Por lo visto ni Adrián ni Dean, desde que habían regresado de la Dirección Departamental de Tránsito, y se habían sentado el uno frente al otro en la Dirección del Departamento Nacional de Investigaciones, estaban destinados a olvidarse de la tétrica narración de las fosas cavadas en el majestuoso y siempre nevado Chacaltaya, pues a los pocos minutos que salió Villa el teléfono sonaba insistentemente siendo descolgado por el secretario, señor Oscar Soria, que luego de unos segundos, girando sobre sus talones en una semvueltas, se dirigió a Adrián:

– El señor Goldberg – dijo, al mismo tiempo que tapaba la bocina del fono con la palma de la mano izquierda.

– Hablaré – contestó Luis, mientras se levantaba cual individuo que se encuentra en el mejor de los sueños y es despiadadamente despertado.

– ¡Hola, don Gerardo! ¿Cómo le va? – fue todo lo que se escuchó, y un silencio que crecía más y más se empezó a cernir sobre las cuatro paredes del recinto. Silencio que por momentos se hacía horriblemente bullicioso, justamente a raíz de ser un absoluto silencio.

Mister Dean y Soria se miraban con marcada muestra de curiosidad, que desapareció rápidamente cuando Adrián terminó:

– Muy bien, gracias, y no se preocupe tanto, que las sombras ya van tomando líneas de formas, don Gerardo.

Soria fue el primero en hacer saltar la pregunta que se adivinaba que también mister Dean tenía al filo de sus dientes:

– ¿Qué hay, Lucho?

– Lo que Villa nos acaba de informar, pero de otra fuente y con un poco más de detalles.

– ¿Cómo es el asunto? – mister Dean largó la pregunta que le quemaba los labios.

– Bueno... – empezó lentamente Adrián, mientras se pasaba su dedo índice por la boca, como lo hacía cuando estaba preocupado – . Goldberg dice que recibió un telefonazo de un sujeto que no quiso identificarse, y que le relató el mismo asunto que Villa nos informó. Lo del carabinero que escapó de Chacaltaya después de haber cavado dos fosas, pero este informante agrega que tan sólo porque el soldado huyó es que no se llevó a cabo el plan que había de fusilar y enterrar en esas desiertas tumbas a Hochschild y Blum. Cuando Goldberg le preguntó quiénes eran los lle-

varían a efecto este bárbaro atentado, dice que le contestó muy secamente: "Dos privilegiados"; y cuando don Gerardo le preguntó qué le costarían los datos que acababa de escuchar, el desconocido, al otro extremo del teléfono, concretamente y con toda seguridad en el tono de su voz, le dijo: "No se apure, ya llegará el día y le costará mucho", y colgó el teléfono.

– ¿Se da cuenta, Adrián, que la cosa es más seria de lo que se pensaba? – preguntó mister Dean.

– Sí – Adrián fue escueto. Escuetísimo en su contestación.

– Claro que la cosa es seria. Hochschild y Blum están en manos de unos fanáticos, y sólo Dios sabe fanáticos por qué son o por quiénes. Pero son fanáticos, o locos – Dean por momentos se olvidaba de estar hablando a otra persona, y casi todas sus anotaciones al margen de sus pensamientos las hacía en voz alta – , ya que se considera un "privilegio" el matar a cierta gente, que gracias a la cobardía de un carabnero están ahora vivos. Pero que volverán a intentarlo, estoy tan seguro, que se lo daría por escrito – habló Dean al mismo tiempo que se levantaba de la silla donde había estado sentado, añadiendo – : Nos veremos en su departamento a las ocho y treinta. Ahora me voy porque tengo que mandar unos informes urgentes. – Y sin decir más desapareció por la puerta que daba de la Dirección a la secretaría.

38

La campana del convento de las "Concebidas", situado éste en la calle Catavi, y a regular distancia de la casita blanca alquilada por el mayor Eguino, aún no había llamado al rosario, que se lo reza a las seis de la tarde, ni un minuto de más ni un minuto de menos en el reloj de este lugar de enclaustramiento de mujeres que, haciendo un voto de castidad, se separan del mundo entero al cerrarse entre paredes semejantes a los muros de un cementerio. Cuando un automóvil pasó rajando por la puerta del caserón conventual y se paró sigilosamente a unos cincuenta metros de la casa, de aspecto humilde, que era la última edificación en esa desamparada callejuela, y se apeó un hombre, que después de hablar con el chofer cubrió la poca distancia hasta la puerta de calle en breves segundos, ya que su paso era lar-

go y rápido. Pegó con los nudillos de su empuñada mano dos golpes secos, seguidos de un tercero, que por ser más leve parecía ser más prolongado. Casi inmediatamente la puerta fue abierta, y el misterioso hombre se perdió de vista para Jaime Vergara y el "Mudo", que, agazapados detrás de unas paredes – que en sus buenos tiempos habían sido encargadas de limitar linderos entre sembradíos – , observaban con creciente interés cualquier cosa que sucediera en la casa o sus alrededores.

– ¿Quién es? – preguntó el "Mudo", que no había tradición de que en algún tiempo reciente o lejano se quedara callado.

– No estoy muy seguro, pero creo que es un señor que lo he visto en las oficinas de la Policía – comentó Vergara.

– Pero si lo has visto, ¿debes saber quién es!... – insistió el "Mudo" con su manera atropellada de hablar – . Pero ¿cómo no vas a estar seguro de quién es? – seguía el "Mudo", cual eléctrico taladro que una vez que ha sido enchufado no para hasta que se le corte la corriente aunque ya no tenga nada que taladrar.

– No me acuerdo. – Ya Vergara empezaba a sentir que su sangre se le alborotaba, y su tono de voz daba cuenta clara de esto.

– Pero es increíble que no sepas quién es... Yo, cuando veo a una persona, me acuerdo siempre, pues... – El "Mudo" estaba destinado a no terminar de hablar, porque Jaime, ya encendido como un fósforo de bengala, le saltó:

– Tú serás pedazo de mamarracho, pero yo... – como si en ese momento en su mente se hubiera corrido un imaginario velo, que le descubrió la identidad del sujeto que había sido el objeto de todo este insulso cambio de palabras, y entonces súbitamente, haciéndosele presente la reacción humana en el sentido de la reconciliación que cuando colegiales generalmente se traduce en el acto de invitar dulces, o cualquier otra golosina, al camarada que segundos antes, sin piedad ni vergüenza, se arremetió a trompada limpia, con una que otra patada en las canillas, salió a flor de piel en Jaime Vergara, que sacando un paquete de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta, extendiendo la mano hacia el "Mudo", le dijo – : Sírvete, son americanos. El "Mudo", con su proverbial cara dura y desenfado, se sirvió un cigarrillo, haciendo caso omiso del hidalgo acto de su amigo, a quien le volvió a refregar:

– ¿Te acordaste de su nombre?

– Sí – contestó Vergara – . Es el capitán Eduardo Prado, el ayudante del capitán Escobar.

– ¿Escobar? – Y un silbido fue el resto del comentario del "Mudo", concuando con una ocasión anterior cuando se mencionó a Escobar, Adrián también se había abstenido de utilizar palabras, siendo su único comentario un agudo silbido como el de ahora.

No hubieron más comentarios, porque en ese preciso momento la camioneta que visitaba en horas fijas el regimiento "Calama" para trasladar rancho se puso en marcha, y después de maniobrar para dar la vuelta se colocó a unos cinco metros de la puerta, que estando abierta, dejó salir a la calle a tres carabineros conduciendo a dos personas completamente cubiertas por unas baratas frazadas de tropa, que fueron colocadas en la cabina del vehículo, que arrancó suave y lentamente.

El "Mudo", que ya se largaba a campo traviesa en frenética carrera en pos de la camioneta, fue detenido por Vergara, que, asiéndole fuertemente de un brazo, le obligó a regresar a su posición detrás del muro.

– ¡Estúpido! ¡Quédate tranquilo!

Más que la voz áspera y autoritaria del agente del Departamento Nacional de Investigaciones a su casquivano y gratuito colaborador, lo convenció el poderoso apretón que le marcaron cinco dedos en rojizas manchas sobre su flaco antebrazo, anillo de hierro que no se le aflojó hasta que transcurrieron varios segundos después que la camioneta había desaparecido en una de las sinuosidades del terreno.

– Ya, pues – fue el quejido lastimero del "Mudo" – . Déjame Jaime, que me rompes el brazo.

– Perdón, chico, pero eres muy atolondrado – le explicó Vergara – . No te das cuenta de las cosas. Ahora raja a la oficina y cuenta todo al señor Adrián – terminó Jaime, pero añadiendo instantáneamente, para sentirse más tranquilo – :

Y no bordes las cosas. Cuenta sólo lo que vimos y nada más ¿no? – Le advirtió – . Y ahora te vas por este otro lado.

Lo despachó por el lado opuesto del que había partido la camioneta que conduciendo a dos encapuchados, escoltados por tres carabineros, había partido suave y lentamente a plena luz del día, como invitando a algún curioso a descubrir su enigmática carga y rumbo.

39

Un gallo, cuyo mecanismo de despertador patentado en los primeros días de la creación del mundo, y que se encontraba bastante adelantado, empezó a cantar cuando los relojes modernos solamente marcaban las cuatro de la madrugada y todavía la oscuridad era bastante densa, ya que el sol andaba en frenéticos preparativos para hacer su acostumbrada aparición por un costado de los tres picos nevados del altísimo Illimani.

Adrián y Vergara en estos momentos sacudían sus entumecidos miembros después de haber pasado horas acurrucados contra un ángulo de dos paredes de una destaralada y arruinada habitación en una tapera que estaba situada frente a la blanca casita de la calle Catavi, y que les había servido de observatorio en la angustiada vigilancia de toda esa noche.

El sacrificio de combatir contra los nervios, el sueño y el frío parecía que ahora ya sería recompensado. El depender de una corazonada – absurda para la ciencia y la lógica – en estos segundos se veía premiada. Un vehículo que con todo cuidado había apagado sus faros delanteros paraba sigilosamente frente a la observada casita blanca.

Transcurrió un minuto. Dos, tal vez, y Luis, en un ataque de impaciencia quiso verificar tal cosa, pero le fue imposible debido a la falta de reloj, sin darse cuenta que a su lado Vergara consultaba el suyo más o menos a cada treinta segundos. Pero en realidad el tiempo ya no importaba. ¿Qué daba unos minutos más o unos minutos menos? Lo que ahora resultaba en contundente alto relieve en la realidad del momento era que esa corazonada que habían sentido en la tarde del día que pasó – pues ya era el amanecer del otro día – parecía que se confirmaba como verdad. Que todo el acto de sacar a dos personas envueltas en frazadas, y con escolta armada, para ser trasladadas en una camioneta – nadie sabía a dónde – había sido una pantomima circense o un truco de delincuentes para echar una pista falsa, pues parecía que esa fue la intención de los secuestradores de Hochschild y de Blum, y ahora la confirmaban.

Adrián no había esperado este desenlace tan rápido, aunque así lo previnieron Dean y Hubber cuando horas antes se discutía esta situación. En fin, ¿qué importaba quién tenía o no razón, y también qué importaba si una corazonada y nada más que una corazonada había sido el factor decisivo para que en este momento Adrián y Vergara estuvieran viendo la realidad de las cosas, aunque a muy larga distancia, pero ver cómo en el silencio de un amanecer – silencio sólo quebrado por el cantar de un gallo muy madrugador – cautelosamente y cual seres sin cuerpos materiales deslizar a una docena de hombres sus cuerpos de un lado para otro y formar un círculo amplio, de vigilancia o de guardia? Y de repente abrirse ese aro y resaltar en su centro otro grupo más reducido. Solamente cuatro personas. Dos bastante altas y fornidas, y las otras dos más pequeñas. Más diminutas.

Las pupilas de los ojos de ambos investigadores, parecían que de un momento a otro saltarían de sus órbitas al hacer inauditos esfuerzos para traspasar la densa cortina de las tinieblas y acortar la distancia. Siendo el único resultado de tal trabajo un profundo dolor que se ubicó entre ceja y ceja.

Un parpadeo más prolongado de parte de los vigilantes borró a los cuatro bultos del negro escenario y sólo hirieron sus dilatadas pupilas los cuatro haces de luz de dos vehículos que, con zumbantes motores, arrancaban con el acelerador a fondo.

40

Y MIENTRAS TANTO...

Ya hacía una y muy cerca de dos horas que los rayos del glorioso sol matutino se estrellaba contra los parabrisas de dos vehículos, cuyos recalentados motores los habían arrastrado a fantástica velocidad a través de calles desiertas y luego sobre polvorientos cerros, único aporte de la naturaleza a la belleza de ese panorama, ya que a trechos subiendo del gris sucio hasta el violeta oscuro, rápidamente tornábanse en plomo pizarra que a su vez era desplazado por un rojo muerto. Un rojo de sangre coagulada. Pararon bruscamente al ver un auto que estacionado en el centro

del estrecho camino, a unos veinte metros de la curva que vencían, hacía el paso infranqueable.

– Demoraron mucho. ¿Qué les pasó? – preguntó Jorge Eguino, que había llamado a uno de los hombres que estando sentado al lado del chófer salió antes de que se parara totalmente el vehículo.

– Tuvimos que andar con mucha cautela mi mayor. El capitán Prado nos indicó que la casa estaba vigilada.

– Pero si a esos detectives esta tarde ya los llevamos corriendo a otra parte detrás de una camioneta – observó Eguino – . Podían haberse apurado más. Tenga usted en cuenta que ahora tienen que caminar, pues los autos se regresan de acá – terminó Eguino.

– ¿No hay camino de autos? – se aventuró a interrogar Valdez, que hablaba ágilmente.

– Claro que hay, pero es mejor tomar este atajo. Así por las dudas se está más seguro, y usted sabe que la seguridad está ante todo – rió el director general de Policía.

– Es su orden, mi mayor – fue la abnegada respuesta de Valdez, quien se disponía a dar órdenes para proseguir a pie por el indicado camino de herradura, cuando fue llamado por Eguino, que le dijo:

– Espere un momento, hasta que me vaya – y luego de un espacio – . No quiero verlos – aclaró Jorge Eguino, que ahora, sentado al volante de su coche, efectuaba una sarta de maniobras y se ponía a salvo de tan embarazoso encuentro detrás de una curva del camino.

– Vamos, señores – empezó Valdez, al mismo tiempo que abriendo una puerta del vehículo que acababa de llegar daba paso a dos hombres.

¿Hombres? Era la pregunta que se hacía sentir de inmediato. Debían haber sido, pero ahora no eran sino dos fantoches barbudos y mugrientos, cuya piel – al perder el cuerpo por lo menos dos o tres libras de peso por día de angustia pasada – colgaba flácida y acartonada, especialmente por las mejillas.

¿Qué horroroso crimen habían cometido? ¿De qué salvajes barbaridades se les echaba la culpa o qué acto antihumano habían perpetrado? Y así preguntas y más preguntas surgían del pensamiento de unos cuantos espectadores mudos, de este

angustioso cuadro creado por la mente de un indescriptible cerebro sádico. ¿Qué habían hecho, Señor? Fue el grito de rebeldía contenida que se frustró en algún corazón cristiano, que seguramente latía detrás de toda esa jauría de hambrientos bandoleros.

– Vamos, vamos, señores, que el ejercicio les hará bien, o si prefieren un tiritito... – amenazaba sonriente uno de los guardias, cuyo acento fingido y bufonescos gestos y ademanes arrancaban desternillantes carcajadas de sus compañeros, que se volvían risotadas entre cortadas por espasmos de convulsiones cuando los dos hombres, poco acostumbrados a escarpar pendientes donde sólo las cabras se encontraban en su ambiente, empezaban a gatear sobre el pedregoso y resbaladizo cerro. Hasta que tras arduo y sudoroso trabajo, tramontando una lomita, se pusieron a caminar – ya en un sendero plano – en larga fila india que las subidas y bajadas del camino por momentos ocultaban, para volver aparecer un poco más allá. Hasta que una curva del insignificante caminito se tragó por completo a toda la trágica comitiva.

41

Mientras Luis, parado bajo una ducha de agua helada hacía todo lo posible por despertar, pues el cansancio del día anterior seguido de su desesperante noche, llena de espacios interminables y de enervante desvelo, había hecho que éste cayera en su lecho muerto de fatiga y sueño, el timbre de la puerta de su departamento volvía a retumbar insistentemente y sólo dejó de escucharse su endiablado tintineo para dar paso a la sonora voz de Mr. Dean, que alegremente bromeaba.

– ¡Bueno!... Parece que la oficina se ha trasladado acá. – Y efectivamente, parecía que las oficinas del Departamento Nacional de Investigaciones se hubieran trasladado en su integridad al pequeño departamento de Adrián, ya que eran pocos los funcionarios de la mencionada repartición que faltaban.

– ¿Y cómo está? – exclamó Dean, palmoteando fuertemente la desnuda espalda del director del Departamento que en ese momento salía del baño para reunirse con sus colaboradores, que al no encontrarlo en las dependencias de la calle Jenaro SanJines, uno por uno habían acudido en discreta escapatoria hasta la vivienda de su

amigo, pensando que algo malo le acaecía, y así encontrándose todos reunidos alrededor de éste, que cubriéndose con una toalla grande reaccionaba en contra de los formidables manotazos que le propinó su amigo del norte al saludarlo alegremente.

– Luis... Muy bien. Vergara ya me contó lo de anoche.

– Qué opina usted, mister Dean – replicó Adrián, retirándose unos pasos fuera del alcance de la enorme mano de Warren Dean, que a lo mejor en otra explosión de entusiasmo si no le quebraba algún frágil hueso de la espalda por lo menos le dejaba estampadas sus impresiones digitales sobre su piel.

– La cosa es cada día más grave. – Dean habló y tomó asiento al filo del brazo de un sillón, estirando sus largas piernas.

– ¿Cómo, grave? – inquirió Jaime Vergara.

– Si, Jaime, grave para nosotros – aclaró Dean. Vergara lo miró y una sonrisa irónica jugó en sus partidos labios. Probablemente sin comprender bien el alcance de la aseveración que en este instante hacía el entrenado investigador de la F.B.I. Mientras que por los ojos de Adrián cruzaron sombras que no pasaron desapercibidas para la mirada escudriñadora del americano, quien dirigióse a todo el grupo de agentes que habían sido sus discípulos.

– Vamos a ver en que pie estamos parados – dijo Dean, que tenía la mala costumbre de hablar en castellano pero siempre pensar en su idioma natal, y que ahora desplegando su enorme humanidad se ponía de pie, en tanto que su auditorio se sentaba como dispuesto a repasar una de las acostumbradas clases en el Departamento Nacional de Investigaciones que se las había suspendido por que el arduo trabajo que demandaba la investigación del secuestro de los señores Hochschild y Blum.

– Los señores Hochschild y Blum desaparecen el domingo 30 de julio a las tres de la tarde más o menos, en la Villa de Obrajes – empezó el agente del F.B.I. a ver "en qué pie estaban parados", como él había dicho, y luego de repasar los primeros incidentes del secuestro Hochschild un pequeño silencio marcó el tiempo que Dean, sacando un cigarrillo, lo encendió, y después de saborear unos cuantos secos prosigue con la etapa en que hizo su aparición el "Mudo" y Vergara encuentra las cenizas

de un cigarro, constituyendo el primer jalón del arduo camino que se tenía que recorrer.

En un intervalo que hizo mister Dean, como todo el mundo guardaba un profundo silencio se escuchó el insistente bocineo de un coche probablemente estacionado muy cerca, pero que no fue óbice para que el investigador norteamericano prosiguiera con el análisis de los días en que Villa, controlando los recorridos de una camioneta, aportó al conglomerado de ideas y datos vagos que era la investigación para encontrar a dos hombres desaparecidos con algo de valor real, hasta que mister Dean cortó su disertación a causa del ruido que venía haciendo el auto que antes había hecho funcionar su claxon a alguna distancia, pero que ahora parecía estar parado en la puerta del departamento al mismo tiempo que el timbre eléctrico empezaba a rechinar fuertemente, ahogando la voz de Mr. Dean, que muy contra su voluntad tuvo que acallar su interesante e ilustrativa rememoración de todos los datos hasta ahora descubiertos en la investigación, en la que él y sus dos compañeros de la F.B.I. eran los principales jefes.

– Pero, parece que se han muerto. – Entró Freudenthal a la habitación donde un compungido grupo repasaba todos los datos que se habían podido adquirir en torno a la desaparición de los dos millonarios. – Hace diez minutos que estamos tocando bocina y nadie contesta – reprochó a sus compañeros.

– ¿Y qué te ocurre? – le preguntaron.

– El señor Carlos Víctor Aramayo...

– No puede ser. ¿Otro mas? – dijo nerviosamente Adrián que en ese momento terminaba de anudarse la corbata. Y luego siguió – : No hombre. Es imposible que hagan eso...

Freudenthal, como el resto de sus compañeros, se había quedado lelo ante la demostración de agitación que hiciera su jefe.

– Imposible ¿qué...? – preguntó el recién llegado, que no había terminado de hablar a causa del alboroto que Luis promovió a la sola mención del nombre de otro acaudalado minero boliviano.

– Imposible que también lo secuestren. ¡Eso no pueden hacer! – volvió a estallar Adrián.

– Pero, Lucho, ¿quién está hablando de secuestro? – Freudenthal aclaró.

- Tú – fue la monosílaba que sirvió de respuesta.
- ¿Yo? – fue la interrogante que se escuchó a continuación.
- ¡Sí! – terminó Luis este absurdo diálogo, que parecía juego de niños, y de niños cretinos.

Freudenthal tardó un momento en contestar, pues parecía que teniendo en la punta de sus labios una palabra que el diccionario no la registra, recapacitando, dijo:

– Lucho... No he mencionado siquiera la palabra secuestro... Sólo te quiero comunicar que conmigo está el señor Luis Felipe Aramayo, y dice que su tío don Carlos Víctor Aramayo desea verte.

– ¡Uf! – fue la expresión de alivio que Adrián dejó escapar, y cuyo eco, que pareció ser estruendoso, no fue el rebote al espacio en las cuatro paredes de la habitación, sino otros tantos "uf" que expresaban el mismo sentimiento de alivio exhalado por otras tantas bocas que al oír el apellido del minero boliviano se habían quedado abiertas mientras sus cerebros diligentemente tejían los entretelones de otro secuestro.

42

Sobre toda la enorme pila de responsabilidades y preocupaciones que por el momento se conglomeraban al contorno de los personeros del Departamento Nacional de Investigaciones, inesperadamente hacía su aparición una más. Una que nadie podía dar razón de las consecuencias que acarrearía tras de sí.

Un millonario boliviano. Uno de los hombres que controlaba la industria minera en Bolivia. El señor Carlos Víctor Aramayo también ya había sido tocado. El nefasto índice de la agrupación de hombres – cuyo norte nadie conocía – estaba señalándolo.

En varias ocasiones había recibido comunicaciones telefónicas en las que alguna voz desconocida le hacía saber que sus días estaban contados, pues se lo consideraba como un pulpo que oprimía la economía nacional en sus exangües recursos, y que

por lo tanto había gente decidida que, por el bienestar de la colectividad, no dudaría ni un momento en removerlo del camino de la libertad económica y progreso del pueblo.

Esa tarde... La voz de los desconocidos y presuntos salvadores de los humildes había vuelto a hablar a lo largo de los alambres de un teléfono automático, y esta vez el tono había sido más altanero. Las palabras de amenaza fueron acompañadas por vituperios y exclamaciones soeces, y como ultimátum se había escuchado decir a la misteriosa voz: "¡Le pasará lo mismo que a Hochschild y Blum!", y el tubo del aparato había sido colgado, sumiendo en el espanto de la duda a otro esforzado industrial del Altiplano, que como única precaución informó de las amenazas que pesaban sobre su persona a la repartición que en estos momentos – hablando clara y concretamente – se volvía loca con la enervante tarea de encontrar a otro millonario perdido.

La terrible amenaza, que de un momento a otro podía tornarse en desagradable realidad, había que combatirla, o por lo menos – lo muy menos – controlarla. Pero, ¿cómo? La pregunta surgía enorme, y por el momento incontestable. ¿Cómo combatir una amenaza? Y una amenaza anónima como era el caso.

Hasta este momento el Departamento Nacional de Investigaciones prácticamente ya había concretado casi todos los datos de la investigación que se podían encontrar sobre el "Secuestro Hochschild" – como se le dio en llamarlo – , y sin lugar a duda alguna todos ellos apuntaban a un solo sector. Los enfoques se habían centralizado en las personas de Escobar y Eguino. Pero por supuesto que para acusarlos ante el presidente de la República de Bolivia, que había sido quien ordenó la investigación, había primero que hacer concuasar muchas piezas sueltas que andaban vagando de un lado para otro y colocarlas en sus respectivos lugares en el dramático cuadro que formaba el rompecabezas del secuestro. Pero esas piezas recién se las venía encontrando, conforme pasaban las horas de infatigable labor de parte de los investigadores nacionales, concienzudamente asesorados por expertos del F.B.I. de los Estados Unidos.

En la desesperación de obtener información fidedigna, se había llegado a la indiscreta temeridad, de parte de un agente, de abordar al chofer del auto del mayor Jorge Eguino, y en una charla matizada por las chupadas de humo de algún cigarrillo se

comprobó que la tarde del cinco de agosto, cuando al mencionado jefe se lo había visto hablar con una señora frente al Palacio de Gobierno, no había sido éste un coloquio amistoso o algo parecido, pues según el relato del conductor del coche del mayor Eguino, que en ese instante se hallaba cerca del lugar donde se produjo el incidente, la señora, que era la esposa del ayudante de la Dirección General de Policías, teniente Néstor Valdez, no iba a pedir permiso para su esposo enfermo – como una vez se supuso – a la autoridad máxima de la Policía boliviana, sino que ocurría todo lo contrario. La señora Ferreyra de Valdez se aproximaba intranquilamente al jefe de su marido para indagar sobre el paradero de éste, que ya hacía días que faltaba de su casa, de donde una tarde, después de almorzar, saliera y ya no regresara más.

– No se preocupe de su marido. Está bien, y en una comisión de suma importancia para la patria – habían sido las palabras de información y de consuelo que la señora Ferreyra de Valdez recibiera de parte de Eguino el cinco de agosto, cuando éste entraba en su automóvil, al salir del Palacio de Gobierno.

Ese dato, obtenido gracias a la habilidad y temeridad de un agente del Departamento, colocaba una ficha más en su debida casilla. Ahora se sabía el nombre de uno de los peones de esta intrincada partida, jugada sobre un tablero grande y nebuloso. Se sabía ahora quién era "el morocho, más o menos alto, bien formado y de ojos y de voz penetrantes" que vigilaba – como celosa leona a sus pequeños cachorros – a los dos secuestrados, y así la figura iba tomando formas y colores, pero todavía faltaban muchos claros que llenar antes de poder apelar ante la primera figura política del país.

Ahora, cuando los investigadores se hallaban en plena pelea contra la adversidad de las cosas y los contratiempos con que los secuestradores sembraban la pista, saltaba un obstáculo más grave que cualquiera anterior. Otro de los puntales de la economía minera del país, y por supuesto de la economía nacional, había sido amenazado con correr la misma suerte que Hochschild y Blum, y los hechos confirmaban los telefonazos anónimos de advertencia. Días antes el señor Carlos Víctor Aramayo había solicitado la visa de su pasaporte, y se la negaron, sin darle mayores excusas. Su salida legal del país le era en tal forma prohibida.

Frente a este anteproyecto de otra barrabasada por parte de una gavilla de desconocidos, la lucha se hacía cuesta arriba, y sin embargo había que enfrentarla. Pero ¿cómo? Era lo que Adrián se interrogaba, después de haber visitado y hablado personalmente con don Carlos Víctor Aramayo. Por lo pronto, a lo único que se atendió fue a disponer que lo vigilaran noche y día. Que gentes de toda confianza respondieran con sus vidas por la seguridad del acaudalado industrial que fue amenazado.

43

– Y ahora, ¿a dónde los llevaron? ¿Y para qué?

En todo el tiempo que Adrián conocía a Goldberg, jamás lo había visto en un estado de desconcierto tan absoluto y alarmante como el actual, en el que, sin mover un músculo más que los muy necesarios para hablar, formulaba una pregunta tras otra sin esperar que se le contestara.

– Dígame, Adrián... – proseguía preguntando, si pregunta se podía llamar a las últimas palabras que salieron de sus pálidos labios, ahora contraídos en una finísima línea.

– Don Gerardo. Le he informado todo lo que sé, y creo que las cosas van bien. Muy bien – dijo Adrián, que hacía todo lo humanamente posible por inyectar algo de optimismo en el estado de ánimo de su anfitrión, optimismo que estaba muy lejos de sentir él mismo.

– Entiendo. Luis, pero ahora ¿a dónde los llevarían? ¿Qué les harán?

Goldberg otra vez volvía a perder el hilo de la conversación, y se extraviaba por el tortuoso y peligroso sendero de hacer preguntas sin obtener respuestas, pues las que el gerente de la casa Hochschild había terminado de hacer se mantenían flotando en el cerrado ambiente del livingroom de este caballero, y eran preguntas que más de uno y por más de una vez se venían haciendo en las últimas horas.

Los agentes del Departamento Nacional de Investigaciones, de una manera u otra, y tras penosas aventuras, habían podido localizar a los dos desaparecidos, no hacía muchas horas atrás, Adrián y Vergara los habían visto pasar cual efímeras formas

que sus líneas se diluían en la semioscuridad de las primeras horas del alba. En ese momento la investigación había alcanzado un éxito. Se los había visto.

Como sea y a cualquier distancia, pero se los había visto. Entonces ya se podía señalar a los que tenían culpabilidad del delito, pero no se podía concretar la acusación. No se los podía parar en la calle y señalar con el dedo y gritarles a voz en cuello: "Tú... ¡Tú eres el bandido!" No se podía. Faltaban las pruebas. Faltaba el cuerpo del delito, o en este caso, gráficamente, faltaban los dos cuerpos del delito, y hubo un momento cuando se los había tenido acorralados en la casita blanca de la calle Catavi. Pero, como resbaladizas anguilas, se habían vuelto a escapar por entre los dedos de los hombres que parecían que querían agarrar manojos de agua.

Los zorros acorralados primero habían hecho una maniobra lanzando una pista falsa al destacar una camioneta en plena luz del día, y después al amparo de las tinieblas se habían jugado la carta brava. Habían desaparecido los secuestradores y sus víctimas. Este juego de "oculta oculta" ya había pasado de los límites de la tragedia a lo ridículo. Pero. ¿cómo cortarlo? Cómo ir ante el presidente de la República, y sin mayores preámbulos espetarle de frente: "Señor Presidente, los encargados de guardar el orden público, los jefes de la Policía boliviana, son los secuestradores de los señores Hochschild y Blum". Seguramente que después de correr el riesgo de ser tomado como un loco de verano, y aun obteniendo el beneficio de la duda, se exigirían pruebas. Entonces empezaría el calvario de los investigadores, pues la única prueba fehaciente, factible e irrefutable era el conducir a cualquier persona al sitio donde estaban los secuestrados. Eso se podía haber hecho horas antes corriendo riesgo, pero era factible. En cambio, ahora era imposible, ya que se habían largado en dos vehículos, sin dejar rastro alguno. ¿Dónde estarían? ¿A dónde los llevarían? Realmente parecía que Goldberg le había transmitido su estado nervioso e impaciente a Luis Adrián y a sus colaboradores, pues ahora también él sólo atinaba a hacer preguntas, sin encontrar las respuestas.

– Don Gerardo – reaccionó Luis, después de un prolongado silencio, en el que ambos hombres arrastraron sus desesperanzas por el suelo de las circunstancias – . No es posible dejarse abatir ahora, justamente cuando hay que volver a pelear duro y parejo.

– Pero, y ahora ¿dónde están? insistía el señor Goldberg.

Ante tanta desesperación, por la nuca de Adrián se encumbró un feo pensamiento. Esa mañana, al comentar los hechos de la noche anterior, el "Mudo" había dicho: "No es que yo sea supersticioso, pero todo este tiempo me sueño que arrastro cadáveres de un lado para otro, y..." Adrián haciendo un poco de esfuerzo ahuyentó las palabras del muchacho, que se había hecho un decidido colaborador.

– Señor Goldberg – Luis empezó a explicar – . Ayer por la tarde, en el cerro donde queda el polvorín en Miraflores, hemos instalado un observatorio con un estupendo binocular, y así estamos controlando toda la zona de la casa en la calle Catavi. También hay agentes que están vigilando la casa de Obrajés. Así que ya ve usted que por falta de vigilancia y de trabajar duro no nos madrugarán, y también se están controlando todos los caminos de salida de la ciudad, cosa que si utilizan alguno sabremos de inmediato exactamente qué ruta tomaron y a qué hora lo hicieron.

Un destello de esperanza volvió a brillar en los nobles ojos del gerente de la Casa Hochschild, para volverse a extinguir cuando Luis Adrián, todo pensativo y frotándose el labio inferior con los dedos de la mano derecha, dijo muy bajo, casi imperceptiblemente:

– El único punto negro de todo esto es que a Hochschild y a Blum no los saquen de la ciudad.

44

"Mira que te piso, súbete a la acera", o "Mira que te piso, bájate de la vereda"...

Esa letra o alguna parecida o absolutamente diferente – ya que para todas utilizaba igual tono de voz e ininteligibles palabras – cantaba un hombre alto, flaco, cuya tez color cáscara de naranja secada al sol no demostraba ninguna línea acentuada para hacer que su rostro sea simpático o antipático. Mientras golpeaba una maderita con otra, hacía enormes esfuerzos por llevar el mismo compás de sus compañeros de orquesta, que enfundados en vistosas blusas multicolores, amenizaban una sesión de ejercicios forzados a unas cuantas parejas que se hacían de cuenta que bailaban.

– Oiga... Oiga, ¿a dónde va usted? – sujetó a Luis por un hombro el portero de la boite "Utama", impidiéndole que entre.

Adrián ya estaba a punto de arrancarse de encima la impertinente mano del empleado de controlar el ingreso al local de baile más seleccionado que había en La Paz, cuando sintió una patada en la canilla que le hizo volcar la cabeza para ver el sonriente pero mugriento rostro de Vergara, y sólo así se dio cuenta de la estrafalaria y asquerosa indumentaria que llevaban sobre sus cuerpos, más la suciedad de sus rostros, que al portero le daban todo el derecho para no admitir que entraran.

– Deseamos ver al doctor Hugo Salmón, que está adentro – dijo Vergara con voz que ni Adrián la hubiera reconocido sin estar viéndolo cara a cara.

– ¿Qué te crees?... ¿Que soy tu empleado? – fue la reaccionaria respuesta del portero, que de inmediato se sentía superior a los dos rotosos y nada limpios seres que casi se le escabullen por la puerta de entrada.

– Por favor... Somos los mecánicos que hemos traído su coche – insistió Adrián, también con voz fingida, pero no a la perfección de su compañero de disfraz.

– No puedo entrar, tienen que esperar a que salga. Además, no lo conozco – replicó el airado hombrecillo, cuyo antecesor en el puesto que ocupaba debió ser mucho más alto que él, ya que no solamente tenía dobladas las mangas de su adornada casaca, sino también los pantalones, que ahora parecían tener desmesurados botapiés.

– Por favor, compañero. Es el secretario privado del Presidente... – le rogó Vergara, sin poder agregar más, pues el portero había desaparecido como por encanto, para volver a aparecer a los pocos minutos, rojo y colérico, mascullando algo entre dientes y luego gritando:

– Desgraciados, se van a ir a burlar a otra parte, menos aquí, pues si no se van y dejan de molestar llamo a la policía.

– Pero, compañero... – Esta vez Adrián no pudo hablar más porque la risa le oprimía el pecho en esta ridícula situación.

– ¡Qué compañero, ni qué compañero! El doctor Salmón se me ha reído, porque dice que su auto está aquí – habló el portero.

– Pero, compañero... – Vergara terció en son de suplica ante el testarudo "compañero".

– Mira. Mejor se van. Y rápido, locos sinvergüenzas – terminó el empleado de la boite calmándose después de sus múltiples explosiones de cólera.

– Pero, compañero... – Y Jaime Vergara prosiguió rápidamente, antes que le cortaran el uso de la palabra – . Si este auto es el que le traemos del Departamento Nacional de Investigaciones. Dile así, por favor...

Subrayó su petición con un apretón de manos que hizo desaparecer otra vez al "compañero", fiel guardián de la puerta del "Utama".

– Me debes cincuenta pesos – dijo Vergara a Adrián, mirándose la palma de su diestra con la que acaba de estrechar la mano al ahora diligente mensajero, que volvió casi de inmediato llevando pegada a sus talones la conocida silueta del secretario privado de Villarroel, quien después de mirar con un poco de atención a los dos mecánicos, no pudo contener una fugaz sonrisa, al mismo tiempo que les decía secamente:

– ¿Dónde está el coche?

– Por acá, señor – dijo Vergara, saliendo primero.

– Por lo visto ustedes están en carnaval – sonrió ampliamente Salmón, mientras tomaba asiento en la camioneta que en este momento partía conducida por el director del Departamento para muy luego estacionarse en una calle, que a esa hora de la noche era más desierta que el mismo desierto del Sahara, y no muy lejana de la boite donde habían encontrado al doctor Hugo Salmón, quien se dirigió a Vergara que se hallaba materialmente colgado del estribo de la camioneta.

– ¿Jaime, por qué no te sientas? Si entramos los tres en la cabina.

– Estoy prohibido.

– ¿Cómo? – preguntó azorado el larguísimo señor que en la cabina de la camioneta no podía estirar sus piernas.

– Ya te contaré, Hugo. Ahora a concretarse a las cosas importantes – observó Adrián.

– A ver. – Salmón volvía a usar pocas palabras. Señal inequívoca de que estaba preocupado o de que prestaba toda su atención.

– Hugo, el asunto está que arde – dijo Adrián.

– Me vas a decir a mí – contestó apenas el aludido.

– Esta noche, cuando recibí el parte de dos agentes situados en Calacoto, que esta mañana muy temprano pasaron dos vehículos sin poder identificar sus pasajeros con rumbo al Alto de las Animas; camino al valle de Palca, y que cuando ellos siguieron las huellas a más o menos uno o dos kilómetros de distancia por espacio de una hora y un cuarto sorprendentemente se chocaron con estos vehículos que regresaban a la ciudad vacíos. Me decidí a vestirme así y en compañía de Jaime ir por el polvorín de Miraflores a buscar la camioneta que salió ayer por la tarde de la casa de la calle Catavi y cerciorarme que realmente no habían acarreado a Hochschild ni a Blum. Por la ruta del polvorín – empezó a aclarar Adrián – , porque desde el observatorio que tenemos arriba del cerro se observó que la camioneta tomó ese camino y que se perdió por esos alrededores... Bueno – suspiró Adrián, y después de inhalar un poco de humo del cigarrillo que le había invitado el secretario privado, prosiguió con su informe relámpago – . Después de poco trajinar hallamos la camioneta que estaba parada en las proximidades del polvorín. Pero mira. Hugo. La parte rara del asunto es que todo fue muy fácil para llegar hasta la camioneta y merodear por toda una casa vieja que existe por ahí, y todo estaba hecho como si lo hubieran ordenado a propósito, y cuando seguimos adelante encontramos fuertes retenes de guardia que hacían una alharaca bárbara. Como queriendo hacer notar su presencia en esos lares y llegaron a tal estado de demostración que al acercarnos un poco a uno de los puestos de vigilancia, nos metieron bala sin más trámite. En resumidas cuentas, a todo trance dan la idea de que Hochschild y Blum están encerrados y fuertemente custodiados en el polvorín. Polvorín digo, porque se lo llama así, no porque se lo utilice como tal. Así que la presencia de tropas y todo el lío es por algo, y además... – La exclamación del doctor Salmón lo cortó en seco.

– ¿Cómo algo? ¡Es que Hochschild y Blum están ahí! ¿No ves?

– No veo, Hugo – dijo Adrián, serenamente – . Justamente todo ese escenario bien montado, toda esa facilidad para que se los encuentre y el afán de demostrar la fuerza armada me hacen suponer que no están ahí, pues más creo que los llevaron rumbo a Palca. No ves, Hugo, que todo es una comedia. Que esta gente que ahora se sabe descubierta y vigilada al mismo tiempo nos vigila, formándose así un círculo vicioso. Ellos secuestraron y lógicamente que tienen que vigilar a Hochschild y a Blum. Nosotros los vigilamos a ellos y ellos, a su vez, vigilan a nuestros vigilantes.

En fin, se podría conjugar el verbo vigilar en todas sus formas – terminó irónicamente Luis.

– Pero entonces, ¿qué es lo que tú crees y qué piensan Dean y los otros? – inquirió Salmón.

– La opinión que te doy es la de ellos, pero hay tanto que andar todavía que yo no quiero dar parte a Villarroel sin antes tener algo palpable entre manos. Empero... – el acento cansado con el que ahora hablaba Adrián no llamó la atención a su amigo Salmón, que le dijo enérgicamente:

– ¡No, señor! Mañana mismo vienes a Palacio y das esta información, y que se arme la que se arme.

– Se va a armar – fue todo el comentario de Adrián, que no volvió a pronunciar una sílaba más hasta el momento en que paró la camioneta frente a la boite "Utama" para que descendiera Salmón, que al así hacerlo le dijo a Vergara:

– Pasa a sentarte, Jaime.

– No puedo, estoy prohibido – volvió a contestar Vergara.

– ¿Cómo? – preguntó Salmón con la misma alarma que había demostrado unos minutos antes.

– Es que al escuchar los balazos corrimos, mejor dicho volamos, y Jaime aterrizó sobre una mata de espinos – aclaró la figura de Adrián, que a pesar de todo no pudo menos que reír al recordar el motivo por el que a Vergara le estaba prohibido el tomar asiento.

Salmón, dejando por un momento su habitual seriedad, dio paso a una estruendosa risa que se acentuó al despedirse de Vergara con un amigable palmazo sobre su averiado tren de aterrizaje. Mientras que abriendo la puerta del recinto de diversión se podía escuchar claramente los confusos ruidos que emitía la orquesta que acompañaba al cantor, que para no preocuparse más en llevar el mismo compás que sus compañeros, ahora había dejado a un lado los dos discretos palitos que golpeaba el uno contra el otro y en reemplazo batía enérgicamente dos poros, cuya estruendosa sonajera disimulaba la falta de ritmo en su cansada voz, que seguía arrullando a los presuntos bailarines que se apretujaban más cada vez que subía una octava, bombardeando el oído con su "Mira que te piso... Súbete a la vereda..." o algo parecido.

45

Y MIENTRAS TANTO...

– ¿Mi coronel, a santo de qué está usted tan nervioso? – hizo notar Escobar al jefe de la Casa Militar su estado de ánimo, que lo demostraba como si le saliera a flor de piel aun a través de sus contraídos poros por la fría brisa de la mañana.

– Si no estoy nervioso, capitán – fue la disgustada réplica de Costas a su inferior en graduación militar.

– Perdone, mi coronel, pero yo pensé... – volvió a insistir el testarudo oficial, que parecía hallar cierto placer indescriptible al molestarlo.

– Bueno... Bueno. ¿Para qué nos hizo venir a esta casa tan temprano? ¿No sabe usted el inmenso trabajo que tengo? – Costas desvió hábilmente la conversación, con la que Escobar lo estaba amoscando más de la cuenta.

La casa a la que Costas se refería no era ninguna otra que la casita blanca de la calle Catavi, que con la salida de sus huéspedes, hacía unas cuarentiocho horas, otra vez era el recinto apartado de la ciudad y por lo tanto un tranquilo y discreto lugar.

– Realmente, capitán Escobar, que yo también tengo algo que despachar en la Dirección General. Por lo tanto, si nos apuramos un poco... – así, el mayor Eguino en cierta manera apoyaba la moción de Costas.

– Bueno, yo quería que estuvieran ustedes presentes cuando llegue Guzmán. Pero veo que lo voy a tener que hacer solo.

– ¿Hacer solo qué? – preguntó Max Toledo, que parecía ser la sombra de Escobar, pues donde iba el uno estaba el otro.

– Llamarle la atención.

– Para llamarle la atención nos hace usted venir hasta acá. – Costas empezaba a protestar, y a toda luz con justa razón.

– Escobar, esto sí que es absurdo, pues podía usted haberlo hecho solo y sin necesidad de nuestra presencia. – Eguino sumaba su voz a la protesta general.

– Ustedes no me comprenden, señores. – En ese momento salió a relucir el tono irónico que tan hábilmente utilizaba el jefe de Policía, cuando se encontraba medio acorralado.

– Entonces explíquese, capitán – habló Costas al ver que también Eguino estaba muy apurado, y así aprovechó la coyuntura para zaherir a Escobar a quien no le tenía el aprecio del que siempre hacía gala cuando se encontraba en público.

– Pensé que había que llamarle la atención y advertirle que si su conducta sigue como hasta ahora le podría, no sólo costar su carrera... sino el impulsar su carrera... – Escobar acentuó la palabra "carrera" mirando a todos los presentes uno por uno – hasta el otro mundo. – Terminó suavemente y posando su labio inferior sobre el superior y luego a la inversa, y haciéndolo jugar así por varias veces. Un tic nervioso que lo tenía probablemente desde muy joven.

La sangre abandonó por un minuto los rostros de los presentes, que gracias a la acción del frío tenían unos rubicundos colores.

Parecía que la helada pero tónica brisa de la mañana bruscamente se tornaba en polar sopro de ultratumba, congelando no los miembros del cuerpo humano, sino el razonamiento al comprobar el propósito que encerraba el infernal cráneo del ser que acababa de hablar tan queda y tranquilamente.

El mayor Eguino rompió el silencio que se había adueñado del recinto y sus visitantes.

– ¿Y por qué? – dijo.

– Porque habla mucho. Se emborracha y habla mucho. – Dio Escobar sus razones, levantando ambas cejas hasta que sus redondos ojos se agrandaron un poco.

– ¿Y qué más hay? – Valencia Oblitas hizo uso de la palabra.

– Que esta mañana temprano estuve con Villarroel... Anda desesperado el pobre... Tengo que encontrar a los dos hombres, cueste lo que cueste. – Fue el primero en largar la carcajada, a la que rápidamente le siguieron los otros. Reían más que por el chiste traído de los cabellos para esta ocasión, por el imponente deseo de sacudir ese malestar general que les había dejado la fría advertencia que hacía el jefe de un grupo a cualquier persona que, ya sea por descuido, ligereza o intención, alargaba la lengua un poco más de lo necesario.

46

"Y que se arme la que se arme" había sido una de las últimas frases del doctor Hugo Salmón, cuando la noche anterior se despidieron, y ahora que Luis Adrián, como director del Departamento Nacional de Investigaciones, esperaba plantoneado frente al flamante Presidente constitucional de la República de Bolivia a que éste le dirigiera la palabra, mientras sus ojos fijándose al otro extremo del despacho presidencial, con una rápida mirada al secretario Salmón, a su vez le confirmó algunas de sus últimas palabras... "se va a armar", y ahora sí que parecía que se iba a armar... "y cómo". Como siempre decía mister Dean, que también observando un profundo silencio estaba de pie al lado de Adrián.

– El doctor Salmón me informó de los últimos acontecimientos de la investigación que tiene a su cargo el Departamento – habló Villarroel, una vez que se hallaba sentado detrás de su mesa de labores. El tono de su voz era modulado y bajo. No había un rasgo en su redonda cara que denotara intranquilidad o duda alguna. Sus ojos, que los tenía como incrustados sobre su principal oyente, estaban serenos. Las manos, que por lo general eran los órganos por donde sus contraídos nervios encontraban un temporal desahogo al crisparse o moverse con inquietud, ahora descansaban la una sobre la otra. Toda su apariencia era el modelo perfecto que cualquier exigente pintor hubiera seleccionado para trasladar a su tesado lienzo la impresión de "Paz de espíritu y tranquilidad". Salvando un solo detalle, el único punto que estaba en desacuerdo con el resto. Su mortal palidez. Parecía que su corazón, en discordia con sus arterias de todo el sector alto de su cuerpo, se negara a bombearles sangre. Su faz estaba blanca. Cadavéricamente blanca. Siendo lo único que hacía pensar en la formidable tormenta que se desataría, precedida de la profunda calma del momento.

Por espacio de un buen rato Adrián no contestó la pregunta ambigua que se le había dirigido, pero la tensión nerviosa del ambiente era tal que nadie reparó en su silencio, y cuando encontró palabras para hablar debieron haber sonado como un estrepitoso campanazo, ya que Salmón y Dean le dirigieron sobresaltadas miradas.

– Creo que le puedo hacer una rápida y más o menos precisa recapitulación de nuestras actividades, mi Coronel.

– Para eso está usted acá – volvió a hablar el Presidente sin cambiar su tono tranquilo y bajo.

Por un momento, pero sólo por un momento se confundieron los ojos de los tres hombres que todavía permanecían en pie... Y ese momento fue un corretear de miradas, que si éstas hubieran dejado una luminosa estela o portado alguna cola material, se hubiera producido un tremendo bollo imposible de desentreverar.

– Mi Coronel... – empezó tosiendo Adrián, que era el único que daba muestras visibles de que sus nervios no se encontraban bajo un control total.

– Sí... – Villarroel seguía como si fuera parte del sillón en que estaba sentado.

– Si usted nos pide una prueba de todo lo que voy a informar, de antemano le diré que no la tenemos. Es por eso que no pensaba venir todavía, pero creo que el caso demanda mucha urgencia. Por eso...

– Claro que es de suma urgencia – interrumpió Villarroel, utilizando la palabra “urgencia” como si fuera el eco del director del Departamento Nacional de Investigaciones.

– Bueno... – Parecía que Luis no encontraba palabras, pues ya se empezaba a frotar su labio inferior con los dedos de su mano derecha, actitud muy conocida en él cuando se encontraba descontento o preocupado, pero en ese momento, y cuando Villarroel ya iba a volver a hablar, Adrián se sentó intempestivamente en el brazo de un sillón que tenía detrás de su persona, y como si este acto le hubiera devuelto su serenidad, cambió súbitamente de voz y prosiguió – : Mi Coronel, todo el asunto es el siguiente – mister Dean, al ver el cambio en la actitud de su amigo y la seguridad que ahora tenían sus palabras, sonrió levemente y se sentó, Salmón, por no tener un asiento a mano, se apoyó muy discretamente sobre una esquina de la mesa de trabajo del despacho presidencial – : El domingo 30 de julio, el mes pasado – continuó hablando el hombre que desde hacía diez días se desvivía por encontrar y rescatar a los dos secuestrados – , los doctores Hochschild y Blum fueron llamados por el jefe de Policía, capitán Escobar, a su despacho oficial, para que se les visaran sus pasaportes, que hasta ese momento se habían negado a hacerlo, sin dar una excusa concreta o razonable. Esa tarde llegaron allí un poco antes de las tres, y después de estar charlando más o menos hasta las tres y media abandonaron la Central de Policías con sus papeles en orden para poder salir fuera del país en el momento que

ellos deseasen. Escobar los acompañó hasta la puerta, cosa muy rara, pues al capitán Escobar súbitamente se le había despertado una amabilidad llevada al extremo de visar sus pasaportes en un día de descanso en las oficinas. – El irónico comentario de Adrián no halló terreno fértil en sus oyentes, que seguían silenciosos y atentos a sus palabras – . Cuando Hochschild y Blum se despidieron, el señor Manuel Bueno, que estaba con ellos, también se disponía a retirarse, pero otra vez la cortesía del jefe de Policías salió a luz, reteniendo hábilmente al señor Bueno en una amena discusión. Hochschild y Blum partieron en el coche del segundo. – Hasta ese momento parecía que el informe oral que Adrián estaba prestando a Su Excelencia, en vez de enervarlo o exaltarlo le servía de sedante, puesto que su intensa y por supuesto extraña palidez iba perdiendo terreno, ya que los colores que siempre arrebolaban las mejillas de Villarroel poco a poco se volvían a hacer presentes – . El tiempo que demoraron hasta llegar a la Villa de Obrajes no lo sabemos, ni tampoco hemos podido constatar si entre el momento que salieron de la Policía y el instante en que fueron secuestrados hicieron alguna diligencia; pero de lo que estamos absolutamente seguros es que los secuestradores siguieron a sus víctimas desde el instante en que se embarcaron en el automóvil del doctor Adolfo Blum.

– ¿Quiénes los siguieron? – Villarroel preguntó tranquilamente.

– Los secuestradores, mi Coronel...

– Ya me lo dijo usted. Pero ¿quiénes son los secuestradores? – insistió el primer mandatario de la Nación.

– Mi Coronel, permita usted que le haga primero la narración, y después los comentarios – dijo secamente Adrián.

Tan fríamente debe haber sonado su respuesta, que Salmón y Dean lo volvieron a mirar medio sorprendidos, momento en el que se dejó escuchar el timbre de uno de los teléfonos que estaban sobre el escritorio. Villarroel no hizo nada más que mirar a Salmón, y contestando éste, a los breves segundos se volcó hacia el Presidente y le dijo lacónicamente:

– El ministro de Defensa, mi Coronel.

– Que vuelva a llamar más tarde – fue la rápida orden que sirvió de contestación, mientras que dirigiéndose a Luis, también le ordenaba – : Siga, por favor...

– Digo que los secuestradores siguieron a Hochschild y a Blum desde el momento en que abandonaron las oficinas de Escobar, porque éstos no sabían a dónde se dirigían – prosiguió Adrián con el hilo de su información – . Cuando Hochschild y Blum llegaron a Obrajes estacionaron su coche en la avenida Zalles, frente a la casa del señor Alfredo Suárez, cónsul general de Chile, probablemente para visar sus documentos y asistir a una fiesta que había en la casa – aclaró Luis, y siguió rápidamente – . Cerraron el coche con llave y cruzaron la avenida, pues ellos se estacionaron a mano derecha y la casa está sobre la mano izquierda. Hasta ese momento no se dieron cuenta de que otros vehículos los seguían, y es seguro que cuando cerraban su auto los perseguidores estaban bastante lejos, pues de otra manera no hubieran cruzado la vía pública, y prueba de que los secuestradores aceleraron su marcha al ver a pie a sus víctimas, es que la señora Rosa Soligno de Silvestro, que presencié el atraco, fue atraída a la ventana de su casa por el ruido que produjo el auto perseguidor al frenar bruscamente. Los secuestradores debieron haber saltado velozmente de su coche, porque cuando la mencionada señora llegó a su balcón vio cómo varios individuos, con los cuellos de sus abrigos vueltos para arriba y las alas de sus sombreros echadas para abajo, ocultando totalmente las facciones de sus caras, armas en mano intimaron a los dos potentados a ingresar a otro auto que había parado al lado izquierdo de la avenida. La maniobra fue rápida, y una vez que todos se encontraban dentro del vehículo, éste partió velozmente rumbo abajo.

Adrián se detuvo un momento para morderse el labio inferior y respirar profundamente. Durante este breve intervalo nadie hizo la prueba de hablar, y el silencio que existía en el escritorio del presidente boliviano solamente fue turbado por el estridente bocinazo de algún impaciente colectivero que atravesaba por la plaza Murillo.

Y prosiguió:

– La señora Soligno de Silvestro, al ver este cuadro nada usual en el panorama de su placentera vida, se quedó parada en su balcón, y sólo atinó a fijarse en el auto – en el que habían sido empujados los dos desconocidos – , que era de color negro y su patente terminaba en número dieciocho, siendo los números negros sobre un cuerpo blanco, perteneciente a la serie de autos particulares.

También se fijó que detrás de este auto venía otro de color verde claro, en el que había muchos pasajeros, portando algo así como cañerías – según las palabras de la señora – , que serían armas, sin duda alguna. Diez o quince minutos más tarde los mismos autos, y en la misma formación, primero el negro y después el verde, pasaron frente a su casa, esta vez con dirección a la ciudad. Pero ahora en el coche negro había una o dos personas, y en el verde el conductor era el único visible. Con esta única información entre manos buscamos en todos los alrededores.

A esta altura de su relato Adrián cortó repentinamente, para hacer la siguiente indicación a sus oyentes:

" – Mi Coronel, no le voy a dar los detalles de la investigación, ni cómo llegamos a los hechos, porque demoraría mucho tiempo. Sólo quiero hacerle notar que el automóvil de la Jefatura de Policías es negro y su placa es veintiocho dieciocho, y que el de la Dirección de Tránsito es de un color verde claro. – Adrián hablaba con tanta seguridad y rapidez, que no dejó contestar al Presidente, porque siguió adelante con su relato – . Por todos los indicios encontrados, los llevaron a una casa situada al final de Obrajes, alquilada por el mayor Eguino, donde seguramente los retuvieron por unos tres días, para luego trasladarlos a un lugar muy próximo al cuartel del regimiento "Calama". Le digo el cuartel "Calama": mi Coronel... – Adrián recalcó el nombre del Regimiento, de memoria fatídica ...porque desde las cocinas de este establecimiento se mandaba el rancho, en la mañana y en la tarde, a la tropa a cargo de la custodia de los secuestrados. Después fueron trasladados a la calle Catavi, a una casita cerca del convento de las Concebidas. Esta casa también fue alquilada por el mayor Eguino. En este local estuvieron hasta el amanecer de ayer, que fueron sacados y embarcados en dos vehículos que partieron... – un silencio ininterrumpido se notó después de las últimas palabras del orador, que luego de un momento prosiguió con un acento de sarcasmo confundido con cierta vergüenza – ...rumbo al Alto de las Animas.

– ¿Qué...? – fue todo lo que exclamó Villarroel, que en los últimos momentos ya había empezado a jugar nerviosamente con un lápiz, que pasaba de mano en mano.

– Sí, mi Coronel, partieron en esa dirección, rumbo a Palca, porque los agentes del Departamento que siguieron las huellas desde Calacoto, y a una prudencial distancia, se cruzaron con los dos vehículos que ya estaban de regreso, y esto ocurrió a

los pocos kilómetros después del paso del Alto de las Animas, de ahí que es materialmente imposible que hubieran llegado a Palca... Cuando los teníamos en el hoyo de nuestras palmas y... – Luis no pronunció la palabra expresiva que se le subió a los labios, forzándola a no salir apretándolos fuertemente; tan fuertemente, que éstos perdieron el color. Se volvieron blancos. Y sólo después de estar seguro, bien seguro de sí mismo, volvió a hablar, sin que nadie hubiera hecho la menor intención de usurparle el derecho de la palabra, que venía usufructuando por más de veinte minutos consecutivos – ...se nos escurrieron así. Así nomás – dijo contemplándose la mano izquierda, que la había levantado medio crispada – . Y ahora, ¿dónde estarán?... Señor, ¿qué harán con...

Adrián se había olvidado por completo dónde se encontraba. Prueba de ello fueron las palabras doloridas que emitió como clamorosa plegaria de súplica al Omnipotente.

– ¿Pero usted cree... – tampoco Villarroel terminó su frase, pues se dio cuenta que las cuatro personas que estaban en la pieza ya habían pensado lo mismo.

– No, mi Coronel, no se atreverán! No podrían matarlos... – El tono de Adrián, que era convincente, cedió un poco en su énfasis inicial. – ...y además los agentes que se cruzaron con los vehículos que estaban de regreso a la ciudad están seguros que éstos venían absolutamente vacíos, lo que prueba que se quedó todo el séquito en alguna hacienda. En fin, en alguna parte por ese distrito. Y pensar que cuando los teníamos acorralados..., cuando ya teníamos pruebas, se nos escaparon...

Ahora sí que el silencio era profundo. Profundo y grave a la vez.

– Disculpe usted, pero fallamos...

Las frases de Adrián no solamente habían causado un desconcierto en Villarroel, sino que hasta su propio camarada de trabajo mister Warren Dean, el hombre que lo había ayudado, guiado y aconsejado noche y día desde el momento que en ese mismo despacho le dieran tan difícil misión, también lo miraba azorado, y parecía que recién en este mismo momento veía claramente la figura de toda la investigación, que había sido un éxito... Un éxito rotundo, pero sin poderse coronar, ya que cuando todo se enfocaba en el lugar donde estaban concentrados secuestrados, secuestradores, cómplices, compinches y encubridores, cuando no había más que caerles con todo el rigor que tiene la ley, cuatro haces de luz, pertenecientes a dos

vehículos, rompiendo la negrura de la hora más negra antes del amanecer, y primero en gran silencio y después con estruendosos ronquidos de motores se los volvió a embuchar el horroroso misterio...

– No, señor, no fallaron Villarroel se expresó con toda calma – . Ustedes los encontraron una vez... y ahora los volverán a encontrar. ¡Tiene que encontrarlos! – Nadie le contestó, porque se veía venir la tormenta que durante todo el tiempo que informó Adrián la había contenido, pues sus mejillas, que no hacía tiempo se habían coloreado normalmente de la palidez asombrosa que tenían súbitamente se habían teñido de rubor y sus ojos se contraían vertiginosamente, mientras que una de sus manos, dejando de lado el lápiz que le servía de entretenimiento, se había empuñado, golpeando maquinalmente a la otra mano, que permanecía abierta – . Y Escobar no hace una hora que salió de este despacho asegurándome que los encontraría... El muy... – rápidamente se contuvo, y dirigiéndose a Salmón, le ordenó – : Llame usted a los ministros de Relaciones. Defensa y Gobierno... y también a Eguino y Escobar. Rápido, por favor.

El doctor Salmón se dirigió a la puerta que daba a su despacho, cuando Adrián intempestivamente irrumpió:

– Mi Coronel, disculpe... Pero, ¿qué va usted a hacer?

Hugo Salmón giró sobre sus talones, con la incredulidad embarrada sobre su fino y largo rostro, mientras que Dean sólo tragaba saliva, y Villarroel, pescado tan desaprensivamente, contestó con un cierto malestar.

– Voy a poner las cosas en su lugar.

– Disculpe usted, señor Presidente. Pero creo que aún no conviene – se aventuró Adrián, ya que había clavado la primera púa, y más o menos había tenido éxito. Por lo menos no lo habían sacado vendiendo almanaques del despacho de su presidente.

– No conviene... No conviene... ¿Y por qué?

Porque los secuestradores se están jugando la cabeza en este asunto, y nosotros también... Así que le rogaría esperar unas veinticuatro horas, por lo menos hasta que volvamos a localizar a Hochschild y a Blum, y en caso dado poder resguardarlos. ¿No ve usted – Adrián hablaba más atrevidamente – que se negarán rotunda-

mente de todo lo que usted les impute?... Y en este caso es tan fácil el destruir..., el borrar el cuerpo del delito...

Un baño de agua helada no hubiera producido el efecto de las palabras de Adrián. Salmón se sentó en un sillón apartado que había en el despacho del Presidente, y Villarroel se levantó, dirigiéndose a Dean, y dijo secamente:

– Veinticuatro horas más... Bueno, es el límite.

Mientras que extendiendo la mano a Luis Adrián, pues ya se había despedido de Warren Dean, volvió a repetir:

– Adrián, veinticuatro horas...

47

Para los agentes del Departamento Nacional de Investigaciones, el director de esta entidad les había borrado del diccionario las palabras "Calma, Paz, Tranquilidad".

"Veinticuatro horas", había dicho Villarroel.

Veinticuatro horas había sido el término fijado por el Presidente para volver a encontrar a los secuestrados, y más que la orden presidencial, el apremio por volverlos a ubicar era un sentimiento natural de humanidad, aguijoneado por el tremendo escándalo que hacía la prensa en el extranjero, puesto que la del país hasta cierto punto se hallaba amordazada.

Ya habían transcurrido once días desde la fecha del secuestro, y cuando a los autores se los había tenido en las manos, en un santiamén se los había vuelto a perder, y ahora había que encontrarlos aunque se tuviese que demoler todos los cerros que ondulaban el camino de la ciudad al pequeño valle de Palca, pues había dos cosas ciertas y concretas: una, que se sabía quiénes eran los mafiosos; y la otra, el distrito por donde estaban, toda vez que dentro del valle donde se encontraban no había ninguna otra salida por camino carretero que la que habían utilizado para ingresar; pero también era imposible el esperar a que salieran por su propia voluntad. Quién sabe cuánto demorarían y cuáles serían sus planes, y a lo mejor, si se daban cuenta de que no habían podido burlar el espionaje que ahora les controlaba todos sus movimientos, decidían – como Adrián le había dicho al Presidente – a hacer desapare-

cer el cuerpo del delito, o los dos cuerpos del delito, y entonces la situación cambiaba de mal a peor.

Por todas estas circunstancias es que los hombres que asesoraban al Departamento habían ordenado el trabajar con el acelerador a fondo. Con todo el equipo y sin horario. Por eso también había que borrar las horas fijadas para dormir, comer o descansar. Sólo había veinticuatro horas, ni un segundo más.

– ¿Quién es bueno para tomar? – había preguntado Dean en voz alta a los agentes que se encontraban reunidos en la sala de estudio.

Como obedeciendo a un mismo resorte que los manejara a todos juntos, éstos se empezaron a mirar entre sí. "¿Qué le pasaba a mister Dean? ¿Estará borracho, y la quiere seguir con algún compañero del Departamento? O a lo mejor, como le falla el castellano, se equivocó... ¿Por qué el preguntar que quién es bueno para tomar? Seguramente que había un error..." Y nadie contestó.

– He dicho que quién es bueno para tomar – insistió mister Dean – . Sí, señores, para tomar. No hay ninguna equivocación en lo que digo. Quién es bueno para el trago, para los copetines. – Esta vez aclaró bien la figura.

Cuatro, cinco, siete levantaron los brazos. Parecía que realmente había espíritu de cooperación en lo que fuera. Hasta para emborracharse...

– Freudenthal – indicó Warren Dean – , y el resto esperen – dijo mientras salía con el candidato a una estupenda intoxicación, y una vez que se encontraban encerrados en la oficina de la Dirección, donde estaban Adrián y Villa, prosiguió – : Con Villa, vayan a un boliche que queda cerca del regimiento "Calama", donde el mayor Guzmán se está embriagando, y como Villa es amigo del regimiento de él, no les va a ser muy difícil el tomar con él, y tomen... Mucho, y sobre todo háganlo hablar. ¿Entendido? – concluyó Dean.

Habían entendido perfectamente. Era la primera vez que se les ordenaba empinar el codo.

– Un momento – los paró mister Dean cuando ya salían – . Antes de ir a ese compromiso, cada uno de ustedes cómase una media libra de mantequilla.

– ¿Cómo...? – fueron dos voces las que se escucharon, dos voces alarmadas – . ¿Comer mantequilla?

– Sí, comer media libra de mantequilla cada uno, así aguantan más trago sin emborracharse – les explicó sencillamente Dean.

Y mientras los dos voluntarios a lo que al principio les pareció una tarde deliciosa hacían una mueca de asco y casi de horror, Adrián, dirigiéndose al señor Soria, le dijo:

– Oscar, deles dinero para tragos – agregando sonriente – : Pro informaciones... y ¡salud!

Cuando los dos candidatos a agarrarse una borrachera bárbara habían desaparecido, pues el contendor que se les había echado al frente tenía su fama bien sentada, Adrián prosiguió:

– Como nosotros los vigilamos a ellos y ellos vigilan a los que les vigilan, sería bueno entonces que vigilemos a los que nos vigilan – terminó su curiosa y entreverante reflexión casi sin aliento, pues la había dicho sin reparar en puntos o comas.

– ¿Entonces? – preguntó Dean, que a raíz de no dominar el castellano muy bien no había entendido este juego de palabras.

– Entonces, mister Dean, hay que destacar a un agente que siga a Eguino. Otro hombre detrás de Escobar y otro detrás del señor que va entre Eguino y Escobar. Eso es, detrás del guarda espaldas de Escobar, Prado.

– Conforme – dijo, dando paso a Luis, que salía a impartir estas instrucciones a los agentes que esperaban órdenes en la sala contigua.

– Y que no se desprendan por nada – recomendó Dean a último momento.

48

Tanto había mencionado la palabra "salud" y más "salud" el mayor Julián Guzmán, que ahora se encontraba enfermo. Asquerosamente enfermo, tirado sobre una destartalada catrera que le parecía ser el lomo de un encabritado caballito de una veloz calesita.

Ese era el principio del informe que los dos muchachos, absolutamente libres de todo humo alcohólico, habían emitido a la hora y media en que fueron designados a valerse de todo el líquido ardiente que pudieran ingerir entre pecho y espalda, a fin

de acompañar dignamente a uno de los jefes de batallón del regimiento "Calama" en su deporte favorito de querer "ahogar sus penas" – como era su dicho predilecto – en cerveza y otras bebidas tóxicas, con el resultado de siempre, que las penas sabían nadar y el ahogado era él.

– ¿Y cómo les fue...? ¿Cómo se sienten? – Adrián preguntó a Villa y a Freudenthal, que ya estaban de regreso.

– Muy bien. La mantequilla que engullimos nos sentó magníficamente, pues estamos sanos y frescos. Y eso que el mayor Guzmán es firma... ¡Y qué firma brava para la copa! fue el comentario de uno de ellos.

– Pero ¿tan rápido? – inquirió Dean, que en ese momento estaba por salir.

– Sí, mister Dean, cuando llegamos Guzmán estaba muy adelantado, así que fue cuestión de pocos tragos más – repuso Villa.

– ¿Pocos tragos? Varios, Villa... Varios – rectificó Freudenthal.

– Bueno..., como sea, pero ¿qué sacaron en limpio de toda esta suciedad? – interrogó Luis.

– Guzmán a pesar de estar muy borracho, habló poco, pero se nota que está muy contrariado y amargado por algo. En fin, lo que hay entre dos platos es lo siguiente...

Dean, que ya estaba a punto de irse, se quedó para escuchar el informe de Villa y Freudenthal, obtenido a base de copetines y con el riesgo de pillar una borrachera de padre y señor mío.

– Su amargura consiste en que Eguino le ofreció un ascenso a teniente coronel de Carabineros, más una suma de dinero a cambio de un gran servicio que prestó. Pero hasta la fecha reclama todos los días, y lo único que saca en limpio es que lo barajen muy hábilmente, y por todo lo que tartamudeó, porque ya no hablaba muy bien cuando llegamos, se deduce que él ha estado en el grupo que secuestró a Hochschild y a Blum, conjuntamente con Valdez y Eguino, ya que dijo, más o menos: "El Jefe era bueno, y como buen jefe personalmente dirigió la operación" – terminó Villa, haciendo que Dean pegara un puñetazo sobre el escritorio.

– ¿No? – La incredulidad de mister Dean era absolutamente genuina.

– Sí, señor – Freudenthal reforzó el relato de su compañero Villa.

– ¡Qué audacia! – Adrián comentó por no quedarse atrás, y luego de una brevísima pausa prosiguió – : Entonces Eguino personalmente... Se los... A Hochschild y a Blum – Adrián hablaba dislocadamente, más para sí mismo que para los presentes. Seguramente completando las frases en su mente.

– Sí, señor. – Volvió Freudenthal a usar las mismas palabras que antes, pues parecía que los efectos de la media libra de mantequilla que comió ya se le pasaba, y que los espíritus alcohólicos ya se le infiltraban en su sistema sanguíneo produciéndole la embriaguez, que era de esperar que de un momento a otro se le viniera encima, ya que esa había sido su comisión.

– ¿Y qué más Villa?... – preguntó ansiosamente Adrián.

– Guzmán, que a momentos se hablaba a sí mismo, usted sabe cómo hacen los borrachos – explicó Villa – , dice que los va a "arreglar". Que los va a "fundir" si no le cumplen lo prometido, y que él sabe "a quién darle unos datos". Eso es todo lo que más o menos... Más o menos se le pudo... pudo... sa... sa... sacar. Así, sacar. – Ahora Villa también empezaba a resbalar por la atroz pendiente de la súbita borra- chera.

– Mándelos acostar. Se van a descomponer – fue el consejo de mister Dean.

– Lástima el no haberlo escuchado personalmente, pero... – Adrián no terminó.

– Creo que podríamos organizar una farrita con este mayor y ponerle un dictáfono por ahí, pues con que a éste no le cumplan haciéndole efectivo un ascenso y otras cosas de dinero, largará la pepa como cualquier vulgar delator... ¡Sí, señor... y sí, señor! – Villa ya estaba franca e irremediablemente embriagado. Pero su idea no había sido tirada al vacío, pues así indicó la mirada que rápidamente se cruzó entre los burlones ojos del detective norteamericano y los preocupados del director del Departamento Nacional de Investigaciones.

49

En el pequeño grupo se escuchó un zumbido, como el que se oye cuando un atrevido jugador apuesta sus últimos centavos a un número favorito en la ruleta pero a último momento, impulsado por algún motivo de índole supersticioso, retira su

apuesta y la traviesa pelotita de marfil, haciendo sonar su cristalina carcajada de desprecio hacia los incautos que la veneran y le rinden pleitesía se coloca mimosamente justo en la casilla de la que le apuesta fue retirada cuando el doctor Andrés Torrico Lemoine, de la firma Hochschild, comunicó a la gente que esperaba fuera de las oficinas de la mencionada casa que ese día ya no recibiría ningún informe con respecto al paradero de los señores Hochschild y Blum.

En esos días de todas partes llovían las informaciones, que al principio se las tomó muy en serio, pero que en la totalidad de los casos sólo resultaban ser unos instrumentos para volver loco al más cuerdo y afanoso investigador. Pero como la esperanza es lo último que se abandona, se seguía tomando todos los datos que hallaban su camino hasta el doctor Torrico Lemoine, que en su desesperación por que fueran encontrados sanos y salvos sus amigos y jefes, no escatimaba trabajo ni tiempo, chupándose aun más su ya enjuto rostro.

Abriéndose paso a través del grupo que había en uno de los pasillos, Adrián entró a la antesala del despacho de Goldberg, que al serle anunciada su imprevista visita salió a recibirlo con las palabras en la boca.

– ¿Qué de nuevo trae usted? ¿Se sabe a dónde los trasladaron?

El señor Gerardo Goldberg, propulsado por sus nervios, que cada día lo carcomían más debido a la profunda preocupación en que está sumido, como de costumbre hizo preguntas en hilera.

– Le traigo una sola cosa, don Gerardo. Pero grande – fue la respuesta de Adrián.

– ¿Qué es?

– Ahora estamos seguros de quiénes son los secuestradores.

Y Luis, sin darle tiempo a que lo interrumpiera, de hecho o de palabra, le hizo una breve pero colorida relación del resultado de la borrachera de Villa y de Freudenthal con Guzmán.

No una, sino varias veces Goldberg había salpicado la narración con una que otra interjección preñada de incredulidad, que finalizó a los tres segundos que Adrián terminó su informe con una exclamación que le nació desde el fondo del pecho.

– ¡Increíble!

– Si, señor – Adrián ratificó sus palabras usando las mismas que momentos antes Freudenthal utilizara con tanta convicción.

– ¿Y entonces?...

Parecía que Goldberg tenía aún ciertas dudas.

– Y entonces hay que actuar con más cautela – le advirtió Adrián.

– Pero, ¿y ahora dónde están? ¿Qué será de ellos?

Volvía a empezar don Gerardo con sus consabidas preguntas, pero no siguió más allá.

– Antes de las veinticuatro horas lo sabremos – se comprometió el jefe del Departamento Nacional de Investigaciones, promesa que parecía ser el corolario de un plazo que Villarroel le había dado unas horas antes para volver a hallar a los desaparecidos.

– Lo creo, Adrián, pero hay que actuar muy rápidamente, y sobre todo efectivamente, pues recibí un telefonazo del señor que la vez pasada me dio los informes, y que usted ya los conoce...

– Sí, me acuerdo. ¿Cuándo se cavaron las fosas en Chacaltava?

– Exacto – dijo escuetamente el dirigente de la Casa Hochschild.

– Pero siga – Adrián lo urgió, y después de un momento Goldberg volvió a hablar, pero como si le hubiera costado un trabajo enorme en buscar las palabras que dieran un sentido racional a sus frases.

– Ese señor me dijo un montón de cosas sin pies ni cabeza, pues parecía que estaba borracho, y le pude entender poco. Pero dentro de todo me aseguró que esta noche se definiría la suerte de los secuestrados. ¿No entiende usted?

Adrián no contestó directamente a su pregunta, sino que le pidió una aclaración.

– Don Gerardo, ¿me dice usted que le pareció que estaba borracho?

– Eso es lo que yo creo – balbuceó Goldberg.

– ¿Y cuándo le telefoneó? – insistió Adrián muy apurado.

– No hace mucho de esto. Tres cuartos de hora o unos treinta minutos – dijo Goldberg tras una breve reflexión.

– Gracias, don Gerardo, gracias. Ya lo veré o telefonearé más tarde – dijo Adrián, que salió a todo escape del escritorio de Goldberg, dejando a este señor completamente sorprendido, como lo demostraba su cara aun momentos después, cuando su secretaria entró para anunciarle la llegada de un caballero con el que tenía una entrevista urgente.

Mientras Adrián, que ya se encontraba en la calle, instruía a dos agentes que lo habían acompañado.

– Usted se va al Departamento, y al señor Soria le indica que comunique a los que están a cargo de la vigilancia de Escobar y Eguino que cueste lo que cueste, no los aflojen de vista... Y usted – dijo dirigiéndose al otro muchacho que esperaba sus órdenes pacíficamente – se va por el "Calama". ¿Nadie lo conoce por ahí? – cortó sus instrucciones con la pregunta.

– No, señor.

– Entonces, cuando salga el mayor Guzmán... ¿Lo conoce usted o no? – volvió a interrumpirse para volver a asegurar otro punto de algo que había planeado.

– Lo conozco.

– ¡Estupendo! Entonces usted no se desprende de Guzmán y telefonee cuando pueda al Departamento, y no hable nada que complique. ¿Me entiende? – le advirtió, pues el teléfono del Departamento Nacional de Investigaciones ya estaba intervenido por los secuaces de Escobar.

Hecho esto, y ya sintiéndose más tranquilo, empezó a andar solo mientras se reía levemente de los locos pensamientos que se le atropellaban en la cabeza.

"¿Sería posible – pensaba – que Guzmán fuera el delator?" En estos pocos días había aprendido a creer en todo y a ignorar todo. "Bien podría ser que la voz de beodo fuera de él". A esta altura de sus pensamientos llegó hasta la camioneta que él manejaba, y al no poder abrir la cerradura rápidamente, inconscientemente levantó la cabeza, para ver su cara reflejada en el limpio vidrio de la ventanilla lateral del vehículo, reflejo que por su nitidez, le tentó a arreglarse la corbata – que como siempre, se le había corrido a un lado – , pero le fue imposible hacerlo, porque al mismo tiempo su mirada fue distraída por la figura de un hombre que, obrando precipitadamente, dio un pequeño salto hacia una puerta de calle, y le pareció a Luis que quería evitar el ser visto por él. Como un rayo se le cruzó por la mente los tiempos del verbo vigilar, que había estado conjugando con mister Dean no hacía mucho... "Yo vigilo... tú vigilas... ellos vigilan... ¿Así que ellos vigilan? ¡Ellos "vigilan" ...!, se corrigió Adrián a sí mismo mientras que salía en la camioneta a todo gas.

50

Y MIENTRAS TANTO...

– Pero ¿qué le pasa a la gente que es tan incumplida? Ya hace horas que debían estar acá... ¡y nada! – como siempre, protestaba el malhumorado Humberto Costas.

– ¿Horas... mi Coronel? Si apenas estamos esperando diez minutos... – le salió al retuque Toledo, actitud incomprensible en este hombre, que por lo general, y muy en especial en estas reuniones jamás hablaba, dando así una excusa al iracundo jefe militar del Palacio de Gobierno para continuar en su acostumbrada labia ofensiva para con sus inferiores.

– ¿Diez minutos? ¿Pero se da usted cuenta lo que es hacer esperar tanto tiempo a un jefe?

El mayor Toledo había vuelto a retraerse en su habitual silencio como el caracol en su concha cuando la sombra le cae. Miró fijamente a Costas y lo ignoró totalmente, y permaneció en esta sabia actitud, mientras los vocablos del Coronel adquirían colores más fuertes.

– ¿Cuánto tiempo ya estamos esperando? – había vuelto a tronar su voz, finalizando así su repertorio de protestas.

– Más de media hora – le indicó uno de los conjurados que había llegado de los últimos.

– ¡Media hora ustedes! Yo fui el primero en estar presente, y de esto ya hace siglos... – acabó mirando de soslayo a Toledo, que después de su primera rectificación ni se había preocupado de volver a ver su cronómetro.

Los minutos seguían corriendo, al mismo tiempo que los ánimos de los que esperaban a Escobar y Eguino se exacerbaban a tal punto que nadie hablaba, porque ya se habían suscitado dos o tres discusiones que fueron violentas.

Los nervios de los presentes estaban de punta, y sólo faltaba que alguno de ellos buscara el filo de la navaja para encontrarlo fácilmente y tajarse el dedo, de ahí que todos callaban y sólo se dedicaban a fumar precipitadamente, cual murciélagos clavados en paredes.

Dos golpes en un tono y un tercero en otro, dados con cuidadosa mano sobre el maderamen de la puerta de calle, hicieron saltar y ponerse de pie a los que estaban sentados y detener sus afiebrados pasos a los que medían la habitación en un tranqueo que les desahogaba los malos ánimos.

– Son ellos – fueron varias las voces que como enseñadas utilizaron las mismas palabras.

– Abran la puerta. No se paren como estatuas – gritó Costas.

Dos jovenzuelos se precipitaron al patio de la casita blanca, situada en la calle Cavati en el Barrio de Miraflores.

Segundos después aparecían en el dintel de la puerta Eguino y Escobar, cuyas desencajadas facciones por la furia, no admitían reproche alguno por la tardanza. Aun del mismo Costas, que comprendió que algo grave ocurría.

– Toda la tarde nos siguieron – fue la explicación que todos escucharon, pero que ninguno la comprendió.

– ¿Qué?... ¿Seguido?... ¿Quiénes? – fueron las alborotadas preguntas que brotaron de diferentes sectores, formando un coro estruendoso e inteligible que fue precipitadamente silenciado cuando el jefe de Policías de La Paz, cruzándose la boca con su índice derecho chistó.

– Chist...

Las preguntas quedaron en blanco silencio, y el único barullo que continuó fue el de las miradas que se cruzaban como un intenso tiroteo en algún frente de batalla.

– Pero explíquenlos. – Toledo fue el único en hablar. Bajo pero serenamente.

– Desde esta mañana tanto a Eguino como a mí nos vigilan. – Escobar dio la explicación que pedían.

Otra vez todos escucharon las palabras del capitán Escobar, pero otra vez nadie las comprendió.

– ¿Vigilarlos?... ¿Vigilarlos a ustedes? ¿Los jefes de la Policía? – Costas fue el autor de las tres preguntas, que promovieron una risotada en todos los presentes.

– Silencio – volvía a imponer su voluntad el ahora preocupado Escobar, y continuó hablando, pero sus palabras le salían apenas como las últimas gotas exprimidas de un húmedo trapo que es fuertemente retorcido para secarlo – . No comprenden que el asunto es serio. Por lo mismo que somos los jefes de la Policía, el que se nos vigi-

le a nosotros es porque hay alguna sospecha. ¿No comprenden eso? No comprenden que para llegar acá hemos tenido que caminar por todas partes y hasta utilizar un auto de alquiler para despistarlos. No comprenden que hay algún intruso que sabe más de lo necesario, y que a lo mejor nos siguió hasta aquí.

Pareció que recién después de que esta explicación les taladró sus entendimientos comprendieron que no siempre llevaban las de ganar, y se callaron.

– ¡Ese Departamento de Investigaciones! – fue todo lo que dijo Costas, martillando con su puño cerrado la densa atmósfera de humo.

– Fue Adrián – amplió o concretó la acusación algún otro de los presentes.

– Si es así, yo les aseguro que ese mozalbete no vivirá para contar la historia. – Con estas breves sílabas arregladas en una simple frase, Escobar había pasado una sentencia de muerte, que pocos días después la ratificaría. Luis Adrián ya tenía sus días contados. Pero nadie de los presentes osó ni parpadear, menos hablar, pues la mayoría de ellos perdieron hasta el color de sus cachetes dándose recién cuenta del monstruoso drácula que ellos mismos habían creado y que ahora no lo podían controlar. Conforme a las palabras con que un gran periodista extranjero que conoció a Escobar en sus días de poderío absoluto lo describió, después de haberle ido a pedir que el Corresponsal de la Associated Press, señor Julio Valdez, tuviera garantías para ejercer su sacrificada labor de información periodística.

Por un espacio de tiempo imposible de medirlo concretamente, no se escuchó nada, salvo las agitadas respiraciones de uno que otro de los presentes y el ruido del taconeo que producía el subjefe de Policías, teniente Alberto Candia Almaraz, al no poder controlar sus nervios envueltos dentro de su obesa anatomía que lo hacían cimbrar desde la punta de los pies hasta el extremo de sus lacios cabellos.

Sin pensar y hasta tal vez inopinadamente ya se había dictado una sentencia de muerte. Nadie sabía, ni el mismo convicto, cuándo se llevaría a cabo el fiel cumplimiento del fallo que Escobar había producido. Pero se sabía que tarde o temprano se lo efectuaría, pues conocían al que era su jefe máximo, de ahí que los retardados en comprender sus últimas palabras, conforme las iban asimilando, los más emotivos rápidamente palidecían, y los otros, los más serenos, sólo atinaban a disimular sus sentimientos, succionando sus cigarrillos, muchos de los cuales ni siquiera esta-

ban encendidos ya que habían sido llevados a los labios sólo por un movimiento maquinal de arraigada costumbre.

– Y ahora a discutir el asunto que nos reunió esta noche. Tomen asiento, caballeros – fue la fría insinuación que todos oyeron cuando Escobar volvió a hablar.

Ocho o diez hombres, en su mayoría con sus abrigos puestos, eran los caballeros que sin replicar se dejaron escurrir en unas sillas y sofás que habían distribuidos en la habitación.

– Sí, capitán – saltó la gangosa voz de Candia, no bien sus abultadas posaderas habían sentado plaza en una anchísima y fuerte butaca, probablemente hecha para resistir estoicamente un kilaje exagerado.

– Teniente, espere un momento – fue el reproche que recibió de su inmediato superior, cuyo mal humor afectando de inmediato a su ya enfermo hígado, hacía que éste pigmentara con amarillas motas su todavía juvenil rostro.

– Les informaré rápidamente sobre la marcha de las cosas, y les ruego no interrumpir – advirtió Escobar barriendo con sus ojos por sobre sus interlocutores, que se hallaban sentados, mientras que él permanecía de pie – . Por todas partes hay mucha inquietud. Inquietud que crece más cada día por el paradero de los dos hombres. Todo el mundo habla, y hay alguno que está sobre la pista. La verdadera pista – subrayó – . También hay continuas reclamaciones al Presidente, hasta de la Cruz Roja. – La sorna con que pronunció sus últimas palabras hizo que sus oyentes sonrieran discretamente y luego continuó hablando, concretamente. Sin rodeos y utilizando un tono tajante. – El Presidente está más fatigado, y sobre todo parece que le calientan las orejas. – Ahora Escobar parecía ser un disco grabado sin emoción. Algo mecánico, sin vida alguna, pues todas sus palabras tenían el mismo sonido. – Para estar al lado seguro, a los dos hombres ahora se los trasladó a una propiedad que está por Palca. Por lo pronto ahí no molestarán... Pero... – otro silencio fue lo único que matizó la información, que parecía ser la lectura de un cable – hay que resolver que se hace. Pues, como ustedes están informados, en Chacaltaya la operación se frustró, y ahora se complica la cosa porque hay alguien que habla mucho, pues de otra manera no es posible que se hubiera filtrado tanto que nos hagan sospechosos ante los que quieren encontrar a los dos hombres. Por eso yo creo que alguien habla, y habla fuerte. Pero – no acabó su sentencia, dejando a sus oyentes

en suspenso, y durante el tiempo que duró su mutismo todos los presentes se escudriñaron minuciosamente los unos a los otros, como queriendo localizar al que fuera el delator.

La desconfianza y la duda ya habían hecho presa fácil de los acongojados pero taimados concurrentes a esta extraña reunión.

Llegaba el momento fatal para el delincuente que comparte sus fechorías con otros de su misma calaña. La desconfianza entre sí – que fuera sembrada el primer instante del secuestro – ahora ya daba sus primeros frutos. Todos dudaban de todos, pero todos callaban.

– Por eso tenemos que adoptar una medida. – Y Escobar, luego de una rápida respiración, continuó casi deletreando sus palabras – : Una medida definitiva.

– ¡Fusilarlos!... ¡Fusilarlos! Como se decidió al principio – casi gritó Candia Almaraz, que inmediatamente se había puesto de pie para dar paso libre a esa su otra sanguinaria personalidad que lo dominaba totalmente, no bien se echaba sobre el tapete de la discusión la suerte que debían correr los doctores Hochschild y Blum o los dos hombres, como los llamaban los que en este momento se habían reunido para decidir una vez por todas lo que les pasaría en breves horas más.

– Teniente Candia, hay que pedir permiso para hablar.

– Alguien le llamó al orden. Alguien que no se encontraba en el sector donde se agrupaban las cabezas que presidían esta secreta sesión.

– Personalmente, creo que cualquier medida de violencia en este caso está fuera de lugar. Pues las cosas han cambiado de tal manera, que hay que buscar otro camino – expresó su criterio Eguino.

– ¿Cómo que las cosas han cambiado ahora? – preguntó uno de los presentes.

– Las cosas han cambiado – recalcó el director general de Policías – . Por que ahora, si bien no pueden probar que fuimos nosotros los autores del asunto, por lo menos se tiene una idea concreta de que fuimos nosotros – explicó.

– ¿Pero qué le hace suponer que eso es así? – preguntó el teniente coronel Humberto Costas, que ya se había olvidado de usar su furibundo acento y más bien lo había cambiado por otro muy afable y cristiano.

– Muchas cosas, y una en especial. La que se nos siga. La que se nos vigile... – No fue necesario el continuar. Todos comprendieron en un abrir y cerrar de ojos lo que

nunca hubieran querido admitir: su vulnerabilidad, como todo ser humano y criatura de Dios bajo el Sol.

– ¿Pero eso qué importa? La vez pasada la mayoría decidió que los eliminaran y hay que eliminarlos... Por el bien de la patria – objetó Candia Almaraz.

– Importa – le replicó fríamente Jorge Eguino – . Porque cuando a estos dos hombres se los detuvo y titubeó un poquito al no utilizar la palabra que toda la prensa extranjera le había dado en grandes titulares día y noche: "secuestrados" e inmediatamente los que ahora los buscan los encontraban "ya fríos", el miedo no hubiera permitido que ningún intruso meta la nariz en esto.

– Pero eso no importa – insistió Candia, que le había cortado la palabra a Eguino, pero que a su vez también sufrió igual trato del mismo Eguino, que como un eco repitió la última palabra del teniente, cuyas dos personalidades lo volvían en un instante de sumiso y bonachón subalterno a un acalorado y testarudo hombre que su cerebro era ofuscado por un velo de sangre que le nubla hasta los blancos de sus mismos ojos.

– Importa, porque ahora estoy seguro que alguien sabe que fui yo el que estuvo presente en el arresto de los dos hombres.

Las miradas que se encontraban dispersas por todo el ambiente de la salita, automáticamente se enfocaron sobre Eguino, para luego y formando ya un solo bloque, trasladarse hasta encontrar al subjefe de Policía, que volvió a hacer uso de la palabra.

– Pero a usted le ordenó la mayoría, y eso lo sabemos nosotros.

– Pero y quiénes somos nos... – Eguino no pudo acabar porque Escobar fue veloz en robarle el derecho a hablar.

– Basta de discusiones, señores ¡Exijo más disciplina! – clamó mirando severamente a Eguino, que, a su juicio, estaba dando una señal de flaqueza espiritual y, sobre todo, de tremenda indisciplina al sobreponer su interés personal ante los del grupo del que formaba parte activa.

Esta invocación a la disciplina, en vez de atraer el silencio deseado, despertó rápidos y furtivos comentarios en diferentes lugares, donde las exclamaciones alusivas al delator eran las que predominaban, para luego ser seguidas por otras que analizaban la situación que se había planteado.

Escobar, ante la impotencia de acallar semejante desbarajuste y de imponer su voluntad, que en ese momento era el silencio que había reclamado a voz en cuello, muy pomposamente y golpeando una mesita que tenía delante de sí, ya no habló ni gritó, rugió:

– Señores, hay un cuarto intermedio para cambiar ideas.

Muy pocos fueron los que volcaron la cabeza para aprobar esta medida, pues el suave comentario súbitamente se había vuelto en irritantes entredichos, que solamente terminaron después de un rato y a las insistentes llamadas al orden de parte de Escobar, secundado por Costas, que hacía el papel de sacristán al ser cantada una letanía.

– ¡Señores! ¡Señores!... ¡Silencio! – rebotó de pared a pared la insinuación que se había vuelto orden. Hasta que después de mucho bregar el silencio se hizo y Escobar volvió a dirigir la palabra a sus camaradas – . Bueno, señores... El asunto está en mesa. ¿Qué hacemos con los dos hombres? – fue la pregunta.

Uno y dos y cuatro diferentes oradores expusieron sus puntos de vista, a cual más opuestos y disparatados.

Escobar, viendo que de esa manera no se resolvía nada, decidió volver a tomar la batuta del debate.

– Solo hay dos cosas que hacer, y sólo un camino que tomar – el silencio que tanto lo había reclamado minutos antes, ahora se hacía presente en toda su magnitud – . Se los larga a su casa o se los despacha – la última parte de su frase provocó un opaco silbido difícil de captar, pero fácil de interpretar – . Por lo tanto, se votará por escrito y sin firma. Simple y llanamente se pone en el papel "Van" o "Quedan" – y con esa explicación que fue amplia, empezó hacer circular cuadraditos de papel blanco, cuya misión era decidir si los dos hombres morían o vivían.

La votación no duró nada y casi todos a la vez depositaron su decisión escrita dentro de un sombrero puesto de copa sobre un sillón. Cualquier incauto que por alguna rara casualidad hubiera visto este cuadro, seguramente – sin poder contener una carcajada – comentaría después sobre la mente infantil de algunos seres aburridos que pasan el tiempo matando su tedio con el antiguo juego de prendas.

Eguino fue el designado a efectuar el trágico escrutinio que a los pocos momentos arrojó la sentencia por intermedio de la ahora trágica voz del jefe de Policía.

– Se quedan – fue todo lo que mencionó con respecto a la votación. Y como nadie ni siquiera hiciera ademán de querer hablar, dentro de esa pieza cuya temperatura parecía que de pronto se hubiera encaramado al máximo de la escala del termómetro, pues fueron varios los que se aflojaron la corbata o se pasaron la mano por sus sudorosas frentes, prosiguió – : Ahora se suspende la sesión, y conforme se van, de esta bolsita – y mostró una pequeña talega de tela ordinaria que sostenía en una mano levantada en el aire – sacarán una bolilla. Todas son blancas salvo una... Al que le toque ésta, mañana a las diez me deberá llamar por teléfono a mi oficina y le indicaré la hora y el sitio donde me entrevistará para recibir instrucciones. Pues de esta manera, sólo él y yo estaremos en el secreto. – Escobar dio sus bien meditadas instrucciones. – Sólo él y yo sabremos – volvió a recalcar, mientras que tomando la bolsita con las dos manos, abría la boca de ésta cuando se acercaba uno de los que había asistido a esta reunión.

Una angustiada desesperación se pintaba en cada rostro de varón que metiendo una mano crispada a la taleguita de tela ordinaria palpaba las bolillas por varios segundos, en tanto que éstas se le escurrían de un lado para otro, haciendo que el hombre íntimamente deseara tener los ojos en las yemas de sus dedos. Para luego terminar el acto nerviosamente sacando el puño apretado. Apretadísimo, hasta hacer blanquear las coyunturas entre las falanges, falanginas y falangetas.

51

– Me tienes que traer un mechón de sus cabellos... Un pedazo de su camiseta usada. Una fotografía, en el que esté solo y de cuerpo entero. Después... una carreta de hilo colorado y otra de negro...

¡Oh!, y me estaba olvidando, unos doscientos bolivianos.

– Bueno. Así que para empezar te tengo que traer un mechón de su pelo... ¿No? Después un pedazo de su camiseta... ¿No? – preguntaba el "Mudo", aclarando ciertos detalles sobre lo que se le había exigido que obtenga, para poder hacer una operación de alta magia, como él la llamaba, en compañía de una conocidísima pitonisa, cuya cueva de agorería profesional la atendía en un pobre y fétido extramu-

ro de la ciudad – . Así que su pelo... ¿No? Su camiseta... ¿No? – El, que en su desesperación de localizar a los secuestradores ya en una ocasión había recurrido al espiritismo, ahora se había trasladado a consultar a una vieja "bruja". Seguía preguntando con una paciencia e insistencia irritante – : ¿Así que quieres su pelo? – y por tercera vez hizo ese hincapié a la hedionda piltrafa humana que se hacía pasar por una mujer adivina, y que en ese momento no dejaba de mirar fijamente a su consultante con unos ojillos de lechuza expuesta al sol.

– Sí, caballero, necesito un poco de su pelo, y... – no pudo concluir, porque el caballero, olvidándose que así lo era, reventó en un chorro de improperios que los finalizó cuando su lengua se había secado como la de una habladora cotorra, y todavía espetó a último momento:

– ¡Vieja pillá! Ladrona de la custodia... Si te podría traer sus pelos y su camiseta, no te vendría a consultar dónde los voy a encontrar... Los tendría a la mano, no te parece... ¡Bruja ladrona! – acabó echando un portazo, cuya sacudida hizo temblar toda la casucha, que pareció que de un momento a otro se vendría al suelo.

El diligente pero estrafalario "Mudo" seguía protestando airadamente, cuando a dos cuadras del Departamento Nacional de Investigaciones se tropezó con dos agentes del Departamento, que sin hacer ruido alguno le habían venido siguiendo los pasos y en un momento dado uno de ellos, metiéndole el dedo índice entre las costillas y fingiendo un tremendo vozarrón, lo hizo callar de inmediato.

– Manos arriba – fueron las mágicas palabras que hicieron enmudecer al "Mudo". El émulo del loro más parlanchín.

– ¿De dónde vienes protestando? – le preguntaron después de largar una carcajada que fue el grifo que abriéndose íntegramente, dio paso a un torrente de palabras cuya existencia todavía no fueron registradas en ningún libro del habla castellana, pero que terminó cuando uno de sus amigos le dijo:

– Ya no protestes muchacho, y dime de dónde vienes y a estas horas.

– De por ahí nomás. – Era raro que el "Mudo" fuera tan lacónico y por eso la curiosidad de sus amigos se sintió tan aguijoneada.

– Cómo de por ahí no más. – Uno de ellos lo imitó perfectamente, causando la hilaridad del otro.

– Claro que de por ahí no más. – El "Mudo" no transigía ni cambiaba el tenor de su primera declaración.

– Estupendo – exclamó el que hasta ahora sólo había festejado los chistes de su compañero con sonoras risotadas, sin hablar una sola palabra – . Si no nos avisas, le informamos al director que estás en algo malo.

– ¡Ay, Ferrufino! No hagas eso, hermano mío – imploró el "Mudo", llamándolo por su apellido como muestra de gran consternación.

– Entonces habla – le conminaron instantáneamente.

– Les aviso, siempre que juren no contar a nadie. – El "Mudo" impuso una condición para romper su silencio, que tanto había intrigado a sus bromistas amigos.

– Listo... ¡Hable! – fue la orden.

– Estaba por el calvario – empezó a murmurar, mientras jugaba con sus manos como quien amasa una elástica mezcla de harina con agua – . En la casa de una adivina. – Sus dos camaradas hacían esfuerzos notables para no volver a estallar con esa carcajada que tanto había disgustado momentos antes al presunto detective, que había visto por conveniente el apelar a los negros poderes de una charlatana. – Pero la muy estúpida me pidió tantas cosas, que por flojera no me exigió que llevara al señor Hochschild a su misma casa para adivinar dónde estaba.

Nadie pudo festejar el imbécil cuento del "Mudo" porque en ese momento el señor Oscar Soria, desde la puerta de calle del Departamento Nacional de Investigaciones, los llamaba fuerte y enérgicamente.

– Apuren. El señor Dean y Adrián los esperan como a pan del cielo.

Efectivamente. El señor Soria no había exagerado mucho cuando les indicó que se los esperaba con tanto anhelo, pues ellos eran los dos últimos agentes en llegar para dar parte de sus actividades del día entero.

– ¿Cómo les fue? – Adrián preguntó a quemarropa.

– Yo no me desprendí de Eguino hasta las seis y media. Hora en que seguramente se dio cuenta de mi vigilancia y se me escabullo, probablemente por la puerta falsa del Palacio de Gobierno. Ya que entró a la hora en que indiqué y no salió por la puerta principal – informó el agente que había tenido en jaque casi toda la tarde al director general de Policía.

– ¿Y usted, Ferrufino?

– Creo que he tenido más suerte. Pues a Escobar lo he seguido a todas partes – que no fueron muchas – hasta este momento que regresó a la Policía, después de haber ido a Miraflores, donde el diablo perdió el poncho... y...

– Un momento. – Mister Dean le impuso silencio.

En tanto que Adrián murmuraba quedamente:

– Pueden irse.

Y al mismo tiempo, haciendo una señal, todo el resto de los agentes congregados en su despacho salían silenciosamente, dejando solos a los jefes de la investigación y al agente Ferrufino, que de inmediato empezó a prestarles su informe largo y detallado, en lo que sobresalía con excitante nitidez la reunión que varios hombres habían sostenido en la misma casa de donde días antes, en un negro y helado amanecer, Vergara y Adrián habían constatado con sus propios ojos que Hochschild y Blum eran los dos hombres de alta estatura que fueron embarcados en dos vehículos, cuyo rumbo hasta este momento era un misterio para todo el mundo, exceptuando a los pocos seres que al salir de la casa de la calle Catavi, silenciosamente se habían dejado resbalar a lo largo de las paredes para así confundirse con sus sombras y mantener su incógnita, por si algún temerario vigilante estuviera con la vista pegada en la guarida de los que ahora, con toda seguridad, se los podía calificar de los secuestradores de Mauricio Hochschild y Adolfo Blum.

52

Con los últimos informes obtenidos ahora se tenía la figura bien clara. Escobar y Eguino habían sido los autores del secuestro del millonario minero Hochschild y de su colaborador Adolfo Blum. Autores materiales o intelectuales, a la larga era lo mismo. Habían pensado, concebido la idea, planeado la ejecución y lleváronla a cabo. Tenían cómplices, encubridores y obedecían a una agrupación o logia secreta, como corría el insistente rumor de la calle. Se podía afirmar este punto hasta cierto límite, pues sólo se había constatado que Escobar, después de muchas vueltas y re-vueltas, como para no ser observado, se había trasladado hasta la casa de la calle

Catavi, y después de permanecer un largo tiempo en ella, sigilosamente había salido en compañía de unos ocho hombres.

Todo, absolutamente todo, más o menos se podía explicar. Salvo el motivo que los había inducido a efectuar semejante acto de bandidaje vulgar y común, que hacía pensar inmediatamente en la palabra rescate. ¡Pedir un rescate! ¡Dinero! Pero hasta este momento y aun con el tentador aviso del millón de bolivianos que se publicó en la prensa, no habían dado muestra alguna con este respecto, por lo tanto había que descartar esa posibilidad y explorar cualquier otro campo para encontrar el motivo. Pues la razón que estos hombres tuvieron para secuestrar a los señores Hochschild y Blum y retenerlos en su custodia debía ser muy poderosa. De vida o muerte tal vez, para inducir a que el director general de Policía y el jefe de la Policía de La Paz, los hombres justamente llamados a perseguir y cazar a cualquier secuestrador, fueran los secuestradores de un millonario minero y de su inmediato colaborador.

Había algo. Algo que ni aun los dirigentes del Departamento Nacional de Investigaciones, con sus asesores del famoso F.B.I. de los Estados Unidos, no podían sintonizar bien, pues no acertaban a disipar esa nebulosa que envolvía a este escándalo internacional que para los anales policíacos era único en su género, ya que los mismos jefes de policía eran los delincuentes, y los personeros de un Departamento de Investigaciones creado con otro fin que el de pescar morbosos infractores de la ley ordinaria, se tornaban en las pesquisas en cuya habilidad y esfuerzo estaba, no la fortuna, sino la vida misma de los infortunados raptados.

Encontrar el motivo del secuestro ahora pasaba a segundo plano. Lo principal era volver a ubicar a Mauricio Hochschild y Blum, que seguramente se hallarían en un paraje cercano al vallecito de Palca, pues por ese camino se los había seguido; pero en las últimas horas, por más esfuerzos que se hicieron el resultado siempre había sido desalentador, hasta que en las primeras horas del amanecer del 11 de agosto de 1944, y cuando Adrián se revolcaba en su cama sin poder agarrar ni una pizca de sueño, le fuera anunciado por Vergara que parecía estar pegado al botón del timbre de la calle.

– Lucho, disculpa. Pero es urgente...

Su manera de hablar hacía suponer que había estado de farra y daba la seguridad de que había corrido mucho trago, de donde a esta hora se recogía.

– Pasa, Jaime. No me has despertado – explicó Adrián, que lo hizo entrar de inmediato.

– ¿Te invito un trago?

– Oh, no... si tienes un Alkaselser acepto.

– Debe haber sido una estupenda fiesta, pues basta verte – comentaba Luis, mientras echaba dos pastillas blancas en un vaso con agua que se lo pasó a su trasnochado amigo.

– Todo por el servicio del Departamento Nacional de Investigaciones – dijo Vergara, queriendo adoptar una posición de firme, cual soldado que se dirige a un sargento mayor.

– ¿Por el servicio, dices? – Adrián dijo en tren de broma.

– Sí, señor. Estuvimos con el mayor Guzmán.

Sin decir más Adrián se tomó el trago de whisky que había servido para su invitado.

– ¿Y?

– Y a este señor lo llamaron a las tres de la mañana... Sí, señor, y con mucha urgencia. ¡Sí, señor! – Cada vez que decía sí señor, probaba el cuadrarse militarmente y sus esfuerzos siempre se veían frustrados por el mal equilibrio que tenía a estas horas del amanecer. – Para que salga en comisión. ¡Sí, señor! En comisión...

– Dónde, Jaime – preguntó Luis apurado, viendo que su amigo rápidamente succumbía ante los ataques del alcohol que había ingerido y que sólo su enorme fuerza de voluntad y sentido del deber lo mantenían en pie.

– Creo que al camino... de Palca, porque con... con Villa... este Villita, lo seguimos en mi moto... allá... más allá de Cala... Cala... co... to.

– Pero no lo pudieron seguir más – preguntó Adrián nervioso.

– Gasolina, hermano... y mucho trago... y gasolina que nos faltó... Dejamos la moto en el camino y después de andar y andar un camión de la lechería... de la lechería de Patiño de Ca... cala... co... coto nos trajo... Y aquí estamos terminó Jaime, y se tomó de un solo sorbo el vaso de agua con Alkacelser que tenía en la mano y que varias veces había estado a punto de derramarlo.

– Pero Jaime – y Adrián se calló voluntariamente, recién dándose cuenta del esfuerzo que había hecho su amigo al mantenerse montado en su motocicleta con la cantidad de bebida que debía tener en su organismo, si había estado con el mayor Guzmán.

– Hay remedio, Luis. – Jaime comprendió las ideas que a su amigo le atravesaban por la cabeza. – Hay remedio porque Guzmán salió con la camioneta... te acuerdas la que acarreaba el... rancho... y si nos apuramos... – Adrián no escuchó más y preguntó precipitadamente.

– Está presente – dijo Jaime Vergara al mismo tiempo que, abriendo la puerta que daba a la calle, señalaba un bulto que se encontraba acurrucado sobre el borde de la acera. Sosteniendo su cabeza entre sus dos manos, las que al mismo tiempo eran sostenidas por sus rodillas, formando casi un perfecto ovillo.

– ¡Villa! – Vergara lo señaló.

53

– ¿Cómo se sienten? – Adrián preguntó a Villa y Vergara, que se encontraban sentados a su lado en la veloz camioneta que corría sin ruido alguno por el camino a Obrajes cuando aun los albores del alba no habían terminado de sobreponerse a la hora negra que los precede.

– Mejor. Mucho mejor – dijo uno de ellos.

– Y yo creo que se sentirían mucho más aliviados si abren esa otra ventanilla – agregó el conductor del vehículo haciendo un mohín con la cabeza en dirección al vidrio que se encontraba levantado.

Pasaron sin detenerse los dos kilómetros de largo que debe medir la atractiva Villa de Obrajes, y siguieron corriendo a la misma velocidad por el pedregoso camino que se endereza a Calacoto.

– Ya creo que estoy bien – dijo Villa sin dirigirse a nadie en particular y respirando a pulmón lleno.

– Este aire es capaz de revivir a un muerto – dijo Vergara.

– Cuando los ha revivido a ustedes, debe ser milagroso – fue el irónico comentario que Adrián se gastó y que sus dos amigos ignoraron.

– ¡Qué borrachera la que nos alzamos! – Vergara confesó hidalgamente.

– Me vas a decir a mí, que los vi estando en mis cinco sentidos – Luis contestó.

– Pero es que Guzmán es un turril sin fondo – fue la disimulada disculpa de Gastón Villa.

– Y además que lo estábamos trabajando... Ya verás los resultados – terminó excusándose Vergara.

– Esa es la verdad – aceptó Adrián – , y Dios quiera que nos vaya bien. – Cerró el período de conversación, pues de ahí en adelante, ya todos conscientes de la carta brava que se estaban jugando, dejaron de hablar y sólo se escucharon los chirridos de la suelta carrocería cada vez que la camioneta sufría un brusco barquinazo.

Calacoto, la siguiente localidad que está después de Obrajes, rápidamente se perdió tras la polvareda que levantaba la camioneta en su zigzagueante carrera entre los multicolores cerros de la zona.

Un desafinado concierto de canto avícola fue la sorpresa que los tres ocupantes del vehículo, que penosamente ronroneaba al llegar a la cumbre de Las Animas, recibieron de parte de unos cuatro gallos que paseaban sus orgullosas figuras de plumeros entre las amedrentadas gallinas, que hueveaban en los corrales de unas chocitas de indios que colindaban con el camino carretero.

– Pará... Pará un momento – indicó Vergara, que no bien el vehículo perdió velocidad saltó ágilmente a tierra, corriendo hasta donde se encontraba un indiecito que se aprestaba a salir al pastoreo de una manada de flacos y contados borregos.

Jaime Vergara no demoró ni un minuto, y regresó a un trote atlético que a nadie le hacía suponer que horas antes se encontraba en un estado tan inconveniente que hasta el pararse firmemente le costaba un trabajo inaudito, ni para qué decir caminar, y trotar ni pensarlo.

– A la camioneta no la vio pasar ni de ida ni de vuelta.

– ¿Y qué quieres decir con eso? – le pidió aclaraciones su compañero de farra.

– Que si no vio a la camioneta de ida, es porque pasó todavía a obscuras y estaría durmiendo; y que si no la vio pasar de venida, es que todavía no ha regresado, y lógicamente entonces se deduce que fue muy lejos... ¿Entendido? – aclaró Vergara.

– Bastante bien – fue todo el comentario distraído de Villa.

– Ya, vamos – dijo Vergara en cuanto cerró la puerta con un golpe seco, a la par que Adrián volvía a poner en marcha la estacionada camioneta.

Los metros recorridos que vertiginosamente se sucedían los unos a los otros formaban no tan rápidamente, pero sí a increíble velocidad los kilómetros que se dejaban a retaguardia. Lo mismo sucedía con los segundos, que se agrupaban en minutos, y éstos en horas. Dos horas y media, para ser exactos, en el momento en que Villa consultó su reloj a pedido de su jefe.

Ya hacía dos horas y media que viajaban por un camino polvoriento en pos de una camioneta, que sería la contestación a tantas preguntas que en este instante provocaban un terremoto mental en la cansada masa encefálica que se encontraba aprisionada dentro de sus respectivas cavidades de que disponía la calavera de Luis Adrián.

54

Eran las seis de la tarde, cuando tres hombres entraban al Departamento Nacional de Investigaciones, después de haber correteado de Herodes a Pilatos. Eso es, de una finca a otra. Grande o chica, y de una "zayaña" de indio a algún caserón de un rico hacendado, y siempre con el mismo resultado. Ni un rastro, ni una huella de que a la camioneta del mayor Guzmán se la hubiera visto, y mucho menos a los secuestrados. Sólo una vaga, pero vaguísima esperanza había surgido de todo este revoltijo. Por ahí un indio analfabeto, entre las pocas respuestas que había dado a las muchas preguntas que se le hicieron, había indicado que los negocios andaban de mal en peor, pues el otro día un hombre le había querido comprar una gallina, pero no le había querido pagar como todo ser cristiano a los que estaba acostumbrado y conocía que pagaban en plata. La plata, que él la conocía, pues para ilustrar su sapiencia con respecto a lo que hablaba el indiecito había sacado unos bolivianos

de entre un envoltorio que llevaba en la mano, de ahí que a él no le podían meter "gato por liebre", ya que el supuesto comprador le había mostrado unos billetes que le aseguraba que valían más que su dinero.

Le había dicho el nombre de esos billetes, que sonaba algo así como "pollares"... "solares"... o algo parecido. Pero el hombre lógicamente que era un ladrón, y a carta cabal, pues ¿cómo podía ser que le ofreciera cincuenta de esos – que decía valían mucho más que su plata – por un pollo por el cual él le había pedido sólo unos veinte bolivianos? No había duda que el hombre era un pillo.

Cuando se le pidió la filiación del hombre que él presumía que fuera un vulgar ladrón, este ente, que caminaba por un quebrado atajo que cortaba mucha distancia entre el camino real y una hacienda denominada "Huancapampa", no se acordaba en absoluto cómo era el que le había querido estafar.

– Señor Soria, le insinúo comunicar al señor Goldberg que dentro de unos quince minutos estaré en su casa, que por favor me espere.

Y Luis, sin decir más y haciendo caso omiso de los agentes que pululaban por las clases y los escritorios, se encerró en su despacho, donde lo esperaba mister Dean.

A los diez minutos clavados volvía a salir, con la misma desesperación de antes estampada sobre su demacrada faz. – Espéreme, por favor – fue todo lo que dijo dirigiéndose a mister Dean, que permanecía sentado en una butaca, como cuando Adrián llegó.

– Y ustedes también – extendió su requerimiento a Villa y a Vergara, que ya se disponían a salir en su compañía.

Otros diez minutos más tarde, y Adrián esta vez dirigía la palabra a Gerardo Goldberg, que impacientemente lo esperaba en el hall de su residencia.

– Don Gerardo, vamos a hablar tranquila y claramente.

– ¿Es que me trae usted malas noticias? – inquirió, ignorando la advertencia del director del Departamento Nacional de Investigaciones, el preocupado caballero, que día a día se iba transfigurando en un cuadro de tremenda relajación nerviosa.

– Nada malo, ni nada bueno – lo tranquilizó Luis.

– Discúlpeme, pero hágase usted cargo de los momentos que estoy pasando. Creo que he agotado todos los medios. He hecho todo lo que humanamente se puede hacer. He apelado a todos y a todo – fue el desgarrador razonamiento de este hom-

bre fiel, que no hallaba sosiego mental o físico desde que sus amigos desaparecieron en circunstancias tan anormales.

– Don Gerardo, ¿qué quiere usted decir con lo de haber apelado a todos los recursos? No me dirá que tiene gente trabajando por otro lado, ¿no? Porque si es así, avíseme, para evitar cualquier tropiezo y más bien poder colaborar entre sí – sugirió Luis, que al no tener respuesta de Goldberg, prosiguió – : ¿O a lo mejor le están sacando dinero?...

Goldberg, ante esta pregunta directa levantó la cabeza y replicó con otra.

– ¿Para qué me quería ver con tanto apuro?

– Oh, casi me olvido. Dígame, ¿el doctor Hochschild o el señor Blum, en el momento del secuestro tendrían dólares en sus carteras?

– ¿Por qué me pregunta usted eso?

Otra vez don Gerardo contestaba una pregunta que se le hacía con otra.

– Porque en los alrededores de una finca por Palca un hombre que quería comprar una gallina quiso pagar a un indiecito con cincuenta dólares. Seguramente porque no tenía bolivianos... Y claro está que el ignorante indígena no aceptó. Es por eso que le pregunto si los secuestrados tenían dólares consigo.

– Seguro no estoy – titubeó un poco, pero creo que tenían.

– Si es así, entonces se encuentran por esos lares – dijo Luis suspirando, al mismo tiempo que Goldberg prácticamente saltaba de su asiento con un jubiloso ademán que se reflejaba en el barboteo de sus confusas sentencias.

– Vamos, Luis... Pero ¿está seguro?

Y así hubiera seguido monologando, pero Adrián lo frenó bruscamente.

– Don Gerardo, usted no puede ir... Ya veremos qué se hace.

– Pero, ¿por qué, Adrián?

– Porque es muy peligroso, y tengo suficiente trabajo con encontrar a dos para tener que buscar a un tercero...

Era muy razonable lo que Adrián decía, pues si los secuestradores se daban cuenta de que el ahora gerente de la Casa Hochschild se encontraba merodeando por los alrededores de donde los tenían escondidos a Hochschild y a Blum, no dudarían ni un minuto en también atrapar al curioso, y entonces la cosa, en vez de mejorar empeoraría.

– Esta noche llevaré gente, y ya le avisaré – dijo Luis, que cuando se disponía a salir fue sujeto por el antebrazo por una temblorosa pero cálida mano.

– Si los encuentra esta vez, hay que sacarlos – murmuró Goldberg.

– Eso mismo pienso yo. Pero, ¿cómo?

La voz de Adrián también había bajado de tono, hasta convertirse en un leve susurro.

– Aunque sea a bala.

Adrián había escuchado una apagada pero resuelta voz, que apoyaba sus palabras con lo que se había vuelto súbitamente en un fuerte apretón de una mano firme sobre su antebrazo.

55

Se escuchaba cómo un badajo golpeaba fuertemente el cobre de una vetusta campana dentro del convento de San Francisco al marcar las ocho de la noche de un día que había tenido cuarenta y ocho horas sin interrupción, habiendo comenzado fatigosamente el día anterior, para los investigadores, que se jugaban el pellejo tranquilamente al esforzarse hasta la exhaustación para dar con el paradero de dos secuestrados, cuyas figuras crecían en importancia ante la opinión mundial conforme las horas de su cautiverio se alargaban.

– ¡Por Dios! Son las ocho, y ese señor no ha venido...

Caminaba nerviosamente el jefe del Departamento Nacional de Investigaciones en la oscuridad de la sombra del majestuoso templo de San Francisco.

– Algo le debe haber pasado.

– Claro que algo le debe haber pasado... – se dirigió Adrián, más que irónicamente, maquinalmente a su agente el señor Rodríguez que lo seguía en su intenso caminar de enervante espera.

– Pero, don Luis, ¿por qué al señor que tiene que venir lo citó usted acá? ¿No era mejor en la oficina?

– Porque... – y acentuó fuertemente esta palabra, para luego seguir con tono habitual, mientras se desabrochaba el botón del cuello de la camisa, acto común en él

cuando su estado de nerviosidad alcanzaba a su cenit – ...el caballero que ha de venir es el señor Luis Felipe Aramayo, sobrino de don Carlos Víctor – Cortó su voluntaria aclaración, para preguntarle – : ¿Lo conoce usted?

– Sí – fue todo lo que Rodríguez contestó, dándose cuenta que había metido el dedo en el ventilador.

– Bueno. Este señor no puede ir a verme a la oficina o a mi casa... Ni yo puedo ir a la de él, porque también a su tío le amenazaron – terminó Luis como cuando un maestro le mete con cuchara la lección a un retrasado escolar.

– ¿Nooo? – exclamó sorprendido Rodríguez – . ¿Al señor Aramayo también?

– ¡Al señor Aramayo también! – contestó Adrián, mientras se maldecía mentalmente por su afán de no usar reloj y por supuesto de no saber en qué hora se encontraba.

– ¿Qué hora tiene usted, Rodríguez?

– Las ocho y veinte...

– Ya pasaron veinte minutos. Bueno, no puedo esperar más. Usted se quedará esperando al señor Aramayo, y le explicará que a las ocho y media tengo que estar con el presidente de la República, y... Anote usted esto, porque es muy delicado.

Y mientras esperaba que Rodríguez encontrara su libreta de anotaciones, empezó a friccionarse el labio superior con el índice derecho.

– Listo, don Luis... – el vozarrón de Rodríguez lo sacó de la profunda meditación en la que había caído.

– Y... ¿cómo era? – Adrián dudó por un segundo o fracción de segundo, para recuperarse rápidamente – . ¡Ah! Que le diga a don Carlos Víctor que ya no se le puede tener vigilándolo por más tiempo, que los señores que lo amenazaron deben estar desesperados, y que en un momento de exaltación no van a dudar de hacerle una fechoría, pues como ya debe saber, anoche muy tarde irrumpieron sin que nadie se diera cuenta en el departamento del director de "La Razón" creyendo encontrarlo a él. Entonces... – y después de un breve lapso siguió – que mañana, de todas maneras, deberá viajar.

– ¿Viajar?

– Le ruego no cortarme, señor Rodríguez – se molestó Adrián – . Sí, viajar. Viajar a Quechisla, a sus minas... ¿Me entiende? Que haga como siempre lo ha hecho. Lo

más natural. En tren, como de costumbre, porque si quiere salir en auto lo van a parar en el Alto de La Paz, pues todo está bajo el control de Escobar – explicó Luis – . Entonces que salga en tren, y con su equipaje de costumbre, sin cambiar nada. Nada en absoluto de sus viajes anteriores: y ya en el tren, en vez de desembarcar en Tupiza para desviar a Quechisla, que siga hasta Villazón. Y como llega de noche, de inmediato, pero de inmediato a pie atraviesan la frontera hasta la Argentina. Debe ser una caminata de unos cuantos kilómetros, pero no busquen movilidad en camión o cosa parecida, para no despertar sospechas; por eso tiene que ser a pie, y nada más que a pie. Es duro el asunto pero hasta cierto punto fácil. ¿Me entiende usted?

– Sí, señor.

– Rodríguez, busque usted uno de sus amigos del Departamento, y los dos acompañan al señor Carlos Víctor Aramayo hasta que se encuentre en territorio argentino. ¿Me entiende usted?

– ¿Yo, señor?

– Sí, señor. Y usted me responde con su propio pescuezo – fue la última recomendación de Luis Adrián.

– Muy bien, señor. ¿Y a quién llevo de compañero?

– Al teniente Prada. Y pídale al señor Soria algo de dinero para gastos, a pesar de que no creo que necesiten: y como el tren sale en la tarde, en la mañana vaya por mi casa y le entregaré unas "38", y si es necesario las usan.

Sólo en ese instante pareció que Rodríguez se dio cuenta del peligro que corría don Carlos Víctor Aramayo, dueño de "La Razón", el rotativo más grande de Bolivia, y uno de los tres industriales que controlaban el movimiento minero del único país en el mundo que por ese momento podía ofrecer su rico y valioso aporte mineral a las naciones aliadas que luchaban contra el nazi – fascismo.

56

Cuando, todo jadeante y alborotado, Luis Adrián llegaba, a las 8:40, al despacho del presidente de la República, las cartas ya se habían echado sobre la mesa. Adrián,

que había sido citado para las ocho y treinta, arribaba con diez minutos de retraso, y Escobar y Eguino, que también habían sido emplazados para esa misma hora, se habían hecho presentes pero a las ocho en punto, alegando que a esa marca del reloj los esperaba el teniente coronel Gualberto Villarroel, y después de esperar diez minutos en profundo silencio, y cuando se disponían a abandonar el despacho del primer mandatario, aduciendo que sus múltiples deberes de resguardar el orden público los reclamaban, Villarroel, sin poder controlar por más tiempo sus tensos nervios, los había interrogado fríamente, usando un vocabulario que disimulaba la cruda verdad.

– ¿Por qué arrestaron a Hochschild y a Blum?

Escobar, que tenía un grado de parentesco con el Presidente y mayor confianza que Eguino, sin pestañear una vez más que lo normal, había dejado escuchar su voz, preguntando también:

– ¿Qué dices, Gualberto?

– Que por qué arrestaron a los señores Mauricio Hochschild y Adolfo Blum. – Villarroel volvió a preguntar, y esta vez se dirigió a Escobar usteándolo, a pesar de que se tuteaban, conforme el jefe de Policías de La Paz lo había hecho.

– ¿Arrestado a Hochschild y a Blum? – Escobar volvió a parar el reto del Presidente y le devolvió el guante sonriendo levemente – . Pero si esos señores desaparecieron... Secuestrados, según afirma la prensa...

– ¡Secuestrados por usted, capitán Escobar! – dijo Villarroel excitado por la fanfarronería y cinismo de José Escobar, tirándose así un profundo lance en este duelo que había comenzado cuando menos se pensaba.

– ¿Secuestrados? – fue la pregunta arrojada al espacio con voz casi melódica y tranquila, que llevaba un superficial acento de sorpresa, que no existía sobre la faz canela del hábil y escurridizo adversario que se encontraba parado frente a Villarroel.

– Secuestrados por usted – había vuelto a rugir el Presidente, al mismo tiempo que largaba un tremendo puñetazo que hacía saltar al suelo un secante, que por su forma tubular empezó a rodar por la granate alfombra hasta tropezar con la bota militar de Eguino, quien como si nada ocurriera a su alrededor, con una flexibilidad y rapidez admirable se agachó, y luego de pasarlo junto al vuelo de su colán, como

queriendo sacarle el polvo que se le hubiera adherido, lo colocó suavemente sobre el escritorio al que pertenecía.

– ¿Y quién le asegura esa ridiculez?

Por primera vez desde que el ritmo de la controversia se acelerara Escobar usteaba al Presidente.

– Hay pruebas – fueron las tres sílabas que los blancos labios de Gualberto Villarroel dejaron pasar sobre su espumosa superficie.

– ¿Dónde están las pruebas? Las reclamó el jefe de Policías, que sin alterarse en nada seguía frente al Presidente sonriendo socarronamente cuando éste le dirigía la palabra.

– Son del Departamento Nacional de Investigaciones..., que ya debían estar acá...

– musitó el Presidente, que con el calor del mal rato no se fijó que todo este duelo de palabras apenas había durado un escaso minuto o dos, y que por lo tanto para que llegara Adrián a su hora indicada faltaban unos veinte minutos, por lo menos.

– ¿Pone usted en duda mi palabra ante la de otro? – habló Escobar con un dejo de resentimiento.

– No dudo de nadie, ni apoyo a nadie. Sólo aclaro las cosas – dijo Su Excelencia ya completamente serenado y cruzando su despacho abrió la puerta que comunicaba con la secretaría, oyéndosele preguntar si Luis Adrián estaba presente.

Ante la respuesta negativa volvió a su escritorio, pero en su trayectoria fue interceptado por Escobar que, poniéndosele frente a frente, le preguntó con el tono de cinismo que había estado utilizando desde que entró al despacho presidencial:

– ¿Yo? ¡Secuestrado a Hochschild!

La reacción de Villarroel no la previno Escobar ni Eguino, porque, otra vez perdiendo el color de sus mejillas y amplia frente, silabeó las palabras:

– Usted... secuestró... a Hochschild... y a Blum.

– Y entonces el que me denuncia, ¿dónde está?

Escobar ya había perdido su tono suave, y ahora su voz se hizo estridente.

– Adrián debía estar aquí – murmuró Villarroel, otra vez prescindiendo del factor tiempo y hora.

– ¡Adrián no está acá porque miente! – Escobar le espetó en la cara a su Presidente, y girando sobre sus talones abandonó el despacho presidencial, seguido de

Eguino, que nada había dicho, ni tampoco se había movido, salvo al inclinarse para recoger un secante en forma tubular que del escritorio de Su Excelencia había rodado hasta sus pies.

57

– Salmón salió en este momento; pero pasa, Lucho..., pasa – fue la amigable invitación que Adrián recibió de parte del subsecretario de Su Excelencia, el doctor Luis Uría, joven abogado y leal amigo, hasta la misma muerte.

– Luisito – como lo llamaban sus amigos – , ¿cómo te va? – saludó Adrián a su tocayo, mientras que materialmente se tiraba sobre un sofá, estirando sus cansadas piernas y desperezándose con un escandaloso ruido de quejidos y bostezos, afirmando su actitud con un juramento – . Por el santo nombre que estoy rendido... – Y luego de un breve momento, agregó – : Dime, Lucho, ¿qué forma tiene una cama? Dicen que es una cosa larga... larga... – Y volvió a bostezar sin el menor reparo, para recién entonces, y enderezándose en su asiento, dijo – : Tengo una entrevista con tu jefe a las ocho y treinta, pero por algo del servicio llegué un poco tarde.

– Mejor que llegaste tarde, pues parece que se armó la de San Quintín con Escobar y Eguino – el doctor Uría le informó, para luego perderse de vista al atravesar el umbral de una puerta de su oficina e ir a anunciar la llegada de Adrián al Presidente.

El director del Departamento Nacional de Investigaciones dormía pesadamente recostado sobre el sillón en el que a la entrada al despacho del doctor Uría se apoltronó, cuando fue despertado por un fuerte zamarreo, y le pareció que venía de un mundo extraño a otro aun más extraño, pues en menos de un minuto de estar solo, esperando ser llamado por Villarroel, había sido presa de un profundo sueño, cuya duración fue de diez minutos, y del que ahora era despertado a duras penas, vagando con su mirada por toda la habitación, como queriendo fijar su vista en algún objeto familiar que le sirviera de ancla para poder afirmarse en ese mar de nebulosas en el que se mecía al gareté.

– Lucho, ¡despierta! – Uría le golpeaba enérgicamente, primero en una mejilla y luego en las dos – . ¡Despierta, Luis!

Por fin Luis abrió desmesuradamente los ojos, y pasándose vigorosamente la mano izquierda por la barbilla, sólo atinó a comentar:

– ¡Qué sueño, hermano! – Y empezó a enfocar su mirada en todo el ambiente de la pieza, que por lugares y por momentos le daban la sensación de estarlas viendo a través de un binocular que no estando bien graduado a la vista del curioso que lo utiliza, deja ver el panorama – donde está apuntado – en una imagen doble y borrosa, hasta que a fuerza de trabajo del dedo índice y pulgar el tornillo regulador de los lentes hace coincidir las dos diluidas figuras en una sola, fuerte, clara y vívida – , Ya, Luisito... ya. – mascullaba Adrián mientras se levantaba del asiento en el que había caído en tan pesada somnolencia debido a que no pegaba sus embotados y rojizos párpados por más de cuarenta y ocho horas, con excepción de los últimos diez minutos cabales que había deambulado por el inescrutable país de las sombras. Sin decir más y caminando todavía cual un sonámbulo, Luis ingresó al ya conocido despacho presidencial. Su Excelencia se encontraba – muy contra su costumbre – sentado flojamente a un costado del largo sofá de magnífico cuero, que hacía juego con dos comodísimos sillones que se encontraban a sus costados.

– Debió usted estar a las ocho – fue el extraño saludo que recibió Adrián de parte de Villarroel.

– Buenas noches, mi Coronel. Me citaron para las ocho y media – se excusó el director del Departamento Nacional de Investigaciones.

Villarroel no contestó, y sólo miró a Luis Adrián forzando sus ojos para arriba, ya que ni movió su cabeza reclinada sobre el pecho, y cuyo ángulo, medido con su tórax, era de unos ciento veinticinco grados.

– Parece que yo estuviera saldando alguna cuenta con la divina providencia – empezó a monologar Villarroel después de un prolongado y tranquilo silencio – . Quiero que comprenda usted bien mi situación. – Otro silencio breve acarició el sentido auditivo de los dos hombres, para luego ser roto por la voz del Presidente – . Desde el día que Hochschild y Blum desaparecieron he tenido visitas de todo el mundo. Embajadores, cuyas serenas palabras eran veladas amenazas. Abogados, que lo hacían abiertamente. Y por último sociedades e instituciones, ya no amenazando, sino de-

mandando. Demandando que haga poner en libertad a Hochschild y a Blum. ¡Dios mío, como si yo los tuviera entre mis manos! – Villarroel lanzó sus últimas palabras – como un gemido, mirándose sus ya crispadas manos, mientras que sus dientes rechinaban sordamente y su voz, convirtiéndose en un tenue murmullo, seguía martillando sobre el tema de su desesperada situación con un ritmo de "stacatto" lento – . Y usted sabe perfectamente que yo no los tengo...

Era el alarido cumbre que imploraba justicia.

– Creo que a mí me consta – al fin había podido hablar el todavía adormecido jefe del Departamento Nacional de Investigaciones.

– No crea usted, Adrián. Le consta. Le consta – fue la vehemente afirmación de Gualberto Villarroel – . Pero nadie lo cree, todo el mundo tiene sospechas de quiénes son los autores de este acto, y también creen que yo soy una pieza de este juego. Todos creen lo mismo, Adrián.

Pero, mi Coronel, la solución está en sus manos... – Adrián le dio una esperanza.

– ¿Usted dirá el ponerme firme contra estos hombres?

Adrián ya estaba para contestar a esta pregunta, pero el Presidente prosiguió – : Es difícil. Ellos cuentan con mucho apoyo en diferentes sectores a quienes la nación y yo necesitamos.

Ante tan contundente realidad, que era una revelación para Adrián, éste se mantuvo callado, dejando que Villarroel siguiera hablando en ese tren de autoexaminación de su posición.

– Hace unos minutos Escobar negó rotundamente que hubiera tenido algo que hacer en este enojoso asunto. Pues a usted lo tachó hasta de mentiroso.

– No lo dudo, mi Coronel. Este es un caso extraño en la historia del crimen, ya que jamás se había perseguido a la policía... y por el delito de efectuar un secuestro. Un delito común – aclaró Adrián – . Salvo en casos como los que ocurren en países donde se persigue a los semitas. Pero acá no estamos en uno de ellos – concluyó trabajosamente Luis mientras que Villarroel sólo atinaba a mirarlo, como para alentarle a seguir hablando sobre el neurálgico punto que había tocado, pero no sucedió así, y Adrián volvió al tema original, y regresando al capitán Escobar, dijo – : Jamás admitiré que fue el autor de este asunto...

Ahora sí que Adrián había terminado de hablar, pues así lo demostró cuando siguió callado los siguientes minutos que Villarroel no hizo uso de la palabra, hasta que por fin dijo:

– ¿Pero usted cree que será así? – preguntó el hombre gordo y bonachón que hoy se había convertido en un atado de nervios que se apilaba en una esquina del sofá del juego de living que amueblaba el gabinete presidencial.

– Seguro, mi Coronel. Ni Escobar, ni Eguino jamás admitirán que estuvieron mezclados en este episodio, y usted nunca podrá obligarlos a admitir tal cosa.

– Pero, ¿por qué? – fue otra vez la ansiosa pregunta de Su Excelencia.

– Porque ellos, siendo las autoridades de velar por el orden público, se han estrellado contra éste. Han roto su misma ley, quién sabe por qué motivos. Muy grandes, seguramente. – Un silencio siguió a la última frase de Adrián, quien recalcó – : ...Motivos muy grandes para ellos, mi Coronel. Probablemente políticos.

Villarroel inmediatamente dio un corte de conversión al diálogo que venía sosteniendo con el director del Departamento Nacional de Investigaciones.

– Cuénteme las últimas novedades. ¡Rápido! – urgió el Presidente, que ahora se había puesto de pie, y siguiendo su habitual costumbre se paseaba de norte a sur, de este a oeste y en todas las direcciones que la rosa de los vientos puede marcar una trayectoria.

Creo que a Hochschild y a Blum los hemos vuelto a ubicar – empezó Adrián el informe que le había pedido.

– ¿Dónde?

– Por algún lugar cerca de Palca; mejor dicho, en el camino a Palca. Porque esta tarde, cuando seguíamos a una camioneta en la que viajaba el mayor Guzmán por ese camino, encontramos a un indio que no había querido vender una gallina porque le querían pagar en dólares.

– ¿Y entonces? – exclamó Gualberto Villarroel.

– Entonces esta noche volveremos al terreno – fue la simple respuesta del investigador, cuya batalla en este momento no era contra secuestradores, sino contra el sueño, que por momentos le iba ganando terreno, sin darle tregua alguna en el feroz encuentro.

– Muy bien. ¿Y qué más? – Villarroel ahora comenzaba a cobrar ánimos y empezaba a desplazar su habitualmente dinámica personalidad.

– En la casita de la calle Catavi no hay si no un cuidador, que durante los días en que Hochschild y Blum permanecieron en ella éste fue mandado a otra parte. Pero en ese local la otra noche se reunieron varios hombres.

– ¿Quiénes? – Villarroel volvió a interrumpir la narración de Adrián con una pregunta lógica, pero fuera de tiempo. – No sabemos. Al único que se pudo identificar fue a Escobar, porque un agente nuestro lo estuvo siguiendo todo el día. – Adrián calló, pero no habiendo recibido ninguna respuesta o comentario de parte del primer mandatario, siguió adelante – : Ahora, como a Hochschild y a Blum se los llevaron rumbo a Palca y...

– ¿Los encontrarán? – preguntó Villarroel inconscientemente, volviendo a cortar la palabra a Luis.

– Sí – fue la escueta promesa de parte de Luis Adrián.

– Entonces, Adrián, hay que sacar a esa gente de manos de esos... – Y faltándole un calificativo para nombrar a Escobar y Eguino, después de una breve, pero brevísima pausa, siguió su sentencia, que tenía visos de órdenes. – Cueste lo que cueste... – terminó.

– ¿Aunque sea a bala? – Adrián se arriesgó a preguntar.

Villarroel no titubeó un instante.

– Aunque sea a bala – asintió, para luego de una fracción de minuto continuar – : La situación es muy delicada. Esta tarde estuvo en Palacio Javier Paz Campero, uno de los principales abogados de la firma Hochschild, y hablamos mucho, y pienso que él también cree que yo... – Y Villarroel repentinamente se calló, pero volvió a la carga – : Aunque sea a bala, Adrián.

– No, mi Coronel, así yo no puedo – se negó Adrián.

Esta réplica hizo detener al Presidente en sus palabras, tal era la sorpresa que este hombre sentía ante la respuesta de uno de sus subalternos.

– ¿Cómo? – preguntó realmente alarmado.

– Que a bala yo no los saco, mi Coronel.

– ¿Cómo? – Villarroel volvió a insistir en su anterior interrogación.

– Que a bala en boca yo no los saco, señor Presidente. Si usted quiere, yo conduzco al que usted designe hasta el sitio donde están... y que él los rescate. Le ruego disculparme, pero me niego rotundamente.

Ni el mismo Adrián se reconocía al tomar esta actitud, y por supuesto mucho menos el Presidente, que siempre lo había conocido como a un hombre que cumplía las órdenes sin discutir las.

– Pero, ¿por qué?... ¿Por qué?... – repetía Villarroel, sin alcanzar a comprender la actitud del director del Departamento Nacional de Investigaciones.

– Porque Escobar y Eguino, y los que están con ellos, que son varios, mi Coronel – Adrián hizo esta explicación necesaria – , deben tener motivos de suma gravedad para haber secuestrado a estos magnates, y durante el curso de la investigación que hemos seguido, en una ocasión – y esto es seguro – casi los fusilan, cuando cavaron sus fosas en Chacaltaya... Por algo que se les cruzó a última hora no llevaron a cabo sus bárbaros planes, y después seguramente que no los mataron por toda la estruendosa publicidad que se le dio al secuestro, y recién entonces se dieron cuenta de que habían mordido más de lo que podían mascar. Eso es, que si los mataban se armaba el lío que ellos nunca soñaron, y entonces...

En este punto de la narración o de las deducciones que hacía Adrián, Villarroel impensadamente lo cortó con un sonoro:

– ¡Sí!

– Entonces, hablando vulgarmente – Adrián dijo – , se les enfriaron los pies..., y ahora están con sus víctimas como con papas calientes en las manos, que no saben qué hacer con ellos. Claro está, menos ponerlos en libertad. Y conforme vayamos cerrando el cerco... la cosa será más desesperante para ellos. – Adrián dejó de hablar un momento para tomar un poco de aliento, y siguió adelante – : Ahora, si se provoca una acción violenta, en la que corra plomo, estoy más que seguro que sin el menor escrúpulo se los limpian..., y se darían modos de hacer aparecer que fueron muertos durante el tiroteo... por nosotros... Entonces...

– Basta ya, comprendo – dijo el presidente de la República de Bolivia, todo acongojado – . Y entonces ¿qué se hace?

La pregunta, que fue realmente hecha al espacio, pues Villarroel no se había dirigido a Luis Adrián, que después de su larga perorata se mordía el labio superior nervio-

samente, fue rápidamente contestada por este meditabundo mortal que parecía quererle sacar punta a su labio superior, que lo mordía y succionaba ávidamente.

– Don Gerardo Goldberg también me había sugerido utilizar este mismo método, y hasta creo que utilizó las mismas palabras "aunque sea a bala", por eso es que tuve mucho tiempo de dar vueltas a esta idea y el resultado es el que le expuse a su Excelencia, que también comunicaré al señor Goldberg – afirmó Adrián.

– ¿Y entonces qué hacemos? – fue la desastrosa pregunta que surgió de un Presidente a un subalterno suyo.

– Si usted me permite... – empezó Luis, y sólo prosiguió cuando Villarroel, sin hablar una sílaba, le hizo ademán afirmativo con la cabeza – creo que al zorro hay que cazarlo con sus mismas uñas.

– ¿Qué quiere usted decir? – dijo Gualberto Villarroel.

– Que lo que por el momento se quiere, cueste lo que cueste, es que los señores Hochschild y Blum obtengan su libertad... ¿No es cierto? – Ahora era Adrián el que preguntaba y Villarroel el que contestaba mansamente.

– Sí.

– Entonces tiene usted que llamar a Escobar y Eguino y...

– ¿Cómo? – dijo Villarroel otra vez queriendo perder la calma.

– Tiene usted que llamar a Escobar y Eguino – subrayó enérgicamente Adrián y rápidamente continuó sin dar tiempo a su Excelencia a que le cortara otra vez – ...e indicarles que usted estaba mal informado. La culpa la puede echar íntegramente al Departamento Nacional de Investigaciones – dijo Adrián mirando fijamente al Presidente – . Hacerles comprender que ellos y nadie más que ellos pueden sacar al país de este apuro, ya que es un escándalo internacional... y en fin, usted, mi coronel, verá que más les puede decir, pero siempre que juegue usted por esas mismas líneas...

– Pero... – su excelencia volvió a interrumpir, pero Adrián muy discretamente y con todo respeto prosiguió.

– Disculpe, mi coronel, pero creo que hay que hacerlo y está demás el mencionar que esta maniobra es tan peligrosa y sujeta a una habladuría popular como el endosar un cheque sabiendo que no tiene fondos. Es un juego, mi coronel, un juego por la vida de dos hombres y el prestigio de su gobierno – agregó Adrián.

– Lo veo muy cansado, Adrián, pero de todas maneras vaya usted de inmediato por el camino a Palca y comuníqueme inmediatamente que regrese – dijo Villarroel, apartándose totalmente del punto que había estado tratando, pero continuó de inmediato. – Pensaré sobre lo que usted me acaba de sugerir – fue la amable despedida que el primer mandatario de la Nación dispensó a un jefe de una repartición pública.

"Realmente que Villarroel parece ser la pelota en un acalorado partido de fútbol", pensó Adrián cuando todo soñoliento apenas si podía enchufar la llave de contacto de la camioneta en su respectivo orificio, al lado derecho del volante del vehículo, en la parte baja del tablero de instrumentos.

58

Un barquinazo más fuerte que los anteriores, seguido de una brusca frenada, hizo que Adrián diera dos fuertes palmazos contra la acerada cabina de la camioneta desde su cómoda posición horizontal sobre la plataforma del vehículo, que desde que saliera de la ciudad le había servido de lecho, para poder asegurarse unas horas de sueño.

– ¿Qué pasa, Jaime?

Esta vez Luis ya no se manifestó con golpes alarmantes que llamaran la atención del chofer, porque ahora no había sido un sacudón el que sintiera, ni mucho menos la disminución de la velocidad de la camioneta, sino que ésta, sin aparente justificación, se había estacionado tranquila y sigilosamente a un costado del camino y a unos cincuenta metros de una cerrada curva de éste, y tan pegada al negro cerro, que una vez apagados los faroles delanteros, todo el bulto del vehículo pasaba a ser una sinuosidad más de la empinada roca, cuyas cumbres ya se empezaban a recortar nítidamente sobre el plomizo cielo de un lento amanecer.

– Un momento – fue la desconcertante réplica que el director del Departamento Nacional de Investigaciones recibió de uno de los ocupantes de la cabina.

Pero Luis, sin darle mayor importancia al asunto, se volcó de su posición de costado, en la que había venido durmiendo, y en un instante estaba dando la cara al cie-

lo, en el que las guiñadoras estrellas que se encontraban desparramadas en poco tiempo más palidecerían tanto que llegaría el momento en que ya ni se las podría divisar.

"¿Cuánto tiempo más tardaría en aclarar totalmente?" – fue una pregunta mental que se hizo Adrián, y queriendo contestarla más o menos exactamente, instintivamente doblo su brazo izquierdo, trazando el ademán acostumbrado para tratar que la manga del saco se levante automáticamente, cual telón de un moderno teatro, y consultar su reloj, pero había un detalle que no lo tomó en cuenta: desde hacía varios días no usaba reloj. Después de descartar este absurdo antojo, con una leve risa que no alcanzó a salir de su caja torácica, y que más bien abortó en la forma de una columna de aire que salió abruptamente por sus ventanillas nasales, empezó a hacer memoria de estos últimos días. "¿Cuántos los había conocido desde su nacimiento?" Muchos. Pero en todos los días de su vida. "¿cuántos había conocido desde su nacimiento?" Muchísimos. Y con eso se le corrió el recuerdo a otras épocas. Especialmente a los días de espíritu alborotado, cuando las charlas de los amigos, entremezcladas con las infaltables copas...

Muchísimos habían sido los amaneceres en que estuviera presente. Así la cadena de reminiscencias crecía a cada momento más, cuando los eslabones se sucedían rápidamente el uno entrabado al otro. Unos alegres, otros tristes, y también esos neutros, que no son nada, y que sin embargo son algo... Algo de una época. Pero... Y Luis volvía a concretarse en su original idea: "Ahora, desde que se hiciera cargo de esta investigación, ¿cuántos amaneceres ya había presenciado?". Con esta pregunta tan simple y tan sencilla empezó a hacer memoria tenazmente. "Uno" – contaba – , "Dos", "Tres"...

– Lucho... Lucho... – Vergara, que se había bajado de la camioneta, le susurraba al oído.

– ¿Qué pasa? – preguntó Luis, ya totalmente despierto y alerta.

– Cállate y ven. – Jaime seguía utilizando el mismo tono de voz.

– Venga y mire – el teniente Gastón Villa indicó con su dedo índice el borde del camino.

Adrián, de un salto cruzó los dos metros que lo separaban del filo de la carretera que daba al precipicio, en el sector montañoso en que la camioneta había estado corriendo desde hacía bastante tiempo.

Dos fogatas ardían vivamente en los costados del camino por el que debía pasar la camioneta que estaba conducida por Vergara. Si éste, haciendo caso omiso de ellas o no las hubiese visto un centenar de metros atrás, hubiera doblado la siguiente curva y precipitándose por la brusca bajada hubiera recorrido unos trescientos o doscientos metros más.

– Centinelas... – fue el veredicto profesional del teniente de carabineros Gastón Villa.

– Centinelas... – repitió Vergara, en un tono de voz diferente. Sin duda acordándose de los dolores experimentados por una parte de su cuerpo en la última vez que se tropezó con unos centinelas.

– ¡Cállense! – Esta vez fue Adrián el que habló, ordenando silencio.

A juzgar por las sombras que de rato en rato cruzaban a lo largo de los dos haces de fuego, no eran muchas las personas que se encontraban en ese lugar del camino, y se podía asegurar que estaban de muy buen humor, pues entre el sonido del chisporroteo de la leña húmeda que utilizaban se podía escuchar una destemplada carcajada que siempre predominaba a las otras risas que estallaban de cuando en cuando, como si fueran el corolario a algún chistoso comentario o cuento sólo apto para oídos masculinos. Fuera de esto el silencio era tan grande, que si la fresca brisa del amanecer, en vez de soplar en contra de los investigadores se hubiera inclinado un poco a su favor, era más que probable que las palabras de los agrupados alrededor de las hogueras hubieran sido captadas por los oídos de los del Departamento Nacional de Investigaciones sin dificultad alguna.

– Bueno... – Adrián ya había tomado una resolución – . Jaime, en cuanto puedas retrocedes o das la vuelta a la camioneta y nos esperas un kilómetro más arriba, y... ¿Qué hora tienes?

– Seis menos cuarto – contestó Vergara después de consultar su reloj – . Pero...

– Nada de peros. Tú te quedas – ordenó su jefe.

– Teniente Villa, ¿qué hora tiene usted? – Adrián se dirigió a Villa, que estaba apoyado contra el cerro.

– Seis menos trece – contestó Villa después de ver fijamente la esfera luminosa de su cronómetro.

– Casi iguales – comentó Adrián – . Jaime, tú esperas dos horas. Eso es, hasta las ocho menos un cuarto. Por si viene alguien por el camino, haz como si estuvieras reparando el motor de la camioneta. ¿Me entiendes?

– Claro, hombre. Pero... A todas luces se podía notar que Jaime Vergara no estaba conforme con perder lo que suponía que sería una aventura peligrosa.

– Vamos, Villa – dijo Adrián, que ya se ponía a caminar por el camino que hasta ese punto lo había recorrido tan muellemente sobre cuatro ruedas.

– ¿Y qué hago después de las dos horas? – preguntó Vergara todavía muy molesto.

– Rajas hasta La Paz. Lo buscas a mister Dean y le cuentas este encuentro – instruyó Adrián.

– Y ¿nada más? – insistía Vergara, pensando que ganando tiempo a lo mejor cambiaba el criterio de su jefe.

– Entonces ustedes ya verán de seguir la investigación para encontrarnos... junto con Hochschild y Blum – Villa todavía se permitió echar más carbón al acalorado temperamento de su amigo.

Adrián y Villa ya habían caminado unos ciento cuarenta metros, cuando el primero empezó a buscar un lugar para empezar a descender hasta la parte de abajo del camino, cuando Villa lo detuvo agarrándolo de un brazo.

– Todavía no, más arriba hay un deshecho en el que me fijé cuando veníamos...

Los dos hombres siguieron andando camino arriba, mientras que a momentos se escuchaba el murmullo de voces que traía un leve cambio de viento.

– Villa – Adrián hablaba en voz baja – . Como yo vine dormitando, no me fijé en la carretera. ¿Era por acá donde ayer encontramos al indio que no quiso vender su gallina en dólares?.

– No. Mucho más arriba. Si ahora hemos bajado bastante desde la cumbre de las Animas... – contestó Villa, y luego agregó – : Pero usted sabe cómo vagan estos indios de un lado para el otro...

– Sí, pero ese tenía su casa "por aquí nomás", como él dijo.

– Eso es cierto, y además, como éstos no utilizan el camino y sólo trajinan como las llamas, a lo mejor estamos por su territorio – dijo Villa, deteniéndose en el ca-

mino y saliendo de la sombra del cerro en la que se habían cobijado, y dirigiéndose a la ceja del camino, para, después de una breve ojeada retroceder unos quince metros y de nuevo volver a regresar sobre sus pasos por unos cuantos metros, esforzando su mirada, que barría el filo de la carretera buscando una ruptura en esa culebreante línea, que le demostrara que no se había equivocado de lugar al buscar una senda que se descolgaba dentro de la obscuridad.

– Es acá – al fin exclamó Gastón Villa.

Y dos sombras, más que hombres, como si se zambulleran en una pileta de natación, se perdieron a ras del suelo.

El sendero, como distraídamente lo había llamado Villa, era un atajo entre dos tramos del camino, que para el fatigado caminante le significaba un ahorro de un kilómetro y fracción, pero el que lo utilizara debería ser un hábil alpinista y efectuar este ejercicio a plena luz solar. De ahí que los dos hombres que se habían precipitado por sus traicioneras vueltas y revueltas llegaron a su fin jadeantes, sucios y con las vestimentas con más de un desgarrón inzurbible aun por las expertas manos de un hábil sastre.

– Rápido... Villa. – Muy en voz baja, pero enérgicamente Adrián urgía a su subalterno a seguirlo en el veloz trote con que había arrancado no bien pisó una superficie más o menos plana, y sólo cuando estuvo a unos trescientos metros del grupo de gente que se conglomeraba en dos círculos cerrados alrededor de las fogatas se detuvieron los corredores que, agachados para adelante, se ajustaban sus barrigas, con los brazos cruzados, al mismo tiempo que inhalaban grandes bocanadas de aire para contrarrestar el dolor flatulento que les partía la parte media del cuerpo.

Pasaron algunos minutos, mientras recuperaban el aliento, y otros más se sumaron en tanto que decidían la manera de proceder. "¿Proceder a qué?", se preguntaron tanto Villa como Adrián. Hasta que la divina providencia les señaló el camino a seguir cuando un pelotón de hombres – cuatro en realidad – se hizo presente, saliendo inesperadamente de la rala neblina que envolvía el grisáceo panorama.

Los cuatro carabineros, con uniformes bastante sucios y descoloridos, marchaban en dirección al puesto de las fogatas. El que parecía jefe de ellos iba acompañado de un civil, cuyo oscuro abrigo le caía como dos cuartas más abajo de las rodillas, que las mantenía medio encorvadas, dando a su manera de andar un extraño ba-

lanceo, que a los investigadores que lo observaban inmediatamente se les vino a la cabeza el pensar en la famosa y discutida teoría del profesor Darwin, y por el momento dar a este señor toda la razón de que el hombre desciende del mono.

El seguirlos era tarea relativamente fácil, porque hablaban mucho y fuerte. El deducir a dónde se encaminaban también era lógico. Pero ese no era el objetivo, sino el saber de dónde venían. De dónde habían salido tan repentina – mente.

– ¡Altoooo! – mandó el jefe, que parecía llevar las jinetas de sargento.

Y los cuatro soldados, a pesar de no tener ninguna formación, se cuadraron militarmente.

Otro hombre, que parecía tener una graduación inferior, se desprendió del grupo que guardaba el camino, mientras que la tropa se congregaba alrededor del fuego y ágilmente se arreglaba la ropa y formaban una escuadra de ocho hombres.

Los dos comandantes de grupos, a cual más escuálido, se cuadraron militarmente frente a frente, y después de cruzar un sin fin de palabras entre sí, a cual más huecas, el que había estado a cargo del retén terminó la ceremonia. – Sin novedad, mi Sargento.

Pero cuando giraba sobre sus talones para retirarse con su gente, pues ya había hecho la entrega de su guardia, el civil con el abrigo que le sobraba como dos cuartas más abajo de sus rodillas, y cuyo andar asemejaba el de un amaestrado chimpancé, le gritó iracundo:

– ¿Sin novedad, dices, pedazo de animal?... Y las fogatas..., ¿quién las encendió? ¡Bruto! – No pudo terminar sin rematar su brusca interpelación con una insultante palabra.

– Teníamos frío, señor Rojas – excusó su imprudencia el sucio soldado.

– ¿No sabes que hay orden estricta de no llamar la atención?... Tan es así que ustedes mismos no debían estar sobre el camino, sino a un lado y bien adentro, para sorprender a los que vengan a merodear... ¿Acaso no has entendido? – seguía protestando el individuo al que se lo había llamado señor Rojas.

Muy dentro de su ser Adrián agradeció efusivamente al tiempo frío que en esos días reinaba en la atmósfera pacaña, y por su puesto que las gracias se hicieron extensivas al pobre infeliz sobre cuya cabeza caían las maldiciones más escogidas que Rojas tenía en su asqueroso y soez vocabulario.

Adrián y Villa escuchaban todo este infernal barullo tirados boca abajo al costado del camino que daba a un terreno preparado para una plantación agrícola.

El tronar de los insultos terminó cuando Rojas ya no encontró nada más que decir, y poniéndose frente a la escuadra que salía de guardia pasaron frente a los dos prisioneros del Departamento Nacional de Investigaciones, que pegados a la removida tierra habían empezado a deslizarse sobre ésta, imitando a los rosados y babosos gusanos que abundaban en el terreno recién movido, buscando el refugio de una pirca de piedras que ahora con el aclarar del día se había hecho notoria.

– Villa, con toda cautela y a prudente distancia sígalos.

Yo me acercaré al grupo que quedó para oír algo... En media hora nos encontramos más abajo del camino. – Adrián susurró al oído de su agente, que por un momento dudó que hubiera sido escuchado, pero comprendió que éste había entendido cuando empezó a maniobrar con su mano derecha para recorrer su pistolera a un costado de su cinturón, para que así no le molestara en su trayectoria a rastras, que ya la comenzaba, probablemente acordándose de sus días de ejercicios en campo abierto cuando tan solamente era un cadete de la Escuela Nacional de Policías.

Adrián, por su parte – y gracias a que los cuatro soldados que recién habían llegado se entretenían en apagar los últimos vestigios de las fogatas, zapateando sobre los rescoldos de éstas – , se colocó detrás de un montón de piedras a unos veinte o treinta metros del grupo de los centinelas, que ahora se habían retirado del camino, sobre un descampadito, al costado de éste.

La suave brisa que seguía soplando, y que no fuera favorable a los investigadores cuando se encontraban en la parte alta del camino, ahora, con el cambio diametralmente opuesto de sus posiciones era la bendición del cielo, pues se escuchaba claramente lo que hablaban.

– Este Rojas es un bandido – comentaba una voz.

– Pero alguien le va a sentar la mano – fue otra voz llena de esperanza, que quiso dictar una sentencia a largo plazo, y que luego de un breve silencio agregó – . El es el que a los caballeros les hace quitar los pantalones y los zapatos en las noches.

– ...¿Y para qué es eso? – Un tercero, seguramente nuevo en el destacamento, o muy sonzo, hizo la pregunta ingenuamente.

– Para que no se escapen, pues... – le aclaró el otro.

– Ahhh... – Parecía que había comprendido, pero preguntó otra vez – : ...¿Y cómo esta noche tenían sus pantalones y zapatos puestos... cuando los hemos hecho asustar?

– Pero si serás bruto – una cuarta voz, más firme y autoritaria, le aclaró la figura – . Es que para sacarlos a sus paseos higiénicos el señor Rojas les da sus pantalones... Sonzo – terminó bruscamente el que al principio con paternal paciencia se brindó a explicarle todo al recluta preguntón.

Por breves minutos todos guardaron silencio, mientras se servían unos cigarrillos, provocando a Luis un pavoroso deseo de imitarlos.

– ...Pero este señor Rojas nos dice que somos muy sonzos y más sonzos... – volvió a escucharse la voz del que quería que todo se lo explicaran y así comprender cosas que no cabían en su estrecha entendederá – ...y él es más sonzo que nosotros. ¿Por qué, pues – hacía la pregunta general – , dice "paseos higiénicos", cuando sólo los hemos sacado para asustarlos diciéndoles que los fusilaríamos?...

Adrián no escuchó más. No podía escuchar más. Un copioso sudor le corría por su fría frente mientras que toda su epidermis se encogía y retorció, volviéndose como el popular dicho "carne de gallina". Sus oídos, que habían estado tan atentos a lo que a pocos metros de él se hablaba, ahora no percibían sonido alguno, salvo un ronco zumbido parecido al ronroneo de un motor que es acelerado a su máximo y luego se lo apaga súbitamente para volver a encenderlo y acelerarlo a su máximo otra vez.

El sol naciente empezaba a disipar los últimos vestigios de una noche lóbrega, y también rasgaba los velos de la rala neblina, cuyo espesor era más denso a pocos centímetros del suelo, como si éste le sirviera de fuerte pero postrer sostén. Accidente favorable a Luis Adrián, que sobreponiéndose al malestar que le había producido la repentina comprensión de las palabras del majadero soldado, empezó a retirarse cautelosamente, con su pecho siempre pegado al suelo – amigo silencioso y noble – y con la espalda tapada con el plumizo manto de la neblina, que repentinamente se disipó totalmente, forzando al jefe del Departamento a levantarse, y medio agachado alargar el paso, que de un momento a otro se convirtió en vertiginosa pero corta carrera cuando uno de los soldados, en su afán de encender su cigarrillo con el último fósforo de su cajetilla se volvió a favor del viento, y al no lograr su

propósito, con la pajuela humeando entre sus sucios dedos había levantado la vista sobre el terreno, al que hasta ahora había dado las espaldas.

– ¡Alto!... ¡Alto!... – gritaba, pero sin moverse de su asiento, circunstancia ignorada por Adrián, que pensaba recibir de un segundo a otro un balazo por la espalda si seguía corriendo. Pensamiento que actuando como poderoso freno, lo hizo detener secamente, sin darse la vuelta y totalmente paralogizado por los rápidos e imprevistos sucesos.

– ¡Aaaalto! – volvió a gritar por tercera vez el centinela, y luego de un segundo, segundo que a Luis le pareció sumamente largo, continuó – : ¿Tienes un fósforo?

Lo trágico había cruzado el indelineable límite de lo ridículo, y Adrián, que automáticamente se había vuelto a poner en movimiento lento, fue atacado de una carcajada convulsiva y ya estaba por responder, cuando su contestación no se le secó en su batiente mandíbula, pero sí en su afiebrado cerebro, cuando éste repentinamente le recordó las palabras del hombre que le pedía fósforos en vez de mandarle un plomo entre sus omóplatos, como seguramente serían sus instrucciones... "Asustarlos diciéndoles que los fusilaríamos"... Asustarlos diciéndoles que los fusilaríamos... Se repetía la frase, y otra vez el indescriptible malestar le cubría la frente de sudor y su piel se le volvía a poner como carne de gallina, produciéndole como punto final una arcada seca al comprender que los dos secuestrados, esos dos hombres que habían sido raptados por el jefe de la policía local, tuvieran mil tormentos mentales que sus propias cabezas crearon al ser los principales protagonistas de escenas en que sus guardianes montaban todos los efectos y aparatos para fusilarlos, y después de hacerlos pasar por los más amargos trances estos bárbaros torturadores se repantigaban en grotescos esparcimientos.

59

Dos cortos, pero cortísimos silbidos marcaron la invisible trayectoria de dos proyectiles que pasaron a escasos metros de la camioneta, que empezaba a embalar en la suave pendiente del camino.

– ¡Pistam!...

– Treinta y ocho...

– ¡Pistam!...

– ¡Treinta y ocho!...

– ¿Cómo me vas a decir que es treinta y ocho, si los disparos fueron tan seguidos?... – había dicho Vergara, que afirmaba que los balazos, que sin duda alguna fueron dirigidos contra el vehículo que ocupaban, habían sido disparados por una pistola ametralladora.

– Treinta y ocho. – Villa también sostenía su primera afirmación – . Disparados por dos armas...

– Pero... – Vergara estaba dispuesto a insistir, y por discutir había dejado de acelerar.

Pero Adrián intervino:

– Pistam o treinta y ocho, ustedes están como los conejos de Samaniego discutiendo si son "podencos o son galgos". Jaime, deja de discutir y mete el hierro a fondo – los cortó a los dos, para casi inmediatamente agregar – : Y creo que Villa tenía razón por lo menos en lo que dijo que eran disparados por dos armas. Por dos personas y en diferentes lugares.

– Pero era pistam – Vergara no pudo quedarse sin la última palabra, como casi siempre ocurría.

Luis Adrián, que en ese momento ingresaba a la casa del señor Gerardo Goldberg, después de haberse despejado de la mala noche con un fuerte café, se acordaba del último momento de la aventura ocurrida al amanecer de ese día, que ya se encontraba bien entrado en horas, pues antes de salir de su departamento el reloj de su escritorio le había indicado que faltaban diez minutos para las dos de la tarde.

– ¡Hola, señor Adrián! – lo había saludado muy sorprendido el señor Goldberg, que abrió la puerta de entrada antes que el personero del Departamento Nacional de Investigaciones siquiera tocara el timbre – . Estaba saliendo a la oficina... Pero pase usted – le invitó, después de explicarle el motivo de su azoramiento.

– ¿Qué novedades, don Gerardo? – le preguntó Adrián.

– De mi parte, nada. Y usted..., usted tiene algo, ¿no es cierto?

Adrián involuntariamente dejó correr un poco la imaginación de su anfitrión, mientras se sentaba, aun sin la venia de éste.

– Los hemos encontrado, don Gerardo.

El tono de voz que utilizaba Luis era hasta cierto punto tan macabro y desconsolador, que su interlocutor, sin darse cuenta apoyó su mano – cual abierto abanico – sobre una mesa.

– Vivos... – fue todo lo que atinó a musitar Goldberg, sin cambiar la pose inclinada que había adoptado inconscientemente.

– Vivos..., pero atormentados – estalló el latigazo en el que Luis había cambiado sus palabras.

Gerardo Goldberg no contestó, ni preguntó nada, ni pidió aclaración alguna. Sólo acertó a decir:

– Hay que sacarlos... Hay que sacarlos cueste lo que cueste. Señor Adrián, hay que sacarlos aunque sea por la fuerza.

Adrián esperó que a su amigo le pasara la momentánea excitación, y recién entonces le narró las curiosas escenas del amanecer de ese día, hasta el momento en que Villa, que había tropezado con otro puesto de centinelas próximo a una casa que estaba envuelta en la fina niebla, fuera descubierto por un vigilante y corrido como gamo hasta la camioneta en que Adrián y Vergara ya lo esperaban inquietos al escuchar el griterío de los perseguidores, que al no poder alcanzarlo habían chillado más fuerte y los dos disparos habían sido ejecutados cuando Villa ya se encontraba en la cabina de la camioneta, y probablemente por dos centinelas ubicados en otros lugares que ninguno de los tres curiosos había notado antes.

– Don Gerardo, comprendo su angustia. Yo también la siento, créame – Adrián lo reflexionaba –Pero como le dije al Presidente, si los queremos sacar a la fuerza sería a bala, y entonces se aprovechan de esa coyuntura y los matan... y... – después de una pausa que pareció interminable, prosiguió – : ...nos culpan a nosotros. ¿Qué más quieren estos señores? – terminó de hablar Adrián haciendo una pregunta que fue a parar al aire.

– Ya veo..., ya veo...

Goldberg hacía todo lo posible por controlar sus nervios, o por lo menos disimular el estado de agitación en que se encontraba.

– Mire, don Gerardo... He consultado con los asesores de la oficina, y el único modo es el de jugar con esta gente con sus mismas cartas... y después forzarles la mano.

– ¿Cómo? – preguntó don Gerardo con marcada ansiedad.

– El Presidente lo llamará a Escobar, y después de darle todas las vueltas que él crea conveniente, le pedirá, mejor dicho le hará comprender que él es el único que puede rescatar a los secuestrados de las manos de sus cancheros... Usted comprende cómo hay que jugar, ¿no?.

Goldberg se quedó frío y no contestó nada.

– Comprendo que usted crea que es un plan idiota, pero es el único, don Gerardo. Es el único por el que pueden salir con vida...

60

Con el deseo de saber el resultado de la entrevista que el presidente de la República debía haber tenido esa mañana con el jefe de Policías, capitán José Escobar, Adrián, sin acordarse de pasar por las oficinas del Departamento, se encaminó directamente al Palacio de Gobierno.

Todo le parecía tan desolado, tan tranquilo; que toda la zozobra, la inquietud y el loco corretear de ese amanecer parecían sólo ser el producto de algún cuento ilustrado por esas linternas mágicas, cuyas imágenes multicolores reflejadas sobre un telón plateado ayudan a comprender la narración.

En Palacio el Presidente todavía no había bajado de su departamento en el tercer piso. El doctor Hugo Salmón, a pesar de ser las tres de la tarde, recién se había marchado a almorzar. Por eso Adrián sólo encontró al infatigable trabajador silencioso, que siempre estaba reclinado sobre su escritorio, materialmente enterrado entre pilas de legajos y papeles sueltos, el doctor Luis Uría.

– ¿Qué hay de nuevo, Lucho? – Adrián preguntó sin intentar saludarlo.

– Pero, ¿de qué planeta vienes? – El doctor Uría se había levantado y se encaminaba a saludar a Luis – . ¿No sabes la grande de esta mañana?

– Nooo... – fue todo lo que Adrián dejó escapar por su boca.

– Pero, ¿dónde te metiste? – insistió Uría.

– Por Palca o por ahí – contestó el recién llegado, sin atreverse a preguntar qué cosa tan grave había ocurrido.

– ¿Y los encontraste? – Luis Uría enchufó otra pregunta, manteniendo así en suspenso a Luis Adrián.

– Sí..., a medias... – contestó este último.

– ¿Cómo a medias? – Uría reclamaba una explicación.

– Estuve cerca de la casa donde estoy seguro que están. Pero nos corrieron.

– ¿Te han corrido? – incrédulamente hablaba el subsecretario.

– Sí, señor. ¡Nos corrieron a bala! – se defendió Adrián.

– ¡Qué juguetones! – fue la exclamación tan inesperada del doctor Uría, que el compungido jefe del Departamento Nacional de Investigaciones no pudo menos que sonreír – . Bueno, aquí también casi corre bala – explicó Uría.

– Cuéntame, Lucho, por favor – insinuó Adrián, sentándose al borde del escritorio del prolijo secretario, que otra vez se había vuelto a sentar y se disponía a sumergirse de nuevo en esa alborotada laguna de papeles.

– El Presidente llamó a Escobar y a Eguino – principió Uría, dejando a un lado la pluma que tenía entre los dedos – . Estos señores vinieron... Hablaron largo y tendido, y después Villarroel se irritó, pues parece que estos caballeros no querían comprender algo que el Presidente ordenaba. Entonces Su Excelencia mandó llamar a los ministros de Defensa y Gobierno y al jefe de Casa Militar... Y dicen... – Uría daba los informes como si estuviese mandando un despacho cablegráfico sumamente caro y el ahorro de las palabras era un imperativo económico – ...porque yo no vi, pero estaba en el despacho de al lado – aclaró Uría – ...que delante de sus ministros acusó a Escobar y a Eguino de ser los secuestradores de Hochschild y de Blum, y les ordenó que de inmediato los pongan en libertad, y entonces...

Adrián no había pestañado, pero cuando su amigo se detuvo un solo momento para simple y llanamente pasarse el pañuelo por los labios, le urgió nerviosamente:

– Sigue, hombre.

– Estos señores se negaron rotundamente, y entonces los llamó al orden, pero siguieron negando, y Villarroel, acalorado, ordenó al ministro de Gobierno que se instruya un sumario contra Escobar y Eguino, y el ministro declaró que no había motivo para levantar el sumario, ya que, según las declaraciones del capitán Escobar, todo estaba perfectamente claro... Escobar y Eguino no tenían nada que hacer con este asunto, y entonces – Luis Uría otra vez volvió a pasarse el pañuelo por los la-

bios como si este acto fuera hecho a propósito para exaltar más los nervios de su oyente – ...y entonces... – Uría repitió después de un momento – ...les gritó que si él no tenía la autoridad suficiente para evitar esos abusos y atropellos..., que renunciaría. – En este instante Adrián movió la cabeza en un sentido afirmativo y enérgico como si fuera testigo presencial de lo que Uría le contaba tan lacónicamente – ...Pero después de volver a insistir, Costas intervino diciéndole: "Gualberto, no puedes renunciar, porque nosotros te hemos puesto en este cargo, y estarás en él... hasta que nos de la gana. Aunque acá te tengamos prisionero".

– Pero entonces no te contaron, sino que escuchaste todo – Adrián le dijo en voz alta a raíz de la ira que lo iba dominando.

– Es que gritaba tan fuerte que del despacho de Salmón oímos todo – admitió Luis Uría.

– ¿Y Hugo? – preguntó Adrián, refiriéndose al doctor Salmón.

– Cuando escuchó lo que Costas dijo, entró acalorado, pero Villarroel lo apaciguó con estas palabras: "Gracias, Salmón, por lo visto todavía hay gente leal en esta tierra", y con eso le hizo señal de que salga de su despacho.

A Luis Adrián le repercutía en el oído el dicho del Presidente de la República a su secretario "todavía hay gente leal en esta tierra", cuando todo descorazonado salió a la luz del día y paso a paso se puso a acortar la distancia existente entre el Palacio Quemado y las oficinas del Departamento Nacional de Investigaciones.

Cuando ya llegaba a su destino, a raíz del ejercicio que había hecho sintió calor y recién se dio cuenta de que estaba con abrigo. Ya estaba por sacárselo, pero entonces sus ojos se fijaron en un hombre que lo seguía por la vereda de enfrente a la que él caminaba. Rápidamente recordó ese rostro gordo, ceboso y marcado por el inconfundible sello de la viruela mal atendida, que la vez pasada lo había visto reflejado sobre el vidrio lateral de la camioneta que él conducía cuando salió de las oficinas de la casa Hochschild. Lo seguían... Estaba vigilado, y ahora, muy contrario a la otra vez, le produjo un sentimiento de desfallecimiento incomprensible. El calor que un segundo antes sintiera, sin poderse explicar se convirtió en taladrante frío y obrando a impulso de su subconsciente se levantó el cuello de su sobretodo pensando que ese movimiento maquinal que le había hecho enfrascarse hasta las solapas de su abrigo, sería muy probablemente la patente del complejo del perseguido.

61

Una raquítica lluvia se había encargado de estar remojando el lomo de las calles paqueñas desde la tarde del día anterior. Dos o tres veces había hecho un alto de dos o tres cuartos de hora, como para dejar que los depósitos de agua fueran reabastecidos, y una y otra vez el delgadito tul de agua volvió a cubrir la mayor parte de la accidentada ciudad que entre subidas y bajadas se apiña al pie del enorme Illimani, uno de los blancos picos de las cordilleras que son el marco del magnífico encuadre de esta población colgada a tres mil seiscientos metros sobre el nivel del mar que, tan lejano está de este balcón de Sudamérica.

Domingo 13 de agosto de 1944. Marcadas las cifras en rojo, parecían resaltar más sobre la hoja impresa del calendario.

Adrián reflexionaba con la vista pegada en el almanaque clavado sobre la pintura uniforme de una pared de la secretaría del Departamento Nacional de Investigaciones.

Domingo trece. Hacían quince días exactos que don Mauricio Hochschild y el señor Adolfo Blum habían desaparecido.

La prensa local, a pesar del control que existía, se dejaba sentir en su duro fustigar, y la extranjera con toda justicia golpeaba acremente por la negligencia en encontrar a los perdidos. Varios recortes de periódicos que encontraron su camino hasta el corazón de Bolivia, a través de una que otra valija diplomática, confirmaban ampliamente ese revuelo que se pulsaba en la ciudadanía sensata de esta tierra, cuya desgracia era el tener un pequeño grupo de autoridades policiacas que amamantados con ideas extremistas, ahora ponían en juego las tácticas de la Gestapo o la checa que allende los mares había provocado la sacudida al mundo entero en la forma de una horrorosa y brutal conflagración. La situación del secuestro de los dos mineros ya había pasado de la raya en que era crítica, pues ahora se había vuelto desesperante y no se podía estar como uno de esos divinos optimistas que toda su vida la pasan esperando que de un momento a otro se de vuelta la tortilla hacia el lado bueno. Por eso había que actuar. Actuar y obrar rápida y enérgicamente, era el

propósito. Pero de inmediato saltaba la incansable interrogante. "¿Cómo?"... Y esa era la pregunta sin respuesta que mister Dean, Adrián y todos los investigadores se habían hecho desde el momento en que por primera vez se sospechara de quiénes fueran los secuestradores, cuando Jaime Vergara deshiciera entre sus dedos la ceniza de un cigarro encontrado entre un montón de basura en un jardín de una casa situada en la villa de Obrajés, cuyo inquilino era el mayor Eguino. La segunda vez que la interrogante se había hecho presente había sido cuando en un negro amanecer, arrimados fuertemente contra un agrietado muro, Adrián y uno de sus agentes vieron a Hochschild y Blum ser conducidos en dos vehículos a un destino desconocido, y sintiendo la impotencia correr por las venas, desfogarse apretando los puños hasta enterrarse las uñas en las palmas de las manos y morder los labios hasta humedecerse la lengua con hirvientes gotas de sangre. Y luego la maldita pregunta volver a tomar forma por tercera vez cuando a los dos hombres buscados se los había reencontrado rodeados de fuertes escoltas, que imposibilitaban siquiera el acercarse a la casa en que estaban y que se hallaba situada en un lugar vago por el camino a Palca. Así, pues, el propósito de actuar y la pregunta de cómo hacerlo había sido la muralla contra la que siempre se tropezó cuando a los señores Hochschild y Blum se los encontró tres veces después de haberlos perdido en otras tantas ocasiones. Ahora la tercera vez debería ser la vencida, ya que se corría el riesgo de que si desaparecían una vez más, sería probablemente hasta reunirse en gran asamblea en el Valle de Josafat... Por esto ahora había que actuar. Actuar rápida y enérgicamente.

Mister Warren Dean, que se encontraba sentado en el pupitre de un alumno masti-cando más que fumando una pipa, no permitió que el silencio en el que habían sorprendido a Adrián, cuya vista ahora se hallaba colada en los cristales de una ventana, hipnotizado por el tableteo de la menuda lluvia, continuara, e irrumpió:

– El Presidente, aunque tenga que guardar su orgullo en un bolsillo, tiene que jugar con Escobar. Tiene que echarnos la culpa por haber dado mala información y ponerse en el trance de pedir al jefe de Policía que por favor de con el paradero de los secuestrados... Tiene que hacer héroes a los bandidos. Premiar a los criminales... Sólo así puede salvar a Hochschild y Blum.

– La última vez que lo vi así le sugerí, pero, seguramente que no pudo, como usted dice mister Dean, "guardar su orgullo en el bolsillo". A las doce del día tengo que verlo. Tengo que insistir – dijo Luis – . Pero por Dios Santo... – juró Adrián – que es abrumadora la situación de tener a los secuestradores en la mano y en vez de estrujarla... largar. – El que hablaba, gráficamente empuñó su mano derecha, que la subió hasta casi tocar su pecho con ella, para después de algunos segundos aflojarla lentamente.

Por un prolongado espacio de tiempo, todos los presentes, mister Dean, Soria y Adrián se entregaron a sus más tristes reflexiones sin gesticular palabra alguna.

– Tenía que ser domingo trece para que tengamos tan mal tiempo – entró refunfuñando a la pieza Martin Freudenthal, mientras que sacudía a un lado su mojado impermeable.

– Cómo les fue, Freudenthal – Dean preguntó.

– Bien, mister Dean... Salimos a las cuatro de la madrugada y hemos estacionado puestos de observación escalonados desde Calacoto hasta muy abajo, cubriendo los caminos por los que pudieran hacer desaparecer nuevamente a Hochschild y Blum. En total son diez agentes los que tenemos en estos puntos y el teniente Villa y el "Mudo" están rondando por las inmediaciones de la casa en el camino a Palca.

– Muy bien, muchacho. – Mister Dean lo felicitó, y continuó – : Pero se siguieron todas las instrucciones... ¿No?

– Si los ve usted no reconoce a ninguno, ya que el que menos tiene es un disfraz que lo hace parecer a un mocito cualquiera. Hay que ver que fachas echaron. – Freudenthal comentó con cierta hilaridad la última parte de su información.

– Y Vergara..., inquirió Adrián.

– Ya viene. Fue a cambiarse de ropa – Martin Freudenthal contestó.

– ¿Qué hora tiene usted, mister Dean? – Adrián bruscamente cambió el rumbo de las preguntas y de las respuestas.

– Once y cuarentaiseis – fue la precisa contestación que Adrián obtuvo del fornido y diligente agente de la F.B.I.

– Me voy, mister Dean – dijo Luis – . Primero iré donde Goldberg y después a Palacio. Le telefonaré inmediatamente. Y tú, Martín, dile a Vergara que se cambie otra vez de ropa y que en su moto tiene que estar constantemente en contacto con to-

dos los agentes que están vigilando los caminos. Yo en la camioneta lo reemplazaré esta noche.

– Bueno, y yo que hago – interrogó el encargado de dar el mensaje a Jaime Vergara.

– Tú vas a dormir y esta noche iré por tu casa a las nueve. Me acompañarás en la ronda – fue la última disposición del jefe del Departamento Nacional de Investigaciones, pues ya salía de la habitación.

– Para qué va a ir usted a ver al señor Goldberg. Llegará tarde a Palacio. – Warren Dean le hizo notar la hora.

– No me tomará mucho tiempo, pues sólo quiero indicarle que se cuide un poco, ya que las cosas han llegado a un estado que se pueden volver muy violentas y usted conoce a la gente con la que tenemos que tratar... No titubean en nada, y si creen que Goldberg es el que presiona sobre la horma de sus zapatos, no tardarán ni un momento en despacharlo de tal forma que su yerto cuerpo no salga de su casa bien embalado en una estupenda caja mortuoria y en hombros de sus familiares y amigos, pues harán las cosas a su estilo. Le meterán unas libras de plomo en su anatomía y lo tirarán por ahí para que salga del cuadro de la vida en hombros también – aclaró Luis – , pero en hombros de miles de gusanos.

62

"La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad" es lo que Luis Adrián, jefe del Departamento Nacional de Investigaciones, le había dicho al teniente coronel Gualberto Villarroel, desde pocos días antes Presidente Constitucional de la República de Bolivia, un domingo trece de agosto de mil novecientos cuarenticuatro con respecto al secuestro del que habían sido víctimas el doctor Mauricio Hochschild y el señor Adolfo Blum.

Habiéndose cometido un delito de doble delictuosidad, ya que fuera de ser un acto de común bandidaje, condenado por las leyes de cualquier país civilizado, tenía el agravante de que los autores intelectuales y materiales fueran las dos cabezas que

regían los destinos de la Institución Policiaca Boliviana. Justamente los llamados a castigar tales agresiones contra el orden público.

"La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad" en este caso único en la historia del crimen internacional, exceptuando las páginas sanguinolentas escritas por entidades especializadas en estos tristes atracos, que fueron y que son el sello de identidad de gobiernos regidos por extremos ideológicos – era más que dura, penosa el descubrirla ante Su Excelencia, que hasta este momento todos los hechos los había visto desde un prisma diferente; de ahí que "la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad" era que Escobar y Eguino jamás admitirían que ellos fueron los autores de semejantes actos, y lo más grave todavía era que Villarroel, Presidente Constitucional de la República, no tenía el poder para hacerlos reconocer sus negras faltas, ya que parecía ser cierto lo que Costas le había largado sin ambages ni rebusques: "No puedes renunciar, Gualberto, porque nosotros te hemos puesto en este cargo y estarás hasta que nos dé la gana... Aunque acá te tengamos prisionero". Hacía ver que el Presidente era un simple instrumento en las manos de un grupo, cuya constitución y finalidad todo el mundo ignoraba, y esa verdad, toda esa verdad y nada más que esa verdad, tan cruel, tan amarga de reconocer, Luis Adrián se la había tenido que descubrir a Gualberto Villarroel, que se creía ser el Presidente de la República investido constitucionalmente y dotado de todos los poderes que esta alta investidura otorga.

– Llamaré a Escobar y Eguino y les pediré que "encuentren" a Hochschild y Blum – habían sido las palabras que suspiró un hombre no muy alto, bastante gordo y de una constitución sanguínea, cuya amplia frente y sinceros ojos ahora estaban nublados por sentir su moral rota y alma desgarrada, que se despedía de otro hombre más joven que él, pero cuya surcada frente por fatigadas líneas le doblaban la edad. El remolino de ideas que conmocionaba el pensamiento de Adrián, hizo que éste, sin fijarse, golpeara levemente el costado de un hombre que entraba muy de prisa al Palacio de Gobierno.

– Disculpe usted – se excusó Adrián automáticamente, ya que su mente seguía preocupada en otras cosas, y solo volcó su cara a medias para fijarse en el obeso ser que lo interpelaba sin aparente motivo.

– Mire por donde camina – había tartamudeado transfigurado de cólera.

– No crea usted, teniente Candia, que lo atropellé a propósito... y además creo haberle pedido disculpas – Adrián se volvió a excusar.

– ¿Pero usted cómo se atreve a venir a Palacio?

El acompañante del subjefe de Policía, un hombre pequeño de estatura y de mente, terció en el incidente que Adrián no le había dado ninguna importancia.

– Coronel Costas... Si vine a Palacio fue porque el Presidente me llamó – aclaró Luis su situación. Y después, reaccionando contra las maneras hostiles de los dos individuos, les dijo – : Nunca aprovechen de esa manera el respeto que sentimos por el uniforme que ustedes llevan, caballeros – fueron las serenas palabras del jefe del Departamento Nacional de Investigaciones.

Por un momento los dos hombres que vestían el uniforme de oficiales del ejército de Bolivia se miraron el uno al otro, y luego ambos hablaron casi juntos, escuchándose primero la voz de Candia que mascullaba algo así como una información que él era hombre con uniforme o sin uniforme, a lo que Adrián rápidamente ya le iba a contestar que estaría a sus órdenes, pero la atropellada avalancha de vocablos que salían de las batientes fauces del jefe de la Casa Militar arrasaron con las palabras de Candia y con las intenciones de Adrián.

– Usted, que traiciona a su patria, cómo se atreve hablar así a un oficial – fue el final que muy apenas pudo captar su interlocutor, ya que sus palabras anteriores habían sido ininteligibles.

– ¿Traidor yo? ¿A mi patria? – había gritado Adrián, sorprendiendo a los que se creían diocesillos en esta tierra. – Sí, señor, traidor a su patria. – Costas había vuelto a esgrimir su chillante voz, en tanto que Candia, haciendo demostraciones de furia hinchaba su grasosa panza con resoplidos que daba, en tanto que el jefe de la Casa Militar por fin largaba la pepa que tanto le daba vueltas en sus carrillos.

– Sí señor, traidor a su patria al ponerse al lado de esos pulpos judíos. – Costas terminó haciendo idénticas convulsiones de furia que Candia, eso es inflar y desinflar la barriga.

¡Basta! Ya no fue necesario que Costas hablara más.

En un abrir y cerrar de ojos Luis Adrián había comprendido cuál era la madre del cordero – la furia que provocaba su presencia a estos dos señores – . Era que Costas y Candia también tenían algo que hacer con el secuestro, y una sonrisa se di-

bujó en los labios del que había sido agredido tan torpemente por los dos oficiales, que dejándose llevar por una falsa vanidad habían vendido tan baratamente el secreto de que ellos también eran autores, cómplices o encubridores del escándalo más vergonzoso que se publicaba en las primeras planas de los principales rotativos de una infinidad de países.

Costas, más vivo que su compañero de fechorías, comprendió su ligereza, pero Adrián no le había dado tiempo de reaccionar en ningún sentido, pues todavía con la sarcástica sonrisa estampada en los labios, ágilmente había saltado dentro de un taxi que pasaba frente al portón principal del Palacio Quemado, en cuya entrada se había llevado a cabo el incidente que a Luis Adrián le facilitaba unas piezas más que faltaban al intrincado rompecabezas que era el "secuestro Hochschild".

63

El asunto no podía estar más claro. La partida – desde el momento en que Costas tan infantilmente descubriera sus otras ramificaciones – se la podía calificar de brava y había que obrar con los cinco sentidos, pues ahora, mientras unos jugaban con los dados cargados, los otros apostaban con billetes falsos, ya que Escobar y compañía tenían los dados y el Departamento Nacional de Investigaciones y los suyos tenían los billetes falsos a su disposición, para blufear en este audaz juego que a los que cubileteaban los huesos amenazaba la muerte que fríamente recorrería, cual escamada serpiente, por el cuerpo de los blufeadores si se les pillaba su juego. Entonces lo mejor que se podía hacer en este momento era, no hacer exactamente nada. Así se había resuelto en una reunión en la que la opinión de mister Dean – que era muy valiosa – también rumbeaba por ese sector, eso era, en no hacer nada. Sólo había que concretarse a vigilar de día y de noche, para no volver a perder la pista de los secuestrados, y no había nada más que hacer salvo en el caso en que Escobar y sus socios hubieran decidido eliminar a sus víctimas, cuyo peso físico cada día mermaba más y más, pero cuyo peso moral ya estaba por agobiar a sus carceleros. En ese sólo caso y a tan desesperada medida había que intervenir, también desesperadamente; por eso los encargados de guardar la guardia donde estaban los

secuestrados estaban bien armados, al mando del teniente de carabineros Gastón Villa.

Adrián se había vuelto un perfecto negrero con su gente. No les daba tregua para nada. Tan pronto estaba en un puesto de vigilancia por el Alto de las Animas, como que a las pocas horas se presentaba arrastrándose por el suelo del observatorio del incansable Villa, que con sus ojos siempre fijos en el menor movimiento de la casa por el camino a Palca, parecía un magnífico perro de caza.

Todo el mundo estaba alerta, y si a alguno los nervios querían dominarlo, jamás lo demostró, a pesar de que se notaba en el semblante de cada uno de ellos el enorme esfuerzo y sacrificio que se imponía. Sólo Adrián parecía ser el único agraciado que se permitía dar escape a sus contrariados o angustiados sentimientos, cuando sin motivo alguno apretaba el acelerador de la camioneta y a ésta la mandaba rajando como si el diablo la persiguiera.

El señor Gerardo Goldberg, interiorizado del plan que tan peligrosamente se lo estaba jugando – pues Villarroel a todo esto ya debió hablar con Escobar y Eguino – , se había pegado al lado de su teléfono, y sólo Dios sabía los mil pensamientos que cruzarían por su frente, que por momentos parecía ser el plisado de una coquetona falda femenina. Temiéndose de un momento a otro un aflojamiento de sus nervios, que podría rayar en un grave surmenaje. Para evitar el llegar a este dramático estado de agotamiento se le había aconsejado que saliera hasta su oficina, pero no bien llegaba a ella se volvía a arrimar al teléfono. Obrando como el hombre que tiene oficio de cobrador, que lo hace caminar todos los días de la semana y todas las horas hábiles de éstos, y los domingos para variar, para descansar, sale de paseo a caminar, solo cambiando la carpeta con cuentas a cobrarse por un viejísimo bastón.

– ¡Martín! ¡Martín! ¿Qué hora tienes? – le preguntaba Adrián al mismo tiempo que a codazo limpio despertaba a su amigo, que vencido por la fatiga del traqueteo de la camioneta cabeceaba a su lado.

– Qué... Qué – medio sobresaltado respondió Freudenthal.

– ¿Qué hora tienes? – repitió en un tono más bajo.

– A ver. – Se hurgueteaba los bolsillos el soñoliento agente del Departamento Nacional de Investigaciones.

– Tu reloj es de pulsera – lo ayudó el conductor de la camioneta que en este momento la detenía frente a lo que parecía una casita con techo de paja y barro a la bajada de la encaracolada cuesta, a mitad del camino a la cumbre del Alto de las Animas.

– Las tres y veinte – dijo Freudenthal después de ver su reloj pulsera.

– Bueno. Ve si hay novedad en este puesto mientras yo estiro las piernas – insinuó Adrián a su amigo, que no demoró casi nada en cumplir la comisión.

– Todo está bien – dijo Martín volviendo, sentándose y acurrucándose dentro de su grueso abrigo sobre el caliente asiento de la cabina de la camioneta.

– No te duermas para no golpearte, porque vamos a correr y te ruego me des un poco de charla para no dormirme – Luis indicó a su amigo, que ya se disponía a entregarse otra vez a los dulces aunque tenebrosos brazos de Morfeo.

– ¿Qué hora tienes? – volvía a preguntar Luis cuando ingresaban a las débilmente iluminadas calles de la dormida ciudad.

– Cinco menos pocos minutos – contestó Freudenthal, que fiel a las instrucciones de su amigo, no había dejado de hablar un segundo desde el momento de la última parada de la camioneta.

– Quieres que te deje en tu casa o quieres ir hasta mi departamento y te invito un trago – había sido la feliz ocurrencia de Adrián.

– Un trago... Tanto he hablado que tengo la lengua como un pedazo de cartón – bromeó Martín.

Minutos después, Adrián paraba con un chirrido de frenos gastados el empolvado vehículo al lado del edificio donde estaba su departamento, y mientras buscaba en su llavero por la llave de la puerta de la calle, su amigo la había abierto con sólo empujarla.

– ¿La he dejado abierta? – Luis preguntó muy sorprendido.

– Oh nooo... han forzado la chapa – Martín le mostró a la luz de un fósforo que había encendido.

En un santiamén el dueño de casa estaba dentro del livingroom, y después de encender la luz eléctrica, subía las escaleras que conducían a su dormitorio de dos en dos escalones, seguido por Freudenthal, que al presionar el botón de luz, pudo

apreciar el cuadro de una habitación revuelta en todo sentido, al haber sido minuciosa pero descuidadamente registrada.

Adrián, que se había abierto paso hasta su escritorio, no tuvo necesidad de utilizar la llave que tenía en la mano pues todos los cajones estaban abiertos, y después de escudriñar un poco, irguiéndose de su encorvada postura le dijo a su amigo, que no atinaba a recoger nada del suelo, pues través de las desparramadas cosas que yacían sobre el suelo, no sabía por donde principiar.

– Lo único que sacaron son las copias de los papeles archivados en las oficinas del Departamento que tenía acá... – Y después de hojear otros papeles amarillos que se hallaban tirados en diferentes direcciones, puntualizó su anterior declaración – : Y lo único que se llevaron son las copias de los partes a la Presidencia de la investigación del "Secuestro Hochschild".

Por unos segundos no se habló en esta embrollada habitación, en la que nada estaba en su sitio y en la que había que caminar con cuidado para no romper o ensuciar los objetos regados por la alfombra roja con jeroglíficos grises.

– ¿Quién crees? – preguntó Freudenthal, que en este momento doblaba unos papeles y los volvía a meter en una carpeta de la que precipitadamente habían sido sacudidos. Adrián no contestó y sólo miró fijamente a su amigo que se contestó a sí mismo. – Escobar.

Luis movió afirmativamente la cabeza.

– Quería saber cuánto sabíamos – dijo – , y ahora sabe, y sabe que sabemos mucho. – Adrián había acentuado cada tiempo del verbo saber.

– ¿Y? – preguntó intrigado Martín Freudenthal.

– Y... le ganamos la partida – sonrió Adrián, tumbándose y dando botes sobre su lecho, que era el único lugar despejado en todo ese desparramo de ropas, libros, revistas, papeles y un sin fin de cachivaches.

Era el amanecer del lunes catorce de agosto de mil novecientos cuarentaseis.

Luis Adrián qué iba a suponer en ese instante, que sería la última vez que se tumbaría dando botes sobre su lecho, que era el único lugar despejado en todo ese desparramo de libros, ropas, revistas, papeles y un sin fin de cachivaches.

Y MIENTRAS TANTO...

El amanecer del día anterior había sido sumamente triste, y la tupidísima garúa no dejó aclarar hasta que el sol se encontraba muy alto en el cielo, pero éste era todo lo contrario. La luminosidad sobre la tierra ya se había completado, mucho antes que una bola de fuego empezara a ribetear muy finamente las femeninas ondulaciones de las montañas andinas.

El campo verde que se extendía al frente del camino al que daba la fachada blanca de la casita en la calle Catavi, era un liso tapete que reverberaba al ser acariciado por los miles y miles de rayos solares, y tan sólo uno que otro enclenque árbol rompía esta diáfana pero monótona superficie.

Ni una nube o remedo de ésta manchaba el infinito tumbado y una bandada de bicolors jilgueros ponía la nota romántica en una viva descripción de una alegre y sonora mañana, en que la vida – aunque sea por breves momentos – se olvida de la muerte, que vive cebándose de la vida misma.

Parecía increíble y absurdo el afirmar que en un despertar como éste un grupo de hombres, todos llenos de vida y con intenso afán de vivirla, trataran tan despreocupadamente de la muerte de otros. Ya que ni el panorama que era todo vida, ni sus apariencias que eran jóvenes, podían inducirlos a pensar en la muerte, pues todo, absolutamente todo lo que los rodeaba era vida, y sin embargo hablaban de la muerte. Sería por eso que un solo árbol de las sonrientes cercanías encajaba en sus tristes ánimos. Un sauce llorón, que se encorvaba a la tierra por el peso de sus largas y finas ramas de las que goteaban gomosas lagrimillas.

– ¿Son las siete y ya todos están presentes? – preguntó Escobar, y como nadie le contestara, prosiguió – : Puntuales – remarcó bajándose el cuello del capote militar, que aún lo conservaba puesto – . Se los ha hecho llamar a esta hora porque hoy tenemos que decidir qué hacemos con los dos hombres.

– Mi capitán... – Uno de los presentes muy inoportunamente le interrumpió, pero Escobar lo hizo callar simplemente levantando una mano, y siguió – : Primero los pondré en antecedentes de lo ocurrido. – Un silencio corto que nadie lo perturbó,

servió de improvisado prólogo. – Como se había decidido por unanimidad el terminar con estos pulpos capitalistas que nos estrangulan económicamente y para que sirva de escarmiento a los otros que hay... se escogió a los judíos... – Las seis o siete personas presentes que no se habían sentado y que se encontraban de pie formando un círculo muy cerrado, en una pieza cuya puerta abierta que daba a una pequeña huerta tragaba todo el sol que sus dos metros de abertura podía acaparar, ahora mantenían un religioso silencio, mientras que uno de sus jefes continuaba con su perorata. – para fusilarlos. Pero como ustedes ya saben que las cosas en Chacaltaya se torcieron por la estúpida fuga de un carabinero, el otro día se volvió a sortear quién sería el agraciado para salvar a la patria de estos males, pero yo suspendí la orden porque ese día nos tenían muy controlados y porque tarde o temprano la liebre saltaría del saco... Ahora bien... – En esta parte de su resumen Escobar fue acallado por su inmediato subalterno en el comando de la Brigada de Policías de La Paz. – Pero mi capitán, hay que fusilarlos... Hay que fusilarlos. Así se ha decidido. – Teniente Candia, cállese usted – fue la cortísima frase que, actuando como baño de agua helada, apaciguaron los desmanes históricos del que no encontraba paz de espíritu cuando perdía la esperanza de asistir a algún sangriento festín – . Ahora bien – Escobar volvió a repetir sus últimas palabras, para reanudar el hilo de sus pensamientos que tan inesperadamente había sido roto – , los intrusos del Departamento Nacional de Investigaciones desde el principio nos pisaron los talones, y en los últimos días nos observan y vigilan hasta en nuestros movimientos personales... – Pero nosotros a ellos también los controlamos... ¿Nooo? – Ahora fue Costas el que había interrumpido. – Sí, mi coronel, pero ellos no tienen nada que ocultar – fue la irónica respuesta con la que Eguino irrumpió en la charla inesperadamente. – Voy a seguir – dijo Escobar secamente, pues ya empezaba a perder la calma – . Villarroel, que está atinguído por las visitas de los diplomáticos, abogados y otros bichos más, está que se vuelve loco. Pues bien saben ustedes que el otro día hasta quiso renunciar... – comentó este párrafo sonriendo irónicamente – . Entonces todos estos embajadores y demás yerbas deben haber informado al exterior de todo lo que pasa acá. De lo que estoy absolutamente seguro es que los norteamericanos que colaboran en el Departamento de Investigaciones lo han hecho con Washington,

y de eso tengo pruebas... – En el silencio que se formó, mientras el orador desabrochaba su capote y buscaba uno de los bolsillos de su guerrera, otra vez los seis o siete hombres que más parecían muñecos por su rigidez y silencio, sólo atinaban a hacer girar sus pescuezos de izquierda a derecha, contemplándose los unos a los otros en estúpido azoramiento. Después de un rato, Escobar dijo – : Aquí están las pruebas – al mismo tiempo que desdoblando unos papeles amarillos que eran copias de originales escritos a máquina, empezó a leer – . "Del Director del Departamento Nacional de Investigaciones a Su Excelencia el Presidente Constitucional de la República, teniente coronel Gualberto Villarroel. Presente. Día: martes ocho, Mes: agosto, Año: mil novecientos cuarenta y cuatro, Asunto: Secuestro Hochschild y Blum. Tres copias. Confidencial, Partes de: Jaime Vergara, Martín Freudentnal, Gastón Villa y otros". – Cortó Escobar su lectura para luego continuar hablando. – Y también el parte de Adrián da cuenta de sus actividades personales, pues según este informe confidencial ese día, a base de alcohol, le sacaron algo al farrista de Guzmán, y también alguien telefoneó a alguien sobre una reunión que teníamos. No dan nombres con respecto a este punto... – Otra vez los pescuezos giraron sobre los hombros, pero ahora las miradas fueron recelosas y en unos fulminantes. El corto silencio fue roto por el mismo Escobar. – Hasta tenemos delatores... ¡Tenemos delatores! – bramó el que parecía ser el jefe de estos extraños personajes. Como nadie habló y sólo se miraban los unos a los otros como queriendo descubrir quién fuera el traicionero, Escobar continuó – : Y regresando al asunto de los partes que expedía diariamente el Departamento Nacional de Investigaciones, acá hay de todos los días... y por el santo cielo que están al pelo – juró el jefe de Policía de La Paz – . Y aquí indica que se escriben con tres copias – terminó Escobar haciendo crujir los encarrujados papeles que blandía al aire entre su apretada mano – . ¿Ahora se dan cuenta por qué afirmo que hasta los más leves movimientos que se dan en esta tierra positivamente se saben en alguna parte de los Estados Unidos de Norteamérica? – preguntó airadamente sin obtener respuesta alguna, lo que le facilitó para continuar con su línea de explicaciones – . Porque el original va a Palacio de Gobierno, una copia se queda en el archivo del Departamento y éstas – señaló las que tenía agarradas en su tembloroso puño – se encontraban en la casa de Luis Adrián... ¿Y la tercera? ¿Dónde está la tercera? – repitió más que involuntariamente, maquinal-

mente – . Seguro que se va al bolsillo de algún investigador americano que está metido en esto.

Después del dramático fin de sus explicaciones probablemente Escobar esperó que se sintiera un balsámico silencio, pero se equivocó totalmente, ya que Humberto Costas inmediatamente habló.

– Sí, con razón lo traté de traidor a Adrián, que está de parte de los judíos y en contra de su patria.

La voz de Costas sonó como agua derramada sobre una recalentada plancha, y no se fijó en la expresión de la cara de Escobar, que se endureció súbitamente. El teniente Candia Almaraz, al escuchar lo que él juzgaba que fueran palabras patrióticas de su amigo Costas, se inflaba orgullosamente, ya que él también había participado en esa acción.

– Obró usted estúpidamente, mi Coronel... ¡Estúpidamente! – gritó Escobar – . ¿No se da cuenta que con eso no ha hecho nada más que abrirle los ojos en sentido de que no soy yo y Eguino solamente los metidos en este acto, sino que está usted, y está Candia..., y que está Toledo, y que estamos todos?... ¿No se da usted cuenta que sus palabras airadas le confirmaron una duda, que tenía que detrás de ésto no estamos solos, sino que hay varios?... ¿Ahora comprende usted la imbecilidad de su acto?

– Escobar, por favor... – Eguino le llamó la atención, porque de otra manera el acoquinado teniente coronel Humberto Costas hubiera seguido siendo la válvula de escape de la reconcentrada ira de José Escobar.

Candia, totalmente abatido y con sus humos de grandeza en plena fuga, se había apartado algunos pasos del grupo, como si con la distancia se podría librar de la filípica que también le caería.

El tremendo estallido de cólera del capitán José Escobar fue el punto de rompimiento que se esperaba entre los ya desconfiados y desmoralizados seis o siete hombres. Todos empezaron a hablar a la vez y nadie se entendía. Los tonos de sus voces subían sin que se dieran cuenta. Sólo Jorge Eguino no hablaba y se mantenía sereno, demostrándolo, cuando muy apenas se pudo hacer escuchar.

– ¡Caballeros! Señores, un poco de atención – gritó, y después, aprovechando una breve pausa que todos habían hecho para fijar sus miradas en el que había atrona-

do el espacio con poderosos gritos, dijo – : Hay que calmarse y ver qué hacemos. Tengo un plan, y creo que sería el mejor. – Muy conocedor de sus compañeros, no les dio tiempo de recuperarse y velozmente expuso – : El Presidente nos ha pedido por favor que "ENCONTREMOS" a los dos hombres. – La palabra encontremos la dijo más altamente y con un acento muy lento – . Pues ayer nomás nos declaró que el incidente del otro día, en el que nos acusaban de ser los secuestradores, había sido el resultado de su calamitoso estado de nervios y la mala información del Departamento Nacional de Investigaciones, que lo clausurará, y que entonces dejaba en manos de Escobar y mías el resguardar el buen nombre de Bolivia, donde no podía desaparecer misteriosamente un acaudalado y conocido industrial. – Por un momento nadie habló, y luego las sonrisas se comenzaron a pintar en los adustos rostros. El aceite que se había echado a las turbulentas agua de la tormenta una vez más no fallaba. Creo que es lo mejor.

Escobar secundo la moción, pero hizo una salvedad:

– A pesar de que, a juzgar por los partes del Departamento Nacional de Investigaciones, que he leído, están al tanto de las cosas, y Villarroel así lo sabe... Entonces éste su pedido es genuino y no cree en los partes, ¿o es una jugada más que nos están haciendo, y de acuerdo con el Presidente?

Lo que al principio fue una salvedad se convirtió en interrogante.

– ¡Qué importa cómo sea! El asunto es que tenemos una puerta abierta, y Villarroel puede creer lo que le de la gana. Nosotros quedamos bien ante todos. – Costas sonrió, poniendo una cara de zorro pícaro.

– Entonces así se hará hoy mismo... – Eguino tiró el broche final, antes de que las cosas se sometieran a votación – . Escobar, tú irás a Palacio y le asegurarás al Presidente que dentro de las veinticuatro horas, a los dos hombres los encontraremos, y yo iré a mandar gente a traerlos. – Ahora era Eguino el que ordenaba, y éstas fueron sus últimas instrucciones, pues apresuradamente concluyó – : Y ahora, a ponerse en marcha.

Todos se apresuraban a salir, pero se quedaron inmóviles al ver que el capitán Escobar seguía parado y sin moverse.

– Vamos – le invitó Eguino muy cordialmente.

– Todo está bien, pero hay que saber quién fue el delator... y también sancionar al intruso – dijo Escobar lentamente.

Otra vez todos formaron un círculo – no tan apretado como el anterior – , y después de las palabras del jefe de Policías de La Paz un largo silencio fue dueño de la casita blanca situada al final de la calle Catavi.

– Saber quién es el delator es difícil, casi imposible, pero el intruso es Adrián – Escobar aclaró, y otra vez más otro largo silencio se campeó por el recinto lleno de sol.

– Yo lo tomaré preso – se brindó Alberto Candia Almaraz, que a la sola idea de hacer sufrir a un ser humano ya se empezaba a transfigurar en el monstruoso Mr. Hyde que tenía debajito de su epidermis.

– No – Escobar ordenó – . Instruya usted al capitán Prado para que él haga el trabajo o lo mande hacer.

La misma mueca de consternación que se estampa en la cara de una criatura cuando a ésta se le está dando una golosina y por algo no se le entrega, se registró en la mofletuda faz del teniente Candia.

– Pero que lo hagan cuando Adrián esté solo..., pues esta vez no quiero líos – advirtió y declaró Escobar.

– ¿Y qué haremos con él, mi Capitán – preguntó Candia Almaraz ávidamente.

– Lo juzgaremos – fue la breve respuesta.

– Entonces lo fusilaremos... Lo fusilaremos... – repetía Candia, que sólo al pensar que después de todo siempre tendría su sangriento festival, por momentos se sonreía o se mordía fuertemente el labio como queriendo desde ya probar algo de sangre fresca, y parecía que no le importaba de quién fuera el tibio y pesado líquido, pues con tal de que fuera sangre le bastaba, ya que en ese momento era la suya propia que corría en un delgado hilo a lo largo de su redondo mentón.

65

De seis de la mañana a once de la mañana eran cinco horas que, bien dormidas, podían reanimar a cualquiera, pero no habían sido suficientes para el molido cuerpo

de Adrián, pues mientras se dirigía a la avenida Sánchez Lima, en el barrio residencial de Sopocachi, aún bostezaba descaradamente, al mismo tiempo que hacía una síntesis de todo lo ocurrido en las horas pasadas y su amigo Warren Dean, que minutos antes con muy buen humor lo había sacado de la cama y ahora lo conducía en su automóvil.

– ¿Entendió lo que nos dijo Vergara? – Adrián le preguntó, pues Jaime había llegado hecho un demonio, cabalgando su infernal motocicleta, en el preciso momento en que abandonaban el recinto del jefe del Departamento Nacional de Investigaciones, y hablando atropelladamente les informó que en su recorrido por los puntos de observación, muy cerca del Alto de las Animas se había cruzado con la ya conocida camioneta del regimiento "Calama" y otro vehículo más, en los que iban solamente los conductores. Por lo tanto, deducía que los señores Mauricio Hochschild y Adolfo Blum serían trasladados en un futuro muy cercano.

– He entendido bien – Dean le dijo – . Pero usted tiene gente en todos los puestos de vigilancia, ¿no?

– Sí – respondió Adrián.

– ¿A qué va usted donde el señor Goldberg? – mister Dean volvió a hacer una pregunta.

– A comunicarle que nuestro plan está surtiendo y pedirle que tenga cuidado con su persona, pues uno de los acalorados de la compañía de Escobar, al verse con la partida perdida, podría querer sacarse una revancha, y a don Gerardo le tienen buenas ganas.

– ¡Pero eso es imposible! – exclamó mister Dean.

– Ahora los conozco, Warren, y con lo que me pasó con Costas y Candia, más el registro de mi casa, no estoy muy seguro de nada, y también creo que el que cargará con todos los platos rotos será el servidor que habla con usted – bromeó Luis. No creo que se atrevan. Pero, por si acaso pasa algo, usted tiene que telefonar a la oficina de nuestro Departamento cada dos horas, o cada hora, mejor. Y si falla en quince minutos iré a ver personalmente a Villarroel.

Dean había tomado en serio lo que Luis largó como una broma, y a pesar de ser muy temprano, en el día la decidida muestra de amistad del americano del norte hizo tragar saliva a Luis para ocultar su emoción mal retenida.

Mientras tanto, ya habían llegado a la casa del señor Gerardo Goldberg, y cuando paró el auto Adrián saltó de éste diciendo a su amigo:

– Demoro un minuto.

El minuto se volvió media hora, y así mister Dean lo hizo notar cuando Adrián volvió a sentarse al lado del conductor.

– Es que el señor Goldberg me contó que había recibido un telefonazo en el que le decían que Hochschild y Blum recuperarían su libertad a cambio de un millón de bolivianos – Adrián explicó la causa de su demora.

– ¿Y qué les dijo Goldberg? – preguntó Dean sin inmutarse.

– Que estaba muy bien, siempre que don Mauricio se lo ordene por teléfono – repitió Adrián lo que don Gerardo le había contado minutos antes.

– ¿Y?...

Decididamente mister Dean esta mañana estaba muy lacónico.

– Y... Los que le telefonaron le contestaron que Hochschild le hablaría a las siete de esta tarde o mañana en la tarde, y que tenga el dinero listo en una valija para llevarlo.

Adrián no continuó, porque Dean se le adelantó:

– ¿A dónde?...

– A las siete de esta tarde o de mañana en la tarde cuando hable el señor Hochschild, le indicarán – fue la descorazonante respuesta del director del Departamento Nacional de Investigaciones.

– Bueno. Entonces a esa hora sabremos – dijo Dean sin demostrar ninguna ansiedad, pero luego comentó – : Pero ¿por qué hoy o mañana?

– Mire, mister Dean, yo no estoy seguro, pero como los tienen que traer desde cerca de Palca, necesitan tiempo, y también querrán asegurarse de muchas cosas. La prueba es que a don Gerardo le advirtieron que cuando lleve los billetes vaya solo, haciéndole notar que ellos lo comprobarán, y además que no se le ocurra marcar los billetes... Créame, míster Dean, que estos secuestradores no parecen aficionados, y hasta aseguraría que les darían una pequeña ventaja a los profesionales de su tierra...

No era en tono de broma que hablaba Adrián, pues la cosa era muy seria para estar en tren de chanzas.

- Son unos vulgares bandidos y nada más... – Dean habló furioso.
- Al señor Goldberg le aconsejé que proceda conforme se lo pidieron. Siempre y como hable por teléfono el señor Hochschild... Pues no vale arruinar todo el trabajo que hicimos – dijo Adrián – . Pero todavía pagarles un millón de pesos a esos bandidos... – Luis no pudo terminar de protestar, pues su compañero no le oía y estaba hablando.
- Creo que no hay manera de contrarrestar la cosa. Teniendo en cuenta las circunstancias que ni el mismo Presidente pudo manejar a esa gente... – fue el comentario, que Dean no lo terminó, pero la tranquilidad y la sensatez en las palabras del agente especial de la F.B.I. de los Estados Unidos fueron como un calmante para la intranquila conciencia de Adrián.
- Y hablando del Presidente, mister Dean, tenga usted la bondad de llevarme a Palacio, ¿quiere? – Adrián insinuó a su amigo, que casi toda la mañana lo había carreteado en su coche.
- ¿Para qué a Palacio? – preguntó Dean.
- A informar a Su Excelencia que el favor que le pidió a Escobar, el favor de encontrar a los secuestrados, se lo hará, y se lo hará entre hoy o mañana.

66

La investigación prácticamente había terminado. En realidad era la tercera vez que finalizaba, y cada una con todo el éxito que puede desear un hombre o grupo de hombres que por una razón u otra buscan afanosamente algunos objetos perdidos o sujetos perdidos y los encuentran, como sucedía ahora que se sabía positivamente dónde estaban Hochschild y Blum, y entonces se tomó toda clase de medidas para no volver a perderlos, como sucediera antes. A este efecto todos los caminos que entraban a la ciudad por las partes que daban a los valles de Obrajes, Calacoto y Palca estaban controlados por gente capaz y movilidad disponible para no perder de vista ni por un instante a cualquier vehículo sospechoso.

Analizando las correrías de las últimas horas, otra vez se llegaba a la conclusión de estar frente a un suceso policial totalmente diferente de cualquiera de su género, ya que en los casos de secuestros la parte de encontrar a la víctima y a sus raptos

era la etapa más difícil, pues el rescatarlos ya era algo que caía por su propio peso, como fruta madurada en el mismo árbol. Pero ahora sucedía todo a la inversa. El ubicarlos no se podía decir que hubiera sido toda una tarea, y sin dificultades; pero el rescatarlos se iba haciendo prácticamente imposible, pues cada vez que se los había ubicado y se buscaba la manera de hacer que obtuvieran su ansiada libertad, habían vuelto a desaparecer, y ahora por tercera vez se intentaba jugar la carta brava de sacar a los secuestrados de las garras de sus delictuosos centinelas con vida y sin daños personales, y para eso se habían tenido que sacrificar todos los más elementales principios de autoridad constituida y apelar al encumbramiento de bandidos al rango de hombres honestos y patriotas. Todos los sentimientos personales, aun los más íntimos, se pisotearon o se los ignoró; todo había que sacrificar por la vida de dos hombres, que en ese momento significaban el retener el respeto del mundo entero a la nación en que ellos habían trabajado tan arduamente y a la que habían servido con tanto cariño y respeto.

Los interesados, que estaban al tanto del desarrollo de los acontecimientos, ahora volvían a sentir el horroroso paso de las horas, que se prolongaban indefinidamente, después de la noticia que Vergara trajo tan vertiginosamente de que la conocida camioneta del regimiento "Calama" y otro vehículo habían pasado por el estrecho garguero del Alto de las Animas, a una hora más o menos avanzada de esa mañana. Por eso todas las personas que se hallaban interiorizadas de este parte del agente del Departamento Nacional de Investigaciones se quedaron a la expectativa. Una expectativa que a cada momento se tornaba más inquietante, pues se esperaba de un rato a otro la llegada de un emisario anunciando el paso de los dos vehículos frente a algún puesto de observación en ruta para la ciudad. Esta esperanza se vio hasta cierto punto asegurada cuando Salmón llamó a Luis y le contó que el capitán Escobar se había hecho presente en el despacho del presidente de Bolivia y le aseguró a Su Excelencia que, conforme se realizaban las investigaciones llevadas a cabo por sus agentes, y dirigidos por su propia persona, resultaba ser un asunto de horas solamente el recuperar a los dos secuestrados el domingo 30 de julio del año que cursaba.

Una noche tormentosa y cargada de negros nubarrones, que jamás se decidían a pulverizar su furia en beneficiosa lluvia, había seguido al soleado y sofocante día.

Conforme las horas de impenetrables tinieblas avanzaban en su marcada marcha a otro amanecer, los cinco sentidos de todos los personeros del Departamento Nacional de Investigaciones, ubicados en diferentes puntos del camino entre el Alto de las Animas y la ciudad de La Paz, se agudizaba más y más, y si bien al principio el sueño adormeció por un breve lapso de segundos los cansados párpados de estos sacrificados muchachos, ya había fugado precipitadamente en busca de víctimas más dóciles.

Mister Dean y Adrián habían recorrido el camino de largo a largo, y después de ahogar las dudas que tenían sobre si el personal del Departamento respondería en esta vigilancia de tanta importancia, se decidieron retirarse en busca de un anhelado reposo.

El director del Departamento Nacional de Investigaciones, después de repasar los archivos de su dependencia con la leve sospecha de que éstos también hubiesen sido registrados por algún secuaz de Escobar, y encontrando que sus sospechas tan solamente eran sospechas, se había arrellanado en un sofá de su despacho, sumiéndose en un profundo sueño que no duró por mucho tiempo, pues fue despertado por Freudenthal y Vergara, que ambos querían hablar al mismo tiempo.

– Lucho... – decía uno.

– Despierta, Luis – decía el otro, y así formaban un coro capaz de despertar a un regimiento entero.

– Los han traído – gritaba el uno.

– Ya llegaron – decía el otro.

– Los han visto – gesticulaba el uno.

– Creo que están bien – confirmaba el otro.

Y así seguían en sus dislocadas vocalizaciones de incoherentes frases, mientras que Luis, con los ojos muy abiertos y sentado sobre el sillón que le había servido de cama, parecía no escuchar nada, y que si bien sus ojos no estaban cerrados, su cerebro lo estaba, exasperando así a sus dos amigos, que se mataban por darle explicaciones.

Por fin, después de un momento se recuperó, y tuvo que subir su voz a un grito para que los dos parlanchines le prestaran atención.

– Hable uno – vociferó.

- Mira, Lucho – dijo uno.
- Ya está – atropelló el otro.
- Hable uno, por favor. – Esta vez Luis gritó sin ninguna contemplación.
- Bueno – dijo el uno.
- Bueno – se puso de acuerdo el otro.
- A ver. ¿qué ha pasado? – preguntó Adrián, ya más sereno.
- Esta tarde... – empezó el uno.
- A eso de... – le siguió inmediatamente el otro.

Adrián no gritó ni dijo nada por el momento: simplemente se puso de pie, y agarrando a Vergara por los hombros le habló quedamente, pues su voz no pasó de ser un murmullo – : Por favor, Jaime, deja que Martin me explique. ¿Quieres?

Por toda contestación Vergara sonrió bonachonamente, como acostumbraba cuando no había batallado con la dueña de sus ilusiones o cuando no había tenido tropiezo alguno con su motocicleta, pues ambas cosas para él estaban en un mismo nivel de afecto dentro de su gran corazón.

– Esta tarde a Hochschild y a Blum los trajeron a la ciudad y los llevaron directamente a la casa de la calle Catavi – dijo Freudenthal, que demostraba cierta nerviosidad, y siguió un momento de silencio, en el cual Luis se volvió a sentar tranquilamente.

– ¿Eso nomás? – comentó el que había tomado asiento tan frescamente y con una parsimonia que causó sorpresa a Vergara y a Freudenthal, que se quedaron mirándose entre sí.

– Pero ¿no dices nada más? – Vergara ya cambiaba el tono de su voz.

Otro corto silencio siguió a la pregunta que Vergara había hecho a su jefe, y cuando Freudenthal se disponía a decir algo, Adrián, saltando de su asiento, y prácticamente aulló:

– ¿Y por qué no se me avisó antes? ¿A qué hora pasó esto?

Vergara, sin sentirse molesto por los arranques que de vez en cuando tenía su amigo, le dijo simple y llanamente:

– No se te avisó antes porque queríamos estar seguros del lugar a dónde los llevaron, y más o menos esto sucedió a las ocho de esta noche... ¿Conforme? – terminó su respuesta con una pregunta.

– ¡Son ustedes estupendos! – Luis continuaba con el tono irónico de antes – . Si me comunican esto a esa hora, me evitan el estar correteando hasta esta hora en compañía del señor Dean.

– Es que si tú te preocupas de buscar un puesto nuestro hubieras visto que ya no había agentes, pues cuando pasó la camioneta y el otro vehículo retiró a todos los compañeros. – Ahora Vergara utilizaba el mismo tono irónico que antes usara Adrián.

Una risa fue la respuesta del jefe del Departamento Nacional de Investigaciones.

– Tienen razón ustedes... Soy un investigador... – No terminó la frase, porque se acordó que había caminado de un lado para otro en un suspenso abrumador en compañía de un entrenado investigador americano, y solo pensó: "al mejor cazador se le escapa la liebre" y volvió a reír pero esta vez más fuerte – . ¿Y dónde están? – preguntó Luis.

– Ya te dije que en la calle Catavi. En la misma casa de antes – aclaró Vergara, y continuó – : ...y Villa con el "Mudo" están de guardia hasta la seis de la mañana, y a esa hora los relevaré con Freudenthal. ¿Está bien?

– Muy bien, señor – estuvo de acuerdo Adrián – . Y ahora a dormir, y por si pasara algo como en casa no tengo teléfono, me quedaré esta noche acá. Lo mandé al portero para que me trajera algunas frazadas – dijo Adrián.

– Si tú te quedas, yo también me quedo – habló Vergara.

– Y yo también – Freudenthal se sumó a la idea de pasar una noche más en una tolerable incomodidad.

67

– Recorre más allá...

– Pero si tienes campo de sobra...

– No, hombre, recorre más allá...

– Pero, díganme quién puede dormir con semejante bulla – se quejó Luis, incorporándose sobre un codo en el sofá, que había sido tendido como un moderno catre. – Por casualidad ¿no se dieron cuenta de que están durmiendo en el suelo, so-

bre una alfombra, y tienen campo de sobra?... ¿Hasta para poder nadar? – se dirigió a Jaime Vergara y a Martín Freudenthal, que horas antes, para acompañarlo, se habían acomodado despreocupadamente sobre el piso de su despacho, que estaba cubierto casi en su totalidad por una gruesa alfombra.

– Por un momento pensé que estábamos sobre un catre, y temía caer al suelo... – Freudenthal habló.

– Y yo también – dijo Vergara.

– Bueno, ¿Y qué hora es, Jaime? – preguntó Adrián, que ya se hallaba de pie arreglándose los pantalones, que los tenía hechos un acordeón.

– ¡Mi estampa! Son las siete y media, y teníamos que reemplazar a Villita a las seis... – Vergara se afanó en levantarse de un salto y correr al baño, para luego salir con la cara chorreando agua.

– ¿No hay toallas? – preguntó con los ojos medio cerrados.

– Toma, utiliza ésto... – le dijo Martín, sacándole de un tirón la parte de su camisa que iba dentro del pantalón.

Vergara mansamente se secó la cara y las manos con el extremo de su camisa, y apuró a Freudenthal, que ahora seguía el ejemplo de su colega.

– Vamos... Vamos.

– Esperen un momento, que yo voy con ustedes – los llamó Adrián, que terminaba de doblar las frazadas que los habían abrigado la pasada noche.

Momentos después, cuando caminaban por la calle, a los pocos metros de la puerta de las oficinas del Departamento Nacional de Investigaciones, Freudenthal codeó discretamente a Luis, al mismo tiempo que murmuraba:

– Mira... cómo nos siguen.

– No te des por aludido haz como si no los hubieras visto. Jaime, escucha – agregó Adrián, llamando la atención a su amigo y hablando muy naturalmente – . Con Martín, yo voy a reemplazar a Villa, y tú anda donde Dean y le informas que los dos señores ya están en la calle Catavi y que estamos seguidos por dos ganchos. – Adrián hablaba entre sonrisa y sonrisa, como si estuviera comentando algo muy trivial o jocoso y no como si estuviera dando instrucciones de vital importancia en este momento – . En cuanto termines te vas a la calle Catavi, al lugar donde estuvimos la otra noche, y con todo sigilo dejas tu moto lejos y oculta. Nosotros, en un mo-

mento más nos desharemos de esos pajaritos... Ya verás – dio sus últimas instrucciones, y cualquiera que le viese hablar en la calle pensaría que estaba charlando sobre el magnífico clima paceño o cualquier otra cosa tan banal y sin importancia como es el clima de La Paz.

En ese momento llegaron a la plaza Murillo, donde estaba estacionado el caballo de batalla de Vergara. Este demoró unos minutos en encenderla, porque el frío de la noche todavía seguía prendido del motor de ese infernal invento, que ahora ya empezaba a tronar y atorarse convulsivamente.

– Martin. Ahora entro a Palacio. Si no está Salmón, estará Uría o alguno de ellos, pues hay que informar que Hochschild y Blum ya están en la ciudad. Entonces tú demoras diez minutos. Toma un auto de alquiler y da la vuelta a la manzana. Yo saldré por la puerta falsa que da a la otra calle... ¿Me entiendes? – le explicó Luis a su amigo y colaborador.

– ...Y entonces estos inteligentes amigos de tu amigo Escobar se quedarán en la puerta principal de Palacio esperando a que salgas – terminó Freudenthal sin poder ocultar una sarcástica mueca que parecía una sonrisa.

– No falles, Martin. Diez minutos... Porque antes de ir a la calle Catavi quiero pasar por la casa de Goldberg, que Dios sabe cómo estará de nervioso por estar pegado al teléfono... Y ahora finge que nos despedimos cordialmente – le dijo Adrián mientras le estrechaba la mano, que Martín ya le había tendido – . Hasta luego...

– Hasta luego.

Adrián se separó de su compañero cuando le faltaban unos cincuenta metros para llegar al portón del Palacio Quemado, y no pudo ver cómo los dos hombres que lo seguían apretaron el paso para poder alcanzarlo sin lograr su objetivo, ya que Luis en ese instante entró por la puerta donde había un soldado con el fusil en la mano haciendo la guardia reglamentaria.

68

A juzgar por los partes de los agentes, que no se habían despegado ni un momento de los vehículos que en un momento inesperado, entre nubes de polvo, hicieron su

aparición en el camino principal a la ciudad, y observando el movimiento de gente con y sin uniforme que existía en los alrededores de la casita blanca en la calle Cavavi. Mauricio Hochschild y Adolfo Blum se encontraban otra vez en esa construcción de adobe, de líneas modernas y fachada revocada de blanco, que hacían suponer que fuera el apacible y apartado refugio de algún hombre que asqueado de la vida, su cotidiano afán era el estar totalmente aislado de sus semejantes, y no de ser las cuatro paredes de una infecta y lúgubre mazmorra donde aun en tiempos tan modernos y cristianos se torturaba a dos hombres, no con las candentes brazas o con el terrible potro de antaño, pero sí con el refinamiento de la mente instruida, que en vez de fuego al rojo para marcar la piel, utiliza el desliz de una palabra o la insinuación de un pensamiento.

Hochschild y Blum estaban de nuevo en su ya conocida prisión. Los habían vuelto a traer desde tan afuera de la ciudad, donde quizá el despacharlos al otro mundo les hubiera sido más fácil.

Si el capitán José Escobar, jefe de la Policía de La Paz, de motu proprio se había presentado al presidente de la República y habíale informado que sus "investigadores, dirigidos por él personalmente", habían dado con la pista de los secuestrados, y que ahora sólo era cuestión de horas el rescatarlos, ¿por qué demoraba así?

Estas preguntas y muchas más bullían no solamente en la cabeza de mister Dean, Glodberg, Adrián y todos los agentes del Departamento Nacional de Investigaciones. Villarroel también se hacía las mismas preguntas.

¿No sería que Escobar y los suyos preparaban algo? Otra vez el tormentoso fantasma de las arrastradas horas de espera apretaba con sus escuálidos brazos a los que sólo podían esperar. Esperar, y nada más que esperar.

Gerardo Goldberg, sentado al lado del teléfono por el que el día antes había recibido el primer rayo de esperanza, se consumía visiblemente. Las ojeras profundas que surcaban la parte baja de sus ojos se tornaban cada instante más violáceas, mientras que sus huesudas manos no dejaban de moverse febrilmente en movimientos absurdos y sin ningún objeto.

Algo raro que no se alcanzaba a descifrar qué era, entorpecía las cosas.

La duda empezaba a hacer presa a los susceptibles estados de ánimo de los que esperaban minuto a minuto saber que Hochschild y Blum se encontraban libres. Y así

flaqueaba la certidumbre que antes experimentaban los que habían planeado todo este original rescate, pues si Escobar o cualquiera de sus camaradas se hubiera dado cuenta de la maniobra, Hochschild y su compañero de infortunio eran hombres muertos, ya que los secuestradores, para enmendar lo que hubieran creído que lastimaba su amor propio, los fusilaban sin mayores preámbulos y sin los recelos que antes demostraron. Por eso y por otras razones más la espera. ¡Oh!... Esa espera de ver las manecillas del reloj treinta veces en un minuto y de verlas en el mismo sitio cada vez era horrorosa... Matadora.

Las doce del día se había escuchado en varios relojes públicos, campanarios y sirenas fabriles. ¡Cuánto había demorado en llegar el mediodía! Y así también llegó las tres de la tarde encontrando a mister Dean y Adrián con sus estómagos que se negaban a recibir alimento alguno... Y así también llegó las cinco de la tarde. Hora que la piel se llegaba a crisar al solo pensamiento de lo que ocurriría si el plan de rescate fracasaba, pues no había novedad alguna.

Algo andaba muy mal. Algo había fallado en los engranajes, que con tanta paciencia se habían montado. El señor Oscar Soria, que se encontraba en la parte de la casa donde estaban las oficinas del Departamento Nacional de Investigaciones, se adelantó hasta el auto en el que llegó mister Dean en compañía de Adrián y dijo:

- Señor Adrián, de Palacio telefonearon dos veces y dicen que vaya, urgente.
- ¿Quién telefoneó? – preguntó Dean.
- No reconocí la voz. Tampoco pregunté el nombre. No se me ocurrió – contestó Soria.
- Vamos, mister Dean...

Saltó Luis otra vez al auto.

– No me gusta esto – mascullaba Warren Dean mientras que largando el freno dejaba que el auto se deslizara cuesta abajo por la calle Jenaro Sanjines.

- Vamos rápido... Debe haber noticias estupendas – dijo Adrián lleno de alborozo.

El coche paró frente a la portada del Palacio de Gobierno, y cuando Luis bajaba del auto Dean le recomendó:

– Ahora voy a la oficina, y telefonéeme cuando termine. Vendré a recogerlo... Y no se mueva de acá mientras no lo venga a buscar – volvió a recalcar mister Dean a Adrián sobre su anterior indicación.

Adrián, con el apuro y las ansias que tenía de saber por qué lo habían llamado con tanta urgencia, no escuchó las palabras de su amigo, y sin tomar las precauciones de la mañana, subió rápidamente al despacho del secretario privado de Su Excelencia, quien se sorprendió al verlo entrar.

– ¿Qué haces por acá? ¿Hay algo de nuevo? – preguntó Salmón.

– Ustedes me llamaron... – alegó Adrián.

– Nadie te ha llamado – dijo Salmón tranquilamente.

– Pero si llamaron dos veces al Departamento, indicando que venga de inmediato... – vehementemente insistió Luis Adrián.

– No, señor... Pero la verdad es que Escobar acaba de entrar donde el Presidente a comunicarle que ha encontrado a Hochschild y a Blum.

Adrián no habló, y sólo atinó a sentarse en una silla agarrándose simplemente la cabeza entre sus dos manos, que temblaban un poco.

– Gracias a Dios – fue su simple plegaria de agradecimiento, dicha en voz baja y emocionada.

Hugo Salmón, su amigo que tanto lo había alentado y ayudado en los días más aciagos, se acercó, y muy contra su austera costumbre le dio unas palmadas en el hombro.

– Lo han hecho bien, Lucho. – Y regresando a su estirada personalidad, le dijo cortantemente – : Nadie te llamó, pero Escobar cuando entró preguntó si ya habías llegado. Seguramente que él te llamó a nombre del Presidente, y no debe ser para felicitarte. Mejor es que te vayas, y yo te llamaré más tarde, pues estoy seguro que Su Excelencia querrá hablar contigo.

Luis salió sin contestar ni medir las palabras del doctor Salmón. Sólo pensaba en el alegrón que le daría a mister Dean y sus compatriotas que con tanta habilidad y buena voluntad habían trabajado en lo que ya se dio en llamar "Secuestro Hochschild", y sobre todo pensó en Goldberg. Pensó que para ese hombre ya se terminarían las noches de insomnio que pasó cavilando sobre la suerte de sus amigos..., y así los pensamientos felices se le agolpaban en la mente. Una rara sensación experimentaba el director del Departamento Nacional de Investigaciones. No quería cantar ni bailar, como dicen generalmente que son las demostraciones de alegría y regocijo... ¡No! No quería hacer nada de eso. Pero experimentaba una paz de espíritu

que nunca la había sentido antes. Su cerebro era una masa blanca que no registraba nada. Nada en absoluto, y de pronto, cuando ya llegaba a la puerta de salida del Palacio de Gobierno, también denominado Quemado, una enorme sonrisa rajaba su faz al pensar que una vez había dudado que Escobar y los demás serían más débiles que Villarroel.

Ahora ese pensamiento le parecía un tanto ridículo, y todavía más ridículo le parecía que unas horas atrás había pensado que Escobar y su camada le podrían hacer algo malo a él. Realmente que ahora el solo pensamiento pasaba de lo absurdo a lo ridículo. "¿Qué podrían hacer estos caballeros?", pensaba Adrián mientras se alejaba unos metros de la puerta principal del Palacio de Gobierno de Bolivia, situado en un flanco de la plaza Murillo de la ciudad de La Paz. "¡Nada!... ¡Nada!..." – reflexionaba Luis – . "Pues ¿qué importaban los santos estando bien con Dios?" – Adrián se preguntó, subrayando su pensamiento con una sonrisa que rápidamente se abrió en una carcajada... Carcajada que al segundo de producir su primera nota de algarabía se convirtió en un brutal hipo al sentir el agudo caño de un revólver apoyado contra uno de sus riñones.

CONCLUSION

Siguió lloviendo. No tan reciamente como unas horas antes, pero siguió lloviendo, y en cuanto ésta cedió un poco, Rafael Salvatierra había puesto en marcha la camioneta y se dirigió a su casa, dejando a Luis Adrián y a Alberto Valdez Hertzog en el departamento del primero.

Adrián, con los nervios crispados hasta su máximo por el trágico espectáculo que había visto, se había quedado en su departamento con su amigo Alberto Valdez, que, curioso de escuchar hasta el final el relato del secuestro de Hochschild y Blum, acompañaba a Luis a esperar el día.

– Es raro – decía Valdez – . Desde que empezaste a narrar este asunto, en la camioneta, en compañía de Salvatierra, me he puesto nervioso, y desde que Rafael se fue a su casa y nos dejó acá la cosa es peor. ¿Serán los tragos que tomamos? – preguntó Alberto Valdez.

– No, no son los tragos; son los nervios. Y prueba de eso es que yo he tomado como un condenado para olvidar un poco lo que recordé, y así poder dormir... Y ya ves. Son las seis de la mañana y seguimos hablando... – aclaró Luis Adrián.

– Sigue contándome el resto – dijo Valdez mientras se servía un nuevo trago de ron, después de haber hecho lo mismo con la copa vacía de su amigo.

– Ya no hay mucho que contar... Así que seré muy breve – dijo Luis – , como que ya viene el día – agregó después de haber echado un vistazo por una ventana.

Y siguió:

– Cuando me atracaron el revólver en las costillas – prosiguió Adrián – se me obligó a subir a un auto que tenían para este efecto estacionado más allá del Palacio, y no bien entré al vehículo me largaron un golpe en la cabeza, que caí desmayado. Al despertar me encontraba en un cuartito con piso de cemento y tendido sobre un catre sin colchón. No sabía el tiempo que había demorado en llegar hasta ese lugar, ni dónde estaba. Y mi cabeza era un verdadero concierto de aves cantoras. Pero lo que noté de inmediato fue que me habían quitado el saco y tenía la cabeza y la cara húmedas, como si me hubieran querido despertar echándome agua. Personalmente, creo que el que me dio el cachiporrazo no midió su fuerza. Aun en ese estado absolutamente anormal, lo primero que atendí fue buscar los bolsillos de mi pantalón, que todavía no habían registrado, seguramente porque recién en ese momento llegué y mis agresores estaban en la tarea de registrar el paleta del que se me había desprovisto. En el pantalón tenía las copias de los partes del "Secuestro Hochschild" que pasábamos a Palacio, y las que me había embolsillado el día anterior en previsión de que registrarán las oficinas del Departamento Nacional de Investigaciones, conforme lo habían hecho con mi departamento, pues para esta gente no había nada imposible.

"No sabía por qué me encontraba preso, pero Escobar era un enemigo temible y por eso no dudé ni un momento en hacer desaparecer los partes que tenía en el bolsillo. La manera más rápida y eficaz fue el comerlos rápidamente. Parecía que estaba jugando con el tiempo, pues cuando masticaba el último pedazo entraron unos soldados y un sargento. Recién entonces me di cuenta de que estaba en el regimiento "Calama" de Carabineros, y mi único consuelo era que, no habiendo telefonado a Warren Dean – conforme a nuestro convenio – , ya me estarían buscando...

Luis apuró de un golpe el – contenido de su vaso y continuó, mientras que Valdez lo escuchaba atentamente:

– El sargento y sus subalternos, sin decir una sola palabra, me secaron íntegramente la cara y los pelos, que se me habían mojado... "Probablemente para no demostrar a sus superiores – pensé – que me habían despertado echándome agua y así no admitir el abuso que se había cometido con mi persona"... Esta, deducción me reconfortó un poco, pues pensé que sus jefes serían hombres cabales y razonables, que condenaban el maltrato... Sin embargo, poco tiempo me duró esa manera de pensar al darme cuenta que sus jefes eran otras fieras sueltas, peores que sus cretinos subalternos. Luego, en el mismo silencio me llevaron a un cuarto que, como en película, me hicieron toda una tramoya de un juicio oral y me condenaron a muerte por haber ayudado a Mauricio Hochschild y a Adolfo Blum... Algo así fue, pues no escuché muy bien.

– Luis dejó de hablar por un momento, y luego siguió rápidamente, como queriendo terminar de una vez con estos recuerdos, que lo ponían tan nervioso.

– Después de pasar por lo que me pareció una horrible pesadilla, regresé al cuartito, que para mi ya tenía trazas de celda... Y mira, Alberto. Hoy, al recordar esas horas, no los maldigo porque están colgados... Pero esa noche... – Y Luis Adrián calló por breves momentos, desfigurándosele la cara en un rictus de dolor – . Esa noche... – volvió a repetir – Bueno, seguiré con mi historia. Cuando otra vez me encontraba en el cuadrilátero con piso de cemento y estaba solo después de haber escuchado mi sentencia de muerte, entró un sargento de carabineros, cuya diminuta figura se parecía a una pequeña rata sifilítica. En una mano traía un enorme jarro y en la otra un látigo de cuero trenzado, y después de preguntarme un sin fin de absurdos, que no tuvieron respuesta de mi parte, se concretó duramente a que le diera el nombre de algún presunto informante nuestro o delator de ellos. Pero como yo seguía callado, entró un oficial de carabineros, empujando la puerta, pero no cerrándola. Estoy seguro que detrás de la entornada hoja de madera se encontraba Escobar y algún otro de su Estado Mayor esperando que yo "cantara", como ellos decían... El oficial, malhumorado, me dijo que para ayudarme a recordar los nombres de las personas por las que preguntaban me tomara el contenido del jarro. Sin mayores trámites, entonces, y olvidándome que tenía las horas contadas pues debía

ser fusilado al amanecer – , y siguiendo el natural instinto de conservación, de unos cuantos tragos me enjurgité el medio litro del viscoso aceite de ricino, suponiendo que esa hubiera sido la receta que algún galeno me diese después de saber que me comí doce o trece fojas de papel escrito a máquina.

"De toda la lista de personas que pasaron por los calabozos del regimiento "Calama", cuartel estilo Gestapo de todos los tipos Escobar y Candia que hubieron en el tiempo de Escobar y Candia. seguramente que no encontraron otro hombre más dócil y ávido que yo para tomarse la matadora dosis de purgante, cuyo efecto material era ínfimo comparado con el desastre moral que sufría la víctima que lo había tragado.

"Como el tiro les había salido por la culata, los torturadores profesionales se retiraron y me volví a quedar solo... No sé las cosas que pensé ni el tiempo que pasó. De lo único más o menos nítido que me acuerdo es que empecé a recordar que por ahí había leído o escuchado afirmar que a un condenado a muerte le pasa en breves minutos toda su vida delante de sus cerrados ojos... Yo quise cerrar los ojos y analizar mi vida, y también quise pensar en mis malas o buenas acciones, pero era inútil. Mi pensamiento estaba clavado en los últimos acontecimientos del día... ¿Ya libertarían a Hochschild y a Blum?... ¿Cómo estarían? ¿Goldberg entregaría el millón después que don Mauricio telefonara? ¿Por qué Escobar me apresaría? Fuera de Escobar – al que lo había visto – , ¿quiénes más componían ese tribunal que me juzgó y condenó?

"Y así tenía mil y más preguntas que hacerme: ¿Por qué me querrían fusilar?... ¿Sería en cambio de Hochschild y de Blum?... Y otra vez empezaba a pensar en ellos y las investigaciones que hicimos. Pero esto duró poco; poquísimo, porque el malestar físico que me sobrecogió a los relativamente pocos minutos que ingerí el aceite se fue agravando paulatinamente, hasta que me revolcaba en el suelo confundiendo las lágrimas de dolor con la saliva verdosa y amarga que me chorreaba por la boca entreabierta en pos de alivio.

"Un momento en el que el dolor me dio una pequeña tregua pensé que otra vez le ganaba de mano a Escobar, porque si al sentenciarme a muerte me dejan solo y tranquilo a esperar la hora del amanecer, me vuelvo loco. Pero su sadismo pudo más. No contento con torturarme mentalmente, quiso ampliar su radio de acción a

la parte corporal, y entonces la parte física pudo más que la material. No pensé ni un momento en mi cercana ejecución, y sólo me puse de pie, todo asqueroso y tambaleante, cuando dos soldados, me ayudaron a pararme y ponerme al medio de una escuadra que sería la que me liberara de tan horroroso sufrir al sentir que por momentos me desgarraban los intestinos acerados garfios, finos y fríos como serían los dedos de la misma muerte.

"No sé cuánto anduve. Sólo recuerdo que me llevaron a tropezones por una pedregosa senda que conduce al cerro del Calvario, que queda detrás de los cuarteles del regimiento "Calama", y que cuando llegamos frente a una pared, contra la que me afirmaron, entrecerrando los ojos sólo atinaba a tartamudear el nombre de Dios, ya que ni plegaria alguna me acordaba. Entonces vino corriendo un sargento o suboficial y le comunicó al teniente que la ejecución se suspendía por orden superior.

"No me acuerdo del resto. Probablemente regresé a la celda al arrastre, pues la descompostura de la noche anterior me había dejado con mis miembros flácidos y apto a derrumbarme al menor soplo de aire. Solamente mi cerebro llegó a captar unas figuras entre sus múltiples celdillas cuando horas después fui despertado por el teniente Gastón Villa, que con su capote de carabinero calado hasta las orejas se había valido de sus camaradas del Regimiento para entrar a verme.

"Muy breve fue lo que me habló. Hochschild y Blum habían sido vueltos al domicilio particular del señor Mauricio Hochschild, en el vehículo de la Jefatura de Policías, al que en la Avenida del Ejército – una arteria que une dos barrios en La Paz – le habían puesto placas de automóvil de alquiler. Antes de ésto Goldberg había recibido el prometido telefonazo, y Hochschild le había autorizado a entregar un millón de bolivianos en efectivo a un señor que no conocía, en una desolada casa de la plaza Alexander...

Los agentes del Departamento Nacional de Investigaciones habían cumplido su deber hasta el fin. Hasta ver cómo los ladinos secuestradores colocaban chapas de alquiler al auto del mismo jefe de Policías de La Paz. El mismo auto que habían utilizado para secuestrarlos... Y como información extra, Gastón Villa me dijo que una vez había visto al doctor Mauricio Hochschild en la calle, y que esa noche, que lo vio muy de cerca, cuando entraba en su domicilio, le pareció contemplar a un espectro andando, pues la piel le sobraba en su cara como si hubiera perdido mucho peso, y

la ropa le flotaba alrededor de su cuerpo... Después de estos datos, me aseguró que mister Warren Dean y sus amigos ya sabían dónde me encontraba y que estaban haciendo lo posible por sacarme.

"Esa fue la última vez que vi a un conocido en los muchos días de suplicio que siguieron, pues Escobar, con su amor propio herido por nuestra intervención en el "Secuestro Hochschild", que derrumbó por tierra todos sus macabros planes, ahora sólo jugaba con mi persona como un gato con un ratón, pues dos veces me hicieron el simulacro de fusilarme, y las dos veces que caminé por el mismo camino y me apoyé contra la misma pared llevaba en mi alma la certidumbre de que esta comedia era tan sólo para atormentarme. Pero una pequeña duda, en un momento que veía las adustas caras de la gente armada, echaba a mi espíritu en una desesperada emoción, y escuchaba que la duda me gritaba: "¡Y si fuera cierto!..." Y cada vez que regresaba a mi prisión me acordaba de Hochschild y de Blum, que pasaron los mismos tormentos, a los que sus carceleros jocosamente llamaban "un paseo higiénico".

Luis no podía continuar más, y cortando su relato miró el reloj, que marcaba las cinco de 1a madrugada.

– Pero, ¿y cómo saliste de ese barullo? – preguntó Alberto Valdez, que no perdía una palabra de todo el relato.

– Cuando todos mis familiares, mister Dean y algunos amigos aportaron sus recursos para encontrarme, pues Escobar negaba rotundamente su intervención en mi arresto o secuestro, si así quieres llamarlo, y cuando Villarroel otra vez no pudo hacer nada, mis agentes combinaron un plan para que yo escapara, y para llevarlo a efecto Villa habló con un sargento de la guardia del regimiento "Calama", que después de un día de pensarlo y dudar aceptó la oferta que le habían hecho.

"Te explicaré, Alberto – aclaró Luis – , que ese sargento no quería entrar en la combinación. Le había dado parte de ese plan a Escobar, y éste, maquinando otro fruto de su desviada mente, le ordenó que acepte y se calle.

Adrián, después de hacer lo que consideraba una necesaria aclaración, prosiguió:

– Este detalle, o sea el plan de Escobar, recién lo supe después de varios años, cuando el teniente Villa me lo relató, pues el sargento que fue el eje del plan Escobar, ya que nos había delatado, un día se sinceró con Gastón Villa, que llegó a ser

su jefe en una sección del "Calama". Entonces, conforme a instrucciones del jefe de Policía de La Paz, el sargento entró en la combinación para que yo escapara durante un cambio de guardia.

"Desgraciadamente el sargento tenía que estar al tanto del asunto para que no entorpezca las cosas en sentido de ser muy escrupuloso en la entrega de su servicio, ya que, según como se había planeado la cosa, faltando quince minutos para el cambio de guardia del regimiento "Calama", que era al mediodía, el sargento de guardia entregaba las armas y todo el resto de los enseres que estaban a su cargo entre ello a los presos en el Regimiento. Pero como yo era el único, y habían pasado muchos días de mi detención ya no se preocupaban de visitarme a esa hora y sólo figuraba en el parte verbal. Entonces, aprovechando que toda la tropa de guardia estaba formada en la puerta principal del cuartel, me era fácil romper una insignificante cerradura de mi calabozo y saltar un muro detrás del cual me estaría esperando una camioneta, cargada con sacos con cualquier material, y yo sería el contenido de uno de ellos...

"Mi viaje a la frontera con el Perú ya era cosa más fácil. Eso se pensó, y casi se llevó a cabo. Claro que todo el plan de fuga que se hacía no interfería con los trámites que hacía la gente para sacarme de este aprieto tan poco vulgar.

"Ahora Escobar admitió que me tenía preso. Unas veces decía que era por motivos políticos y otras por motivos particulares, nunca dando la misma respuesta. Jugaba así esperando el día que mis agentes habían fijado para mi fuga según el bien elaborado plan que tenían. Escobar sólo cambió un detalle en todo el plan de mi gente: la hora. El día que se debía efectuar mi escapatoria Escobar adelantó el cambio de la guardia del regimiento "Calama" en un cuarto de hora, y ese día entraron de guardia hombres de su entera confianza, con la consigna de que si me veían fugar debían aplicar la ley de fuga: un plomo en la espalda.

Cuando Adrián llegó a este punto de la narración palideció un poco y calló, pero como si fuera un deber el terminar de contar lo que había empezado tantas horas atrás, continuó:

– Sólo me salvé porque no tenía reloj – dijo muy quedamente – , y me atrasé unos diez o quince minutos en la parte del plan que me tocaba a mí, o sea que Escobar, para disculpar su persona ante todos los que intervinieron para que me soltaran

consintió en hacerlo y dio la orden de mi libertad a las doce horas en punto, cuando él pensaba que yo ya estaba en camino al otro mundo, y resultó que cuando dos personas amigas mías llegaron apresuradamente a las doce horas y quince minutos para liberarme, con la orden del jefe de Policías de La Paz, capitán José Escobar, yo estaba por romper la chapa de la puerta de mi celda. Esos fueron los diez o quince minutos que demoraron en venir rápidamente desde la oficina de Escobar hasta el regimiento "Calama", y fueron los diez o quince minutos que yo me atrasé por no tener reloj... Que me salvaron la cabeza.

Terminó Luis su narración, que la había comenzado horas antes a pedido de dos camaradas de trabajo con quienes en una tormentosa noche había efectuado una postrer visita a una plaza que representaba un cuadro inolvidable, ya que todavía en los nublados ojos de Adrián estaban clavadas las imágenes de tres seres colgados por sus pescuezos que eran balanceados por un fuerte viento, en tanto que una torrencial lluvia se hacía sentir hasta los huesos, mientras que los oídos del narrador de tan extraño hecho todavía sentían retumbar en sus tímpanos el aullido espeluznante de un pueblo herido que clamaba por su libertad, y que al querer reconquistarla, esa tarde, esa sanguinolenta tarde de un 27 de septiembre de un año que el calendario cristiano marcaba con las cifras de 1946, en una ola de feroz rebelión había asaltado la cárcel pública, y rompiendo puertas, barras y leyes había agarrado desesperadamente los cuerpos de Escobar y Eguino, y después de trasladarlos hasta la plaza Murillo los había ajusticiado. Los había colgado por el pescuezo, hasta que murieron asfixiados... Y todo ese barullo, ese griterío infernal y nada humano, seguía zumbando en los oídos del que había narrado tan extraño hecho, mientras que ahora en esa plaza – escenario de tan grotesca jornada – el silencio profundo solamente era roto por el infatigable tañido de la campana del reloj del Parlamento, que seguía incansablemente marcando los cuartos y las horas...

Tan... Tann... Tannn...